# EL PORTUGUÉS EN BRASIL.

## HISTORIA CULTURAL

Sílvio Elia

COLECCIONES MAPFRE 1492

La lengua portuguesa llegó a la tierra que sería Brasil a comienzos del siglo XVI. Los contactos de los indígenas con los descubridores fueron frecuentes y generaron dos corrientes: la de los misioneros y la de los colonos. Los catequistas, en particular los jesuitas, estudiaron la lengua de los indígenas y apareció, así, la lengua general. Fue la «lengua vehicular» para negros, blancos e indios. Las lenguas africanas traídas a Brasil no dieron lugar a una lengua general, aunque entre los negros surgió un semicriollo lingüístico. El portugués fue ganando terreno en detrimento de la lengua general. En el siglo XVIII aparecen las ciudades del oro, en una de las cuales, Oro Negro, surge la escuela minera. De ella salen intelectuales y literatos, precursores del movimiento independentista del país. El fortalecimiento de los principales centros urbanos y la llegada de portugueses consolidan la lengua lusa a principios del siglo XIX. Sílvio Elia nos presenta la historia cultural del portugués en Brasil, partiendo del marco histórico-social para llegar a la configuración lingüística.

Sílvio Elia (Río de Janeiro - Brasil, 1913). Bacharel en Ciencias Jurídicas y Sociales. Doctor en Letras. Ex Director del Instituto de Letras de la Universidad de Brasilia. De las Academias Brasileñas de Letras y Filología y del Círculo Lingüístico de Río de Janeiro. Obras: *O problema da língua brasileira* (1961, 2.ª ed.), *A unidade lingüística do Brasil* (1979), *A língua portuguesa no mundo* (1989).

Colección Idioma e Iberoamérica

# EL PORTUGUÉS EN BRASIL
# HISTORIA CULTURAL

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Miguel Ángel Garrido
Diseño de cubierta: José Crespo


Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-295-7 (rústica)
ISBN: 87-7100-296-5 (cartoné)
Depósito legal: M. 27562-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, km 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

SÍLVIO ELIA

# EL PORTUGUÉS EN BRASIL

## Historia cultural



# ÍNDICE

PRIMERA PARTE

## CONFIGURACIÓN HISTÓRICO-SOCIAL



SEGUNDA PARTE:

## CONFIGURACIÓN LINGÜÍSTICA

## APÉNDICES

PRIMERA PARTE

---

# CONFIGURACIÓN HISTÓRICO-SOCIAL

# I

# EN EL MIL QUINIENTOS (EL «QUINHENTISMO»)

## La colonización

### *El Descubrimiento*

En la cuarta semana de viaje, el 22 de abril de 1500, fueron avistadas por la marinería de la flota que comandaba el hidalgo portugués Pedro Alvares Cabral[1] los primeros perfiles de lo que sería la tierra brasileña.

Constaba la flota de trece navíos, llevaba mil doscientos hombres, entre navegantes y soldados, gente escogida y sin tacha, además de ocho frailes franciscanos que tenían por superior a fray Henrique de Coimbra.

Lo primero que avistaron fue un monte redondo y de gran altura, que recibió el nombre de Pascual por hallarse los navegantes en la semana de Pascua. La flota fondeó durante dos días frente a la costa, para, ya en el día 24, echar el ancla en la bahía que posteriormente sería denominada de Porto Seguro, hoy Cabrália. En el domingo de Pascuilla[2], 26 de abril, se ofició la primera misa en Brasil, por el capellán de la Armada fray Henrique de Coimbra, en la isla de Corona Roja. La tierra se llamó entonces de Vera Cruz, nombre que poco después se cambiaría por el de Santa Cruz, siendo tal su denominación oficial. La carta que el escribiente de la Armada y ciudadano de Porto, Pero Vaz de Caminha, enviara al rey don Manuel iba fechada «desde este puerto seguro de Vuestra isla, en Vera Cruz, en el primer día de mayo del año 1500». Se ve, pues, que no tenían los descubridores idea alguna de la extensión de las

[1] En la partida de nacimiento figura como «Pedro Alvares de Gouvea». Gouvea era el apellido materno. Después, Pedro Álvarez pasó a llamarse con el apellido paterno.
[2] El domingo siguiente al de la Pascua.

tierras halladas. Como había muchas islas diseminadas por el Atlántico, creyeron haber arribado a una de ellas.

Cabe hacer aquí una breve alusión al discutido problema de la intencionalidad o no del Descubrimiento. Ciertamente, los conocimientos náuticos, tanto de los portugueses como de los españoles, hacían prever la existencia de tierras en la ruta del Occidente. Al norte del litoral que hoy es brasileño, ya un español, Vicente Yáñez Pinzón, tocó en un punto de la costa (¿acaso Pernambuco?), antes que Cabral, a finales de enero o a comienzos de febrero del año 1500. Aun por aquel entonces, el tratado de Tordesillas, firmado el día 7 de junio de 1494, estipulaba que las tierras y las islas al oriente de una línea trazada, de polo a polo, a trescientas setenta leguas de las islas de Cabo Verde, en el poniente, corresponderían a Portugal. Relatos a propósito de la presencia de franceses en las costas brasileñas, tal vez a la altura del Amazonas, acaso no sean más que suposiciones un tanto fantásticas (Mauro, 1973, p. 6). Por tanto, Brasil, por así decirlo, antes del Descubrimiento, ya pertenecía a Portugal, que tomó posesión de esa tierra en un día primero de mayo. En ese día, Pedro Alvares clavó una cruz en la tierra, por usar el lenguaje de la época, como si del arma del rey de Portugal se tratase. Mandó inmediatamente erigir un altar, y así, en tierra continental, fray Henrique celebró la segunda misa en Brasil. Al día siguiente la flota retomaba la travesía de las Indias.

Parece, pues, que los platos de la balanza se inclinan en favor de la intencionalidad.

La Armada cabraliana permaneció díez días en aguas «brasileñas». De lo que aconteciera en ese período dio pormenorizada cuenta Pero Vaz de Caminha en una famosa carta dirigida al rey don Manuel. Escrita en forma de diario, da cuenta de lo que ocurrió desde el 22 de abril al primer día de mayo.

Algunos aspectos bien pueden ser destacados de entre los muchos que contiene esa carta histórica: el problema de la intencionalidad del Descubrimiento; la gente y la tierra; la lengua.

En lo que al primer punto se refiere, debe resaltarse el hecho de que la misiva sólo contiene datos precisos hasta la llegada a Cabo Verde. De ahí que el cronista diga simplemente:

> Y así continuamos nuestro camino, por este mar tan grande, hasta que, en la tercera semana de las octavas de Pascua, en un veintiuno de abril,

estando de dicha isla a la distancia de 660 ó 670 leguas, según los pilotos decían, se descubrió perfiles de una tierra, los cuales... etc.[3].

Repárese en la tranquilidad que impregna el relato. Caminha afirma que «continuamos nuestro camino» y da cuenta precisa de la distancia a que se encuentran con relación a Cabo Verde, como quien tiene plena conciencia de cuáles han de ser los rumbos de la travesía. Por tanto, y merced a la misiva, podemos hablar en favor de la tesis que sostiene el principio de la intencionalidad.

En relación con los habitantes, la curiosidad de los portugueses parece grande. Caminha los describe sucintamente, una vez se han producido los primeros contactos: «Eran morenos, todos iban desnudos, sin cosa alguna que les cubriera las vergüenzas.» Más adelante, retoma su descripción: «Son oscuros, casi bermejos, con buenos rostros y buenas narices, bien hechos... Andan desnudos, sin ropa alguna. No tienen la menor intención de cubrirse o de esconder sus vergüenzas; demuestran tanta inocencia en ello como en mostrar el rostro.» Y añade: «Los cabellos los tienen largos, aunque los llevan trasquilados, más que sobre la frente, en la nuca, y rapados por encima de las orejas.»

Vemos, así, que los habitantes de la selva (y particularmente las mujeres, de una de las cuales dice que «está tan bien hecha y tan redonda, y es su vergüenza —que ella no tiene— tan graciosa, que provocaría la envidia de muchas mujeres de nuestra tierra por no ser como ella») causaron buena impresión al atento escribano, que los cubre de adjetivos encomiásticos.

También la tierra conquistó al epistológrafo. Del agua dice que es buena y abundante; recolectarán y comerán «muchos y buenos palmitos»; avistarán variedades diversas de papagayos que surcan los aires sobre sus cabezas; notarán la falta de bueyes, de vacas, de ovejas, de cabras, de gallinas. Llega a decir Caminha que tantos son los manjares, que se come sin tener hambre, pues la tierra da frutos sabrosos. Ciertamente, no tuvo oportunidad de presenciar banquetes de antropófagos. Aunque en ocasiones la comida resulta frugal, dice que «seguimos tan fuertes como cuando comemos trigo y legumbres».

En lo que se refiere a la lengua de los indígenas, sin tiempo para calificarla, o para estudiarla, realmente nada, o casi nada, podría informar. De un plumazo dice:

[3] Citamos de la edición de Jaime Cortesao, p. 200.

No conseguíamos entendernos. Nada sabían respondernos a propósito de cuanto demandábamos sobre su tierra y de lo que había en ella, por más que hablaban y hablaban entre sí o dirigiéndose a nosotros.

Por consiguiente, constatamos la existencia de una lengua estructuralmente distinta de la portuguesa. Sólo consiguieron entenderse un poco acudiendo al lenguaje de los gestos:

Pusieron los ojos en el collar del capitán y comenzaron a señalar con la mano a la tierra y después de nuevo al collar, como si quisieran decirnos que allí había oro.

Tal es la interpretación avarienta del escribiente. «Les mostramos una gallina; casi tuvieron miedo de ella.» Más adelante, y celebrándose un oficio religioso, muchos de los nativos acudieron a presenciarlo llevados de la curiosidad. De uno, que parecía tener ascendiente sobre los demás, dice Caminha:

Y andando y hablando entre ellos, les señaló con el dedo hacia el altar y luego apuntó con el dedo al cielo, como si les dijera alguna cosa de bien; nosotros así lo tomamos.

## *El reconocimiento del litoral*

El día 2 de mayo del año 1500 Cabral levantó el ancla y puso rumbo a las Indias. Destacó, antes, una nave, probablemente al mando de Gaspar de Lemos, para dar la nueva del hallazgo al rey don Manuel. La primera consecuencia de ello fue el envío desde Lisboa de una flotilla mandada por el famoso navegante florentino Américo Vespucio, que llevaba la misión de hacer un reconocimiento del litoral de la tierra descubierta. La flotilla llegó a Brasil, en concreto al actual Río Grande del Norte, y comenzó a navegar, muy pegada a la costa, en dirección sur. Los accidentes geográficos despertaron gran interés en los marinos, y fueron dándoles nombres de acuerdo con el santoral religioso. Regresaron a Lisboa, sin nada digno de mención mercantil especial como consecuencia del reconocimiento hecho; sobre todo, sin nada que atañese a los metales. Vespucio, por ejemplo, en una carta fechada en 1504, escribe: «En esta costa, nada de lo que pueda encontrarse algún provecho hallamos»[4].

[4] En la *Carta a Soderini,* si bien la autenticidad de la misma ha sido puesta en duda.

Una segunda expedición, que partiera con la misión de explorar las posibles riquezas de aquella tierra, comandada por Gonçalo Coelho, y de la que nuevamente formaba parte Américo Vespucio, partió de Lisboa el 10 de junio de 1503. Navegó por todo el litoral y recorrió las tierras que van de la bahía de todos los Santos al Río de la Plata. Al regresar a Portugal llevaban grandes cargamentos de palo de Brasil[5].

Sin noticias de hallazgos de yacimientos mineros, y preocupándose por la ruta de las Indias Occidentales como centro de la ambición mundial, Portugal, sin disponer de hombres suficientes ni de material de navegación adecuado, hubo de desviar sus atenciones de la tierra de Vera Cruz. Eso facilitó la piratería de las naves francesas en las costas brasileñas, tal y como lo explican Lockhart y Schwartz (1983, p. 183). Además, la corte francesa impugnó los derechos de Portugal sobre las tierras recién descubiertas, y Francisco I llegó a decir que desconocía el testamento por el que Adán legara el mundo a Portugal y a España...

De cualquier forma, Portugal se vio en la circunstancia de asegurar su posesión de las nuevas tierras, motivo por el que seguidamente partieron expediciones compuestas por guardacostas al mando de Cristóvão Jacques (o Jaques), que, entre 1516 y 1519, así como en 1526 y 1528, efectuaron tareas de policía en el litoral brasileño, llegando a capturar varias naves piratas francesas.

Aún era precaria, sin embargo, la defensa marítima de la costa, por cuanto las embarcaciones tenían que volver a puerto para repostar, momento aprovechado por las naves extranjeras a fin de arribar a los litorales. Una vigilancia más cierta, por tanto, pasaba por la organización en tierra de bases, a las cuales daría su visto bueno don João III, sucesor del rey don Manuel. Para ello organizó una nueva expedición, que sería la última, confiada a los hermanos Martim Afonso de Sousa y Pero Lopes de Sousa, ya con fines colonizadores.

En la bahía de Todos los Santos, dicha expedición encontró al portugués Diogo Alvares, ya integrado en la comunidad indígena, en donde tomara el nombre de Caramuru. De Bahía pasó la expedición a Río de Janeiro, iniciando la construcción de una fortaleza. Y de Río pasó a Ca-

[5] De ese mismo año, el de 1503, se habla de una expedición en la que participara el judío converso al cristianismo Fernao de Loronha (o Noronha), quizá su principal organizador. A él, o a Gonçalo Coelho, se debe el descubrimiento de la isla denominada Quaresma, en un principio, luego de Sao Joao y finalmente de Fernando Noronha, que fue su primer arrendatario.

nanéia, donde se sorprendieron los navegantes de la presencia de algunos castellanos y de un bachiller, hasta hoy no identificado, que habitaban allí desde treinta años antes. Había entre ellos, también, un hombre muy notable, de nombre Francisco Chaves, que fallecería cuando bajaba a una mina en busca de metales preciosos. Siguiendo por el litoral, la expedición pisó tierra en la antigua San Vicente. Allí, el 22 de enero de 1532 fundó Martim Afonso la primera ciudad brasileña que sería, precisamente, San Vicente. La segunda, fundada en el mismo año, de nombre Piratininga, tuvo vida efímera. En San Vicente se encontró al prolífico Joao Ramalho, náufrago portugués, que obtendría los favores de los indios guaianases casándose con Bartira, hija del cacique Tibiriça. A su regreso a Lisboa, en 1533, figuraba Joao Ramalho como «almirante y mariscal de campo». En Portugal permaneció hasta el fin de sus días, «después de dos años y medio de exacto cumplimiento de su misión como responsable de la vigilancia de las costas, explorador y colonizador, títulos con los que fuera oficialmente investido» (Hélio Vianna)[6].

Las primeras defensas estables del litoral fueron las llamadas «fortalezas», una suerte de casas-cuarteles habitadas por una pequeña guarnición y localizadas, casi siempre, en islotes próximos a la costa. Resulta difícil de precisar cuántas fueron en total y dónde se establecieron. Refiere Jaime Cortesao que «los portugueses fundaron una fortaleza en la localización que más lógica nos parece, y que no es sino la de Duarte Leite, en Porto Seguro» (1969, p. 43). El historiador portugués se refiere, sin lugar a dudas, a la expedición de Gonzalo de Coelho, de 1503. Esta misma autoridad en la materia alude a una posible fortaleza levantada por la expedición Fróis[7], lo que supone se enclavara en Pernambuco, próxima al cabo de Santo Agostinho (*ib.,* p. 49). H. B. Johnson, por su parte, habla de una fortaleza erigida en 1504, próxima a Cabo Frío (1984: 256). «La permanencia de dicha guarnición en la fortaleza de Cabo Frío fue la fuente en la que se inspirase Tomás Moro para la escritura de su *Utopía»* (Vianna, 1970, I, p. 51, nota 5). El mismo Johnson, además de las fortalezas de Pernambuco y de Cabo Frío, cita entre interrogantes las siguientes: Bahía, Porto Seguro y San Vicente. Mas la precariedad de ta-

[6] Ésas y otras informaciones históricas recogidas en varias obras sobre la Historia de Brasil, oportunamente citadas o de las que se da cuenta en la bibliografía.

[7] Se trata de una expedición menor, financiada en buena parte por el castellano Cristóbal de Haro, que bordeó el litoral brasileño entre 1511 y 1512, llegando hasta el Río de la Plata.

les fortificaciones (malamente pertrechadas, en efecto) se reveló como un mero afán de levantar enclaves para obstar a las incursiones que se llevaban de quienes financiaban las expediciones. Urgía, pues, la solicitud de nuevas medidas que consolidasen la posesión portuguesa de aquella tierra.

### *Inicios de la colonización*

La expedición de Martim Afonso de Sousa marcó la transición entre la fase de reconocimiento y posesión de la tierra descubierta y el inicio de su dominio real. El tránsito hacia el sur, tomado por la flota de Martim Afonso, bien nos demuestra la verdad de lo creído por el rey don João III, según el cual el Río de la Plata se adentraba más allá de los límites del territorio que sería portugués. Más o menos, y según lo que se hacía explícito en el tratado de Tordesillas, aproximadamente hasta Laguna, en el sur, en el actual estado de Santa Catalina... Más aún, con la unidad de las Coronas portuguesa y española, bajo la égida de esta última, el meridiano trazado en Tordesillas acabó por no tener sentido, lo que permitió la expansión portuguesa no sólo en el rumbo hacia el oeste, sino también hacia el sur.

La consolidación de las posesiones exigía, claramente, un nuevo sistema defensivo. En vez de procurarse la detención de los corsarios en el mar, a fin de impedir su desembarco en tierra firme, la táctica iba a consistir en repeler sus agresiones desde el propio territorio continental. Para ello se hacía preciso dotar a la franja litoral de enclaves militares suficientemente armados, lo que, evidentemente, requería de una organización político-administrativa estable. El tesoro de la Corona se encontraba poco menos que finiquitado y era menester, por ello, buscar apoyo en el patrimonio particular. Y esto fue lo que se hizo.

De ese modo fue como surgió el sistema llamado de las «Capitanías hereditarias». No se trataba, propiamente, de una invención, ni siquiera de una innovación, pues ya estaba en vigor en las islas próximas al litoral portugués (Madeira, Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe). También en Brasil se había puesto en práctica una fórmula similar por parte de Fernando de Noronha. La introducción del sistema de las «Capitanías hereditarias», sin embargo, en su nueva aplicación, consta que fue sugerida por el propio don Joao III, a quien, a su vez, le hiciera ver tal necesidad

el sabio portugués Diogo de Gouvela, a la sazón regidor del colegio de Santa Bárbara, en París.

El régimen, pues, se extendió a las nuevas posesiones portuguesas mediante real decreto de don Joao III en 1532. Se dividió el país en 14 zonas denominadas «Capitanías», que fueron encomendadas a hombres de pro, hasta un total de 12, con carácter hereditario.

El sistema dio pocos frutos. Cada uno de los agraciados con el nombramiento podía hacer la distribución de lotes de tierra, sin carácter hereditario, a quien dispusiera de recursos para explotarlos. En consecuencia, muy pocas Capitanías resultaron prósperas: San Vicente, al sur, regida por Martim Afonso, y Pernambuco, al norte, a cargo de Duarte Coelho Pereira.

San Vicente progresó sin que estuviera presente su propietario. Se erigieron ingenios para la explotación de la caña de azúcar, acudieron los proveedores, y a un personaje extraño, Brás Cubas, se atribuyó la fundación de la villa de Todos los Santos, puerto que en breve superaría a la ciudad de San Vicente, cabeza de la Capitanía.

Sin embargo, la Capitanía más próspera resultó ser la concedida a Duarte Coelho Pereira. Comenzó Duarte Coelho la construcción de la villa de Olinda, en 1535, fomentó las explotaciones de la caña de azúcar, atrajo nuevos colonos: vianeses, portuenses, lisboetas. Tuvo por sucesores a sus hijos, Duarte Coelho de Albuquerque y Jorge de Albuquerque Coelho, a quien fuera dedicado un canto épico escrito por Bento Teixeira, un entusiasta admirador. Tan impregnada quedó aquella Capitanía de su presencia y ascendiente, que se intituló Nueva Lusitania.

Mientras tanto, empero, continuaban sin resolverse los mayores problemas. No sólo no se resolvían, sino que se agravaban. Las revueltas de los indígenas, que se resistían a la esclavitud y luchaban contra el invasor de sus tierras, las costas infestadas de corsarios y de aventureros de toda laya, la necesidad de un mayor control del potencial económico emergente, todo ello periclitaba la urgencia de un gobierno central capaz de ordenar y de coordinar la expansión de la colonia.

### *El Gobierno General*

Se instituyó al fin un Gobierno General, conforme consta en acta del 17 de diciembre de 1548, entregada por don Joao III a Tomé de Sousa, el primero en ejercer ese cargo nuevo y difícil de la función pública en

ultramar. Las Capitanías no fueron arrumbadas como tales, pero poco a poco dejaron de existir por falta de objetivos reales.

El lugar escogido como sede del nuevo Gobierno General fue el de bahía de Todos los Santos, a donde llegará Tomé de Sousa el 29 de marzo de 1549. Con él arribaron numerosos soldados, trabajadores, artesanos, un médico cirujano, un barbero, un encuadernador y antiguos presidiarios... Y, para componer los elementos de la administración, un supervisor general, un registrador de las haciendas y un encargado de costas. También fueron con Tomé de Sousa seis jesuitas, que tenían por superior al padre Manuel de Nóbrega, figura ejemplar de sacerdote y catequista. En su tarea evangelizadora recorrió varias zonas de Brasil y, en un viaje a San Vicente, llegó a contratar al alemán Hans Staden, aventurero llegado a las nuevas tierras en una nave española, para trabajar en la construcción de un fortín. Este aventurero, de regreso a Alemania publicó un libro en el que narraba sus vicisitudes durante el tiempo que pasara cautivo de los indios tupinambás.

Tomé de Sousa inició la construcción y fortificación de la ciudad de Salvador, en el llamado «Confín de Bahía». El progreso de la región era visible. Aumentaban las explotaciones de la caña de azúcar y del palo de Brasil *, aparecía una incipiente cría de ganado vacuno, se trazaban los primeros planos de urbanismo... El rey don Joao III creó para el papa Julio III el primer obispado de Brasil, y a fin de ocuparlo nombró obispo a don Pero Fernandes Sardinha, llegado en 1522. Con la creación de ese Gobierno Central se iniciaba la construcción de una nueva patria en suelo americano.

Tomé de Sousa gobernó de 1549 a 1553. Le sucedió en el cargo Duarte de Costa, de 1553 a 1557.

Duarte da Costa llevó consigo algunos jesuitas más, de entre los que destaca la figura de José de Anchieta, conocido como «El Apóstol de Brasil», recientemente beatificado por Juan Pablo II. A destacar, igualmente, la figura de Luis da Gra, un ejemplo de misionero. Anchieta, que llegara a Brasil no como sacerdote sino como simple hermano, fue ordenado en 1586 por don Pedro Leitao.

Las relaciones de Duarte da Costa con los jesuitas siempre fueron excelentes. Durante su período de gobierno, los jesuitas llegados a Brasil constituyeron una provincia, siendo Manuel da Nóbrega nombrado pri-

* Palo de Brasil: maderas preciosas, en especial la caoba. *(N. del T.).*

mer provincial de aquellas tierras. Es durante el gobierno de Duarte da Costa cuando se funda, por iniciativa de tan notable sacerdote, un colegio de jesuitas erigido en la llanura de Piratininga, al que se dio el nombre de colegio de San Pablo, por haberse realizado allí la primera misa en la conmemoración del día en que San Pablo se convirtiera al cristianismo: 25 de enero de 1554. Como se sabe, fue ese colegio simiente de la futura ciudad de Sao Paulo, que es en la actualidad la más populosa de toda la América Latina.

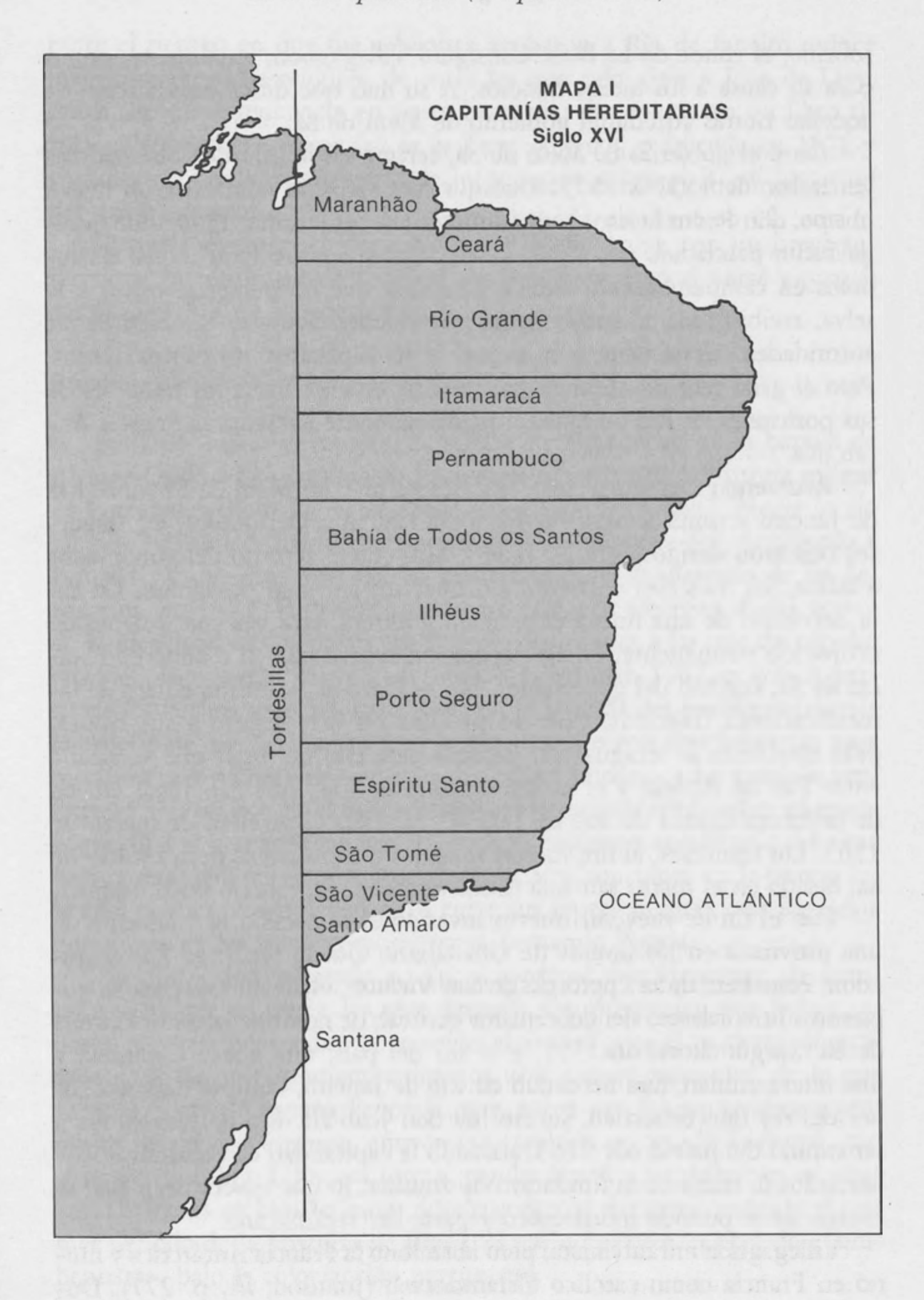
No obstante, no todo fue un mar de rosas durante el gobierno y la administración de Duarte da Costa. El obispo Fernandes Sardinha, hombre de vida austera y de costumbres rígidas, se vio en la necesidad de amonestar al propio hijo del gobernador, don Álvaro da Costa. Más grave aún resultó el choque que tuvo lugar entre los jesuitas y el obispo, cuando se negaron las libertades de que disfrutaban los colonos a los nativos que se iniciaban en la catequesis. Refiriéndose al comportamiento del obispo, dice Johnson:

> Se dio un claro sincretismo entre las prédicas religiosas de los jesuitas, no aprobadas por los gobernantes, que consideraban se trataban sus evangelizaciones de una simple pátina de cristianismo sobre el fondo de la arraigada cultura indígena. Por ejemplo, tolerancia hacia su desnudez, tolerancia para con las danzas autóctonas durante el ritual cristiano *(op. cit.,* p. 271).

Como se ve, ninguno de los hechos observados caracteriza lo que conocemos como sincretismo. Sin embargo, las observaciones del autor en lo que a la tolerancia de los jesuitas se refiere son exactas.

En virtud de los conflictos con el gobernador, fue llamado a Lisboa don Pero Fernandes, pero desgraciadamente sufrió un naufragio en las costas de nordeste, siendo capturado, muerto y devorado por los indios caetés, según se cuenta.

Fue también durante el gobierno de Duarte da Costa cuando los franceses se establecieron en Río de Janeiro. Comandados por un aguerrido marino, de nombre Nicolau Durand de Villegagnon, ocuparon los recién llegados la isla de Serigipe, hoy Villegagnon, en la bahía de Guanabara, donde levantaron una fortaleza a la que dieron el nombre de Coligny, en recuerdo del almirante que defendiera la expedición a la corte de Francia. Al año siguiente recibió Villegagnon refuerzos traídos por su propio


MAPA I
CAPITANÍAS HEREDITARIAS
Siglo XVI
Maranhão
Ceará
Río Grande
Itamaracá
Pernambuco
Bahía de Todos os Santos
Ilhéus
Porto Seguro
Espíritu Santo
São Tomé
São Vicente
Santo Amaro
Santana
Tordesillas
OCÉANO ATLÁNTICO

sobrino, el conde de Le Bois. Consiguió Villegagnon, igualmente, captar para su causa a los indios tamoios. A su más que difícil erradicación de aquellas tierras sucedió el gobierno de Mem de Sá.

Duró el gobierno de Mem de Sá, tercero en la lista de gobernadores generales, de 1557 a 1572. Durante esta etapa se nombró a un nuevo obispo, don Pedro Leitao, gran admirador de los jesuitas. El método evangelizador practicado por aquéllos, que consistía en reclutar indios alojándolos en campamentos o aldeas, de forma que no pudieran volver a la selva, recibió todo el apoyo de las autoridades civiles, y también de las autoridades eclesiásticas, con lo cual se multiplicaron los campamentos. Pero el gran reto de Mem de Sá consistía en expulsar a los franceses de sus posiciones en Río de Janeiro, pomposamente llamadas la Francia Antárctica.

Reuniendo una tropa muy cualificada, marchó Mem de Sá sobre Río de Janeiro y tomó al asalto la fortaleza Coligny. Derrotados, los franceses buscaron abrigo entre los indios. Mas con el retorno del gobernador a Bahía, los franceses volvieron a ocupar sus antiguas posiciones. De ahí la necesidad de una nueva expedición guerrera, esta vez con órdenes de ocupación permanente. Dicha expedición estuvo bajo el mando de Estácio de Sá, sobrino del gobernador. No se lanzó al asalto inmediato de las fortificaciones francesas. Primero procuró un sitio seguro a sus tropas, para establecer la retaguardia. Escogió para ello un lugar que se alzaba entre Pao de Açúcar y el morro de Cara de Cao, hoy Sao Joao, núcleo de la futura ciudad de Río de Janeiro, fundada el primero de marzo de 1565. Los franceses, al fin, fueron vencidos y expulsados, pero Estácio de Sá, herido en el rostro por una flecha envenenada, falleció poco después.

Con el fin de prevenir nuevas invasiones, se decidió la fundación de una provincia en los límites de Guanabara. Quedó separado Río de Janeiro, entonces, de la Capitanía de San Vicente, escogiéndose para su gobierno a otro sobrino del gobernador general, de nombre Salvador Correia de Sá. Surgía ahora, en 1557, y al sur del país, una nueva Capitanía y una nueva ciudad, San Sebastián de Río de Janeiro, nombre dado en honor del rey don Sebastián, sucesor de don Joao III. Río de Janeiro iba a ser capital del país desde 1763, pasando la capitalidad de Salvador a Río, hasta 1960, fecha de la fundación de Brasilia, lo que quiere decir que se abarcó así el período monárquico y parte del republicano.

Villegagnon era calvinista, pero abandonó la Francia Antárctica y murió en Francia como católico ultramontano (Johnson, *ib.*, p. 277). Du-

rante el tiempo en que fue calvinista arribaron a Río de Janeiro quince miembros de dicha religión, de entre los que cabe citar a Jean de Léry, quien, de su permanencia en tierra brasileña, dio cuenta en un libro titulado *Histoire d'un voyage fait en la Terre du Brésil*, publicado en 1578 y considerado una valiosa fuente de información sobre el Brasil luso-tupí del mil quinientos.

Después de la época de gobierno de Mem de Sá, con un breve interregno, quedó Brasil dividido en dos gobiernos, uno al norte y otro al sur (1574-1580).

*Fin de la dinastía de Avis*

En 1578 moría el rey don Sebastián en Marruecos, en la batalla de Alcázar-Quibir. Fue ése uno de los peores desastres en la historia militar de Portugal. «¿Pero fue verdad que murió don Sebastián? ¡Nadie lo vio morir!» Es verdad que los moros entregaron el cuerpo del rey difunto a Felipe II, y que éste hizo que lo sepultaran en el monasterio de los Jerónimos, en 1582. Pero son muchos los que aún albergan dudas acerca de la identidad de los restos ahí depositados, dudas a las que da pábulo, también, su epitafio: «Si vera est fama...» (Besselaar, 1987, p. 69). A partir de los hechos pasó a formar parte de la leyenda del pueblo portugués la especie de que un día, no muy lejano, reaparecería don Sebastián para instaurar una monarquía universal, o Quinto Imperio, tal y como lo profetizara Vieira, con el triunfo definitivo del cristianismo sobre el paganismo. Así se desencadenó un movimiento político y apasionado del alma portuguesa denominado «sebastianismo», una constante en la psique lusitana, que en nuestros días tuvo entre sus representantes más ilustres a una figura de las letras como el poeta Fernando Pessoa.

Sucedió a don Sebastián su tío, el cardenal don Henrique, de avanzada edad, que fallecería dos años después. Ocurrieron por esas fechas penosas negociaciones sobre la sucesión al trono, pues el cardenal, lógicamente, no dejó descendientes directos, o al menos conocidos, de lo que se valió el rey de España Felipe II para, sobre una falacia jurídica a propósito de las dos Coronas, convertirse también en rey de Portugal, con el título de Felipe I. De esa forma, pasaba Brasil a los dominios españoles (1580). Es en esta fecha en donde podemos dar por concluido el primer período de la Historia de Brasil, el mil quinientos, o período «quinhentista», bajo la colonización portuguesa.

## El indígena

### *La catequesis*

De este período del mil quinientos, que llamamos «quinhentista», bien podemos decir que la evangelación de los indígenas fue obra primordial a la que se entregaran los jesuitas. No puede olvidarse, sin lugar a dudas, la tarea que en ese sentido desarrollaron igualmente los franciscanos. Mas, como observa fray Venancio Willeke en su obra *Franciscanos en la Historia de Brasil,* «los primeros ochenta años después del descubrimiento de Brasil no estuvieron marcados por la actividad de los misioneros franciscanos, que era ocasional, sin organización, sin método y sin continuidad. Por ello, desde luego, no resultó fructífera» (1977, p. 27).

De fray Pedro Palacios, natural de Medina, en las proximidades de Valladolid, en España, dice fray Venancio que llegó a Brasil, como misionero, en fecha sin precisar, sobre el año 1550. Y afirma, también, que como no llegó a dominar la lengua tupí, apenas se notó su influjo. Véase el siguiente párrafo, de la obra anteriormente citada:

> Deseando bautizar a algunos desamparados, pero como no sabía la lengua, pidió ayuda por escrito a los padres jesuitas a fin de poder bautizar a los indígenas aprendiéndose, en su lengua, las palabras necesarias para el oficio. A duras penas lo hizo y pudo así dar consuelo a muchos inocentes y a bastantes adultos *(ib.,* p. 29).

Esa lengua de la tierra es la que se conoce, generalmente, con el nombre de tupí. El significado de la palabra «tupí», que filólogos dieron en su estudio por medio de la etimología vernácula, es, por así decirlo, el mismo que en general se da a las palabras de esa lengua, esto es, harto comprometido. Couto de Magalhaes vio en *tupí* un diminutivo de *tupá,* rayo, por lo que interpretaba el término como «pequeño rayo» o «hijo del rayo» (1940, p. 98). Para Teodoro Sampaio sería, sin embargo, «padre supremo» o «progenitor» (1955, p. 294). Se cuenta que Simao de Vasconcelos interpretó la palabra como sinónimo de *tupá.* Teniendo en cuenta que *tupá* es el rayo, y considerando que las fuerzas de la naturaleza son divinizadas entre los hombres llamados «primitivos», nos parece bastante verosímil el parentesco entre *tupí* y *tupá.* Así pues, los tupís serían los descendientes o los protegidos de Tupá. Y los catequistas se valieron de esta palabra para traducir a la lengua vernácula el nombre cristiano del Dios supremo y único.

El profesor Aryon dall'Igna Rodrigues, en su libro *Lenguas brasileñas,* destaca lo siguiente:

> La lengua indígena, tradicionalmente más conocida de cuantas hablan los brasileños, es justamente el tupinambá. Tal fue la lengua predominante en los contactos que se produjeron entre los portugueses y los indios en los siglos XVI y XVII, pasando a convertirse, por ello, en la lengua de la expansión «bandeviante» en el sur y de la ocupación de Amazonia en el norte.

Pero había otras tribus que también serían genealógicamente tupís. A este respecto escribe Couto de Magalhaes:

> El nombre tupí corresponde a las muchas naciones que hablan la lengua madre, como lo son: Tupi-nambá, Tupi-niki, Tupi-naé, etc. Yo creo que de ahí les viene el nombre a los indios tupís *(op. cit.,* p. 308).

Añadamos que el profesor Dall'Igna Rodrigues, en el libro ya citado sobre las lenguas brasileñas, observa que la lengua de los indios tupinambás «en el siglo XVI era hablada en una extensión enorme, a lo largo de la costa atlántica, desde el litoral de Sao Paulo al litoral del nordeste» (p. 99), y en la página 32 aclara: «A pesar de tan enorme dispersión geográfica, las lenguas de la familia tupí-guaraní muestran escasas diferencias entre sí. Una persona experta en lingüística, que conozca, por ejemplo, un poco del guaraní, podría al instante reconocer la mayoría de las otras lenguas de la familia como afines al guaraní.»

Había, pues, en los inicios de la colonización, un collar enrevesado de lenguas afines, pertenecientes a la misma familia, la del tupi-guaraní, a lo largo del Paraguay y hasta el nordeste brasileño[8].

[8] La clasificación más común de las tribus indígenas brasileñas se establece en cuatro grandes grupos: *tupís-guaraníes, jês* o *tapuias, nuaruaques* y *caraíbas.* El profesor Dall'Igna Rodrigues, en su obra *Lenguas brasileñas,* ofrece la siguiente división: familia *tupí-guaraní, tronco tupí, tronco macro-jê,* familia *karib,* familias *aruák* y *arawá,* familias lingüísticas menores del sur del Amazonas, familias *tukano, maku* y *yanomami.* El sabio historiador Capistrano de Abreu, uno de los primeros en intentar la clasificación de los indios por naciones, hizo en un principio una relación que posteriormente ampliaría, reducida a dos grandes grupos: los que hablaban la «lengua general» *(guaraníes, tupiniquins, tupinambás)* y los que hablaban lenguas trabadas *(jês, cariris, nuaruaques, panos, guaicurus).* También llama *tapuias* a los *jês.*

Es natural, por tanto, que se valieran los jesuitas de dicha lengua, la más hablada, para sus tareas evangelizadoras. Acercarse a las gentes hablando su propia lengua era la mejor manera de atraerlos al rebaño de Dios. Ya lo señaló Couto de Magalhaes:

> Para el salvaje, aquel que habla su lengua es de su familia; por lo tanto, su amigo. Y es natural. Ellos no tienen idea alguna del arte de la escritura; no comprenden los métodos de enseñanza de otra lengua, sino la manera en que les fue dada la suya: en el seno materno. Por eso, cuando un blanco habla su lengua, el salvaje cree que ese blanco es un pariente, y que entre la gente de su tribu aprendió ese blanco, en su infancia, a hablarla *(op. cit.,* p. 40).

Eso explica que fueran los jesuitas quienes más se distinguieran en el conocimiento del tupí. José de Anchieta es el autor del texto más antiguo impreso en esa lengua: *Arte de la Gramática de la lengua más usada en la costa de Brasil,* publicado en Coimbra en 1595.

*La lengua general*

Tal lengua, la más usada en expresión del sacerdote, pasó a ser conocida como «lengua general». Al principio, empero, fue bautizada como «lengua de Brasil» unas veces, otras como «lengua de la tierra», y también como «lengua del mar». «Pero el nombre con que se la conoció al cabo, sobre todo a lo largo del siglo XVII, fue el de "lengua brasílica"» (Rodrigues, *op. cit.,* p. 100).

También para el profesor Dall'Igna Rodrigues, el uso de la expresión «lengua general» se inicia en la segunda mitad del siglo XVII (p. 101).

Hablando con propiedad, ¿qué era esa lengua general? Tomemos, en primer lugar, la expresión «lengua más usada». Esa lengua más usada, de base tupí, o tupí-guaraní, evidentemente no poseía unidad a lo largo de la costa brasileña; tenemos que aventurar, pues, la existencia de unas cuantas variantes de la misma. Y todas esas variantes deberían poseer un tronco común, una raíz familiar, por así decirlo, presentando estrechas afinidades que demostrarían su pertenencia a ese tronco único. Y fue de esa lengua, como ya dijimos, de la que se valieron los jesuitas para emprender sus misiones de catequesis. Mas no podían asumirla en estado nativo, permítase el término, y por ello hubieron de pulirla, sistemati-

zarla, gramaticalizarla, etc. Y lo hicieron, sin duda, según los moldes latinos, como era práctica común en la época, aunque no se puede decir que la adulterasen pues está claro que con su uso lograron comunicarse con las gentes. A esa lengua indígena así establecida, disciplinada, por así decirlo, en términos gramaticales, es a la que se conoce como «tupi jesuítico».

En su *Introducción a las lenguas indígenas brasileñas,* el prestigioso profesor Mattoso Cámara Jr. da su interpretación del fenómeno de la «lengua general»:

> El misionero hizo un trabajo de disciplina y limpieza interpretativa del tupi, de acuerdo con ciertas ideas, ciertos conceptos propios a la gramática general, que era de fundamentación latina. Usó el misionero esa lengua pulida en la catequesis; y el indio, al tiempo que se cultivaba religiosamente, lo hacía lingüísticamente. Así fue dándose, entre los indios cultivados y entre los mestizos, la expansión de la lengua tupí previamente depurada por los jesuitas. Y la llamada lengua general acabó implantándose en ciertas regiones de Brasil (1970, p. 102).

Añade en la página 104:

> Así pues, el tupí jesuítico queda sensiblemente diferenciado de las lenguas tupís naturales, restringidas y consideradas como propias del área tupí del litoral.

Pero el propio profesor Mattoso Cámara reconoce que ese tupí, tenido por artificial, según algunos autores, en verdad no lo era tanto:

> Establecidas las restricciones, no puede negarse que los jesuitas fueron más que escrupulosos a la hora de llevar a término sus estudios. Los dos trabajos fundamentales, a tal respecto, son las gramáticas del padre Anchieta (1595) y del padre Luis Figueira, de 1621 (p. 105).

Hay que diferenciar, pues, entre una lengua tupí disciplinada por los jesuitas («tupí jesuítico o misionero») y diversas hablas tupís esparcidas a lo largo de las costas brasileñas. En nuestra opinión, los trabajos de los catequistas contribuyeron en gran medida a la difusión de la lengua de la primera especie, fundamentalmente porque la aproximación entre ambas era enorme imposibilitando una situación que favoreciese la disglo-

sia. De ahí, a buen seguro, el triunfo final de la «lengua general», denominación que, como ya vimos que dijera el profesor Dall'Igna Rodrigues, proviene de la segunda mitad del XVII.

Dos eran las grandes especies de esa lengua general: la del norte y la del sur. O sea, una «lengua general amazónica» y una «lengua general paulista», según las llama el propio profesor Dall'Igna Rodrigues. De la última dice el autor:

> Tiene su origen en la lengua de los indios tupís de San Vicente y de los altos del río Tiete, diferenciándose un poco de la lengua de los tupinambás. Es la lengua que en el siglo XVII hablaban los expedicionarios que, desde Sao Paulo, salían a explorar las minas Gerais, Goiás, Mato Grosso y el sur de Brasil. Por ser la lengua de los pioneros y de los aventureros, penetró como lengua general en zonas a las que jamás habían accedido grupos de indios tupí-guaraníes, dejando así una huella profunda en el vocabulario popular y en la toponimia *(op. cit.,* p. 102).

En lo que se refiere a la lengua general del norte, siempre según el mismo autor, fue desarrollándose en un principio desde Maranhao al Pará, partiendo del habla de los tupinambás, una vez que el litoral maranhense estuvo densamente poblado por los indios de esa nación, que se expandían hasta el oeste, hasta la hoz de Tocantins:

> En consecuencia, concluye el profesor Dall'Igna Rodrigues, el tupinambá fue la lengua predominante entre la población colonial durante el siglo XVII, para acabar dando origen a una nueva lengua general, hablada por las tropas y por los misioneros que crearan núcleos de población a su paso por todo el valle amazónico. Por ello, el tupinambá es esa lengua general, si bien transformada, y que fue la lengua de la ocupación portuguesa de la Amazonía, en los siglos XVII y XVIII *(ib.,* p. 102).

Esas dos grandes variantes de la lengua general también se conocen por los nombres indígenas *nheengatu* «lengua buena» (de *nhee:* lengua, y *katu:* bondad), para la lengua general del norte, y *abanheenga* («lengua de la gente»), ya que *aba* significa «hombres», para la lengua general del sur. Explica el profesor Mattoso Cámara Jr. que «los estudios posteriores se dividieron en estudios del *Abanheenga* y del *Nheengatu.* De tales estudios tenemos una amplia colección de exégesis religiosas, ya que eran textos debidos a los misioneros, en los que se nos dan argumentos suficien-

tes para establecer lo que bien podríamos llamar filología tupí» *(op. cit.*, pp. 105-106). Y un poco más abajo: «En lo que al *Nheengatu* se refiere, la principal preocupación fue la de consignarlo luego de hacer su depuración conveniente del *Abanheenga*, preocupación más cierta que la de establecer un estudio científico de su funcionamiento.»

El *Abanheenga*, como lengua general, desapareció. En cuanto al *Nheengatu*, dice el profesor Dall'Igna Rodrigues:

> Hasta el presente (1986) se habla, especialmente hacia Río Negro, siendo de tal forma que entre las poblaciones de Uaupés y de Içana, es no ya la lengua de comunicación popular sino la que usan para entenderse indios de diferentes lenguas *(op. cit.*, p. 102).

Si eso es así, no resulta difícil aventurar la tesis de una próxima desaparición de la lengua, tal y como se va produciendo la penetración en la Amazonía.

Conviene advertir que reductos como este de Bacia del Río Negro no autorizan tesis como la que se lee en la lista de *pidgins* * y criollismos que Ian F. Hancock expone en su libro, coordinado por Dell Hymes, *Adulteración y criollización del lenguaje*, fechado en 1971: «El portugués va ganando terreno ante esas formas lingüísticas» (p. 515)[9].

En primer lugar, la llamada «lengua general» no es un «*pidgin* basado en las lenguas de raíz tupí-guaraní» (de la misma página). La lengua general es el mismo tupí-guaraní, apenas gramatizado por los jesuitas, como ya hemos tratado de aclarar. Por ser «general», tiene, pues, un carácter vernáculo *(koiné)* antes que de *pidgin*. Está de más decir que no es cierto que esa lengua pierda terreno ante el impulso del portugués, como si quisiera darse la impresión de que en suelo brasileño hay una competición de carácter deportivo cuando la lengua general pertenece al pasado de acervo cultural. Tal inexactitud ha tenido eco, sin embargo, en obras como las de David Crystal, quien, en su libro titulado *The Cambridge Encyclopedia of Language*, de 1987, da por buenas, casi con sus mismas palabras, las tesis de Hancock.

* *Pidgin* es voz de jerga norteamericana, de origen chino, que designa hablas marginales hechas de varios idiomas. *(N. del T.)*.

[9] «Now fast losing ground to Portuguese».

*La esclavización del indígena*

Decir cuál era la masa de población indígena en la época del Descubrimiento es problema insoluble; todo lo que se diga, a ese respecto, no será más que especulación urdida tomando datos, muchas veces inciertos, de aquí y de allá. Sí está claro, no obstante, que esos datos corresponden, por lo demás, a un siglo XVII ya avanzado. Para el profesor Antonio Houaiss, «en el caso del Brasil que luego sería lusitano se estima en ocho o nueve millones la cantidad de indios que lo poblaban, sin contar la zona andina ni la septentrional» (1985: 51). En lo tocante a nuestros días, a iniciativas del Consejo Indigenista Misionero (CIMI), un censo recientemente realizado arroja la cantidad de 141.892 almas. Tan drástica reducción se debe, desde luego, al exterminio causado por las guerras que continuamente desatan los colonos, así como a la devastación provocada por varias epidemias y al mestizaje que llevaba a la desaparición de las etnias puras.

Los primeros contactos de los conquistadores portugueses con los indígenas pretendían la búsqueda de mano de obra barata para las labores del campo. La incipiente agricultura de los indígenas era tarea reservada a sus mujeres; los hombres, mientras guerreaban, pescaban, cazaban y, por así decirlo, establecían una economía predadora. Fueron muy útiles en los primeros tiempos de la colonización los indios, en tanto ayudaban a la poda de árboles y a subir ganado a las embarcaciones, por ejemplo. A cambio recibían de los portugueses regalos de escaso valor. Pero una economía agraria, como la que se iniciaba con el cultivo de la caña de azúcar, no podía contar sólo con los brazos de los indios. Hubo, pues, iniciativas en pos de la esclavitud, a las que se opusieron denodadamente los jesuitas mientras los colonos pedían trabajos forzados para los nativos que, declarados en rebeldía, aguardaban la pena de muerte: perder la libertad a cambio de la vida. Ello trazó una distinción dudosa entre indígenas «rescatados» y los que no lo eran:

> El período del trabajo de los indios en la zona de Brasil inmediatamente colonizada duró cerca de sesenta años (de 1540 a 1600). Durante la mayor parte de ese tiempo la mayoría de los trabajadores fueron indios, esclavos los unos y libres, a sueldo, los otros. En las haciendas, las diferencias entre los indios esclavos, los «rescatados» y los libres (forros), sin embargo, prácticamente no existían (Lockhart y Schwartz, 1983, p. 197).

## El africano

### *El tráfico de esclavos*

Fue en el siglo XVI cuando comenzaron a arribar los negros a Brasil. A causa de esa transmigración forzosa desde África fracasó, como bien sabemos, la tentativa primera de esclavizar a todos los habitantes de la selva. Por su idiosincrasia nómada, por la atracción que los más recónditos lugares de la floresta ejercían sobre ellos, ya que allí se sentían ciertamente en casa, por la protección de los jesuitas, que querían almas y no cuerpos, los indígenas no acababan de adaptarse a la vida común de las haciendas. El negro africano, experto ya en el cultivo de la tierra, aparece, pues, como una solución apropiada. Y así se inició la ignominia del tráfico de esclavos.

Antes de embarcar hacia Brasil, los esclavos africanos ya fueron transportados, literalmente hablando, hasta Portugal. Los primeros esclavos llegaron a la metrópoli allá por el año 1440. Décadas después, en Lisboa, en una población de cien mil almas, había diez mil esclavos africanos (Goulart, 1975, p. 27).

La fecha de los comienzos de la llegada de negros a Brasil es incierta, aunque podemos situarla sobre la primera mitad del siglo XVI, cuando comenzaron a levantarse los ingenios para la explotación y el cultivo de la caña. El profesor Artur Ramos nos informa de lo que sigue:

> En 1538 llegaron los primeros esclavos, en un cargamento regular de tráfico, a bordo del navío de Jorge Lopes Bixorda, conocido como viejo negrero, y que ya había enviado indios esclavos al Rey Don Manuel, según parece, en 1514. Eso nos refirió Afonso d'E. Taunay (1979, p. 177).

Los esclavos eran designados, genéricamente, como «negros de Guinea». «Toda la región que va a lo largo de la costa occidental africana sirvió para la captura de negros», dice Mauricio Goulart (*op. cit.,* p 185). Por eso el profesor Luiz Viana Filho denominó el período del siglo XVI, en el que arribaron a las costas de Brasil los africanos, como el «ciclo guineano». Aunque la procedencia de los mismos era más que variada: Venían del golfo de Guinea, de la costa de Mina, de Angola... Pertenecían étnicamente, en su mayor parte, al grupo bantú, como señalara Capistrano de Abreu (1934, p. 20).

De los tres ciclos en que el profesor Luis Viana Filho divide el tráfico de esclavos hacia Brasil, no es el de los nativos de Guinea precisamente el de mayor importancia. Llama la atención este profesor a propósito de que en 1583, el padre Fernao Cardim admitía tener en la ciudad de Bahía de tres mil a cuatro mil negros de Guinea. Al año siguiente, y según datos de Anchieta, eran tres mil los negros que allí había. Y al final del siglo, Capistrano de Abreu señalaba la cantidad de veinte mil africanos como la más cierta en todo el territorio brasileño. En el siglo XVII el tráfico se intensificaría enormemente.

*Las lenguas africanas*

De entre las varias lenguas africanas que llegaron a Brasil, dos acabaron por ser predominantes: el *nagô*, o *iorubá*, en Bahía, y el *quimbundo*, al norte y al sur (Rodrigues, N., 1935, p. 197). También Renato Mendonça afirma lo mismo (1971, p. 41). De todas formas, no puede decirse que se convirtieran en «lenguas generales», según el significado que se da a dicho término. No puede olvidarse, por lo demás, que eran diversas las lenguas de los africanos llegados a Brasil, ya que variada era, también, su procedencia. Nina Rodrigues así lo señala:

> De hecho, nadie podía asegurar que hablaran la misma lengua todos los esclavos negros. El número de lenguas llegadas, la infinita multiplicación de los dialectos y las matizaciones de los mismos resultaban de tal magnitud que, sin exagerar, podría asegurarse que eran tantas las lenguas como los negros que llegaban en cada cargamento *(op. cit.,* p. 189).

Se da entonces una política de distribución de esclavos en la colonia que tiene por objetivo primordial el de impedir, o al menos dificultar, el contacto entre ellos, por temor a que se asociaran para llevar a cabo acciones subversivas. Como observa Gilberto Freyre, «esa política fue la de no permitir que se juntasen, jamás, negros en cantidad significativa y procedentes de una misma etnia, país o región» (1977, p. 301).

Nina Rodrigues extrae de ahí la siguiente consecuencia:

> En el mismo orden de cosas, el negro nuevo, al desembarcar en Brasil, era obligado a aprender portugués para hablar con los señores blancos, con los mestizos y con los negros criollos, así como con sus compañeros de cautiverio *(op. cit.,* p. 189).

Habla Nina Rodrigues de la figura del «negro nuevo» para denominar al recién llegado que no sabía la lengua de la colonia; el negro nacido en la tierra era el «negro criollo». Tal distinción corresponde a la que de común se hace para referirse al negro con bozal, recién llegado y no cultivado, ni semicultivado en la lengua de la colonia, y el llamado «negro ladino», o criollo, sin más, que entre otros rasgos culturales presenta el de un dominio satisfactorio de la lengua portuguesa.

Por tanto, no nos parece de recibo la tesis a propósito de la existencia de una lengua general trazada sobre las bases del quimbundo. Digamos, de paso, que muchos de entre esos negros ya llegaban al país hablando un portugués criollizado, después de su paso por la metrópoli, tal y como observa Serafim Silva Neto:

> Oriundos de las posesiones portuguesas en África, esos negros ya hablaban, ciertamente, un dialecto criollo-portugués, ya que nuestra lengua fue la lengua general de uso en las costas de África durante los siglos XV, XVI y XVII (1963, p. 39).

Por consiguiente, era hablando en portugués como los africanos, de etnias diferentes, se entendían entre sí. Mas también con la lengua general tupi, que en los primeros siglos fuera lengua de uso común entre los portugueses llegados a la colonia. Silva Neto destaca que «los negros, incluso los recién llegados a Brasil, comprendían y hablaban, bien el portugués, bien el tupí» *(ib.,* p. 65).

## EL BLANCO

### *Procedencia de los colonizadores*

Hemos hablado del elemento indígena y del esclavo negro. Pero no podemos olvidar al elemento colonizador, al blanco.

No se puede determinar con certeza cuál era el lugar de origen de los emigrantes portugueses. Nascentes, en su obra *El idioma nacional-IV,* dice lo siguiente:

> De la comparación que hacemos, principalmente fonética, entre el portugués de Portugal y el de Brasil, así como entre los portugueses de Portugal y los portugueses de Brasil, resulta la conclusión de que la lengua

que hablamos es más parecida a la del Alentejo y a la del Algarve que a la de las provincias del norte o del centro, y que a las de Lisboa y Coimbra. Acaso ello se deba a que la gran masa de colonos llegó, fundamentalmente, de las provincias meridionales (1933, p. 259).

Silva Neto, que no asume tal opinión, tra en oposición a ella el parecer expuesto por el sociólogo brasileño Oliveira Viana:

Las grandes masas migratorias de portugueses que se dirigen a Brasil proceden del norte de la Península: O sea, del Miño, del Duero, de las dos Beiras, de Trás os montes... De ahí vienen los colonizadores de nuestra tierra (1933, p. 130).

Para Serafim da Silva Neto, «llegaron de todos los puntos de la Península» (1963, p. 45). Y cita en su apoyo informaciones debidas a fray Vicente del Salvador y a Pedro Taques en su *Nobiliaria Paulista.*

Fray Vicente habla de vianeses (de Viana, junto al Miño), que viajaron con Pedro do Campo Tourinho, primer dignatario de la Capitanía de Porto Seguro; el padre jesuita Fernao Cardim refiere en un texto la boda de una moza honesta que casó con un vianés, uno de los hombres más distinguidos de la tierra (a Pernambuco, en este caso); Joao Ramalho, el patriarca de San Vicente, según Silva Neto, y según Serafim Leite, era natural de la Beira Alta. La balanza parece, pues, inclinarse hacia el norte, la región más poblada del antiguo reino portugués[10].

En cuanto a la mayor aproximación lingüística del habla brasileña a la del sur de Portugal, conviene no olvidar que nuestra pronunciación se halla más próxima a la del mil quinientos portugués que a la del portugués de hogaño. Y que, por ello, las similitudes apuntadas se refieren más a esas formas antiguas que a las hablas del presente que se dan en

[10] Era también la opinión del estudioso Serafim da Silva Neto: «D'ailleurs, si prépondérance il y eut, celle-ci devrait être l'apanage du Nord, qui a été dès les temps les plus reculés une région surpeuplée, ayant toujours fourni, comme on le sait, un contingent considérable à la colonisation interne. Lors du recensement de 1527, on a pu vérifier que la population se condensait davantage dans la zone du nord-ouest (entre Douro et Minho et Estremadura), devenant plus clairsemée dans les régions du nord-est (Trás-os-Montes, Beira) et du Sud (entre Tejo et Odiana), tandis que l'Algarve de nouveau se montre plus peuplé, avec ses 16.000 foyers mis en opposition aux... 48.000 environ de toute la région au delà du Tage» («Le Portugais dans le Nouveau Monde», *Ensaios de Filología Portuguesa,* pp. 46-47).

el Alentejo o en el Algarve. Citemos en apoyo de nuestra tesis, una vez más, al profesor Silva Neto, para quien el sur de Portugal (como, por ejemplo, el sur de España) fue una región de «colonizadores», esto es, que abrigó gentes de variada procedencia. Por eso dichas zonas de la Península Ibérica registran el fenómeno lingüístico que podríamos llamar de «nivelación». No habría, según ello, grandes parecidos entre el portugués de la zona meridional y el de Brasil, como no lo hay entre el español de Andalucía y el de América, aunque sí observemos un habla más homogénea, sin tipismos regionalistas.

### *La selección de los colonizadores*

En lo que se refiere al estrato social y a la catadura moral de los primeros colonos, algunos historiadores acusan a la corte portuguesa de haber iniciado la conquista de Brasil con criminales y con antiguos presidiarios. Que el Brasil de entonces fuera tierra de exilio para los condenados es natural, una consecuencia de la época. Con todo, Portugal, una vez asumida la empresa de la colonización, procuró escoger cuidadosamente a las gentes, preservándose de la escoria. Los primeros dignatarios, por ejemplo, fueron seleccionados entre hidalgos, ricos propietarios, soldados honestos y altos funcionarios de la Corona. Algunos pusieron rumbo a la tierra recién descubierta llevándose todas sus pertenencias, en un claro afán de habitarla para siempre, ya que partían junto a toda su familia. Martim Afonso, Tomé de Sousa, Duarte da Costa, Mem de Sá, eran hombres de linaje. Con los gobernadores vinieron también magistrados, administradores, militares distinguidos en las guerras de África y en la India... Los fundamentos morales se establecieron de la mano de piadosos misioneros, de entre los cuales emerge la figura, ya simbólica, de un Nóbrega o de un Anchieta. Así las cosas, y a finales del XVI, Pernambuco, incluso, vio aparecer la figura de un temerario émulo de Camoens.

### *El desarrollo económico*

Desde el punto de vista económico, si bien la colonia no resultaba muy próspera en un primer momento, al menos se autoabastecía. En un principio, el llamado «ciclo del palo de Brasil» llegó a despertar la codi-

cia de los franceses y de los españoles. Pero después cobró importancia el cultivo de la caña de azúcar, de rendimiento seguro y pingües beneficios. Ingenios para la explotación de ese fruto de la tierra, tanto de propiedad de la Corona como de propiedad particular, surgían en todas las Capitanías: en Pernambuco, en Paraíba, en Bahía, en Río de Janeiro... Como dice Jaime Cortesao:

> El sustento del colono, desde los inicios de las plantaciones y de la elaboración del azúcar, se basó en tal explotación pero también en el cultivo de la tierra, la cría de ganado y en una pequeña, pero muy rica, entrega al cultivo y recolección del algodón. La propia industria azucarera, generalizada y extendida a toda la colonia, trajo consigo un comercio marítimo regular con Europa (1969, p. 163).

En nuestra opinión, es en ese ambiente en el que se debió inscribir el desarrollo cultural de la colonia.

## Instituciones culturales

### *La educación en la colonia*

Durante todo el período colonial, la educación y la religión, la cultura y la espiritualidad fueron juntas. «Es preciso retrotraerse a la época histórica de la que hablamos, para comprender las soluciones dadas por los estadistas de aquel tiempo. Ningún Estado asumía, directamente, ciertas tareas que hoy, sin embargo, pertenecen a la educación pública» (Lacombe, 1973, p. 193). El Estado de aquel tiempo se ocupaba de la política, de la guerra, de las finanzas y de la administración general. La cultura o, en su defecto, la asistencia social, la propia salud pública, dependían de la actividad particular. Y en Brasil esa actividad particular corrió por cuenta, especialmente, de los jesuitas.

Empero, no fueron los jesuitas, sino los franciscanos, quienes de entre los componentes de órdenes religiosas pisaran por vez primera suelo brasileño. Fray Henrique de Coimbra, que ofició la primera misa en Brasil, era franciscano. Poco después, otros franciscanos desembarcaron en Brasil, como lo señala el padre Serafim Leite, S. J.[11]. Después llegaron

[11] En Vianna, 1970, I, p. 98.

los jesuitas, que desempeñarían el papel más importante en lo que a tareas educativas se refiere; posteriormente arribarían, también, los carmelitas. Fundaron éstos un convento en Olinda, en 1583, y poco después otro en Salvador. «En la Amazonía, tuvo especial relevancia la catequesis fundada por los carmelitas, ya que incorporaron grandes masas de población de esa zona a la comunidad brasileña», escribe Hélio Vianna *(op. cit.,* p. 105).

Los benedictinos fundaron, por su parte, un monasterio en la ciudad de Salvador en 1584, y a lo largo de todo el XVI se expandieron por Ilhéus, Río de Janeiro, Vitória, Olinda y otros puntos.

Los franciscanos pasaron a dedicarse, de forma más regular, a la catequesis, después de crear una importante misión en Pernambuco, en 1584. Desde ahí se desperdigaron por otros puntos del territorio brasileño, tales como Paraíba, Bahía, Espíritu Santo, aunque fue ya en el siglo siguiente cuando alcanzaran el sur fundando allí varios conventos[12].

Los jesuitas comenzaron a llegar, pues, en 1549, con el primer gobernador general, Tomé de Sousa, como ya se ha dicho. Eran seis, bajo la custodia de Manuel da Nóbrega. Con el segundo gobernador general llegaron otros deiciséis, de entre los que José de Anchieta merece especial mención. Entre 1549 y 1598, fueron ciento veintiocho los miembros de la orden ignaciana que viajaran hasta la nueva tierra, siempre según el citado Hélio Vianna. Cincuenta y dos de entre ellos, sin embargo, no llegaron a desembarcar: cuarenta fueron asesinados por el corsario francés Jacques Soria (los cuarenta mártires de Brasil) y otros doce sufrieron idéntico destino a manos del capitán de las naves corsarias Jean Capdeville. En el siglo XVI se calcula en un número de ciento ochenta y tres el total de jesuitas que había en colonia, según el informe debido al provincial de la Orden, padre Pero Rodrigues (Vianna, *op. cit.,* p. 103, que ve reforzada su tesis por Serafim Leite, S. J.).

Con tan pequeño número de misioneros, hablando en términos relativos, muchas y muy grandes cosas hicieron los jesuitas en los años del mil quinientos y en las tierras de Brasil.

Era junto a sus iglesias donde los jesuitas levantaban sus colegios.

Los primeros alumnos de los jesuitas fueron los siete niños huérfanos llegados a Brasil en la expedición del navegante Simao da Gama, en 1550 (Calmon, 1976, p. 344). De ahí el nombre de la localidad, «Agua de los

[12] Informaciones compiladas por Vianna, *op. cit.,* cap. X.

niños», que se conserva en el presente. El segundo colegio se fundó en San Vicente gracias a los esfuerzos del padre Leonardo Nunes, y el tercero en tierras de Piratininga, en 1554, que se trasladó a Río de Janeiro en 1567 (Calmon, *ib.*, p. 347). El propio Calmon enumera, al norte, en Olinda, un colegio más. Se multiplicaría la cantidad de centros docentes en el siguiente siglo.

El método pedagógico era el del *ratio studiorum*, promulgado como ley, según expresión del sabio padre jesuita Leonel Franca, en 1559 (Franca, 1952, pp. 22-23). Consistía, fundamentalmente, en la práctica de la repetición, de la memorización, de los debates, del ejemplo a seguir, sin olvidar el rigor y la disciplina. Desde el punto de vista de la organización curricular, podemos dividir la *ratio* en tres campos: El de la Teología, el de la Filosofía y el de las Humanidades. A ello hay que sumar algunas disciplinas que hoy llamaríamos científicas, como las Matemáticas y otras, calificadas cual *realia*, porque los conocimientos de los contenidos estaban sujetos a variaciones del saber positivo: Geografía, Historia, estudio de las instituciones de modo general... Las Humanidades comprendían las disciplinas de Gramática (elemental, media y superior) y Retórica. Se daba, también, latín, griego y hebreo, aunque poniendo mayor énfasis en la enseñanza del primero; la enseñanza del vernáculo fue ganando, a la par, en importancia. La educación humanística tendía a una formación integralmente clásica:

> El latín y el griego fueron las disciplinas dominantes. Las otras, el vernáculo, la Historia, la Geografía y las ciencias, no poseían una entidad autónoma, sino que eran lecturas concomitantes, complementos de la versificación y del comentario de autores clásicos (Franca, *loc. cit.*, p. 49).

No puede pensarse, aun a pesar de lo expuesto, que los jesuitas hubieran trazado un plan de enseñanza totalmente pedagógico para un Brasil balbuciente. El objetivo primordial era la catequesis y, por tanto, dos cosas resultaban primordiales: a) llegar a los salvajes en su propia lengua; b) atraerlos a unas nuevas formas culturales. No podemos considerar, pues, que la tarea evangelizadora de los jesuitas se desarrolló sólo en los colegios. Américo Jacobina Lacombe, por ejemplo, señala:

> El plan consistía esencialmente en la creación, paralela a las de las iglesias y los colegios, de cofradías de niños blancos, indios y mestizos, con régimen económico autónomo. Correspondía a los propios niños, y no a

los religiosos, atraer a los jóvenes indios, los llamados *curumins* o *culomins*, hasta los núcleos civilizados. En eso demostraban los padres jesuitas pruebas de su enorme sabiduría y el plan dio los frutos esperados (1973, 1 p. 190).

Mas lo sorprendente es que, dentro de la Compañía de Jesús, en sus colegios, se formaban bachilleres. Eso, en pleno siglo XVI y en medio de la selva. A este respecto dice el historiador Pedro Calmon:

> Los primeros bachilleres se diplomaron con mucho boato en 1575. Ya recibieron los laureles de maestros en artes (concluida la cuarta serie teológica) en 1578, y fueron tres externos y dos hermanos de la Compañía quienes recibieran el título. Ello en medio de una gran fiesta pública durante la que se recitaron epigramas y hubo música instrumental y de voces (1976, 2, p. 346).

Continúa el mismo historiador haciendo la transcripción de lo que Anchieta dejara escrito: «No faltó el anillo de graduación, ni el libro, ni el birrete, ni la toga de seda.» Hubo procesión con «trompetas y flautas», los nuevos maestros desfilaron «al paso cadencioso de los desfiles de doctorado, entre el pueblo respetuoso» y Gabriel Soares da cuenta de que la Universidad existe con esta retórica pregunta: «Si en Portugal, antes, no había otra Universidad que la de Coimbra, ¿cómo no ha de bastarle a Brasil, en cuanto Estado, con la Universidad de Bahía?» *(op. cit.,* pp. 346-347). Recuérdese que el padre Antonio Vieira, acaso el hombre de mayor importancia en toda la literatura portuguesa del XVII, «sin salir de su noviciado», según dice Calmon, adquirió en el colegio de Bahía «los conocimientos de cuanto se publicaba en las cortes de Europa, al punto de convertirse en el hombre más culto, más comentado y más traducido de los religiosos portugueses» *(ib.,* p. 348). Bien se comprende, así, esta afirmación del citado historiador brasileño:

> Fechamos en este año, el de 1568, los comienzos de la enseñanza superior en Brasil: Doce discípulos, ocho hermanos, además de cuatro externos. Tanto es así que, en 1575, cumplido un trienio, tiempo suficiente para la licenciatura en Bachillerato, se graduaron los estudiantes con el mismo y rico ritual de las universidades europeas *(ib.,* p. 344).

Hagamos notar que el colegio de Bahía seguía los programas del colegio de Évora, como pone de relieve el padre Serafim Leite, y como lo

reafirma el profesor Laerte Ramos de Carvalho en el capítulo «Acción misionera y educación», que escribiese para la serie *Historia General de la civilización brasileña. I. La época colonial.* En tales programas, y para el estudio del latín, por ejemplo, figuraban autores como Cicerón, Virgilio, Horacio, César y, para el griego, Luciano. Los afanes de la Compañía de Jesús en la enseñanza en Brasil fueron, por tanto, de máxima importancia desde los inicios de la colonización.

Y ello tanto en lo que a las primeras letras se refiere como a los niveles superiores, dando capital importancia a la Gramática y a la Retórica.

*Primeras manifestaciones culturales*

El documento con el que se da por abierta la literatura brasileña no es sino la famosa carta que Pero Vaz de Caminha dirigiese al rey don Manuel I, El Venturoso. Para el crítico Afranio Peixoto, Vaz de Caminha tiene escrito, por derecho propio, su nombre en el prefacio de la literatura brasileña. El historiador José Honorio Rodrigues se refiere al documento en cuestión como «el auto oficial merced al cual se da cuenta del nacimiento de Brasil y de la propia crónica brasileña» (1979, p. 1).

La mejor edición de la «Carta...», sin duda, sigue siendo la del profesor Jaime Cortesao (Río de Janeiro, Libros de Portugal, 1943).

Hay también un texto conocido como *Relato del piloto anónimo,* donde se informa sobre la tierra y las gentes de Brasil, escrito por alguien, muy probablemente, que viajó en la flota de Cabral. Según José Honorio Rodrigues, el documento es absolutamente fidedigno.

Otra buena fuente de información, a propósito del Brasil del mil quinientos, es la que nos ofrece el *Diario de Navegación,* de Pero Lopes de Sousa, hermano de Martim Afonso y llegado junto a él a la nueva tierra en 1530. Se trata de un diario de a bordo, rico en informaciones geográficas e históricas:

> Ningún otro documento arrojó más luz sobre varias interrogantes de la primera época de nuestra Historia, porque sirvió para esclarecer un período de veinte años, cuando la carta de Pero Vaz de Caminha no se refiere más que a lo acontecido en veinte días (Rodrigues, Honorio, 1979, p. 10).

La tentativa que hicieron los franceses de establecerse en Brasil, con la creación de su «Francia Antárctica», dio origen a dos libros escritos,

naturalmente, en francés: *Las singularidades de la Francia Antártica,* de André Thévet, publicado en París en 1588, y la *Historia de un viaje a las tierras de Brasil,* de Jean de Léry, publicado también en Francia en 1578. Jean de Léry, calvinista, procuró, sin embargo, desacreditar la obra de Thévet, fraile capuchino. Otros historiadores y críticos, no obstante, asumen la posición opuesta: Léry, según ellos, es un plagiario mentiroso. Con todo, el antropólogo Claude Lévi-Strauss admira el estilo y la capacidad de descripción de Léry, al punto de confesar que «los autores que mayor influjo ejercen sobre él son Jean de Léry y Ferdinand Saussure» (*ib.,* p. 42).

Pertenece también a ese período la obra del aventurero alemán Hans Staden, que desembarcó en Brasil, en San Vicente, y fue capturado por los indios tupinambás, estando entre ellos durante casi diez meses y corriendo el peligro de ser devorado por sus captores más de una vez. Al fin consiguió escapar, volvió a su país como pudo y allí publicó un libro, malamente escrito en su idioma patrio, de título larguísimo: *Historia y descripción verdaderas de un país de salvajes desnudos, feroces, caníbales, guerreros, etc.* Este libro es, por supuesto, una página importante de la Historia de Brasil, pues en él se traza la primera descripción de la vida y las costumbres de los salvajes (*ib.,* p. 14).

Del padre jesuita Fernao Cardim conocemos las siguientes obras: *Tratado del clima y la tierra de Brasil* y *Del principio y orígenes de los indios de Brasil y narrativa epístolar de un viaje y misión jesuita.* El fraile nació en Portugal en 1540 y murió en Bahía, en 1625. De vuelta de un viaje a Roma, a comienzos del XVII, fue apresado por un navío inglés y llevado a Inglaterra. Un manuscrito que Cardim portaba consigo, y que correspondía al texto de los dos trabajos anteriormente citados, fue robado por los corsarios ingleses y apareció publicado en Inglaterra, concretamente en Londres, en 1625, después de ser convenientemente traducido al inglés. En 1847, Varnhagen editó, basándose en otro manuscrito de autenticidad dudosa, una obra de título *Narrativa epistolar.* Hubo otra obra, titulada *Tratado,* de la que se decía era el testimonio de un portugués que viviera largos años en Brasil.

> Comparándose el *Tratado* de Purchas y la *Narrativa* de Varnhagen, llegamos a la conclusión de que fueron escritas, ambas obras, por un mismo autor. Su identidad, en la forma y en el fondo, aparece a cada instante (Abreu, 2.ª serie, 1976, p. 225).

Para apoyar dicha conclusión, en 1925, y con ocasión del tercer centenario de la muerte de Fernao Cardim, se publicaron, por iniciativa de Afranio Peixoto, y con el título de *Tratados de la tierra y de las gentes de Brasil,* los escritos del jesuita. Transcribo, acto seguido, la opinión de José Honorio Rodrigues sobre los trabajos de Cardim:

> Como bien dijera Capistrano de Abreu, Fernao Cardim no fue un hombre extraordinario; pero se recomienda el estudio de su obra por muchas razones *(op. cit.,* p. 267).

Y prosigue: «La verdad es que gracias a las descripciones de Cardim accedemos a una visión riquísima del Brasil de 1580.»

De Pero de Magalhaes de Gândavo se publicaron en 1576 dos obras en Lisboa: Una, titulada *Historia de la Provincia Santa Cruz,* la primera Historia de Brasil impresa en portugués, según Enmanuel Pereira Filho. Gândavo dejó inéditos los manuscritos de *Tratado de la tierra de Brasil* y *Tratado de la provincia de Brasil.* El primero, sin embargo, sería impreso en Lisboa, en 1576, dirigido a don Lionis Pereira, con el título de *Historia de la provincia Santa Cruz, a la que vulgarmente llamamos Brasil.* En 1924, por intercesión de Afranio Peixoto, y con el patrocinio de la Academia Brasileña de las Letras, en su colección «Clásicos brasileños», edición del Anuario de Brasil, se publicaron los dos textos en un volumen único. El filólogo brasileño profesor Enmanuel Pereira Filho basa su edición del *Tratado* en los manuscritos que se conservan en el Museo Británico. En su opinión, la edición de 1576 es un conjunto de textos elaborados y reelaborados en base a otro texto primigenio que data de 1576. A saber: a) notas y apuntes para el proyecto de una obra a publicar; b) primera redacción, con añadidos, ahora dedicada al cardenal infante don Henrique, al cual sirvió de base para la edición de 1826 con el título *Tratado de la tierra de Brasil* (no hay noticia alguna a propósito del manuscrito); d) tercera redacción conservada en el manuscrito escurialense, al cual sirvió de base, con otros añadidos varios, para la edición de 1576 dedicada a don Lionis Pereira. Todavía, como acertadamente afirma José Honorio Rodrigues, «a pesar de sustentar tan clara y lúcidamente esta opinión, Pereira Filho editó el manuscrito del *Tratado* existente en el Museo Británico» *(op. cit.,* p. 429).

Para este mismo autor, «la historiografía brasileña se inicia, realmente, con la obra de Pero de Magalhaes Gândavo» *(ib.,* p. 426).

En 1569 llegaba a Bahía el lisboeta Gabriel Soares de Sousa. Se casó

en Brasil, se hizo rico volviéndose señor poderoso, dueño de ingenios azucareros, permaneciendo aquí durante diecisiete años, al cabo de los cuales regresó a Portugal a fin de pedir ayuda para una expedición destinada a la búsqueda de oro y piedras preciosas en el interior del país. Consiguió la ayuda que pedía, mas se malogró la expedición y Gabriel Soares falleció a causa de unas fiebres en el mismo año de su retorno, en 1591, en Bahía de Santa Isabel de Paraguaçu. Con todo, su entusiasmo por Brasil siempre fue grande y de ahí proviene su *Tratado descriptivo de Brasil en 1587.* El libro, sin embargo, permanecería inédito hasta el año 1825, cuando la Real Academia de las Ciencias de Lisboa lo editó con el título de *Noticia de Brasil,* sin hacer constar el nombre del autor, con gran cantidad de erratas y «con un sinfín de cortes» (Rodrigues, Honorio, *op. cit.*, p. 436). Cupo al brasileño Francisco Adolfo Varnhagen devolver a la obra su título original y publicarla en edición fiable, en 1851. En 1879, año siguiente al de la muerte de Varnhagen, apareció en Río de Janeiro la segunda edición del *Tratado* con un prólogo. En 1939, la Compañía Editora Nacional da a la imprenta una tercera edición, que toma por base el texto de 1879. José Honorio Rodrigues prefería, sin embargo, la edición de 1851, porque «fue revisada por Varnhagen».

El trabajo consta de dos partes, además de un prefacio[13]. La primera parte está dedicada a la descripción del litoral brasileño y a sus accidentes más importantes; la segunda se ocupa de las «grandezas» de Brasil, primero de las de orden natural —flora, fauna, los «salvajes»—, y después las de orden social, extendiéndose a propósito de la producción agrícola y de la construcción de ingenios para el proceso y depuración de la caña de azúcar. En los capítulos 74 de la primera parte y 196 de la segunda se ocupa Gabriel Soares, entre muchísimas otras cosas, del clima de Bahía, de la caña de azúcar, del cultivo de la mandioca, de las hormigas, de los pájaros, de las moscas y de una buena cantidad de insectos dañinos, así como de la fauna marina, de la lujuria de los tupinambás.

José Honorio Rodrigues resume así su parecer sobre la obra:

> Para Varnhagen, Gabriel Soares es el verdadero patriarca de la Historia geográfica de Brasil, tanto de la civil como de la natural. El *Tratado* es la enciclopedia del siglo XVI, el más grande de entre los libros referidos al Brasil del mil quinientos *(op. cit.,* p. 439).

[13] Tomo el texto de la cuarta edición, Sao Paulo, Editora Nacional/Editora de la Universidad de Sao Paulo, 1971.

*José de Anchieta y Bento Teixeira*

Pero, sin lugar a dudas, la mayor figura literaria del Brasil del mil quinientos es el padre José de Anchieta.

Era natural de La Laguna (Tenerife), isla de las Canarias y, por ello, de nacionalidad española. Allí nació en 1534. A los catorce años sus padres lo enviaron a Coimbra para continuar sus estudios y a los diecisiete ingresó en la Compañía de Jesús. De salud frágil, al parecer sufría de tuberculosis ósea y, de ello, de escoliosis, pues consta que era giboso; por ello la Compañía lo envió a Brasil, en busca de un mejor clima. Aquí llegó, aún novicio, en 1553, junto al segundo gobernador general, Duarte da Costa. Sorprendentemente, en sus cuarenta y cuatro años pasados en Brasil, vivió afanosamente, llevando a cabo una febril actividad física, intelectual y espiritual. Es bien conocido, por ejemplo, el episodio llamado «de la Confederación de los tamoios», un reducto de aguerridos indígenas que, desde la Capitanía de San Vicente hasta Río de Janeiro, trajeron en jaque a los portugueses al formar alianza guerrera con los franceses. Mientras Mem de Sá, con gran arrojo, combatía para expulsar a los franceses de Río de Janeiro, los padres Manuel da Nóbrega y José de Anchieta se dirigieron hacia Iperoígue, en el actual estado de Sao Paulo. Allí iniciaron conversaciones de paz y, durante una visita de Nóbrega a Río, para tomar contacto con las autoridades portuguesas, Anchieta quedó como rehén de los tamoios, corriendo grave peligro su vida. Finalmente, en 1563, se firmó la «Paz de Iperoígue». Fue en ese período que pasara entre los salvajes que para fortalecer la fe y desarrollar buena parte de sus capacidades intelectuales que Anchieta escribió en hexámetros latinos, su *De Beata Virgine Dei Matris Maria.* Según su biógrafo, el padre Simao de Vasconcelos (1672), Anchieta escribía su poema en la arena de la playa con un palito, memorizaba los versos y, de vuelta a su choza, los pasaba al papel.

Escribió Anchieta en castellano, en portugués, en latín y en tupi. Cultivó la poesía, tanto lírica como dramática, y fue también dramaturgo, cronista y gramático. Toda la obra literaria de Anchieta se volcó en sus afanes catequistas. Muchos de sus autos son bilingües, escritos en versos portugueses, castellanos y tupis. Sus poesías en portugués, aunque no las dramáticas, fueron reunidas, editadas y estudiadas en un libro de los profesores Leodegário A. de Azevedo Filho y Sílvio Elia[14].

[14] Con el título de *Las poesías de Anchieta en portugués* (Río de Janeiro, Antares, 1983).

Como primera composición teatral de Anchieta suele citarse el *Auto sobre la creación universal,* representado entre 1567 y 1570, según la profesora Luciana Stegagano Picchio (1972, p. 61), para quien el auto más colorido, sin embargo, es el titulado *En la fiesta de San Lorenzo.* Con justicia, pues, hemos de considerar a Anchieta como el padre del teatro brasileño. Para mejor aproximarse a los indios, siempre buscando la conversión de las gentes, estudió Anchieta profundamente su lengua, estudios de los que resultara la primera gramática impresa de la lengua tupi: *Arte de la Gramática de la lengua más usada en la Costa de Brasil* (Coimbra, 1595). Un poema, sin embargo, escrito en latín, *De Gestis Mendi de Saa,* no pone de acuerdo a los estudiosos. Para unos, es de Anchieta; para otros, nada tiene que ver con su producción poética en latín.

De mayor importancia histórica, empero, son sus *Cartas,* por lo que de información contienen sobre la nueva tierra y sus gentes; sobre las costumbres de los indígenas y las de los colonos; sobre la situación de los colegios de la Compañía; sobre los problemas que presenta la conversión de los indígenas; sobre el desarrollo económico de las Capitanías, así como sobre otras muchas cosas. Las *Cartas* forman parte de la publicación de las obras completas del jesuita, valiosa empresa que acometiera Ediciones Loyola. Hasta 1984 habían sido publicados los siguientes volúmenes: *De Gestis Mendi de Saa, Poemas Eucarísticos y otros, Teatro de Anchieta, Poema de la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios* (dos volúmenes), *Lírica portuguesa y tupi, Lírica española* y *Cartas.* Con ocasión del cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Sao Paulo, en 1954, la profesora María de Lourdes de Paula Martins, con el patrocinio de la comisión organizadora, editó el libro *Poesías de José de Anchieta,* en portugués, en castellano, en latín y en tupí.

De todas formas, acaso el nombre más divulgado, en lo que al «quinhentismo» brasileño se refiere, sea el de Bento Teixeira, tal vez por haber practicado, digámoslo así, una «literatura laica».

Bento Teixeira, de nombre completo Bento Teixeira Pinto, fue conceptuado, en un principio, como pernambucano (por Barbosa Machado, por ejemplo) y natural de Olinda (según Loreto do Couto). También se le considera el primer autor brasileño de una obra literaria. Estudios posteriores del bibliógrafo Rodolfo García, sin embargo, niegan tal título a Teixeira Pinto: Bento Teixeira (y no Bento Teixeira Pinto) fue un ciudadano portugués, nacido en Oporto, judío converso al cristianismo y condenado por la Inquisición. Vivió durante mucho tiempo en Pernam-

buco, cuando gobernaba tal Capitanía Jorge de Alburquerque Coelho, y es a este personaje a quien dedica su poema, del género épico, titulado *La Prosopopeya,* que es obra de imitación camoniana, concebido como un canto de noventa y cuatro estrofas. En dicho poema, muy laudatorio, toma la figura de Alburquerque Coelho por la del mismísimo Proteo. El libro fue impreso en Lisboa, en 1601, y refleja, en efecto, la concepción literaria del XVI. La mejor edición de la obra es la realizada por los filólogos brasileños Celso Cunha y Carlos Duval, en 1972, y comentada y anotada por sus autores. «A excepción de *Prosopopeya,* ninguna de las obras atribuidas a Bento Teixeira le pertenecen» (Cunha-Duval, 1972, p. 3).

## II

## LAS TORNAS DE LA COLONIZACIÓN (1580-1757)

### EL PERÍODO «FELIPIANO»

#### *La unión ibérica*

A la muerte de don Joao III se nombró sucesor en la persona de su nieto, don Sebastiao, que apenas contaba tres años de edad. En consecuencia, hubo de establecerse una regencia que duró hasta 1568, cuando el joven Sebastiao accedió al trono una vez cumplidos los catorce años. Soñando con reconquistar a los moros el norte de África, se lanzó don Sebastiao a una temeraria aventura militar y, ya en 1578, atravesando Gibraltar con un poderoso ejército, fue a sufrir en Alcázar-Quibir, en Marruecos, una amarga derrota en la cual, además, perdió la vida. Subió al trono, entonces, su tío-abuelo, el cardenal don Henrique, de sesenta y seis años, que moriría dos años más tarde.

Con la desaparición del cardenal se produjeron pugnas por la sucesión en el trono. De entre los posibles candidatos, dos resultaron ser los más nombrados por todos: don Antonio, prior de Crato, y Felipe II, rey de España, ambos emparentados dinásticamente con la corte portuguesa. El pleito, al cabo, se decidió según el poderío de las armas. Don Antonio pudo ser aclamado como rey de Portugal en Santarem y en Lisboa pero Felipe II invadió Portugal poco después y ocupó su trono con el nombre de Felipe I. Se extinguía, así, la dinastía de Avis.

No hubo, sin embargo, una anexión: Portugal y España continuaron siendo naciones independientes aunque tuvieran un mismo rey. Dos coronas sobre una misma cabeza dieron como resultado la unión ibérica. Cada país mantuvo su lengua y su moneda, sus funciones administrati-

vas, militares y judiciarias, si bien los asuntos de las colonias seguían siendo cosa de los portugueses. Con todo, no tardaron en aparecer los problemas. «Con la aclamación de Felipe II como Rey de Portugal, pasaron a ser enemigos de ese país todos los que lo eran de España. Nada menos que Francia, Inglaterra y Holanda» (Vianna, *op. cit.*, I, p. 132).

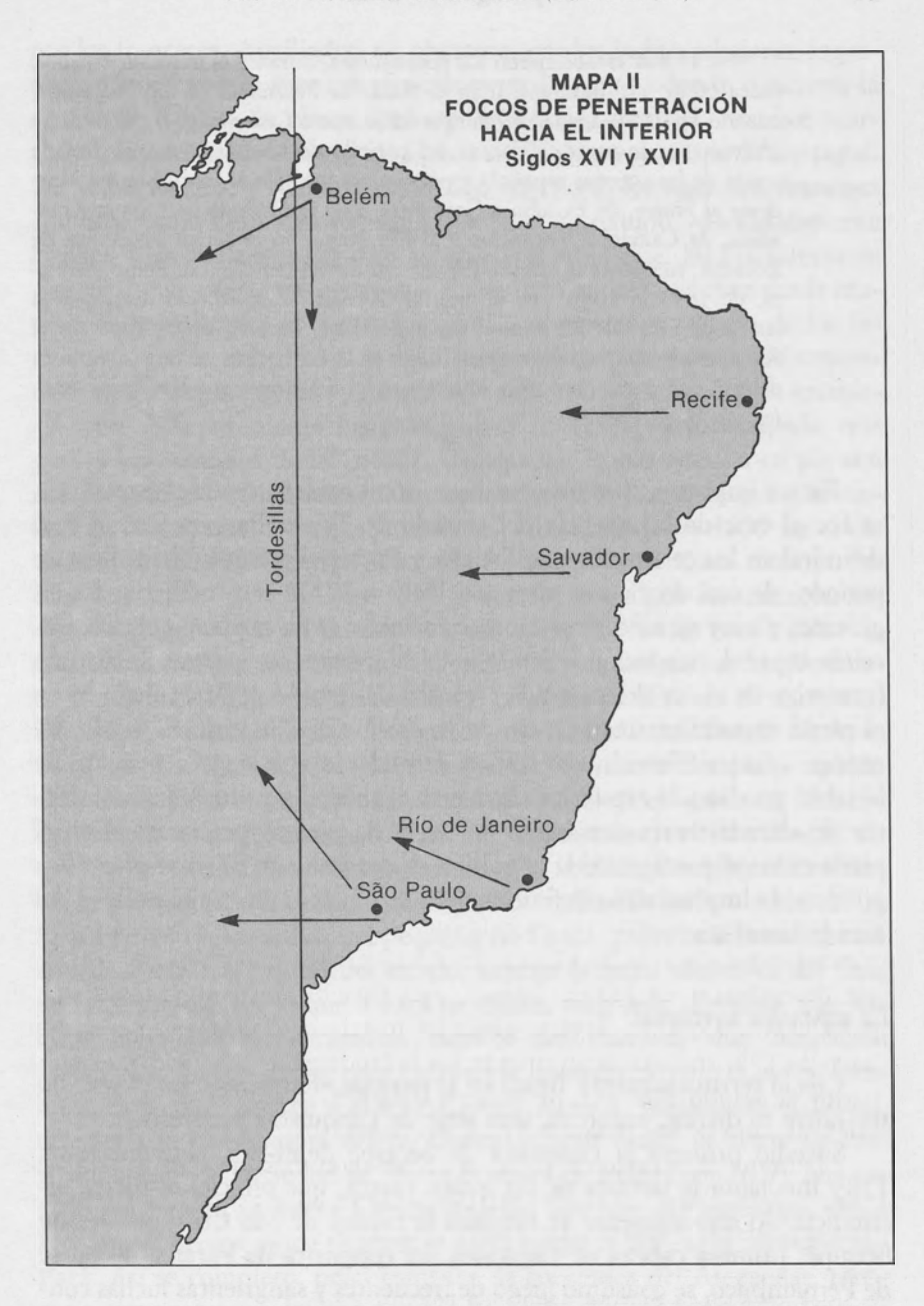
Esa herencia de la hostilidad, no obstante, sirvió de argumento para la exaltación de la unión ibérica. Así, como dice Pilar Vázquez Cuesta:

> Los verdaderos enemigos de Portugal eran los franceses, los ingleses y los holandeses, que tenían como mayor interés el de sustituir a los portugueses en África y en el Oriente[1]. Para vencer a esos enemigos, que lo eran también de España, la mejor solución, sin duda, no pasaba sino por la monarquía dual, que permitiría reforzar la defensa de los imperios peninsulares mediante la acción conjunta de sus ejércitos y de sus flotas, mediante la unificación de un mando sin riesgo alguno para los intereses lusitanos (1986, pp. 9-10).

De hecho, las costas brasileñas se vieron en poco tiempo asediadas por naves extranjeras. En 1587, los ingleses Withrington y Lister atacaron, sin éxito, la ciudad de Salvador. A finales de 1591, el famoso Cavendish asaltó el puerto de Santos, en un día de Navidad, y saqueó la ciudad para retirarse casi al instante. Poco después intentaron repetir la «gesta», pero todos los que desembarcaron resultaron muertos. En 1594, el corsario francés Jacques Riffault llegó a Maranhao, y al año siguiente hasta Ihléus, donde al cabo sería repelido por el mameluco Antonio Fernandes. Al año siguiente, en Recife, corsarios ingleses y franceses asaltaron la ciudad, que fue también saqueada, aunque poco después tuvieron los invasores que retirarse ya que fueron duramente hostigados por los moradores de la villa de Olinda. En 1599 grupos de holandeses trataron de desembarcar en Río de Janeiro, mas tuvieron que huir prontamente ante el fuego que les llegaba desde las fortalezas defensivas. Ya entrado el siglo XVII, trataron nuevamente los holandeses de invadir Brasil en su costa, atacando esta vez Reconcavo Baiano *. El asedio duró cuarenta días, al cabo de los cuales huyeron los flamencos.

Durante el período de vigencia de la unión ibérica se agrandaron las fronteras de Brasil, tanto las terrestres como las marítimas. A este respecto nos dice el historiador Hélio Vianna:

[1] Y también en América, apuntamos nosotros.
* Bahía. *(N. del T.)*.


MAPA II
FOCOS DE PENETRACIÓN
HACIA EL INTERIOR
Siglos XVI y XVII
Belém
Recife
Salvador
Tordesillas
Río de Janeiro
São Paulo

> Por el mar establecieron los portugueses, durante el dominio español, hasta 1640, sus dominios. Iban de Bahía de Paranaguá al Río Oiapoque, cuando en 1580 apenas se comprendían entre Cananéia e Itamaracá. Se efectuó, por lo tanto, y dentro del período de sesenta años que duró la unión de las coronas española y portuguesa, no sólo la conquista del Nordeste al Norte, de Paraíba a Grao-Pará, sino también la de toda la Amazonía, de Cametá a Tocantins y al Río Napo, en la actual República de Ecuador, mediante la célebre expedición fluvial del Capitán Pedro Teixeira, de 1637 al 1693, por el interior. Avanzó la expedición destruyendo las reducciones de los jesuitas españoles en el Paraná, las de Tape, en el Río Grande del Sur, para llegar hasta el Mato-Grosso de hoy, conquista determinante para la futura configuración del Brasil que hoy conocemos (*op. cit.*, I, p. 136).

Factor importantísimo de esa expansión brasileña desde el este al oeste fue el cese de la vigencia del tratado de Tordesillas, merced al cual delimitaban los territorios que España y Portugal conquistaban. En este período, de casi doscientos años (de 1580 a 1757) se produjeron los siguientes y muy significativos acontecimientos: a) En el plano político: dominio español, ocupación holandesa del Nordeste, las guerras de disputa fronteriza en el sur del país y la creación del estado de Maranhao; b) en el plano económico: incremento de la producción de azúcar —ciclo del azúcar—, intensificación del tráfico de esclavos africanos, ocupación de la selva, gracias a la expansión de la cría ganadera, y primeros movimientos de «bandeirantes» en busca de oro y de piedras preciosas; c) en el plano cultural y religioso: la expulsión de los jesuitas; d) en el plano lingüístico: la implantación definitiva del portugués como lengua oficial del Estado brasileño.

*La expansión territorial*

Creció territorialmente Brasil en el período «felipiano». En el sentido sur-norte se dieron, entonces, una serie de conquistas progresivas.

Sucedió primero la conquista de Sergipe de'El-Rei, conseguida en 1589 mediante la derrota de los indios caetés, que ofrecieron fuerte resistencia. Al año siguiente se fundaba la ciudad de San Cristóbal de Río Sergipe, primera cabeza de Capitanía. La conquista de Paraíba, al norte de Pernambuco, se consumó luego de frecuentes y sangrientas luchas contra los indígenas de la zona, los potiguares, alentados en su resistencia

por los franceses. Auxiliados, no obstante, por los indios tabajaras, lograron los portugueses fijar sus posiciones en la región, donde fundaron la ciudad de Filipéia de Nossa Senhora das Neves, en 1585, nombre otorgado a la misma en honor de Felipe II de España y primero de Portugal. De todas formas, y aun habiendo sido repelidos, los corsarios franceses convirtieron la Capitanía del Río Grande en su refugio. «Profundamente ligados a los indígenas, incluso mediante el mestizaje, los traficantes de palo de Brasil consideraban suya la costa, frecuentada por ellos desde muchos decenios atrás» (Vianna, I, p. 142). Mediante el auxilio de los indios potiguaras, y gracias a la decisión y destreza guerrera de un comando a cargo del mameluco Jerónimo de Alburquerque, acabaron estableciéndose definitivamente los portugueses en la Capitanía ocupada, que pasó a los dominios de la Corona. De aquellas luchas quedan en pie aún dos magníficos testimonios: El Fuerte de los Tres Reyes Magos y la ciudad de Natal, que es hoy capital del estado, fundada en 1599 en el día de la Natividad de Nuestro Señor. En la conquista de Ceará tuvieron los luso-brasileños que enfrentarse a los mismos enemigos contumaces: indígenas aliados con los franceses. Cabe decir que en la pacificación de esas tribus indígenas mucho tuvieron que ver los padres jesuitas Francisco Pinto y Luis Figueira, muriendo el primero de ellos en el transcurso de una de las escaramuzas. Un joven teniente, Martins Soares Moreno, consiguió hacerse amigo de los potiguaras y gracias a ello pudo repeler, definitivamente, el ataque de los extranjeros. Él es el «guerrero blanco» del famoso romance-poema escrito por el cearense José de Alencar, de título *Iracema* (anagrama de América, según Afrânio Peixoto), el cual sirve de pórtico para la literatura indigenista de Brasil. La fundación de un fuerte en 1611, en la hoz del pequeño río Ceará, próxima a la actual ciudad de Fortaleza, capital del estado, supone la fecha simbólica del final de la conquista. En lo que a Pará se refiere, no puede afirmarse que hubiera conquista en el sentido estricto del término, sino ocupación estratégica. Fue un medio para prevenir la invasión extranjera, o sea, francesa. Cupo a Francisco Caldeira Castelo Branco, bordeando el litoral, acceder a la embocadura del río Guamá, donde fundó el fuerte de Presépio, origen de la ciudad de Nossa Senhora de Belém, en 1616, hoy capital del estado. La nueva Capitanía debió llamarse, sin embargo, «Feliz Lusitania», si bien desde siempre, y hasta nuestros días, se la conoce como Pará. Así se completó, prácticamente, la conquista del Amazonas, territorio que pasó a ser definitivamente brasileño. En esa época hizo leyenda

un hecho extraordinario protagonizado por el portugués Pedro Teixeira, que subió el río Amazonas hasta Quito, en Ecuador, tomando posesión de todas las tierras que halló a su paso desde el río Napo, que nace en Ecuador, hasta las costas del Atlántico.

Mayor atención merece la Capitanía de Maranhao, porque ahí se hizo más fuerte la resistencia de los franceses. Daniel de la Touche, señor de Ravardière, había desembarcado en Maranhao al mando de una expedición de tres naves y allí decidió aposentar sus reales. Levantaron los franceses un fuerte, al que dieron el nombre de San Luis, en 1612, para rendir homenaje al joven Luis XIII, primeros cimientos de la actual ciudad de San Luis, capital del estado. El objetivo, en este caso, era la creación de una «Francia Equinoccial». Con la expedición arribaron cuatro frailes capuchinos. Procuraron los franceses, allí, aliarse también con los indios, llegando a conseguirlo, lo que dificultó enormemente, una vez más, las luchas portuguesas para expulsarlos. La Ravardière propuso una tregua, pero Felipe III no accedió a la petición y organizó una nueva expedición, mejor armada, para expulsar definitivamente a los franceses. Seguía la batalla. Con la llegada desde España de Diego Moreno, Alexandre de Moura, comandante en jefe de las fuerzas portuguesas, perpetró el ataque definitivo y las fuerzas de La Ravardière hubieron de pactar una honrosa retirada. Decidió al fin volver a Europa, entregando sus sueños de una «Francia Equinoccial» a quienes eran los legítimos poseedores de la tierra, ya en 1615. De esa aventura nos han llegado dos relatos, debidos a los capuchinos Claude d'Abbeville e Yves d'Evreux, titulados, respectivamente, *Historia de la Misión de los padres capuchinos en la isla de Maragnan,* impreso en 1614, y *Narración de las más memorables historias de Maragnan, de los años 1613 y 1614,* editado en París, en 1615, en la imprenta de François Huby, libro más tarde desaparecido por temor a que pudiera servir de enfrentamiento entre las cortes francesa y española. Se conocen, de tal edición, tres ejemplares expurgados: uno de la Biblioteca Nacional, de París, otro en posesión del bibliógrafo francés doctor Court, adquirido más tarde por la citada Biblioteca, y un tercero de la Biblioteca de Nueva Iorque; un cuarto, el conocido como «ejemplar de Chartres», se da como definitivamente perdido durante los días de la segunda guerra mundial. El erudito francés Ferdinand Denis, estudioso del acervo literario brasileño, y en base a uno de los ejemplares expurgados, publicó en 1864 la obra *Viaje al Norte de Brasil.*

Los franceses, empero, jamás reconocieron la legitimidad de las po-

sesiones portuguesas en tierras brasileñas. Por ello, en numerosas ocasiones, trataron de adentrarse en el país, intentando fundar extensiones, apéndices de la patria europea en el Nuevo Continente, bien en el sur, con la «Francia Antárctica», bien en el norte, con la «Francia Equinoccial». Esas dos grandes tentativas fracasaron. Puestos en fuga de Maranhao, dejaron definitivamente de constituir una amenaza para el Imperio portugués (y español también en esa época).

*El enclave holandés*

Concluida en 1620 la tregua de doce años con España, creó Holanda, en 1621, la Compañía de las Indias Occidentales, expresión con la que denominaban al continente americano. Dicha compañía no tenía otro objetivo que el de la apropiación de tierras y de productos económicamente rentables.

El primer punto elegido fue el de la ciudad de Salvador. El 9 de mayo de 1624 aparece en el puerto de Bahía una poderosa escuadra flamenca que, después de breves combates, logra apoderarse de la ciudad. Quienes lograron huir se concentraron luego para organizar la resistencia y, mediante las tácticas propias a la guerrilla, infligieron notables bajas a los recién llegados. España envía, entonces, una poderosa escuadra luso-española, al mando de don Fadrique de Toledo y Osorio, que cuenta a su vez con refuerzos llegados desde Pernambuco y con el decidido apoyo de los resistentes. El día primero de mayo de 1625 se rendían los holandeses.

La llamada «segunda invasión holandesa» tuvo mejor fortuna. Comenzada en 1630, no concluyó hasta 1654.

En esta ocasión el objetivo no fue sólo Bahía, sino Recife (¡y el azúcar!). Llegados en una flota de mayor poder ofensivo, los holandeses, en esta su segunda aventura, desembarcaron en Olinda con relativa facilidad. Desde ahí marcharon hasta Recife, que tomaron e incendiaron, no obstante toparse con la denodada resistencia de Matías de Alburquerque. Refugiándose en la localidad llamada Arraial do Bom Jesus, iniciaron los luso-brasileños una lucha de guerrillas que hubiera acabado con los flamencos de no ser por la ayuda que recibieran de un tránsfuga llamado Domingos Fernandes de Calabar, de Porto Calvo, que conocía perfectamente el territorio. En 1655, según Jônatas Serrano, «mandaban los holandeses desde Paraíba hasta Recife». La corte española se alarma ante los avances del invasor y resuelve ayudar en la guerra. Llegaron así a Bra-

sil, sucesivamente, refuerzos comandados por don Antonio de Oquendo, al mando de una armada luso-española, en 1631; por don Luis de Rojas y Borja, vencido y muerto en combate, en Mata Redonda, en 1636; y por don Fernando Mascareñas, conde de la Torre.

En 1637 llegó a Brasil el conde, de origen alemán, Joao Mauricio de Nassau, con la misión de gobernar lo que era el Brasil holandés. Su administración dio buenos resultados. Llevó consigo, o los mandó llamar a Europa, a pintores como Post, Wagener, Eckhout; a médicos como Willen Piso, a Marcgraf (médico y astrónomo), así como a Francisco Plante, teólogo y humanista. Levantó en una isla la ciudad de Mauricéia, comunicada con Recife por dos puentes que el tiempo aún no ha logrado destruir. Así se fundaba la «Venecia brasileña».

Recife fue reurbanizada; se abrieron calles y plazas nuevas, se cortó la ciudad con canales por donde discurrían canoas, botes y barcazas, «todo al modo holandés», dice Gonsalves de Melo (1960, p. 244). En 1639, la Cámara de los Escabinos, una especie de asamblea legislativa local, propuso que Recife pasara a denominarse, en lo sucesivo, Ciudad Mauricia, idea inmediatamente aprobada. En 1640 se produce la Restauración del Trono portugués, con la ascensión de la dinastía de Bragança, representada por don Joao IV. En 1641 Portugal firma con Holanda una tregua de diez años, por sostener que la guerra hasta entonces mantenida lo era, en realidad, entre España y Holanda. Ese acuerdo, que prácticamente reconocía los dominios holandeses en Brasil, fue refutado, sin embargo, por la conciencia nacionalista que ya tomaba cuerpo en Brasil y con la que Portugal no había contado. Gracias a los llamados insurgentes, y a la valiente insurrección pernambucana, fue por lo que se vieron los holandeses, de una vez por todas, obligados a abandonar Brasil. De ese momento épico nace la unión de las tres etnias básicas de la cultura brasileña: la del blanco André Vidal de Negreiros, la del indio Camarao y la del negro Henrique Dias.

Por diez veces intentó conquistar Bahía —aunque, según se dice, fuera contra su voluntad y encargado de ello por la Compañía de las Indias Occidentales— y por diez veces hubo de volver a sus bases. Por otra parte, su pregonada tolerancia para con los católicos y para con los judíos fue muy superficial, según el historiador Hélio Vianna:

> Tampoco fue Joao Mauricio, como erróneamente se ha dicho, tolerante en asuntos religiosos, y en especial con la religión católica, mayoritaria

> en la región por él ocupada. De forma interesada dio amparo a los judíos, que por ello le pagaban una contribución especial, al extremo de suscitar tal impuesto incomodo entre ellos *(op. cit.*, I, p. 164).

No olvidemos, de igual manera, que expulsó a los frailes benedictinos, a los franciscanos y a los carmelitas.

Cosa semejante sostiene Adalgisa María Vieira do Rosário:

> Mauricio de Nassau fue objeto de loas exageradas, ya que se tenía por hidalgo merced a ciertas cualidades que lo ponían por encima de algunos de sus antecesores, más modestos. Pero no fue, como lo demuestran sus actos, ni un administrador solvente ni un gobernante justo. Se trataba, sólo, de un hombre de inteligencia probada que, en su función de mercenario, procuró realizar la tarea a él encomendada de la mejor manera posible para servir a los intereses de la Compañía de las Indias Occidentales (1980, pp. 118-119).

Acaso fue por todo eso por lo que Nassau, en 1644, se vio obligado a dejar Brasil, con infinita tristeza.

Con la marcha de Nassau, y con la exacerbación de la revuelta pernambucana, el dominio holandés comenzó a mostrar síntomas de flaqueza. Muy pronto la corte portuguesa pasó a prestar un apoyo, si bien discreto, a los insurrectos, ayuda que se incrementó ante las perspectivas de una victoria final. La guerra entre Inglaterra y Holanda, declarada en 1652, favoreció aún más la causa lusitano-brasileña, y en 1654 los holandeses tuvieron que dejar definitivamente los territorios ocupados por ellos.

### *El influjo castellano*

En el siglo XVI, el prestigio político, social y cultural de España era mayor que el de Portugal. Las clases privilegiadas del Estado sufrían, en buena parte, un proceso de colonización española, en contraste con el sentimiento popular, claramente contrario a los castellanos. Era común, por ejemplo, que escritores portugueses se expresaran también en castellano. Con Pilar Vázquez Cuesta podemos dar los nombres que siguen, así como sus obras: poetas del *Cancionero General,* de García de Resende (1516); Gil Vicente, autor de algunos autos en castellano popular, más o menos impregnados de leonesismos debidos a Juan del Encina y a Lucas Fer-

nández, según Teyssier; otros bilingües, como Diogo Bernardes, en algunas poesías de su libro *Lima;* André Falcao de Resende; Jorge de Montemor, autor de varias obras en español firmadas como Jorge de Montemayor; Jerónimo Corte-Real, autor de una *Austriada,* en castellano... El propio Camoens no pudo escapar al influjo del castellano: Siete sonetos, doce redondillas y el llamado *Monólogo de Aónia* están escritos en esa lengua. «En fin, el cultivo del castellano se generalizó de tal manera en Portugal, por esa época, que resulta verdaderamente excepcional encontrar escritores que no sucumbieran, alguna vez, al menos, a usarlo. Prueba de ello es que Antonio Ferreira se vanagloria de su fidelidad a la lengua vernácula» (Vázquez Cuesta, *op. cit.,* pp. 48-49).

Repitamos, pues, una vez más, este terceto de Antonio Ferreira, escrito en una carta dirigida a Pedro de Andrade Caminha:

> Florezca, háblese, cántese, úsese y viva
> la portuguesa lengua, que ya por donde cual
> señora va, es soberbia y altiva.

En Brasil el influjo castellano fue mínimo. No se conocen poetas que publicaran obras en castellano, salvo el famoso autor de la isla de Maré, Manuel Botelho de Oliveira (1636-1711). El libro con el que accediera al Parnaso de las letras brasileñas fue el titulado *Música del Parnaso en cuatro coros de rimas portuguesas, castellanas, italianas y latinas,* que viera la luz en 1705. Las rimas portuguesas y castellanas, de entre las contenidas en dicha obra, son las que ocupan mayor espacio. El poeta, empero, se excusa en estos términos:

> El coro tercero, así como el cuarto, de las rimas italianas, al igual que ocurre en los coros de las rimas latinas, ha sido necesariamente abreviado porque aún este tipo de composiciones no pueden llegar a todos. De ahí que diera al conocimiento público unos pocos versos[2].

El buen dominio que Botelho de Oliveira tenía del castellano llama la atención del profesor Antenor Nascentes, que lo reseña especialmente en el prólogo escrito para la edición, por él preparada, de *Música del Parnaso:*

[2] Cito la edición de *Música del Parnaso* debida al profesor Antenor Nascentes, 1953, I, p. 10.

> Aunque conociendo bien el latín y los dos idiomas extranjeros, se nota claramente que conocí mejor el español que el italiano. Las rimas en la lengua del Dante son un tanto forzadas; el poeta no se desempeña con la misma naturalidad con que lo hace cuando usa la lengua de Cervantes (1953, I, X).

Apuntemos que Botelho de Oliveira acabó por escribir más en castellano que en portugués, como lo prueba que, además de lo que en esa lengua contiene el *Parnaso,* escribió dos comedias en castellano: *Hay amigo para el amigo* y *Amor, engaños y celos.*

Mayor fue el influjo del estilo castellano que el de la propia lengua en sí, en lo que a la literatura brasileña se refiere. Fijémonos, por ejemplo, en que los dos más grandes nombres de las letras brasileñas, en el siglo XVII, Vieira y Gregorio de Matos, hicieron una obra significativamente influida por Góngora, en el primer caso, y por Quevedo, en el segundo.

### *Las guerras en el sur del país*

Fue en el sur de la América portuguesa en donde, al fin, se encontraron los portugueses con sus rivales los españoles. En 1532, Martim Afonso de Sousa fundaba la villa de San Vicente, en el litoral, que hoy es Sao Paulo; en 1536 don Pedro de Mendoza funda Buenos Aires, en la margen derecha del Río de la Plata. La pugna entre ambas naciones, Portugal y España, proseguía, unas veces soterradamente y otras veces a las claras. Hasta que la unión de las monarquías ibéricas, en 1580, llevó una tregua. Con la Restauración portuguesa, en 1640, volvieron, sin embargo, los choques. En su avance hacia el sur fundaron los portugueses, en 1680, en el estuario del Plata, justo frente a Buenos Aires, la nueva colonia del Santísimo Sacramento. La colonia, en sí, iba a constituir el principal motivo de litigio entre las dos coronas. Protestaron los españoles, mas el Gobierno portugués, acogiéndose al tratado de Tordesillas, respondió diciendo que las tierras en litigio pertenecían, por derecho, a la Corona portuguesa. Reaccionaron violentamente los españoles, y no cejaron en su empeño hasta conquistar, en el mismo año de su fundación, la nueva colonia. Al recibir la noticia, el príncipe regente de Portugal, don Pedro, montó en cólera al punto de querer declarar la guerra, de inmediato, a España. Una serie de negociaciones diplomáticas lo evitaron.

Por otra parte, los conflictos suscitados con la sucesión a la Corona española, al fallecimiento de Carlos II, que no dejó sucesores directos, llevaron a Portugal a aproximarse en un principio a Francia, aunque, posteriormente, se aliara el país luso con Inglaterra, motivo por el cual se vio envuelto en la guerra anglo-española. Hubo un segundo enfrentamiento armado, a causa de la colonia brasileña, que fuera devuelta a los portugueses, pero, vencidos en esta ocasión, tuvieron que entregarla a sus vecinos del Río de la Plata. Con el final de la guerra se negoció un tratado, por parte de Portugal y de España, y la colonia, una vez más, volvió a manos portuguesas. Fue el tratado de Utrecht, de 1715. Poco después, un incidente diplomático causaría la ruptura de relaciones entre las dos naciones ibéricas, motivo del que se valió el gobernador de Buenos Aires para atacar entonces la colonia de Sacramento, aunque sin éxito. Y una vez Portugal y España resolvieron sus conflictos, se celebró en Madrid, en 1750, la firma de un nuevo tratado que trazaría fronteras nuevas al sur del continente americano. Desgraciadamente se incluyó una cláusula en dicho tratado que tendría lamentables consecuencias: La colonia de Sacramento pasaba a manos de España; a cambio, España cedía a Portugal los siete pueblos en donde se habían asentado las misiones que los jesuitas tenían en Uruguay. Según el tratado, tanto los jesuitas como los indígenas deberían abandonar el territorio transferido a la jurisdicción portuguesa y establecerse en dominios propios de la Corona española. Los indígenas se negaron a abandonar sus tierras y los jesuitas hicieron saber a las autoridades españolas lo muy difícil que les resultaba cumplir tan cruel disposición legislativa. De nada sirvió. Los indígenas guaraníes serían expulsados a la fuerza y, perseguidos cruelmente, tuvieron que esconderse en lo más profundo de la selva. El general Gomes Freire, que partiera de San Pedro, en el actual Río Grande del Sur, con el fin de pacificar la zona, adoptó una decisión inesperada: «No tomó posesión de las misiones y no entregó la colonia a los españoles» (Serrano, *op. cit.*, p. 242). En 1761, el convenio de El Pardo anulaba el tratado de Madrid. Pero se firmó un nuevo acuerdo en 1777, llamado de San Ildefonso: por el mismo se confirmaba la pérdida de la colonia de Sacramento, por parte de Portugal, país que, en esta ocasión, no recibía territorio de misiones alguno en compensación de la pérdida de la colonia de Sacramento. Un resultado nefasto para la diplomacia portuguesa.

De esta serie de luchas y negociaciones devino la expulsión de los jesuitas, ordenada por el marqués de Pombal, suceso de amarga trascen-

dencia para el desarrollo de la cultura luso-brasileña. La pugna, sin embargo, produjo también un fruto literario: José Basilio da Gama, antiguo discípulo de los jesuitas, que llegó a pertenecer a la Curia romana, donde tomó el nombre de Termindo Sipílio. Para escapar a la sospecha de jesuitismo, escribió un largo poema épico de cinco cantos, en versos blancos, titulado *El Uruguay,* en el que se refiere a las guerras de las misiones asumiendo una actitud contraria a los jesuitas. Dedicó el poema, por lo demás, a un hermano del marqués de Pombal.

No fue de las más brillantes la campaña de los portugueses en el sur del país. Pero todavía se extienden nuestras tierras desde Laguna a Chui. Las pérdidas de aquel tiempo no son cosa que aflija actualmente a Brasil.

### *El estado de Maranhao*

Según el historiador Hélio Vianna, fue la mejor comunicación marítima con Portugal lo que determinó la creación, en 1621, del estado de Maranhao, que comprendía las Capitanías de Ceará, Maranhao y Grao-Pará. Tengamos en cuenta, no obstante, que por Grao-Pará se entendía entonces toda la Amazonía brasileña. El nuevo gobernador llevaba autorización de la metrópoli para crear nuevas Capitanías hereditarias, y las creó hasta un total de seis. Por entonces, los holandeses procuraban expandir sus dominios hasta Maranhao y así fue como llegaron en 1641. Se hicieron fuertes en la isla de Maranhao, aunque la resistencia de los lugareños no decreciera jamás. Así es que, ya en 1644, se vieron obligados a retirarse de la posición conquistada por las armas. En 1677 se creó el obispado de Maranhao, dependiente de Lisboa, sin embargo, y no de Bahía. En 1682, la necesidad de traer esclavos al país llevó a la creación de la Compañía de Comercio del Estado de Maranhao. Dicha compañía debía importar cada año al menos quinientos esclavos negros y venderlos a los colonos a cien mil reales cada uno. Por otro lado, los jesuitas se oponían, casi encarnizadamente, a la esclavización de los indígenas. El padre Antonio Vieira, en la defensa de la libertad de los indios, hizo en Maranhao algunas de sus más memorables piezas oratorias. Todo eso molestaba al colono, ávido de enriquecerse prontamente. De ahí el éxito inicial de la revuelta organizada por Manuel Beckman (o Bequimao), colono rico e influyente. Beckman y sus asociados llegaron a deportar a las autoridades de San Luis y decretaron la abolición del monopolio, en contra de la Compañía de Comercio, así como la expulsión de los jesuitas.

Pero no contaban los rebeldes con el apoyo de Lisboa. En 1685 llegaba a San Luis un nuevo gobernador, Gomes Freire de Andrade, al que no costó mucho restablecer el orden. Desanimados, los rebeldes se entregaron. Beckman y Jorge Sampaio, su principal cómplice, fueron ejecutados.

Por las mismas fechas, y al norte, se abría la Capitanía de Grao-Pará, puerta de entrada a la Amazonía. Ahí, junto al fuerte de Presépio, nace en 1616 la futura ciudad de Nuestra Señora de Belén, que con el tiempo pasaría a convertirse en cabeza de la Capitanía. Al poco, la Capitanía de Maranhao fue perdiendo importancia en beneficio de la de Grao-Pará y, en 1737, se transfirió la sede del gobierno de San Luis a Belén. La Amazonía ya despertaba la codicia de las naciones extranjeras, por lo que tuvieron los portugueses que hacer frente a holandeses, franceses e ingleses. Tuvo lugar también un choque inevitable con los españoles, que desde el Pacífico querían conquistar las costas atlánticas. Los portugueses, entonces, decidieron proceder del mismo modo, si bien en sentido inverso. Tal era la misión de Pedro Teixeira, que, en 1637, inició la subida del Amazonas llegando hasta Quito, donde fue muy festejada su presencia. En el extremo norte lograron los portugueses mayores dones que los españoles, al contrario de lo que les aconteciera en el extremo sur: la mayor parte de la Amazonía pertenece hoy a Brasil. La región del valle amazónico, empero, era inmensa, selvática, atravesada por ríos caudalosos, batida por lluvias copiosas; así pues, habitarla, urbanizarla, era tarea hercúlea. Los colonos se dieron a la caza del indio, con distintos pretextos mas con la intención siempre de esclavizarlos, y los misioneros, como en otros lugares del país, se opusieron denodadamente:

> Contra ese movimiento despoblador mucho se opusieron los misioneros de distintas órdenes, principalmente los jesuitas, los carmelitas, los franciscanos y los mercedarios, que procuraron catequizar y dar cobijo a los indígenas, evitando así que fueran hechos prisioneros por las partidas de colonos (Vianna, *op. cit.*, I, p. 189).

En su afán de dar residencia a los indios, los misioneros consiguieron establecer puntos fijos para sus misiones, de los cuales se originarían los primeros poblados. Caio Prado Júnior afirma que «la infiltración por el valle del Amazonas se inicia abiertamente en la segunda mitad del siglo XVII. Tendrá como vanguardia a las órdenes religiosas, en particular las de los carmelitas y los jesuitas» (1974, p. 70).

El estado de Maranhao vería el fin de sus días en 1774.

Vemos, por tanto, que la división de Brasil en dos estados duró relativamente poco. Si bien el hecho de que existieran durante algún tiempo demuestra dos cosas: primero, lo vasto de la región, imposible de colonizar; y en segundo lugar, la vocación material y espiritual de las gentes de Brasil, que acabó por integrar lo que durante un tiempo se quiso separar. De cualquier manera, el extremo norte siempre ha sufrido de un relativo aislamiento. Esta observación ya se contiene en lo escrito por Caio Prado Júnior:

> Para completar este esbozo, a propósito de la distribución de la población brasileña, nos falta el extremo Norte, la gran tierra amazónica. No es sólo por una cuestión de orden y para facilitar la exposición del problema por lo que hablamos de este lugar de la colonia como región marginada. Es ello consecuencia de las propias características geográficas e históricas de tan enorme valle, que lo mantienen aislado del resto del país (1961, p. 62).

Tal aislamiento tuvo algunas consecuencias: Por ejemplo, y en lo que a su población se refiere, ni el blanco ni el negro fueron dominantes en la región donde, por consiguiente, aún se da el elemento indígena autóctono, principalmente en el interior. Veamos lo que dice, a este respecto, el historiador Ferreira Reis, cuando se refiere a la época pombaliana:

> Se contaba con el indígena, casi en exclusiva, como mano de obra. Tenido o no por esclavo, era él quien cargaba, quien remaba, quien hacía el servicio de la casa, el que recolectaba «drogas», el que servía para identificar las distintas variedades de la fauna y de la flora, el labrador, el soldado de choque de las unidades militares, etc. (Reis, en Holanda, org., 1960, I, p. 269).

Por ese motivo fue tan grande la influencia indígena, incluso en la lengua, en esa región amazónica. La ribera del río Negro conservó durante mucho más tiempo el uso de la «lengua general».

## Aspectos económicos

### *La agricultura*

En este segundo período, desde el punto de vista económico, ha de

hacerse notar el incremento de las labores azucareras así como el progresivo desarrollo de las pecuarias.

El historiador Hélio Vianna, en su *Historia de Brasil*, ofrece, en orden cronológico, las siguientes informaciones estadísticas respecto a la producción de azúcar durante el período colonial:

> Pero de Magalhaes de Gândavo, en 1570, registra sesenta ingenios de azúcar, desde Itamaracá a San Vicente, con una producción anual de setenta mil arrobas. Fernao Cardim, en 1583, habla de ciento quince ingenios y de una producción de trescientas cincuenta mil arrobas. Gabriel Soares de Sousa, en 1587, reduce el número de ingenios a ciento ocho, pero aumenta la producción hasta las cuatrocientas sesenta y seis mil arrobas.

En el siglo siguiente, en un libro de 1612, estima Hélio Vianna un total de ciento setenta y nueve ingenios azucareros. En *Cultura y opulencia de Brasil merced a sus drogas y a sus minas*, cuya autoría se debe al jesuita Joao Antonio Andreoni, que escribió con el seudónimo de André Joao Antonil, libro éste que citamos publicado en 1711 y luego confiscado por las autoridades, se da la información de que se contaban, «en el presente», un total de ciento cuarenta y seis ingenios azucareros en Bahía, doscientos cuarenta y seis en Pernambuco y ciento treinta y seis en Río de Janeiro. Y eso que el gran centro productor de azúcar fue, en realidad, el Nordeste[3], como ha estudiado minuciosamente Gilberto Freyre.

Desde luego, si algo caracterizó al siglo XVII colonial fue la enorme producción azucarera que floreció en Brasil. Así lo afirman varios autores:

> Dans cette situation le Brésil a une place privilegiée. Son expansion sucrière, plus tardive au XVIe. siècle que d'autres expansions, atteint au... XVIIe. son plein épanouissement (Mauro, 1970, p. 122).

Y según Caio Prado Júnior:

> Durante más de un siglo y medio la producción de azúcar, con las características ya señaladas, representará básicamente la única fuente de ingresos de la economía brasileña. Su importancia en el ámbito internacio-

[3] «El litoral Nordeste, de Paraípa a Sergibe, así como los contornos del Recôncavo Baiano, conforman las dos áreas más importantes y más antiguas» (Prado Júnior, 1961, p. 138).

> nal resulta considerable. Hasta mediados del siglo XVII será Brasil el mayor productor mundial de azúcar, y sólo entonces surgen competidores serios en las colonias de la América Central y en las Antillas (1974, pp. 38-39).

Es lo que históricamente se conoce como «ciclo del azúcar».

Otros productos menores son, en orden descendente, el algodón, el tabaco, el cacao, las frutas y las drogas de la Amazonía.

*La ganadería y la ocupación del interior*

No podemos precisar la fecha de llegada del ganado bovino al país, ya que, como sabemos, no existía en las tierras descubiertas. Debieron llevarse las primeras cabezas alrededor del año 1530, o acaso un poco antes, procedentes de Cabo Verde. Aquí se aclimataron sin problemas y en breve se multiplicaron. Antonil, en 1711, nos informa sobre el asunto hablando de un gran número de vacas en la zona de Bahía, pero sobre todo en Pernambuco. Eran centenas y centenas las cabezas de ganado que llegaban, al menos semanalmente, hasta los pastos que allí había. No tardaría mucho en suponer, la ganadería, una riqueza grande (incluso hasta nuestros días), y por eso hablan los historiadores, también, de un «ciclo del ganado».

De dos formas contribuyó el ciclo del ganado a la formación y el crecimiento de la nación brasileña. De una, permitió la deforestación y consiguiente repoblación de una parte de las tierras del interior. Los pastores necesitaban, para su ganado, trazar zonas de pasto para las bestias en cuyos límites crecían ciudades y se desarrollaba la agricultura. En 1701, por ejemplo, en un real decreto, determinaba la Corona que las zonas de pastoreo deberían hallarse, como poco, a diez leguas de donde estaban las dedicadas a los cultivos agrícolas, a fin de que las bestias no se comieran las mandiocas y otros frutos de la tierra (Goulart, 1965, p. 17). El Sertao, esto es, las tierras del interior, en gran parte adyacentes al río San Francisco (el río llamado «de la integración nacional»), pasaba así a formar parte del ecúmeno brasileño.

De otra parte, ese distanciamiento llevó a la necesidad de crear vías de acceso al interior, abriéndose por ello espacios y dándose facilidades al intercambio comercial entre el campo y la ciudad. Así lo expresa Capistrano de Abreu:

La cría de ganado vacuno se desarrolló primero en las inmediaciones de la ciudad de Salvador; la conquista de Sergipe se extendió hasta las márgenes derechas del San Francisco. En la otra margen el crecimiento fue mucho menor (1934, p. 140).

La gran repoblación de la zona, originada desde el nordeste, llegó a su auge en el siglo XVIII (Goulart, *ib.,* p. 18). Sin embargo, la cría de vacuno en el extremo norte data del siglo XVII:

Fue durante el discurrir del año 1644 cuando llegó a tierras de Santa María de Belén de Grao-Pará la primera manada de vacuno del extremo Norte. Llegaba, como las de San Vicente y Bahía, desde las islas de Cabo Verde (*ib.,* p. 28).

Pero la gran zona de la actividad ganadera y pastoril no sería sino la del centro y el oeste. Según Goulart:

Con la invasión ganadera del Centro y del Oeste, toda esa enorme región se transformaría en lo que aún en nuestros días es la mayor zona ganadera de Brasil, sustituyendo, en lo que a importancia y fuente de riqueza económica se refiere, al oro y a los diamantes, prontamentes agostadas sus minas. Toda la zona pecuaria del Centro y del Oeste, así como los Estados de Minas Gerais, Mato Grosso y Goiás, proviene de la explotación minera (*ib.,* p. 36).

El transporte de ganado hacia los centros consumidores creó, como ya se ha dicho, importantes vías de comunicación entre el litoral y el interior. «Si recorremos un mapa con los ojos, un mapa de las comunicaciones de nuestro país», dice Alípio Goulart, «vemos, no sin sorpresa, que en la mayoría de los casos los trazados ferroviarios, así como los de carreteras, siguen los viejos surcos abiertos en la tierra virgen por las patas de los bóvidos, por las macizas y pesadas ruedas de los vetustos carromatos» (*ib.,* p. 71).

Ese transporte de ganado corría a cargo de pastores *(boiadeiros),* que transitaban peligrosos caminos, leguas de tierra, recorridas durante arduas y penosas jornadas, así como durante largas noches, bajo la inclemencia del sol o bajo las lluvias torrenciales. Después vendían las cabezas de ganado en las ferias, importante centro de negocios y futuras simientes de nuevas ciudades.

Los bueyes se destinaban, principalmente, a la corte. Pero también servían a otros menesteres, tales como el arrastre de carros. Gilberto Freyre, en *Casa Grande y Senzala,* alude, con todo, a la deficiente alimentación de los brasileños durante el período colonial:

> Incluso en Salvador de Bahía, cuando era la ciudad del virreinato, habitada por muchos portugueses ricos y con extensas posesiones, ciudad de hidalgos y de clérigos, se daba entre sus gentes una pésima alimentación. Faltaba de todo: Carne fresca de vaca y de buey, carne de ave, leche, legumbres, frutas... Y lo que parecía de mejor calidad se hallaba en avanzado estado de putrefacción (1977, p. 140).

La verdad sea dicha, creemos que el eminente prócer pernambucano exagera en este caso, pues la explotación ganadera ya era considerable por aquel tiempo y el agro producía sin esfuerzo legumbres, verduras y frutas en cantidad suficiente como para satisfacer las necesidades de los habitantes. Véase, por ejemplo, lo que dice Antonil:

> En los días en que no está prohibida la carne, los habitantes se surten en la carnicería y en las haciendas y en los colmados de las propias villas; y los mismos negros, que son muchos en la zona, se nutren de víceras, bofe, tripas, sangre y otras partes de la res; incluso en el interior más recóndito la leche y la carne están al alcance de todos (1955, p. 246).

El propio Gilberto Freyre acentuó lo siguiente, acaso para paliar sus anteriores invectivas:

> El esclavo negro de Brasil es, a pesar de todas las deficiencias de su régimen alimenticio, el elemento mejor nutrido de nuestra patriarcal sociedad; seguro que es porque sus descendientes han conservado buenos hábitos alimentarios. De ahí, probablemente, que muchas de las mejores expresiones de belleza y virgor de nuestro país nos sean dadas por la presencia de los negros: Las mulatas, tanto como las criollas, los cabras de las haciendas, los fusileros de nuestros navíos, los capataces, los atletas, los estibadores de Recife y Salvador y los «jagunços» y «cangaceiros» del Nordeste (*op. cit.,* p. 45).

Además de los *boiadeiros,* Alípio Goulart enumera otros tipos sociales nacidos al amparo de la actividad pecuaria. Son éstos: el vaquero, un mestizo, desde el punto de vista étnico, hombre de complexión fuerte (un

«Hércules-Quasimodo», según la sintética descripción de Euclides da Cunha), que tiene a su cargo la protección de la manada, cuidado que se extiende al mantenimiento de la hacienda y de sus pastos; el peón que, a pesar de su nombre, también monta a caballo recorriendo de continuo la hacienda bajo las órdenes del vaquero, en su faena de cuidar y echar de comer al ganado; el bandido *(cangaeiro),* un hombre al margen de la ley, que penetra en las haciendas para robar, y que forma parte de la mitología popular brasileña por su presencia desde antiguo en la literatura de cordel; el cabra, un trabajador de las haciendas, del que se vale el «coronel», el colono, para eliminar a sus contrarios, por lo que goza de la protección última de las autoridades; el *jagunço,* que integraba una especie de «milicia» mantenida por el «coronel», y que peleaba ora por un jefe, ora por otro, vendiéndose al mejor postor en su condición de mercenario; el cantador, auténtica réplica colonial del menestral europeo, según dice Alípio Goulart, figura muy popular en el nordeste del país, donde, viola por delante, improvisaba versos que exaltaban las hazañas de sacerdotes, beatos y *cangaçeiros;* el curandero, una suerte de médico de los pobres, aunque no siempre, que reza, bendice y promete curar los males del cuerpo utilizando para ello pócimas y otros remedios caseros; el beato, figura mística y carismática, que se hacía pasar por monje, cuya indumentaria copiaba, para anunciar catástrofes y castigos divinos al tiempo que exigía al pueblo prácticas expiatorias de sus pecados; el penitente, una mezcla de ignorante y de fanático, que hacía promesas, algunas muy dramáticas y cruentas, como flagelarse en público, y que recorría las haciendas anunciando también la llegada de catástrofes y exhortando al castigo corporal.

La importancia de la cría de vacuno resultó ser tan enorme y relevante, en lo que a la configuración del sertao se refiere, que Capistrano Abreu, en *Capítulos,* llega a hablar de una «época del cuero» (p. 143).

No podemos olvidar, en lo que a la ganadería compete, la importancia del caballo. El vaquero, por ejemplo, recorría a caballo las muchas leguas de la hacienda, a fin de proteger a la manada y de velar por su alimentación. A lomos de asnos y de caballos era como mantenían los del interior su contacto entre el campo y la ciudad.

Sabemos que, en la época del Descubrimiento, no había caballos en las nuevas tierras descubiertas. Su llegada data de la primera mitad del siglo XVI. La utilidad del animal llevó a su cría y a su rápida proliferación. El ganado vacuno y el caballar permitieron, pues, y en gran medi-

da, un crecimiento enorme de la economía rural brasileña. Se atribuye al ensayista Afonso Arimo de Melo Franco la frase según la cual «dos orejas fijaron mejor el símbolo de nuestra nacionalidad que el lema *orden y progreso* inscrito en nuestra bandera». Y ello es así, evidentemente, porque mucho antes de la llegada del ferrocarril, gracias a la fuerza de burros y de caballos, pudieron trazarse las vías de comunicación con el interior, por donde iban y venían las conquistas de la civilización. Fueron las *tropas* de trabajadores, y sus capataces, los *tropeiros,* quienes llevaron al interior la cultura urbana recién llegada de Europa, asegurando, así, la continuidad y expansión de la lengua portuguesa.

En estas referencias a la conquista del sertao no podemos omitir la parte que cupo a los ríos, esos «caminos que andan». El historiador brasileño Sérgio Buarque de Holanda mucho se ha ocupado del asunto, además de muy bien, particularmente en su trabajo titulado *Monçoes* (1.ª edición, 1945).

*Monçao* es palabra de origen árabe que designa, a partir del primitivo sentido de «estación del año», un régimen de vientos favorables para la navegación. En Brasil, aplicando el término a la navegación fluvial, pasó a referirse no a los vientos sino a las aguas. Y en otro orden de cosas es término que se refiere también a los paulistas que, con la aparición de oro en los ríos Guiabá y Guaxipó, llegaban anualmente a la región por vía fluvial en viajes que podían durar hasta siete meses. «El monçao anual de canoas», dice C. R. Boxer, «solía partir de Porto Feliz entre marzo y mediados de junio, pues los ríos eran en esos meses más caudalosos y podían las barcas navegar mejor» (1963, p. 231).

Por tierra o por agua, a pie o a caballo, fueron los nordestinos, los portugueses y los paulistas alargando la extensión territorial de Brasil. Dice Sérgio Buarque de Holanda:

> Sea como fuere, no hay duda de que los que allanaron el centro de Brasil contribuyeron de manera inestimable a la unidad nacional del país. La experiencia de los prácticos, de los pilotos y de los proeles de las barcazas se debe, en gran medida, a la apertura de las comunicaciones regulares entre el Mato Grosso y el Pará, que así vieron florecer líneas comerciales regulares. Esa vía constituye, en realidad, una prolongación, en la dirección del extremo Norte, del viejo camino fluvial que avanza desde el Sur, desde la altiplanicie paulista. La función histórica de esa entrada de más de mil leguas, que abarca la casi totalidad del país, supera cualquier otra vía de circulación natural de nuestro territorio, sin excluir al mismísimo

> San Francisco, el por muchos llamado «río de la unidad nacional» (en Holanda, org., 1960, p. 321).

Pero si son los *monçoes* los que definen históricamente al XVIII brasileño, no conviene olvidar que, desde el Descubrimiento, comenzaron los colonizadores a aprender, junto a los indígenas, cómo vadear los ríos usando las típicas embarcaciones y pertrechos propios de la navegación fluvial. Son factores que concurren en la unidad y en la grandeza del territorio de Brasil.

## VIDA CULTURAL

### *La obra de los jesuitas*

Desastrosa resultó, para el fortalecimiento educativo de Brasil, la expulsión de los jesuitas de Portugal y de todos sus dominios y posesiones, orden de expulsión debida al marqués de Pombal en 1759.

En Brasil, el episodio de las «guerras guaraníes», en las que los indígenas rehusaban cumplir las órdenes de la Corona portuguesa y abandonar las misiones y aldeas levantadas por los ignacianos, provocó la animadversión de Pombal hacia los religiosos, acusándolos de instigar a la resistencia de los salvajes. En Portugal, el atentado contra la vida de don José I, en el que estuvieron envueltos el duque de Aveiro y el marqués de Távora, proporcionó al todopoderoso primer ministro la ocasión de asestar un golpe final a la Compañía de Jesús, a la que acusaba de complicidad en el regicidio. La terrible venganza del marqués, que torturó hasta la muerte a muchos jesuitas durante su viaje de retorno a sus países de origen, cuando no los enterró en vida en mazmorras infectas y pobladas por las ratas, es resumida convenientemente por el historiador Jônatas Serrano en su obra *Historia de Brasil;* sin embargo, y al margen de otras consideraciones, es cierto que tampoco mostró Pombal destreza ni cualidades en la organización administrativa y, en lo que a Brasil se refiere, sus actuaciones resultaron funestas. Así lo cuenta Hélio Vianna:

> La acusación más grave que pueda hacerse a la política pombaliana se refiere a la expulsión de los jesuitas de Portugal y de sus dominios del ultramar, a despecho de todos los servicios prestados por los religiosos, principalmente en el apaciguamiento y conversión de los indígenas, así como

en la enseñanza de los hijos de los colonos en sus reputados colegios, en sus escuelas para el aprendizaje de la lectura y de la escritura, etc. (*op. cit.*, I, p. 334).

La expulsión de los jesuitas, que eran también los mentores del sistema educativo portugués, desarticuló la enseñanza en la metrópoli. Dice Albert-Alain Bourdon:

> La expulsión de los jesuitas planteó bruscamente el problema de la sustitución de los principios educativos del país. Improvisando una reforma, Pombal aprovechó para imponer los métodos sustentados por Verney. A partir de junio de 1759, una orden hablaba de la creación de *escuelas regias* en todo el reino, en las que se enseñaría latín, el griego, el hebreo y la Retórica. Pero debido a la falta de maestros sólo funcionaron las escuelas de las grandes ciudades (1973, p. 109).

En relación con Brasil, tomamos la autorizada palabra de Raymundo Muniz de Aragao, antiguo ministro de Educación y Cultura:

> Decretada la expulsión de la Orden, clausurados sus establecimientos educativos, nada, o muy poco, hizo el Gobierno portugués por llenar el vacío existente. Fue preciso que pasaran tres lustros para que aquí volvieran a surgir escuelas primarias y de enseñanza media —en contraste con el curso de Humanidades de los jesuitas, perfectamente estructurado—, si bien adscritas al régimen de las *aulas regias*, un sucedáneo miserable, inorgánico, ineficaz y fariseo. De la enseñanza técnica no se volvió a hablar. La Metrópoli, empobrecida y distante, no tenía elementos para promover, y hacerla observar en la Colonia, la reforma que decretara (en Diégues Júnior, coord., 2, 1976, p. 319).

Son muchos los testimonios sobre el mismo asunto. El del profesor Newton Sucupira, por ejemplo, que durante varios años perteneció al Consejo Federal de la Educación:

> En Brasil, de donde fueron expulsados en 1759, los jesuitas mantenían una eficaz organización escolar, compuesta por diecisiete colegios donde se otorgaban títulos de Bachiller y de maestría en Artes, sin contar los centros menores y las escuelas de primera enseñanza, distribuidas por las aldeas y poblaciones donde había casas de la Compañía de Jesús. Toda la enseñanza secundaria y superior se concentraba, por así decirlo, en las

manos de los religiosos, y es fácil suponer, por ello, que la expulsión de los mismos, y el precintado de sus centros, asumiera las características de una grave crisis. Se trataba de todo un sistema escolar, altamente cualificado, que desaparecía de un día para otro y dejando un vacío inmenso en la educación colonial. Para sustituirlo, las reformas pombalianas dieron en considerar la figura de las *aulas regias,* que, a no mucho tardar, se revelaron como ineficaces para asegurar la continuidad de los estudios al mismo nivel que los estableciera la Compañía (*ib.,* p. 356).

Y, para acabar con las citas, esta del profesor Pedro Calmon, que fue durante muchos años rector de la Universidad Federal de Río de Janeiro:

Cerrados los cursos, dispersos los estudiantes, repatriados los profesores (en el destierro, oráculos melancólicos de las libertades abolidas, de las vivencias experimentadas en tierras americanas), bien podemos hablar de retroceso en Brasil; al mismo tiempo que, en la Metrópoli, se hablaba de la *buena razón* culta. Para Brasil fue un período oscuro en el que la enseñanza se producía en ciertos conventos, a la espera de las aulas regias que se prometían con la nueva articulación de los estudios, encargada al fluminense Rector Don Francisco de Lemos (*ib.,* pp. 350-51).

La educación en Brasil sufrió, por tanto, un abandono total con la expulsión de los jesuitas, que tenían a su cargo, prácticamente, la enseñanza de la colonia americana. Pasando a la tutela del Estado, el sistema educativo se alteró abruptamente para introducirse en una nueva filosofía pedagógica. Hubo, pues, desde 1760 en adelante, un retroceso. ¿Cuánto duró? Es difícil de calcular. Todavía el progreso económico de la colonia, y la explotación del oro, trasladaron desde la vida urbana a las Minas Gerais un cierto flujo intelectual, manifestado en lo que llamamos «Escuela Minera», ya en la segunda mitad del XVIII. Otro signo del descabalgamiento cultural del sentido norte-sur lo tenemos en la transferencia hecha de la capitalidad del Estado de Brasil, que pasó de la ciudad de Salvador, en Bahía, a Río de Janeiro. Fue en 1763.

III

# EL NEGRO. EL TRÁFICO DE ESCLAVOS. LENGUA Y CULTURA

### *Razones coyunturales del tráfico de esclavos*

La llegada de los africanos a Brasil se debió, como se sabe, a razones estrictamente económicas.

La primera fuerza de trabajo fue la aportada por los indígenas. Ayudaban en la caza y en la pesca, en el transporte de la madera, en las travesías fluviales, en la extracción del palo de Brasil. Pero al poco tiempo comenzó a urdirse la malla económica de la colonia. Se construían los primeros ingenios azucareros. Una de las primeras providencias de Martim Afonso de Sousa, llegado al país en 1532, fue la de ordenar la construcción, en la isla de San Vicente, de la Capitanía hereditaria del mismo nombre de un ingenio azucarero. También Duarte Coelho, dignatario de la Capitanía de Pernambuco, o Nueva Lusitania, dio inicio al cultivo de la caña de azúcar que encontró ahí un clima y una tierra ideal para ello. El éxito del cultivo fue tan grande que en una carta fechada en 1585 (la primera de su *Narrativa Epistolar*), el padre Fernao Cardim dice esto:

> La tierra es toda llana; el servicio de las haciendas se hace en carretas; la fertilidad de los cañaverales es incontable. Hay sesenta y seis ingenios, cada uno de ellos al máximo de su capacidad productiva; algún año ha habido en el que se han llegado a cosechar hasta doscientas mil arrobas de azúcar, y no pueden acabar los ingenios con la caña pues brota casi al día siguiente; y aunque vinieran cada año cuarenta navíos a Pernambuco, para llevársela, no podrían con todo el azúcar que se produce; es tierra, además, favorable para la cría de las vacas, de los puercos, de las gallinas, etcétera (1980, p. 164).

Para una labor agrícola de más envergadura, el indio se mostró in-

capaz. Acostumbrado a una vida nómada no podía someterse al riguroso horario de las labores. Era mejor volver a la selva, donde la libertad se confundía con una intimidad en la naturaleza y con ella. Caio Prado Júnior comenta al respecto:

> Al margen de la resistencia mostrada ante las tareas del campo, el indio no era buen trabajador debido a su poca resistencia física. Jamás hubiera podido llevarse a término una empresa colonizadora a gran escala con su concurso. Ahí tenemos el ejemplo de la Amazonía, donde la colonización quedó prácticamente estancada al no llevarse a la zona otro tipo de trabajador (1974, p. 36).

La solución sería recurrir a la esclavitud de los negros africanos. Prosigue Caio Prado Júnior.

> Aquí será el negro africano fundamental para resolver el problema del trabajo. Los portugueses estaban bien preparados para sustituir a los indios por los negros: Ya desde mucho antes, desde mediados del xv, traficaban con negros capturados en las costas de África, que llevaban a Portugal para ser empleados en ocupaciones diversas: servicio doméstico, trabajos pesados en las ciudades y también en la agricultura. Eran utilizados los africanos, igualmente, en las islas de Madeira y de Cabo Verde, territorios colonizados por los portugueses en la segunda mitad del xv (pp. 36-37).

Hay que referirse también a otro factor de importancia: la fuerte oposición de los jesuitas a la esclavitud de los indios.

*Inicios del nefando comercio*

La fecha precisa de la llegada de los primeros grupos de esclavos africanos a Brasil no puede establecerse con certeza. Nina Rodrigues, uno de los grandes estudiosos de la cultura negra de Brasil, apunta:

> Es ocioso discutir sobre la fecha precisa en que comenzaron a llegar los negros a Brasil, pues desde casi medio siglo antes databa el comercio de esclavos en Europa, y Portugal era su punto de partida (*op. cit.*, p. 32).

Luiz Luna, apoyándose en los informes del doctor Jaguaribe Júnior, refiere que «los primeros esclavos desembarcados en Brasil fueron traí-

dos en una nave, de propiedad de Jorge Lopes Bixorda, que en 1512 llevara desde aquí varios indios para venderlos en el mercado de Lisboa» (1976, p. 22).

Vemos, pues, que antes de ser traídos a Brasil, los negros ya eran llevados a Portugal. Perdigao Malheiros afirma taxativamente:

> Lo cierto es que en aquel tiempo ya solían entrar en Portugal, anualmente, setecientos u ochocientos negros. Portugal y España vieron inundados sus mercados de africanos; Sevilla, sobre todo, y Lisboa, eran sedes del abominable tráfico. Posteriormente, en 1539, había en Lisboa del orden de diez a doce mil esclavos (1976, II, p. 24).

Por tanto, como subraya Nina Rodrigues, la esclavización del negro en Brasil es contemporánea a su colonización.

Otros aspectos relacionados con este asunto son los referidos a la importancia de las tradiciones étnicas, las lenguas y demás, así como el número de los esclavos llegados al país. Según Boxer:

> El grueso de los esclavos capturados por los portugueses en el África occidental provino de Guinea y casi todos pertenecían a la etnia sudanesa occidental. El centro de la caza se desplazó posteriormente hacia el Sur, hacia las regiones bantú del Congo, y luego de la fundación de la ciudad de Sao Paulo de Luanda, en 1575, hacia el territorio de Angola, que a su vez se extendería hasta el de Benguela (1963, p. 22).

En *El negro en Bahía,* Luiz Viana Filho ve el tráfico de esclavos en Bahía como un proceso establecido en cuatro ciclos, al primero de los cuales denominó «ciclo de Guinea».

Conviene decir, sin embargo, que el término «Guinea» no designaba entonces el mismo espacio territorial africano de nuestros días. Viana Filho, citando a Eliseo Reclus, observa que, por Guinea, los navegantes portugueses comprendían todo el conjunto del África occidental, desde el Senegal al Orange. Y concluye que, en lo que se refiere al tráfico de esclavos en el XVI, debe tomarse en tal sentido la alusión a Guinea.

El mismo autor distingue cuatro ciclos sucesivos en lo que a la llegada de esclavos a Bahía se refiere (lo que, me parece, puede extenderse de manera general a todo Brasil): I) ciclo de Guinea (siglo XVI); II) ciclo de Angola (siglo XVII); III) ciclo de la Costa de Mina y el golfo de Benim (siglo XVIII hasta 1815); IV) última fase: la ilegalidad (1816-1851). (*op. cit.,* p. 8).

Pierre Verger mantiene los cuatro ciclos en cuestión, si bien introduciendo leves modificaciones; a saber: I) ciclo de Guinea (segunda mitad de XVI); II) ciclo de Angola y del Congo (siglo XVII); III) Ciclo de la Costa de Mina (los tres primeros cuartos de siglo del XVIII); IV) ciclo de la bahía de Benim, incluyéndose el período del tráfico clandestino (1770-1850).

Como vemos, muy leves diferencias.

Sin embargo, el tráfico de esclavos ya tuvo sus inicios en la primera mitad del siglo XVI, y adquirió un ritmo mayor en la segunda mitad del mismo siglo. Eso es lo que afirma Maurício Goulart:

> Así, el tráfico de negros hacia Brasil se intensifica, realmente, hacia 1550, cuando la Metrópoli portuguesa hace llegar una partida de africanos a la nueva ciudad de Salvador, «para repartirlos entre sus moradores, descontándose su valor de los sueldos». Es esa la primera vez en que el negro desembarca en Brasil como mercancía, que llega destinada a los puertos de nuestra colectividad (*op. cit.*, p. 99).

### *Las etnias*

En cuanto a las etnias, ya hablamos algo en el capítulo anterior.

Cabe hacer la distinción más importante entre negros sudaneses y negros bantúes. Los sudaneses procedían del África superecuatorial y los bantúes del África meridional. Es tradición que la mayoría de los negros trasladados a Brasil pertenecían al grupo étnico bantú. Sin embargo, Nina Rodrigues se muestra disconforme:

> La creencia dominante de los antropólogos patrios es que fueron bantúes los pobres negros que colonizaron Brasil. Y es un error en el que caen tanto etnólogos como literatos e historiadores (*op. cit.*, p. 38).

Y añade más adelante:

> Por muy numerosa que hubiera sido la importación de negros desde el África austral, el vasto grupo étnico de negros de lengua *tú*, o *bantú*, no fue superior al de los negros sudaneses, a los que cabe atribuir, por lo demás, el primer orgullo de raza negra que despertó en nuestro país. Fueron los negros sudaneses quienes antes que otros se reafirmaron en su raza y en sus tradiciones (p. 40).

Todos sabemos que las informaciones estadísticas de que disponemos no son en exceso fiables, sobre todo si tenemos en cuenta la destrucción de los archivos nacionales en los que se daba cuenta de documentos vergonzosos a propósito de la esclavitud. Fue el ministro de Finanzas, el consejero Rui Barbosa, quien ordenó la destrucción de muchos documentos, a fin de que ignorásemos cuán despiadada fue esa parte de nuestra Historia. Bien podemos hablar de «la desaparición de colecciones completas de periódicos de la época, editados en Bahía durante la segunda mitad del XIX», o de que «al investigador se le oculta una buena cantidad de información», como lamenta Pierre Verger (*op. cit.,* p. 17).

Son de este mismo autor las siguientes consideraciones:

> Hicimos una estadística con las informaciones obtenidas en la revisión de doscientos veintiún inventarios, que tratan de la tutela de menores en casos de herencia, documentos que datan del 15 de diciembre de 1737 al 4 de junio de 1841, fechados en la Villa de San Francisco y en los alrededores de Bahía. No hay rastro alguno de nagô-iorubás, hasta comienzos del XIX y los ussás no aparecen sino hasta el 1808. Los daomeanos, por el contrario, se registran, bajo el nombre de jejes, desde los inicios del registro (*ib.,* p. 15).

Sí podemos suponer que la masiva llegada de sudaneses a Brasil tuvo lugar (sobre todo en Bahía y en Pernambuco) tardíamente. También aventuraremos que, si no superaron, sí igualaron, al menos, la cantidad de negros bantúes que ya había en nuestro país. Para algunos autores, no obstante, hay algo de cierto en la afirmación de que los bantúes fueron no sólo de los primeros en llegar, sino quienes lo hicieron en mayor número.

Artur Ramos, por ejemplo, habla de un exclusivismo bantú contra un exclusivismo sudanés. Y comenta lo que sigue:

> Esto es consecuencia de lo que dijera el profesor Nina Rodrigues, que inició sus estudios de etnología comparada, en Bahía, para identificar a los grupos de negros sudaneses de aquel Estado. Nina Rodrigues desconocía, empero, la población negra de otros puntos de Brasil, y por ello cayó en otro exclusivismo, el sudanés, que ahora sus discípulos corrigen apresuradamente (1979, p. 186).

Esas son las dos bases étnicas principales del origen de la población

negra en Brasil, con preponderancia del grupo bantú, a nuestro entender. Maurício Goulart, por su parte, afirma que el tráfico de esclavos se produjo fundamentalmente en las dos grandes regiones de la costa africana: Costa de Mina y Angola.

> De cualquier modo, y por seguir con la creencia común (Costa de Mina, y su principal puerto Ajudá, y con sus límites establecidos en Cabo del Monte, o Lopo Gonçalves; Angola, a continuación, con sus tres puertos, Congo, Luanda y Benguela, extendiéndose hasta Cabo Negro), puede afirmarse que de esas dos regiones, sobre todo en los siglos XVIII y XIX, procedía la casi totalidad de los esclavos desembarcados en Brasil (1975, p. 186).

Artur Ramos prefiere agrupar las etnias importadas en grupos culturales. A saber: a) culturas sudanesas; b) culturas guineano-sudanesas-islamizadas; c) culturas bantúes. Al grupo a) pertenecen, a su vez, entre otros, los nagôs, los jejes, llegados de Dahomey, y los fanti-achantis, grupos de la Costa de Mina; al grupo b), los peul, o fulas, los mandingas, los haussás; al grupo c), una serie innumerable de tribus angola-congolesas y del interior de África (*op. cit.*, pp. 186-187).

*Cantidad de esclavos*

Fue grande la cantidad de esclavos que llegaron a Brasil durante el período colonial e incluso en el siglo XIX. Pero las estadísticas, una vez más, resultan precarias y no podemos establecer un número exacto, debido, entre otras causas, a la quema de archivos para borrar el baldón de la esclavitud, a la que ya se ha aludido. Los investigadores, de todas formas, en su afán de reconstruiir el pasado, recurren a las informaciones de los periódicos de aquel tiempo. Pero hay un gran campo para la conjetura.

El siglo XVI es, acaso, el más conocido en lo que a la esclavitud se refiere. Acostumbramos a citar unas informaciones de Anchieta, a propósito de que, en 1585, había en la colonia catorce mil esclavos negros, de los cuales diez mil habitaban en Pernambuco, tres mil en Bahía y el resto en Río de Janeiro[1]. Cosa que viene a confirmar el padre Fernao Cardim, en su *Narrativa Epistolar,* al atribuir a la ciudad de Bahía «tres o

[1] *Apud* Mendonçà, 1973, p. 20.

cuatro mil esclavos de Guinea». Eso, como dijimos, en 1585. Luiz Viana Filho, que estima la importación de esclavos según los ciclos que estableciera para el estudio de la misma, considera «bajos» los números referidos a Bahía. «No deberían ser menos de siete mil, cifra de todas formas insignificante si la comparamos con la de los siglos siguientes», afirma (*op. cit.*, p. 30). Más adelante se pregunta: «Pero, ¿cuántos fueron traídos desde África en las seis décadas anteriores?» Y se responde:

> Admitiendo que, de media, habitase en Bahía una población negra de tres mil almas, cifra nada exagerada, nos sale veintiún mil esclavos africanos. Podemos calcular, pues, en unos veinte mil el número de «lunares» que el siglo XVI nos trajo desde África (*ib.*, p. 30).

Luiz Luna es más cauto:

> Entre los finales del XVI y los comienzos del XVII, la población de Brasil se estimaba en unos cuarenta mil habitantes, siendo diez mil portugueses, veinte mil indios, diez mil negros y cinco mil mamelucos (mestizos de indio y portugués). A esas alturas, ya debería conformarse otro grupo étnico, el de los mulatos, resultado del cruce entre blancos y negros (1976, p. 23).

Por su parte, el historiador Hélio Vianna presenta otro cuadro demográfico:

> En lo que al total de llegadas de esclavos a Brasil se refiere, los cómputos más recientes y estimables, debidos al historiador Alfonso de E. Taunay, que desecha datos de Rocha Pombo, Pandiá Calógeras, Pedro Calmon y Roberto C. Simonsen, son los siguientes los esclavos traídos a Brasil a lo largo de los siglos (*op. cit.*, I, p. 260).

Fijaremos, pues, el número de esclavos en este total aproximado de tres millones y medio. En cuanto a su distribución a lo largo de los siglos, conviene citar los datos que aporta el eminente antropólogo de Bahía Thales de Azevedo:

> Podemos hacernos una idea del ritmo que se imprimiera al tráfico de esclavos considerando que, de acuerdo con varios estudiosos, cerca del año 1600, cincuenta años después de iniciada la importación de africanos, la

> población negra del país era de menos de treinta mil, aunque setenta u ochenta mil fueran cautivos embarcados de Angola entre 1575 y 1591. A mediados del siglo XVII las estimaciones más generosas elevan a cincuenta mil la cifra de esclavos, de los que eran africanos más de dos tercios de los mismos. En el año 1700 había, aproximadamente, cien mil esclavos africanos y criollos, debiendo darse, para ello, una importación de cuatrocientos a quinientos mil. El siglo XVIII asistió a un crecimiento importante del ritmo del tráfico. Llegaron a Brasil unos dos millones de negros. Un censo de 1798 demuestra que la población de Brasil se componía de un millón diez mil blancos, doscientos veintiún mil esclavos mestizos, doscientos cincuenta mil indios civilizados y un millón trescientos sesenta y un mil negros, además de cuatrocientos cinco mil indios sin civilizar. Para 1850 era ya de tres millones el total de negros esclavos en una población de siete millones. El total de los llegados a Brasil, entre 1800 y 1851, cuando acabó por completo el tráfico, fue de más de un millón, contando que al menos la mitad llegó ilegalmente. En los trescientos años anteriores habían llegado unos tres millones (en Diégues Júnior, coord., 1, 1973, p. 67).

La anterior es una cita quizá excesivamente larga, pero que se justifica merced a los datos de Thales de Azevedo.

## Lengua y cultura

### *El nivel cultural*

En lo que a la extracción cultural se refiere, es costumbre asignar superioridad a los sudaneses en detrimento de los bantúes. Nina Rodrigues, por ejemplo, es taxativo:

> De entre los negros importados, si no de manera numérica, pero sí al menos de forma predominante, era de mayor importancia la aportación intelectual y social de los sudaneses (*op. cit.*, p 63).

El mismo autor destaca la mayor valía de los fulas y de los haussás, negros islamizados, así como la de los mandingas y los peul, de ascendencia camito-semítica y también de cultura mahometana; en Brasil se les conoce con el nombre de *malês*[2]. Dice Nina Rodrigues que no hubo

[2] «Durante el período de la esclavitud se llamaba "nuevo", o "bozal", al negro recién llegado de África, atónito ante el tipo de sociedad con que se topaba aquí, e inca-

boçais, sin embargo, entre los haussás llevados a Brasil. Y también informa que:

> El islamismo se constituyó en una secta poderosa: vinieron los que enseñaban la palabra del Profeta, los que enseñaban a leer en árabe el Corán, que también llegó con ellos, y los que hacían proselitismo (*ib.*, p. 71).

Comprobamos, por tanto, que no todos los negros víctimas del tráfico de esclavos eran analfabetos. Fueron precisamente los haussás quienes alentaron a la insurrección de los esclavos en el siglo XIX.

Debemos distinguir, pues, dos culturas principales negras de entre las llegadas a Brasil: la guineano-sudanesa, en la que se incluyen las tribus islamizadas; la otra, por supuesto, es la congo-angolana, de origen bantú. La primera tenía por lengua el *nagô,* o *iorubá,* y la segunda el *quimbundo.* De las dos, la primera es tenida como de raigambre cultural superior. Artur Ramos dice que la cultura iorubá era «la más adelantada de entre las culturas negras puras introducidas en Brasil» (1979, p. 201). De esa cultura muchas cosas sedimentaron en la vida brasileña: Los candomblés de Bahía, mezcla de culto religioso y de fiesta, así como un buen número de tradiciones culinarias en las que predominan como ingredientes la gallina y el camarón. En lo religioso, el sincretismo: Oxalá (señor de la buena muerte), Changó (Santa Bárbara), Ogum (San Antonio, en Bahía, y San Jorge, en Río de Janeiro), Olorum (el cielo), Ibeje (los gemelos San Cosme y San Damián), Iemanjá, tenida como «madre de las aguas» y también por «Nuestra Señora», en varias oraciones, y festejada en Bahía el 2 de febrero, día que se dedica a Nuestra Señora del Rosario. En lo folclórico (a los cantos populares se los denomina como *alôs*), en las artes, en la música, en el vestido (el «ala de la Bahía», brazaletes multicolores, manguitos redondos y vistosos, son parte fundamental en el vestuario de las «escolas de samba» del carnaval carioca), tenemos una bien honda raigambre africana.

De la cultura bantú es buena muestra la tradición africana difundida en Río de Janeiro. En el campo de las creencias podemos citar la macumba, frecuente en el campo y también en la ciudad, principalmente

paz de hacerse comprender en su lengua natal, además de llevar en el rostro las marcas propias a su etnia o a su tribu» (Edison Carneiro, 1964). Al negro «bozal» se opone el negro «ladino», ya culturizado o en proceso de asimilación.

en los suburbios, aunque tampoco sea extraña su presencia en la zona sur de la ciudad, la zona noble, mayoritariamente poblada por blancos. De entre los instrumentos musicales, tenemos los tambores y las cuicas, de donde derivan las baterías de las «escolas de samba», el birimbao, con el que se acompaña el juego de la *capoeira,* una forma de lucha que exige gran agilidad y que podemos comparar al karate japonés o al jiujitsu chino, y otra buena cantidad de instrumentos de percusión. Tradiciones totémicas perviven en los ranchos, en los festejos de carnaval y en los *maracatus* del nordeste, fiestas que allí se hacen merced a otra tradición, la del mutirao, una suerte de trabajo colectivo, no remunerado, realizado en virtud de una obra necesaria, de simple solidaridad humana o para recaudar fondos a fin de celebrar el *maracatu.*

Refiriéndose a la cultura económica de los negros africanos, y comparándola con la de los amerindios, así se expresa Jorge Cortesao:

> Conocían el uso de los metales, que utilizaban, y sabían manipular el cobre y el oro. Algunos pueblos de la costa occidental africana poseían, igualmente, industrias desarrolladas de tejidos de algodón y de palmera, que utilizaban como adorno y vestuario. Su modo de producción, era, pues, mucho más avanzado que el de los tupis. Si a eso añadimos que en toda África se daba un gran comercio de pueblo a pueblo, utilizando conchas a manera de moneda, por ejemplo, además de estableciéndose el trueque, ya hemos dicho bastante para aquilatar el grado superior de la cultura económica de los negros africanos en comparación con el de los amerindios, a los que también superaban en lo que podemos llamar manifestaciones o culturas artísticas (1969, p. 267).

Concluiremos esta breve muestra de comentarios sobre el estadio cultural de los pueblos africanos llegados a Brasil durante la esclavitud, con las siguientes afirmaciones de Artur Ramos:

> Las culturas negras, en contacto con las culturas blancas, no sólo aceptaron los patrones culturales de los blancos y se adaptaron a los mismos, sino que prestaron a las culturas blancas muchos de sus propios elementos. Ya hemos estudiado lo que concierne a la religión y al folclore. Otros lo hicieron en lo que se refiere a la lengua. Pero los estudios deben ser mantenidos en todas las direcciones de la manifestación social y del comportamiento cultural de los miembros de unas y de otras culturas (1979, pp. 247-48).

*Las lenguas africanas*

Por lo que ya quedó dicho, es fácil resumir diciendo que las lenguas africanas llegadas a Brasil pertenecen a los habitantes de la zona de influencia guineano-sudanesa (Bahía) y de la congo-angolana (al norte y al sur de Bahía). Sin embargo, esa partición geográfica no resultó impermeable, sino todo lo contrario. Según los estudiosos, hay muchas afinidades entre las lenguas africanas, lo que abunda en la tesis de un pasado común a los pueblos negros.

Nina Rodrigues, en su ya clásico estudio *Los africanos en Brasil* (1.ª ed., 1932), daba como lengua cuya existencia en el país se demostraba en documentos todas las del grupo sudanés: *nagô* o *iorubá, jeje, haussá, canure* y *tapa;* las menos importantes son las dos últimas. El *haussá* tuvo gran relevancia, aunque fuera de Brasil. Nina Rodrigues cita a Hovelacque, para quien el *haussá* era la «lengua del Sudán». Eliseo Reclus observa que, más simplemente, ya era llamado sudanés el idioma. Siendo la lengua de los negros «convertidos al Islam, y sabiendo leer y escribir en árabe, representaban el elemento más intelectual de la masa de esclavos africanos llevada a Brasil», comenta Nina Rodrigues (1935, p. 213). De ahí su extrañeza: «No es fácil comprender cómo una lengua tan dotada pudiese acabar siendo suplantada en Brasil por el *nagô,* que sería en definitiva la lengua general de los esclavos». A su tiempo iremos viendo dicho proceso. Nina Rodrigues aventura la posibilidad de que, habiendo sido escrita por los negros musulmanes en caracteres árabes, cayera prontamente en desuso hasta desaparecer, sin dejar rastro en nuestros días.

Ocupémonos del *nagô,* pues, que fue durante mucho tiempo la lengua popular de los sudaneses de Bahía. Nina Rodrigues afirma:

> La lengua *nagô* es hablada mayoritariamente en Bahía, sea por los negros viejos, de todas las nacionalidades, sea por los criollos y los mulatos. Cuando en este Estado se afirma que cierta persona habla la lengua de la Costa, entendemos que se refieren al *nagô (ib.,* p. 201).

El propio Nina Rodrigues reconoce, en cierto modo, que su afirmación merece algunos peros, pues añade el siguiente comentario:

> Es conocido que la importancia de la lengua *nagô* en Bahía se ha sobrevalorado. Cuando por el año de 1899 llegaron a esta ciudad los misio-

neros católicos que recorrían Brasil buscando donativos para sus catequesis africanas, se les aconsejó dirigirse a la ciudad en donde los negros hablaban *nagô*. Sólo algunos curiosos se reunieron en la iglesia para escuchar el sermón que diera el padre Coquard en esa lengua, el día 4 de enero (*ib.*, p. 202).

Vemos que el «exclusivismo sudanés», al que hace alusión Artur Ramos para hablar de la obra de Nina Rodrigues, queda, pues, atenuado. De lo que deducimos que en Bahía hubo, en efecto, influencia bantú, y no pequeña. Luiz Viana Filho, por ejemplo, refiriéndose a Nina Rodrigues, afirma que «llevado por las investigaciones hechas sobre las religiones en Bahía, llega a la conclusión de que los pueblos sudaneses predominaban en los aspectos culturales, mientras Artur Ramos afirma que Bahía fue, únicamente, un punto de llegada de esclavos sudaneses» (1976, pp. 123-24). Viana Filho da su opinión sobre la disputa:

> Ambas conclusiones quedan arrumbadas por el análisis histórico del problema, y también por los estudios que actualmente se hacen sobre el culto religioso de los habitantes negros de Bahía (*ib.*, p. 124).

La verdad es que en Bahía hubo negros sudaneses, pero también los hubo bantúes, y en gran número. Por otra parte, los negros bantúes, mayormente los angoleños, se mostraron más receptivos al proceso de asimilación cultural y a la convivencia con los blancos y con los indios. Nina Rodrigues reconoce que el estadio cultural más adelantado de los sudaneses, y en particular de los islamizados, era lo que llevaba a sus componentes al aislamiento social, a la segregación, incluso, de los otros negros. El sincretismo religioso, por ejemplo, es un fenómeno que se dio más entre las comunidades de origen bantú que entre las sudanesas. Viana Filho lo ha estudiado profundamente:

> Los bantúes eran más accesibles, menos esquivos a los blancos. Aceptaban modificar la parte exterior de su culto, que consideraban de poca importancia; los nagôs, despreciados por los angoleños y también por los jejes (que a pesar de ser sudaneses tenían más raíces comunes con los congoleños y con los angoleños), debido a la pobreza de sus ceremonias se aferraban a la exteriorización del culto (*ib.*, p. 126).

Y en la página 128 añade:

> En vez de mantenerse impermeables a la catequesis católica, los bantúes se unieron a las cofradías de San Benedicto y de Nuestra Señora del Rosario, en torno de cuya devoción se produjeron los fenómenos del sincretismo religioso tal y como lo conocemos hoy.

En relación con la presencia del elemento bantú en la vida cotidiana del negro de Bahía, no podemos olvidar esta cita del mismo autor:

> En la calle se hacía presente, por doquier, el influjo bantú. Sus fiestas, a cielo abierto, recibían la participación, de un modo u otro, de la población entera, incluyendo a los sudaneses. Las hogeras del «Rey Congo», los juegos con bueyes, las danzas (sambas), la *capoeira,* de la que tan orgullosos estaban, las pantomimas y chanzas al «Emperador Divino», eran cosa de angoleños, de congos, de cabindas, conducidos por los bantúes *(ib.,* p. 128).

Esa mayor integración social de las poblaciones de origen bantú no podía sino ejercer un influjo determinante en el habla de la tierra. A ello se refiere Viana Filho cuando señala:

> En cuanto a lo que dice Nina Rodrigues de las naciones sudanesas, que «no salían del círculo inviolable de su propia lengua», Vilhena[3], refiriéndose a los bantúes, afirma que eran los que mejor hablaban y comprendían el portugués. Así se entiende la mayor influencia, también, del *quimbundo* en el portugués de Brasil, como consecuencia de una integración más fácil y de menos reservas entre las gentes de ambas lenguas *(ib.,* p. 130).

Por consiguiente, está en lo cierto el profesor Renato Mendonça, en su *La influencia africana en el portugués de Brasil,* al decir lo que sigue:

> El *quimbundo,* por su uso más extenso y más antiguo, ejerció en el portugués una influencia mayor que el *nagô,* razón por la que pasamos a analizarlo en el siguiente capítulo *(op. cit.,* p. 41).

Aclaremos, sin embargo, que en términos correctos no podemos decir que bien el *nagô,* bien el *quimbundo,* fueran lengua general.

[3] El autor debe referirse a Ernesto Jardim de Vilhena, a quien se debe «La influencia islámica en la Costa Oriental de África», artículo publicado en el *Boletín de la Sociedad de Geografía de Lisboa,* 24.ª serie, números 5 a 9, de 1906.

«Lengua general» es el nombre que se dio al hablar brasileño, de base tupi, que se expandió de norte a sur, a lo largo del litoral y buena parte del interior. Una lengua hablada por varios grupos étnicos, distintos entre sí. Fue, pues, una lengua general, en su sentido exacto. Sin embargo, el *nagô* y el *quimbundo,* cuando mucho, servían de «lenguas vehiculares», y en sus propias etnias. En Brasil, por tanto, nada de «general» tuvieron.

*Características generales de las lenguas africanas*

Expondremos ahora algunas de las características y trazos más comunes a las lenguas africanas, y en especial al *quimbundo,* recordando siempre lo ya observado a propósito de las muy grandes afinidades que presentan todas las lenguas del continente negro.

En lo que se refiere a la *fonética,* partamos de la advertencia inicial de la estudiosa L. Homburger, que señala: «Malgré les variantes dialectales importantes (...), l'unité du système phonétique des langues négro-africaines est nette» (1941, p. 66)[4].

Las vocales son, por lo general, labiales y no poseen sonido nasal, teniendo por vocales, claro está, *a, e, i, o, u.* Mendonça (1973, p. 46), admite la existencia de una semivocal palatal *(y)* y una semivocal velar *(w).* Hay, por tanto, diptongos de semivocal y vocal, así como de vocal y semivocal. En el habla, las vocales en contacto o se contraen o se eluden. En el grupo bantú el acento es de intensidad enorme y, según Homburger, recae normalmente en la penúltima sílaba; en el subgrupo congolés se mantiene esa intensidad pero en Uganda, por ejemplo, el acento lo es en la inicial, y lo mismo ocurre con los prefijos. Las lenguas sudanesas, en su gran mayoría, poseen un acento musical, de entonación aguda. Las sílabas son abiertas, de consonante y vocal.

Las oclusivas poseen articulación labial *(p, b),* dental *(t, d)* y palatal *(k, g).* Existen cuatro sonidos de pronunciación nasal *(m, n, nh, ng;* esta última es una suerte de vocal palatal como ocurre, por ejemplo, con la palabra inglesa *sing).* La *v* y la *f* son más bilabiales que labiodentales (siempre según Homburger). Las consonantes líquidas *l* y *r* se articulan con la punta de la lengua y, en muchos casos, podrían ser llamadas «cerebrales» pues la punta de la lengua parece clavarse en el paladar duro. La *s*

[4] Remitimos al lector a la lección que L. Homburger ofrece en *Los lenguajes negro-africanos.*

y la *z,* la *x* y la *j,* la *tx,* la *dj,* la *ts* y la *dz* son comunes en muchos de los dialectos. Transcribimos acto seguido lo que dijo al respecto el malogrado profesor Jacques Raimundo, en su *El elemento afro-negro:*

> La *ch* suena como *tch;* la *s* es siempre un sonido sordo; la *j* entre vocales suena *dj;* la *z,* en muchas ocasiones, suena *dz* y la *v* suena como *bv;* la *d,* con frecuencia, se cambia por la *l* o por la *r.* Así pues, de continuo podemos confundirnos con la *j* y la *z,* con la *f* y la *v,* con la *nk* y la *ng.* Una vez y otra usan la *b* como *v,* y la semivocal *w,* principalmente antes de la *a,* en ocasiones, también suena como una *b* (1933, p. 51).

La *morfología:* Desde el punto de vista estructural, las lenguas de la familia bantú deben incluirse en el tipo llamado *aglutinante* y no *flexional,* tipo éste propio del portugués y de todas las lenguas europeas de raíz indo-europea. En una lengua de tipo aglutinante, las ideas gramaticales se representan por morfemas (radical, prefijo, infijo y sufijo), que se coaligan para constituir expresiones. Por ejemplo, no se distinguen el substantivo y el verbo por el uso de flexiones, sino por la inclusión de afijos y radicales; «es, pues, más correcto hablar de formas nominales y de formas verbales que intentar distinguir entre un verbo y un sustantivo» (Homburger, 1941, p. 118).

En *Las lenguas del mundo,* obra dirigida por A. Meillet y por M. Cohen, en el capítulo referido a «Las lenguas del Sudán y de Guinea», los autores, M. Delafosse y A. Caquot, ocupándose de los caracteres comunes a las lenguas africanas, se refieren al sistema de clases nominativas merced a las cuales se distribuye y define la realidad natural o la realidad cultural. A esas clases corresponden diversos prefijos, que varían según las lenguas de que se trate. De esa forma, por poner un ejemplo, los seres humanos constituyen una de tales clases, y las aguas, los líquidos en general y los cuerpos que se derriten fácilmente, otra; una tercera se refiere a las maderas y a los vegetales lechosos; una cuarta, a las hierbas y rastrojos; una quinta, a la tierra y a sus aspectos; una sexta, a las estaciones del año; una séptima... (Meillet-Cohen, 1952, p. 740). Hay prefijos nominativos y verbales. Curioso es el empleo de los prefijos nominativos y de su necesaria repetición en todos los determinantes y complementos, sin exceptuar el propio verbo. Éste es un ejemplo tomado de G. van Bulck: «baleke bana bamfumu bancaca bambote bancac bambi bafwiidi bau baaculu».

*Baleke* (niños; *ba,* prefijo nominal de persona); bana (aquellos); *bamfumu* (el jefe); *bancaca* (unos); *bambote* (buenos); *bancaca* (otros); *bambi* (malos); *bafwiidi* (morirán); *bau* (ellos); *baaculu* (todos).

En una traducción ordenada por los preceptos románicos, nosotros lo traduciríamos así: «Los servidores del jefe, unos buenos, otros malos, morirán todos.»

Lo referido al género y al número es, siempre, dudoso.

El plural puede ser indicado por un prefijo (como *a*-em *agbilo:* insectos), por un sufijo (como *per),* o por un vocablo separado (como en *wolof i nag:* bueyes, plural de *wolof u nag:* un buey). El sufijo *i* es el de uso más común para indicar pluralidad; repetir la misma palabra es un recurso desconocido, sin embargo. En lengua bantú, el prefijo *a,* y también *ama,* sirven para indicar el plural: *ucu-twe:* oreja; *ama-twe:* orejas. *Ca* es un prefijo diminutivo; *ga* es un elemento característico que expresa colectivos.

Digamos, de paso, que la palabra *bantú* es un plural, en el que concurren el prefijo *ba* significa hombres; y el singular es *muntu.*

Cuando la necesidad de distinguir por el género se hace precisa, bien sea tratando de animales o de personas (género sexual o natural), usan palabras diferentes (proceso lexical). Homburger habla a propósito de las clases nominativas en bantú, diciendo lo que sigue:

> Las clases del bantú son, en realidad, formadas: 1.° de elementos, de categoría de número que figuran entre los demostrativos y cuyo empleo es función de la naturaleza de un objeto *(tu:* «un poco de»; *lu:* «uno solo»). Y no pueden emplearse el uno por el otro. En segundo lugar, cabe hablar de elementos que evocan una idea concreta como *mu,* plural de *ba,* persona, por lo tanto, personas: *Ka,* pequeñeces, *bu*[5], idea de abstracción; en tercer lugar, elementos que, como *ki,* plural de *bi,* no tienen atribución concreta y se agregan a radicales variables según los dialectos, lo que demuestra se trata de un elemento de formación tardía. Cuarto, un elemento *n,* que no es morfema de categoría para expresar número, y que tampoco evoca idea alguna en concreto, el cual se emplea con nombres simples, comunes a todos los dialectos, y con nombres derivados de variantes dialectales; es, pues, un prefijo que nunca se utiliza como pronombre. Quinto, *Bu*[6], prefijo singular de algunos nombres concretos, *mu,* plural *mi,* prefijos de nombres variados (tanto de personas como de objetos inanimados) no son definibles solamente con los datos del bantú. De hecho,

[5] En el texto original, *bu,* seguido de la letra griega *alfa.*

[6] En el texto original, *bu,* seguido de la letra griega *beta.*

*bu-ato* «piroga», plural *ma-ato* bu *ma-bu-ato* no evoca una idea abstracta, y en ganda, *bu* es claramente colectivo. Cf. *obu-ta* «harina», *abu-tura* «veneno», *obu-somyo* «médula» (*op. cit.*, p. 235).

Sin embargo, no se dan conjugaciones verbales. El verbo, en bantú, presenta gran multiplicidad de formas, dado el constante juego de prefijos y de sufijos, la alternancia continua de las consonantes, la indistinción semántica del radical. Normalmente, el verbo aparece con un afijo; radical de palabra sin afijo es nombre, aunque no forma verbal. La tendencia de los lingüistas ha sido la de procurar describir las lenguas africanas según los patrones gramaticales de las lenguas europeas, lo que, evidentemente, no es un método de análisis satisfactorio. Es el metalenguaje a que acude el hombre occidental... Pero, ¿acaso lo que estamos describiendo como «verbo» merecería tal calificación en una gramática bantú? Sin embargo, es a lo más que hemos llegado.

Los verbos pueden ser monosílabos o bisílabos; mas, con los sufijos de derivación, puede aumentar el número de sílabas. Tales sufijos son muy numerosos y revelan cómo el negro africano se preocupa en su vivir diario más con el tipo de cosas que hace que con el momento de su realización (tiempos verbales) o incluso con las modalidades de su enunciación (modos verbales). Algunos ejemplos: *adi,* idea de disminución *leka* «comer», *lekadi* «comer poco», *-angul* (todavía no»: *den* «ir», *demabgul* «él no ha ido todavía», *-ando* «idea de reunión»: *dem* «ir», *demandô* «ir junto»; *-i* «idea contraria»: *ub* «cerrar»; *ubi* «abrir»; *lô* «idea causativa»: *ligey* «trabajar», *lugiylô* «hacer trabajar».

Los estudiosos de las lenguas africanas acostumbran llamar infinitivo a la forma verbal que sirve de complemento a otro verbo. No se hace la distinción entre un verbo transitivo y un intransitivo. Existe una oposición de aspectos: *infectum* y *perfectum; imperfectivo* (acción en curso), *perfectivo* (acción acabada). Van Bulck habla de un tercer aspecto, el *indefinido,* propio del habla zulú.

Homburger ve tres tiempos en lo que llama «modo indicativo»: Presente, perfecto y futuro. Digamos, sin embargo, que el «perfecto» es más un aspecto que un tiempo en sí, y que el futuro se forma con verbos auxiliares. Además, van Bulck distingue entre un presente inmediato y otro real; entre un futuro inmediato (o próximo) y otro distante. La distinción entre las fases afirmativas y negativas es tan importante que se puede hablar, en este caso sí, de una conjugación afirmativa y de otra negativa.

En lo tocante a la sintaxis, poco hay que decir. Verificamos la tendencia a una ordenación fija. Así, el sujeto, nombre o pronombre, precede al verbo y el complemento directo le sigue. El complemento nominal se añade al término complementado. El modo adverbial de circunstancia precede al verbo y al objeto directo. El determinante nominal va después del nombre determinado. La interrogante, además de conformar una elevación de tono, conforma en el final un fonema nasal o nasalizado, que puede formar parte de un pronombre interrogativo. Van Bulck llama la atención ante el hecho de que, estando esas lenguas aún en fase oral, las reglas expuestas se hallan sujetas a modificaciones.

En lo que escribiera para *Las lenguas del mundo,* refiriéndose a las lenguas del grupo étnico bantú, G. van Bulck resume (p. 893) las características de las lenguas de la costa occidental, o de la costa portuguesa, especificando los puntos a seguir:

1.—Presencia de términos divergentes, debidos a la infiltración de las etnias del Congo.

2.—Juego de armonías vocales y consonantes en los sufijos verbales.

3.—Asimilación nasal.

4.—Formación de diminutivos mediante el uso del prefijo *fi.*

5.—Formación secundaria de un plural en *tu* para las formas singulares en *lu.*

6.—Implicaciones progresivas, habituales, repetitivas, manifestadas por la presencia de los sufijos *anga, ingi, enge.*

7.—Papel distintivo de vocal final sufijo en las formas verbales y en los sustantivos deverbales.

8.—Infinitivo siempre en final *a,* pero sin prefijo *ku;* forma de supino con final *i.*

9.—Negativo de vocal sufijo *i;* eventualmente, en *e.*

IV

# LA VICTORIA DE LA LENGUA PORTUGUESA

## EL MOVIMIENTO POBLADOR

Desde los albores del día 22 de abril de 1500, cuando resonaron en playas que serían brasílicas las primeras voces lusitanas, hasta la fecha del 3 de mayo de 1757, en que el marqués de Pombal hizo obligatorio el uso de la lengua portuguesa en Pará y en Maranhao (merced a un decreto extendido posteriormente a todo el territorio de Brasil el 17 de agosto de 1758)[1], fue el idioma en el que Camoens lloró, «en el amargo exilio, el genio sin ventura y el amor sin brillo», abriendo camino, entre el habla de los indios y entre lenguas varias, hasta proclamar su victoria final de la mano del poderoso marqués. Trataremos de señalar cuáles fueron las etapas de la gesta.

El progreso, como no podía dejar de ser, en una época en la que se desconocía por completo la aviación, tuvo que hacerse desde el litoral hasta el interior.

Progreso, aquí, significa «población». En *Caminos antiguos y población de Brasil,* Capistrano Abreu distinguió cuatro focos principales de origen para esa población: San Vicente, «grande y bien grande centro de población fue San Vicente, villa fundada en 1532 por Martin Afonso de Sousa» (1975, p. 33); Salvador: «La ciudad de Salvador, levantada en la Bahía de Todos los Santos por Tomé de Sousa, en 1549, es otro centro de importancia considerable en la población del total de nuestra tierra» *(ib.,* p. 41); Pernambuco: «Pernambuco, la primera Capitanía del siglo XVI, que se duerme en los laureles conquistados en la guerra contra los ho-

[1] Teyssier, Paul, *Histoire de la langue portugaise,* 1980, p. 97.

landeses» *(ib.,* p. 66); Sao Sebastiao, esto es, Río de Janeiro: «La ciudad de Sao Sebastiao, más moderna que Sao Paulo, Pernambuco o Bahía, pero menos ilustre que ellas, fue escogida como corte y residencia» *(ib.,* p. 67).

Y en lo que a Maranhao se refiere, dice Capistrano:

> La isla de Maranhao, tomada a los franceses en 1615, y hasta cierto punto centro de comunicaciones y de población, aportó poca cosa en los primeros tiempos, habida cuenta de la gran cantidad de población que tenía *(ib.,* p. 58).

Joao Ribeiro, en su *Historia de Brasil,* obra ciertamente inspirada en el hacer de Capistrano de Abreu, habla de «cinco grandes grupos distantes, que se comunicaban entre sí desde la época de la colonización». A saber, el *Extremo Norte,* o sea, el antiguo estado de Maranhao, del Amazonas al Piauí; el Norte, es decir, la Capitanía General de Pernambuco; el *Centro,* Bahía y sus dependencias; el *Interior,* que es Sao Paulo, la antigua Capitanía de San Vicente y las tierras conquistadas por los buscadores de oro (los bandeirantes); *Río de Janeiro,* única ciudad del litoral que tenía una importancia equivalente, o mayor, a la atesorada por Bahía o por Pernambuco.

A esos cinco puntos de partida para la población del país, Joao Ribeiro añade, en nota, dos más: un *Extremo Meridional* (Río Grande) y otro *Extremo Septentrional* (Amazonas), que constituyen, para él, entidades autónomas. Se refiere también a un octavo grupo, que sería el debido a *Ceará,* ciudad que «vivió indecisa entre las órbitas administrativas de Maranhao y Pernambuco» (1967, p. 258). Este octavo grupo, sin embargo, y en mi opinión, claro está, mejor se situaría en el grupo del *Norte.*

Serafim da Silva Neto aceptó las «cinco células fundamentales» de Ribeiro, células que «por multiplicación formaron el Brasil que conocemos» (1963, p. 143).

¿Cómo se pobló esta zona? Empecemos dividiendo Brasil, desde la necesidad de explicarlo, en cuatro grandes regiones: el litoral, la zona rural, el sertao y la Amazonía.

El reconocimiento y toponimia del litoral fue obra esencialmente hecha por los portugueses. Primero establecieron algunas bases a lo largo de la costa, que no eran sino puestos defensivos contra los corsarios, así como lugares para que repostaran las naves. Después accedieron al continente, donde fundaron villas y ciudades. El intento de llegar al inte-

rior, a través de las Capitanías hereditarias, como se sabe, fracasó. En ese período, los portugueses trabaron contacto con los indígenas, ora pacíficos, ora belicosos.

La institución de un Gobierno general trajo consigo un mayor aprovisionamiento cultural a la colonia, particularmente con la instalación de ingenios azucareros. La incompatibilidad de los amerindios para con el trabajo, acostumbrados como estaban a la libertad de la selva, provocó la decisión de la corte portuguesa de importar esclavos negros africanos, más acostumbrados al cultivo de la tierra y a una vida en comunidad. Aparecen, así, centros urbanos, necesitados de un abastecimiento regular. Y una de sus consecuencias es la cría de ganado. Sin embargo, la proximidad del ganado a las tierras del litoral ponía en peligro los cultivos agrarios; de ahí la necesidad de ordenar que los pastos se situaran a diez leguas de la costa. De todo ello resulta fácil demostrar que el desarrollo de la agricultura iría empujando a los moradores de la nueva tierra hacia el interior, hasta encontrarse en el inmenso sertao y pasar a habitarlo. Como dice Hélio Vianna, «la solución encontrada a fin de poblar el sertao se adoptó a raíz de los inicios de la cría de vacuno, actividad económica esencial y aglutinadora de grandes masas de población, hasta ese entonces dispersas» *(op. cit.,* p. 228).

Entre el litoral y el interior se hizo necesaria la comunicación, bien a lomos de burro, en carretas, a lo largo de los ríos e incluso a pie. Pero está claro que las relaciones más frecuentes eran las que se establecían con la zona agrícola y, de manera más espaciada, con la zona de pastos. Fue así como la lengua portuguesa se instaló en el litoral y de ahí, progresivamente, fue ganando el interior.

## La lengua portuguesa de los primeros tiempos

En ese período, el portugués, como idioma, veíase sujeto a los condicionamientos de varios órdenes: geográficos, étnicos y sociales.

Desde el punto de vista geográfico (o geoeconómico) se dio la clásica oposición entre el campo y la ciudad; esto es, entre la lengua del campo y el habla de la ciudad.

Digo oposición clásica también en sentido histórico-literario, pues el conocido y prestigioso lingüista francés Jules Marouzeau ya se ocupó del asunto al tratar de la lengua de Roma, oponiendo el término *urbanitas* al

de *rusticitas*. Tal oposición se revelaría de manera clara en la fonética y en la pronunciación, así como en un vocabulario y por decirlo de alguna manera, en una forma agreste de hablar. Mas la lengua madre, incorrupta, en la expresión de Varrón es la de la *Urbs*, de la Roma *caput mundi* (1949, pp. 7-25).

Naturalmente, la oposición se dio tanto en la colonia luso-americana como en la hispano-americana. Al respecto de la última, por ejemplo, Amado Alonso, como ya lo hiciera en un libro anterior[2], mostraba en *El problema de la lengua en América* la existencia de un fenómeno semejante en la Argentina de la época colonial, con predominio claro de la ruralización lingüística al principio, pero con las imposiciones subsiguientes de lo que era tenido por lengua madre, al amparo de la gran ciudad de Buenos Aires, sobre todo a partir del siglo XVIII.

El docto profesor Celso Cunha insistía mucho en el carácter rural del portugués de Brasil y acostumbraba oponer, en lo particular, y a modo de ejemplo, el proceso colonizador español al portugués. Así, en *Lengua portuguesa y realidad brasileña* escribe lo siguiente:

> El Brasil fue, en el transcurso de cuatro siglos, un enorme país ruralizado. Sus ciudades, casi todas costeras, y de corta densidad demográfica, así como desprovistas de centros culturales importantes, poca o ninguna influencia ejercían en las poblaciones diseminadas por el interior. Cerca de cuatrocientos años, por lo tanto, de una lengua que, por fuerza, se vio en la necesidad de diversificarse (1970, pp. 58-59).

Y añade en la página 71:

> Bahía, la vieja capital de la colonia, así como Río de Janeiro, jamás llegaron a ser centros de cultura como lo fue México, o como lo fue Lima, que, por aquel entonces, rivalizaban en esplendor con Toledo, con Madrid o con Sevilla.

En la página 72, sin embargo, hace Cunha una excepción relativa con el caso argentino:

> La verdad sea dicha, el paralelismo de Brasil con las repúblicas hispanoamericanas nos muestra más diferencias que afinidades entre la co-

[2] *La unidad lingüística de Brasil*, pp. 166-67.

lonización portuguesa y la española. Hay, no obstante, mayores puntos de contacto entre la realidad que por aquel tiempo se dio en Brasil y la que se diera en Argentina, lo que es comprensible.

Así y todo, un poco más adelante subraya:

> Pero no nos engañemos hablando de semejanzas. Los contrastes resultan más notables, haciéndonos ver la dimensión real del peligro que corre la unidad de la lengua portuguesa, si lo comparamos con los riscos por los que atraviesa y corre la lengua española.

Apostillamos nosotros diciendo que la cita antes referida, debida al español Amado Alonso, se refería, más que a cualquier otro lugar, a la Argentina, a pesar de lo cual el mismo Alonso decía que: «Y, aunque no cuenten con un Buenos Aires, cosa análoga ocurre en los otros países de América.»

Y es que no se trata de un fenómeno específico del proceso colonizador en las tierras del Nuevo Continente. La oposición entre la ciudad y el campo, como ya dijimos, es clásica; esto es, la lengua culta, pulida, literaria, se constituye en las ciudades y desde ellas se difunde hasta las áreas a las que llega su radio de influencia. Lengua culta y urbanización son procesos paralelos.

Por lo demás, desde el punto de vista lingüístico, no se puede comparar la instauración de un patrón culto en los países americanos colonizados por pueblos europeos con el proceso que se diera en el Viejo Continente. Aquí fue, realmente, un dialecto popular y campesino lo que se alzó a lengua culta: como se sabe, el origen remoto de las lenguas románicas se halla en el latín *vulgar,* o sea, *popular.* Pero las colonias lusas y españolas ya recibieron un patrón cultural constituido, de modo que, por así decirlo, los inicios de las hablas rurales no pasaban de ser una «corrupción» de la lengua literaria escrita. Y así seguimos hasta el presente. Por ello se acepta como «correcto» la lengua portuguesa gramaticalmente disciplinada según el uso culto de la misma, recibido de Portugal, aunque, evidentemente, esa misma lengua tenga que modificarse en Brasil. A pesar de que la lengua escrita y culta de nuestro país permanezca invariablemente fiel a los dictados de su madre europea, de la que poco, o nada, se diferencia. En esto, pues, apenas se nota la alegada «ruralización».

En lo tocante al «esplendor» y a la «densidad demográfica» de las ciudades brasileñas, también hay cosas que decir.

Recordemos que el jesuita Fernao Cardim, en su *Narrativa epistolar*, fechada en 1585, se refiere así a la ciudad de Salvador:

> Bahía es ciudad del Rey y corte de Brasil; en ella residen los señores obispos, el Gobernador, el Supervisor general, y otros oficiales y dignatarios de la justicia de Su Majestad; dista del equinoccio trece grados. No es una ciudad bien situada, mas por hallarse frente al mar es fácilmente visible desde la tierra y desde las aguas; la bahía, en sí, tiene casi tres leguas de boca y una ensenada con varios islotes. Es tierra rica en alimentos, en ganado vacuno, porcino, merino y avícola; tiene treinta y seis ingenios, en los que se hace el mejor azúcar de toda la costa; posee maderas preciosas, que se venden a buen precio; su población es de tres mil portugueses, ocho mil indios cristianizados y tres o cuatro mil esclavos guineanos; tiene cabildo de canónigos, Vicario general, etc., además de doce cofradías, sin hablar de las muchas iglesias y capillas que los señores poseen en sus haciendas (1980, p. 144).

De Pernambuco dice:

> La tierra es llana; el servicio de las haciendas se hace con carros; la fertilidad es incontable; tiene sesenta y seis ingenios, con excelente producción cada uno de ellos, algunos años se obtienen doscientas mil arrobas de azúcar y los ingenios no agotan la caña, que crece de un día para otro. Aunque vinieran cada año cuarenta navíos, o más, a Pernambuco, no podrían llevarse todo el azúcar: Es, además, tierra en la que se crían vacas, puercos, gallinas, etc. (p. 164).

Vemos, pues, que se trata de núcleos urbanos de relativa importancia y prósperos.

En los *Diálogos de las grandezas de Brasil,* escrito en 1618 según estudio de Jaime Cortesao, dice el autor al respecto de la Capitanía de Pernambuco, y en particular refiriéndose a la villa de Olinda:

> En la villa de Olinda viven gran cantidad de mercaderes que tienen abiertas sus lonjas, llenas de mercancías de toda especie y precio, en tal cantidad que parece una Lisboa en pequeño (Cortesao, *Diálogos,* p. 65).

Y un poco más adelante:

> La villa es grande, con muchos y buenos edificios y famosos templos, porque allí están los padres de la Compañía de Jesús, los de San Francisco, los de la orden capuchina de la provincia de San Antonio, un monasterio de los carmelitas y otros de San Bento, con religiosos de dichas órdenes; en todos ellos habitan padres de mucha doctrina, letras y virtudes (p. 65).

Como se ve, ya en el siglo XVI los núcleos urbanos de Brasil se alzaban en el paisaje del Nuevo Mundo. Y, desde el punto de vista demográfico, la población era la que correspondía. El sociólogo y antropólogo de Bahía Thales de Azevedo, en *Población de la ciudad de Salvador,* ofrece datos incuestionables, como éstos:

> Bahía era la mayor y la más importante ciudad de la colonia, con sus ocho mil habitantes blancos y algunos millares de indios y de negros; había cerca de doce mil blancos, ocho mil indios civilizados y unos cuatro mil negros. Olinda era villa de poco más de setecientos blancos y Sao Paulo tenía una población aún más reducida (1960, p. 160).

A finales del siglo siguiente, el progreso resultaba evidente:

> En ese fin de siglo, en cuya mitad la producción de azúcar alcanzara el máximo, la más rica y bella de entre las ciudades portuguesas de Brasil era, más o menos, como Lyon, pareciendo a algún francés algo más poblada. Tenía dos mil casas, doce grandes iglesias, muchas capillas, varios conventos y un hospital. La guarnición constaba de cuatrocientos hombres y podían reclutarse varios miles de voluntarios. Había gran número de negociantes, portugueses la mayoría, brasileños y extranjeros. Se daba también una enorme cantidad de esclavos y de ricos (*ib.,* pp. 179-80).

«Con el siglo XVIII se da comienzo a la elaboración de censos demográficos en Brasil» (Azevedo, *op. cit.,* p. 181). Repárese en lo constante del progreso:

> Al comienzo del siglo el paraje de Bahía ya estaba más que poblado, calculando el Arzobispo que habría en su diócesis más de noventa mil almas, de las cuales unas cincuenta mil eran de esclavos, cosa que no parece exageración toda vez que, al menos cada año, llegaban de la Costa de Mina y de Angola más de dos mil negros en los barcos que fueran a buscarlos (*ib.,* p. 185).

Y ya, para finales de siglo, la zona de Bahía, con sus suburbios y villas próximas, podía contar con cerca de ciento sesenta mil almas (*ib.*, p. 197).

Recife, en los dominios holandeses, pasó a ser capital de Pernambuco, titularidad que hasta entonces ostentara Olinda. Lo cierto es que la vieja Recife no se transformó sino en un barrio de la nueva ciudad mandada erigir por el conde Maurício de Nassau, según el modelo holandés. Ordenó el conde el drenaje de los pantanos para el trazado posterior de canales, construir puentes sobre los mismos (Recife, la Venecia brasileña) y entregó el trazado de la ciudad al ingeniero y urbanista Frederik Pistor, para que la enriqueciese con un jardín botánico, un jardín zoológico y un museo. En gesto de homenaje y de gratitud, la Cámara de los Escabinos propuso que la ciudad tomase el nombre de Maurícia, proposición aprobada, ciertamente, por unanimidad. Comprendemos, por todo ello, la aseveración de Gonsalves de Melo:

La importancia que tuvo Recife como sede del Gobierno holandés de la colonia, y como su principal núcleo comercial y militar, así como centro de abastecimiento, se acrecentó con la creación de un jardín botánico, de un jardín zoológico y de un Museo artístico. Todo ello explica por qué llegó a ser Recife la más importante ciudad de la costa atlántica de las Américas en el siglo XVII» (en Holanda, dir., 1960, p. 247).

En cuanto a Río de Janeiro, capital del país desde 1763, dice el historiador Jonâtas Serrano:

El movimiento, en el puerto, se incrementa y, a no mucho tardar, Río se convierte en el centro comercial más importante de todo el país. Dispone, además, de un sistema de comunicación terrestre, así como de transporte por río y marítimo, del cual se valían igualmente todas las Capitanías. En cincuenta años, de 1750 a 1800, aumentó la población de Río de Janeiro de veinticinco mil a cien mil habitantes (1968, p. 267).

Pero no sólo lo cuantitativo es importante. La cultura se convierte en cuestión de prestigio. Y las normas culturales dimanan siempre de grandes centros urbanos (París, Londres, Lisboa, Río de Janeiro...), donde se establecen los centros de enseñanza, circulan los principales periódicos y las revistas, funcionan los lugares de recreo y de espectáculo, se

alzan las academias, los museos y los centros culturales de toda índole. El habla que desde ahí dimana (y que en el presente se fortalece a través de la radio y de la televisión) se imita y se propaga. Así se establece el principio de nivelación cultural, al que ya nos hemos referido.

En Brasil, por tanto, no tardan en surgir importantes centros urbanos, aunque no siempre posean un claro esplendor urbanístico. Pero ejercerán, no obstante, un papel, aquel que les es propio, como el de pulir la lengua y presentarla como modelo a seguir. El portugués culto de Brasil llegó, por tanto, de las ciudades al litoral; y ahí fue donde, progresivamente, comenzó a extenderse hasta el interior. En el siglo XVIII, la famosa Escola Mineira ya trabajaba con materiales depurados y podía ofrecer al país el primer florecimiento literario.

## La constitución de la norma culta

Creemos, pues, absolutamente correcta la posición de Serafim da Silva Neto ante el problema de la constitución de la norma culta brasileña. Por tratarse de un fenómeno cultural, es un fenómeno urbano. Las páginas que componen su indispensable *Introducción al estudio de la lengua portuguesa en Brasil* están inspiradas en tan sabia lección. Algunos ejemplos:

> Así vemos, en conjunto, la lengua general, el criollo de los negros y de los indios, el portugués y algunas hablas africanas. Si seguimos el devenir de sus luchas recíprocas veremos que el portugués se fue imponiendo a las demás, extendiéndose como una mancha de aceite que se derramara en un punto: en las ciudades (1963, p. 73).
>
> Las ciudades figuran como centros de áreas circulares o semicirculares de donde irradian a la periferia flujos de habla urbana. Se trata de una acción lenta, mas imparable (*ib.,* p. 88).
>
> Por tanto, al lado de la estratificación rural es donde se alzan las ciudades, los centros de cultura; un tipo de lengua madre de las clases más favorecidas. Ahí nace la literatura auténticamente brasileña (p. 99).

Citemos, para finalizar, un fragmento más extenso:

> En tal caso, resulta indispensable, así las cosas, un *modelo* y una *réplica;* esto es, una reinterpretación inspirada por el segundo sistema lingüís-

> tico. Esta *réplica,* imperfecta, únicamente tiene posibilidades de convertirse en *integradora* cuando el grupo humano que la emplea adquiera el prestigio social suficiente para imponerla y difundirla. Pero no es eso lo que ocurre, a lo largo de la Historia, con la lengua portuguesa en Brasil. Aquí, por el contrario, el ideal lingüístico siempre estuvo próximo al padrinazgo portugués.
>
> El influjo de los alóglotas se da en razón directamente proporcional a su número, según la composición demográfica de la localidad y en razón inversa de los medios de instrucción de que disponen. Por eso resulta nulo en los centros urbanos y grande en las zonas rurales.
>
> La influencia de los negros y de los indios no logró, pues, ser importante en la ciudad. No tenían prestigio social; tampoco poseían prestigio literario, porque sus lenguas no los capacitaban para ello. Si no disponían de prestigio social era porque su color, su origen y su estatus económico los hacían miembros de las clases más humildes de la población (p. 133).

Con ello vemos (como a través de otros fragmentos del libro citado) que el profesor Silva Neto no ignoraba el peso de las hablas rurales. Por el contrario, hace frecuente hincapié en que, para una comprensión exacta de la realidad lingüística brasileña, es preciso no olvidar la oposición campo-ciudad, a fin de no atribuir indistintamente a una «lengua brasileña», por ejemplo, fenómenos que pertenecen al habla puramente marginal, como si en el tablero brasileño no hubiera casillas blancas y casillas negras. En suma, que del habla de *urbanitas* y no de la *rusticitas* fue de donde brotó la norma culta brasileña.

## Lengua portuguesa versus lengua general

El mayor obstáculo que la lengua portuguesa tuvo que vencer en Brasil fue el presentado por las lenguas indígenas, especialmente en su faceta de «lengua general» más difundida. Cosa que no ocurrió con las hablas africanas, por diversas razones, fáciles de entender. En primer lugar, no eran los africanos naturales de la tierra, usaban varios dialectos, fueron cruelmente separados los padres de los hijos, los hermanos de los hermanos; en suma, las tribus de las tribus. Se trataba, por todos los medios, de imposibilitar la cohesión entre ellos. Llegaban, además, como esclavos; es decir, en el nivel más ínfimo, y en ese nivel se consideraba su lengua. Los indios, por el contrario, estaban en su medio, pudieron resistirse a la esclavitud, contaban con la protección de los religiosos; eran,

pues, hombres libres y, como tales, fueron tratados. El historiador José Honorio Rodrigues recuerda que, por ley de 4 de abril de 1755, Su Majestad declaraba que sus vasallos del Reino de América que se casaran con mujeres indias, «no cometen infamia alguna, haciéndose dignos de la atención Real, y pudiendo establecerse en las tierras que quisieran, dejando en herencia a los hijos que hubiere tanto bienes materiales como títulos, honras y dignidades» (1985, pp. 35-36).

Tales consideraciones se extendían igualmente a la lengua de los indios. Bajo la forma de «lengua general» fue bien acogida y hablada durante mucho tiempo. Conocida es la afirmación del tupinólogo de Bahía, profesor Teodoro Sampaio, de que «hasta los comienzos del siglo XVIII, la proporción entre las dos lenguas habladas en la colonia era más o menos de tres contra uno a favor del tupi con relación al portugués».

La crítica que el profesor Silva Neto hace a ese muy citado pasaje es la siguiente:

> El estudioso generaliza hablando de un «hasta el siglo XVIII» e incluyendo en un mismo saco hechos de suma complejidad. No diferencia las regiones, no hace la necesaria oposición entre el litoral y el interior, no cita las fuentes de su información (1963, p. 54).

Comenta también otra conocida afirmación, esta del padre Antonio Vieira, a propósito de que «las mujeres crían a los hijos en el seno de la lengua de los indios, aprendiendo los pequeños el portugués cuando van a la escuela», diciendo: «Nadie reparó, sin embargo, en que el famoso jesuita se refería, únicamente, a Sao Paulo.»

Es innegable, en cualquier caso, que la lengua general fue de uso común en Brasil durante los dos primeros siglos de la colonización y hasta un poco más tarde. «El predominio de la lengua general», observa J. Honorio Rodrigues, «se estableció merced a los bandeirantes, que apenas sabían portugués» (*op. cit.,* p. 22). Silva Neto asegura que el famoso militar, cabo de graduación, Domingos Jorge Velho, se expresaba mejor en la lengua general que en portugués. A tal extremo que, según el obispo de Pernambuco, el militar era «uno de los mayores salvajes con que me he topado; ni hablar sabía» (Rodrigues, J. H., *op. cit.,* p. 23). Este mismo autor refiere que el erudito amazonista Artur César Ferreira Reis, comentando un libro del historiador portugués Jaime Cortesao, escribió lo siguiente: «En el siglo XVII, como en el XVIII, no tanto en Belén como en la Amazonía, el uso del tupi fue tan profuso que podemos afirmar que

sin hablarlo era imposible vivir de manera integrada en el medio social aludido» (p. 25). Y bien conocidas son las páginas que el conocido escritor paulista Sergio Buarque de Holanda dedica en *Raíces de Brasil* a la lengua general en Sao Paulo:

> Que los paulistas de las clases cultas eran gentes versadas también en el uso de la lengua general, resulta bien sabido. Tanto como que sus hijos hablaban dicha lengua con normalidad plena, al contrario de lo que aconteciese en otras Capitanías (1971, p. 90).

Así y todo, la llamada lengua general no consiguió sobrevivir. Siguiendo con lo que se refiere a Sao Paulo, apuntamos este otro parecer del mismo Buarque de Holanda:

> De modo que el proceso de integración efectiva de la población paulista en el mundo de la lengua portuguesa ocurrió, con toda probabilidad, en la primera mitad del XVIII (*ib.*, p. 93).

En Maranhao y en Grao-Pará se verificó el proceso, sin embargo, algo más tarde, según informaciones del propio Directorio de Pombal, que datan de 1757.

La casi total desaparición de las lenguas indígenas del Brasil contrasta con su conservación en los países de colonización española. Comentando las afirmaciones del etnólogo e historiador alemán Georg Friderici, acerca de que «ninguna lengua indígena, en cualquier época y en cualquier colonia española, llegó a superar el uso del castellano como habla común», dice el historiador brasileño José Honorio Rodrigues:

> Esta afirmación es equívoca e imprecisa. Lo demuestra el hecho de que aún en nuestros días, varios países hispanoamericanos ven cómo sus lenguas vernáculas conviven con el castellano, siendo usadas por una parte considerable de su población. Son claro ejemplo de lo dicho países como Paraguay, que es totalmente bilingüe; Bolivia, con una población india mayor que la blanca de origen español; Ecuador, con más de un cuarenta y cinco por ciento de población que se expresa en vernáculo; Guatemala, con un tercio de su población india. O México y Perú, que también cuentan con un alto porcentaje de población india (*op. cit.*, p. 39).

Resulta palpable que las condiciones histórico-sociales pueden explicar los hechos referidos. En primer lugar, cabe hablar de la extensión territorial. En Brasil, la multiplicidad de las lenguas indígenas exigió, desde

el comienzo de la colonización, y para el contacto con los «salvajes», el uso, como instrumento de comunicación, de una lengua «vehicular». Se tomó por base, como ya vimos, el tupi, por ser el habla más extendida en la costa. Su profuso uso, intersocial, convirtió la lengua, de vehicular, en «general». Por otra parte, las demás hablas indígenas continuaron siendo cosa tribal; esto es, restos, pequeños núcleos que, prácticamente, no mantenían contacto con los colonos ni con los catequistas. En suma, una vez extinta la lengua general, esos grupos quedaron descolgados del proceso y de todo contacto con el hombre blanco, permaneciendo en zonas que actualmente reciben el nombre de «tierras demarcadas».

En los países de colonización española las relaciones con los indígenas fueron más estrechas, en virtud de la contigüidad territorial. Se dio, realmente, una convivencia. Y no hubo necesidad de establecer el uso de una lengua general porque cada grupo étnico mantuvo su habla nativa: quechua, en Perú; aimara, en Bolivia; araucano, en Chile; guaraní, en Paraguay; azteca, y maya también, en México... Conviene tener en cuenta, de igual manera, el peso cultural de unas lenguas que, como las de los incas y los aztecas, fueron imperiales.

Volviendo a hablar del peso cultural de una lengua, sí cabe decir, empero, que la mayor cantidad del mismo determina el uso o no de un idioma. Fue el caso español, y también el caso portugués, en las colonias americanas. Si la lengua de menor peso cultural consigue sobrevivir, en zonas aisladas, pueden ocurrir dos cosas:

a) Marginalidad, en la que apenas se conoce la lengua culta.
b) Clara situación de disglosia.

Del primer supuesto, y para demostrarlo, cabe hablar de Perú. Veamos lo que dice Bertil Malmberg:

> La cultura indígena de todo el área andina, desde Bolivia a Perú, era tan fuerte, y los indios continuaban siendo tan numerosos, que trajo consecuencias duraderas para la situación lingüística y cultural de la zona. En los Andes peruanos el quechua sigue siendo la lengua del pueblo y se emplea aún en las escuelas y en las iglesias (1966, p. 139).

Añade en la página siguiente:

> Esta situación colonial explica el hecho de que el español de Perú sea aún hoy el habla hispanoamericana más próxima a la norma lingüística castellana.

Quiere esto expresar que la situación se hizo extrema, polarizada: De una parte, el habla castellana culta; de otra, el mundo andino, en el que apenas se conoce el español e impera el quechua.

La situación b) es típica del Paraguay, donde el guaraní es «la lengua de uso doméstico, íntimo, para todas las clases sociales» (Malmberg, *op. cit.*, p. 259). Subrayemos ese «para todas las clases sociales», lo que demuestra su presencia entre los que hablan español. O sea:

> La lengua oficial del Paraguay, la que se lee en los periódicos, en los libros, en los anuncios; la que se usa en el comercio, en la Administración y, en general, en todos los centros oficiales (*ib.*, p. 259).

El guaraní es, pues, para uso *íntimo;* lo que caracteriza, claro está, una función específica: por tanto, situación de disglosia.

El caso de la absorción bien puede explicarse merced al ejemplo de Brasil: no se da el bilingüismo en parte alguna de nuestro territorio; ni siquiera puede hablarse remotamente de la existencia de las lenguas afroindígenas.

En su libro *Las lenguas brasileñas,* el profesor Aryon dall'Igna Rodrigues calcula que se llegaron a hablar, en Brasil, «unas ciento setenta lenguas indígenas» (el mismo cálculo establece, por su parte, la profesora Ruth Montserrat en el prefacio hecho para dicha obra). En lo tocante a la cantidad de quienes las hablaban, se calcula en unas ciento cincuenta mil almas, o poco más, lo que supone una media de mil indios para cada lengua. Es fácil suponer, de todo ello, que sólo alguna de esas lenguas poseyera bases para una supervivencia más o menos prolongada.

La situación de las lenguas africanas fue todavía más precaria. Reductos como los de Bahía, con su habla de Helvecia, no pasaron de ser simple reminiscencia; el criollo de Sao Joao da Chapada, en Minas de Gerais, que estudiara el profesor Aires da Mata Machado, se extinguió por completo; el cafundó, de Sao Paulo, sobre el cual mucho elucubraron los profesores Carlos Vogt, Peter Fry y Maurizio Gnerre, es una lengua secreta, reservada a iniciados, de la que apenas quedan vestigios; lo mismo cabe decir de las hablas bantúes registradas por el profesor Mário Zagari.

Conviene observar, no obstante, que la llegada de colonos portugueses a Brasil no se limitó a los dos primeros siglos. Sérgio Buarque de Holanda, por ejemplo, sugiere el predominio de apodos portugueses en el XVIII, al contrario de lo que aconteciera en el XVI, cuando los de origen

vernáculo eran los más corrientes. Claro está, ello se debe a la llegada de más y más buscadores de oro a Gerais (1971, pp. 92-93).

Otra oleada de lusitanización sobrevino con el cambio de sede de la monarquía portuguesa hacia Brasil, en virtud de la invasión de Portugal por los ejércitos napoleónicos. Serafim da Silva Neto dice a este respecto:

> Hay un acontecimiento, y una fecha, que marcan de manera decisiva la victoria de la lengua portuguesa y de la cultura llegada de Europa. Se trata de la venida del Príncipe Regente, en 1807, lo que nos hizo salir del aislamiento en que nos hallábamos con relación al resto de las naciones. Quince mil personas, el séquito de la familia real, trajeron a Río de Janeiro sus hábitos y esplendores de la vida en Lisboa. Todo se hizo, entonces, según el modelo europeo: Las casas, el vestir e incluso la forma de ver la vida. Se mejoró la tipografía, la higiene, la seguridad y el alumbrado de las ciudades (1963, p. 68).

La repercusión en el campo lingüístico era inevitable. Observa el profesor Paul Teyssier:

> Los cerca de quince mil portugueses que llegan con la corte contribuyen a «relusitanizar» Río de Janeiro (1980, p. 98).

Y Río, capital de Brasil y ahora corte portuguesa, ejercía, al igual que hoy lo hacen los poderosos medios de comunicación, fuerte influencia sobre los demás puntos del país.

> Empero, si algo hay que señalar fue, en todo caso, la excesiva sumisión literaria y lingüística. Los puristas y los gramáticos fiscalizaron de manera más férrea y severa el uso del portugués, casi con modos inquisitoriales. Condenaban todo aquello que no estuviera cortado por los patrones de la Metrópoli. No se aceptaba alteración alguna; no se daba crédito al hecho de que la lengua, en América, gozase de características propias (Silva Neto, *op. cit.*, p. 71).

Cuando, por tanto, Brasil se independizó políticamente, ya en 1822, contaba con una lengua, digámoslo así, «de cultura». Y, como bien dice José Honorio Rodrigues:

> Lo espantoso, en Brasil, es que la conquista de la unidad lingüística no es obra de las instituciones educativas, sino del propio pueblo sin ayuda oficial alguna (1985, p. 44).

Destaquemos que ese esfuerzo popular se hace merced a una serie de proyectos religiosos, administrativos e intelectuales verificados paulatina y tenazmente durante dos siglos y medio.

## El ciclo del oro

En los primeros decenios del siglo XVIII, el descubrimiento de las tierras auríferas de la Capitanía de Minas Gerais provocó una convulsión más que notable en las estructuras socioeconómicas del país. Parecía que, finalmente, la colonia portuguesa de América se mostraba harto generosa para con sus conquistadores, tal y como ya lo fueran las tierras del Nuevo Mundo descubiertas y conquistadas por los españoles.

Las tentativas y las esperanzas venían de lejos. Ya en el siglo XVI se organizaron las famosas «entradas», destinadas a devastar el interior con el objeto de hallar piedras preciosas y metales ricos, en unos casos, y de apresar indígenas, en otros, para someterlos a trabajos forzados. Las «entradas», sin embargo, no llegaban muy lejos, deteniéndose en los límites marcados por el tratado de Tordesillas. Dice el historiador Jônatas Serrano que la primera «entrada» de la que se tiene noticia fue la que hizo partir desde Río de Janeiro Martim Afonso de Sousa. Otra de las «entradas» posteriores, perteneciente a lo que algunos estudiosos llaman «ciclo de Bahía», fue capitaneada por el hacendado Gabriel Soares de Sousa, autor del famoso *Tratado descriptivo de Brasil en 1587*. Antonil, por su parte, nos habla de un mulato que, habiendo ido a buscar indios con unos paulistas, al meter un barreño en un arroyo, encontró unos granitos de color oscuro que eran «oro finísimo». Era, ni más ni menos, el famoso «oro del aluvión», u «oro negro», que dio su nombre a la celebrada Villa Rica.

Las *bandeiras* vendrían después, distinguiéndose en su formación los paulistas. Al contrario de lo que hicieran las «entradas», violaron los límites trazados en Tordesillas y recorrieron Brasil de norte a sur, dando inicio, igualmente, a la legendaria «marcha hacia el Oeste». Sobre ello dice el erudito Basílio de Magalhaes:

> Este ciclo, el del oro, transformaría completamente a los antaño audazes y indefensos bandeirantes paulistas, de despobladores en pobladores, dejando la caza del indio por la caza del rico metal, ya que el indio, precisamente, pasó a convertirse en su mejor aliado para dar con las riquezas que la tierra contenía (1935, p. 154).

Pero no fue sólo el oro. Las piedras preciosas y otros metales despertaron la atención de nativos y de extranjeros. La búsqueda de esmeraldas, que no había, pues las piedras eran turmalinas o crisolitas, según Jônatas Serrano, hizo famoso al bandeirante Fernao Dias Pais, hombre rico y de prestigio, que falleciera durante el viaje de vuelta con la ilusión de haberse hecho con una buena cantidad de las mejores esmeraldas. El poeta Olavo Bilac, representante del parnasianismo brasileño, le dedicó un poema épico, famoso más tarde, titulado *El cazador de esmeraldas.* Basílio de Magalhaes habla, incluso, de «epopeya casi desconocida de un luso llamado Diogo Tinoco», así como de «una bela obra de teatro titulada *El Gobernador de las esmeraldas,* de Carlos Góis (*op. cit.,* p. 102).

La noticia del hallazgo de diamantes partió, inicialmente, de los arrabales de Tijuco, en la comarca de Serro Frio. Era el Tijuco un arroyo sin importancia en cuyo lodo encontraron los «cazadores» oro y piedras en abundancia, pasando la región de aurífera a «diamantífera». Afirma el estudioso Felício dos Santos que es cierto que «en el año de 1729 ya se habían descubierto diamantes» (1976, p. 49). En breve, el arrabal de Tijuco pasaría a llamarse Diamantina, nombre que conserva en el presente.

Pertenece a ese capítulo de la historia fabulosa de los metales y de las piedras preciosas en Brasil el episodio galante de los amores entre un contratista de diamantes, Joao Fernandes de Oliveira, y la mulata Francisca da Silva, más conocida como Xica da Silva, antigua esclava a quien el rico contratista cubría de brillantes y de exagerados lujos, satisfaciendo los más extravagantes caprichos de la dama. Eso a pesar de que, según informa Felício dos Santos (si bien refutado por otros), tenía Xica da Silva ademanes groseros, llevaba la cabeza rapada y usaba una ridícula peluca, no era en nada agraciada y no poseía un mínimo de educación» (1976, pp. 123-124).

La región diamantina dio inicio, también, a un breve ciclo literario. Al propio Felício dos Santos pertenece la obra *Acaiaca,* un romance indígena, de 1866. La *Acaiaca* (según algunos debe decirse *Acaiacá)* era una palmera que se alzaba majestuosamente en las llanuras de Tijuco; los indios puris la veneraban como árbol sagrado. Prácticamente aniquilada por el machete de los invasores, pasó a convertirse en un símbolo del arrabal. De Afonso Arinos de Melo Franco tenemos un drama, *El contratista de diamantes,* de 1917. De Gustavo Barroso, académico y folclorista, *Salomé del Sertao.* Del poeta modernista Raul Bopp, *Dona Chica* y *Urucungo,* ambas obras de 1933.

En 1976, la pasión carnal de Joao Fernandes de Oliveira se llevó a la pantalla, por parte del director Carlos Diegues, con el título de *Xica da Silva.*

En este rápido recorrido por las repercusiones literarias del ciclo genéricamente conocido como «del oro», no podía faltar una referencia al romance, de corte histórico, *Las minas de plata,* debido al escritor cearense José de Alencar. El autor aprovechó la leyenda que habla del descubrimiento de ricas minas de plata en Itabaina, en el interior de Sergipe, por un tal Robério Dias, que guardó el secreto de su descubrimiento hasta la muerte. Hoy se tiene por cierto que la «entrada» que llevaría a esas minas, sin embargo, fue comandada por Belchior Dias Móreira, nieto de Caramuru, quien sería, al parecer, padre del supuesto descubridor Robério Dias.

Todos estos hechos y factores llevaron un auténtico aluvión de forasteros a la zona, alterando el discurrir de la vida lugareña. Hubo reclutamiento de mano de obra negra y, en efecto, muchos negros abandonaron el trabajo doméstico que hacían para buscar los «frutos ricos de la tierra». Faltó entonces mano de obra en la agricultura y disminuyó la producción. En vano pretendieron las autoridades impedir esa emigración que se daba en el propio país. La Corona, en 1701, decretó el cierre de los accesos fluviales al río San Francisco. Se intentó, también, crear un pasaporte para que sólo fueran a la zona de minas los elementos plenamente autorizados. Otra medida fue la de limitar el número de esclavos que podían trasladarse hasta allí. Pero todo fue inútil. Los accesos al río San Francisco eran básicos para el transporte de ganado que alimentaba a la población de Gerais. Así pues, era imposible cerrar el río. Los poderosos dirigentes paulistas y los hacendados más ricos, por otra parte, apoyados por sus tropas de mercenarios, acosaban a los gobernantes. Por doquier llegaban gentes ávidas de riqueza[3].

Incluso en Portugal se desataron los temores, pues su gente más laboriosa partía en tropel hacia las minas. En 1732, el Consejo Ultramarino adoptó rígidas medidas contra un éxodo tan comprometido, pues «de no hacerlo el reino tendrá en Brasil tantos vasallos blancos como tiene el propio reino» (Ribeiro, 1967, p. 239).

Como por arte de magia, brotaron las ciudades en el corazón de la Capitanía. Es de Pandiá Calógeras lo que sigue:

[3] Ésas y otras informaciones, en Boxer, 1963, cap. I, y en particular las pp. 54 y siguientes.

Las ciudades vieron aumentar el número de sus habitantes hasta cifras desconocidas en el litoral. Tijuco y Villa Rica (antiguos nombres de Diamantina y Oro Negro) eran las dos capitales, la primera de la región de las piedras preciosas y la segunda del oro. Villa Rica llegó a tener, según los cronistas de la época, cien mil habitantes, cuando hoy, en 1957, no pasarán de ocho mil. De Tijuco se decía que habitaban en ella cuarenta mil almas, a mediados del XVIII. Hoy tendrá un quinto de esa cantidad. En el presente son ciudades fantasmas, como asombradas de sus pasadas grandezas, que viven de recuerdos. Minas Gerais, naturalmente, obtuvo una posición de dominio en la colonia (1957, pp. 62-63).

Y, dentro de Minas Gerais, ostentaba la primacía Villa Rica del Oro Negro.

El mayor y más bello conjunto arquitectónico barroco de Brasil está en Oro Negro, representado en sus magníficas iglesias. Fue ahí donde cobrara fama el mulato Antonio Francisco Lisboa, hijo de portugués y de esclava, escultor y arquitecto, más conocido por el sobrenombre de «Aleijadinho» *. Se le conocía así por culpa de una dolencia (¿acaso la lepra?) que le había deformado las manos. Esculpió imágenes de santos, talló la piedra, modeló admirables figuras, diseñó iglesias, trabajó, en fin, humilde e intensamente. Fue «uno de los mayores escultores de la humanidad», según proclama Gladstone Chaves de Melo (1974, p. 234). Tal vez su obra más importante sea el cuadro escénico que representa el atrio de la iglesia de Congonhas do Campo, en el que los doce apóstoles parecen conversar.

En la pintura destaca la figura de Manuel da Costa Ataíde, un maestro en el arte del mural y en el dorado de imágenes.

En lo que a la literatura se refiere, el siglo de oro de la misma, referido a nuestro Brasil, se constituye merced a la famosa «Escola Mineira». Por vez primera se reunió un refinado grupo de escritores, entre los que destacan José Basílio da Gama, autor del poema indigenista *El Uraguay,* donde ataca a los jesuitas y crea la hermosa figura de Lindóia. El otro es fray José de Santa Rita Durao, quien, también en su poema épico *Caramuru,* simboliza la boda de la tierra joven, personificada en Moema, con el viejo tronco europeo. A destacar también al más viejo del grupo, Cláudio Manuel da Costa, sonetista y lírico de cuño neoclásico, autor de un poema histórico titulado *Villa Rica;* Tomás Antonio Gozaga, uno de los

* Diminutivo de lisiado, tullido. *(N. del T.).*

más célebres gracias a sus versos pre-románticos, de los que son ejemplo los contenidos en su poema *Marília de Dirceu;* Inácio José de Alvarenga Peixoto, cantor del amor conyugal en su *Bárbara Heliodora;* Manuel Inácio da Silva Alvarenga, sentimental y delicado, autor de *Glaura,* toda una muestra de su lirismo.

Al ciclo pertenecen, igualmente, las famosas *Cartas Chilenas,* el más importante de los poemas satíricos brasileños, escrito por Gonzaga, según todos los indicios, aunque oficialmente apareciera bajo autoría anónima.

Estos literatos eran doctores, magistrados, administradores, teólogos... Constituían, pues, la más ponderada elite intelectual. Las ideas liberales habían prendido también en el horizonte ideológico de las antiguas colonias. Los Estados Unidos de Norteamérica ya habían proclamado su independencia. Todo ello alentaba el espíritu de una nueva generación de escritores. No debe extrañarnos que el primer movimiento serio en pos de la independencia de Brasil brotase de entre los intelectuales de Villa Rica.

Nos referimos a la malograda Conjuración Mineira, en la que estuvieron envueltos Cláudio Manuel da Costa, Tomás Antonio Gonzaga, Inácio José de Alvarenga y otros. El primero apareció muerto en prisión, y consta que fue asesinado; los otros dos fueron desterrados a África. La víctima más significativa, sin embargo, fue el alférez Joaquim José da Silva Xavier el *Tiradentes,* ajusticiado en plaza pública el 21 de abril de 1792. Se le cortó la cabeza que pasó a exhibirse posteriormente por toda Villa Rica. Es el símbolo histórico de la Conjura.

Ahí se cimenta la conciencia nacional brasileña. Ya había en el país una respetable elite cultural, que, además, se desenvolvía con soltura y donaire en el manejo de la lengua culta portuguesa. De esos centros urbanos, cada vez más pujantes y numerosos, brotó una lengua portuguesa enriquecida que llegaría con el tiempo a los más recónditos lugares de la nación. En consecuencia, se aceleraba el progresivo eclipse de la lengua general y desaparecía cualquier atisbo de ascenso para las hablas africanas.

## Una teoría ortodoxa

Teoría heterodoxa, y muy curiosa, es la que sostiene el profesor José Ariel de Castro, quien en el presente integra el grupo de redactores que hacen el volumen I de la serie *La literatura en Brasil,* en su 3.ª edición,

de 1986, páginas 258 a 385, bajo el título de «Formación y desarrollo de la lengua nacional brasileña».

Divide el profesor Ariel su estudio histórico-lingüístico en ocho períodos, a saber: 1500-1553: el *turgimao* y las lenguas indígenas, junto con el portugués, como base fundamental de la lengua nacional brasileña; 1553-1702: formación de la lengua nacional brasileña y la implantación efectiva del método jesuítico; 1702-1758: despertar de Portugal a la realidad sociolingüística de Brasil; 1758-1826: solución pombaliana a la cuestión de la lengua en Brasil y en Portugal; 1826-1882: institucionalización de la política lusófila de la lengua, con persistencia del Arcadismo y de la actuación antirromántica; 1882-1924: recrudecimiento del purismo, como reacción ante el nacionalismo lingüístico incrustado en las ideas republicanas; 1924-1946: aparición de la lengua literaria del país y primeros reconocimientos públicos de la existencia de una lengua brasileña; 1946-1986: consolidación de la lengua literaria brasileña y aflojamiento de la normativa gramatical de la lengua escrita.

Como se ve, resulta crucial el primero de los períodos pues se establecen las bases fundamentales de la lengua nacional brasileña. ¿Cuáles son esas bases? El profesor Ariel parte del *turgimao,* o sea, el intérprete de una lengua oriental (¿árabe?, ¿hebreo?), que casi siempre es moro. El turgimao fue sustituido, al poco, por el «lingua», que ya no era algo extranjero sino del país. Esta es otra de las conclusiones del profesor Ariel, muy sorprendente, por lo demás:

> Debido a esa diferencia fundamental entre los intérpretes en el Oriente *(turgimaos)* y los intérpretes en América Latina «linguas» se hizo habitual la lengua portuguesa en África y en Asia, entre los siglos XVI y XVIII, pero no en Brasil. Ello supuso un destino diferente para nuestro idioma (p. 266).

Ya dijimos que era una afirmación sorprendente, sobre todo porque donde la lengua portuguesa sobrevivió fue precisamente en Brasil, mientras muchos hablares criollos se formaran en Asia y en África, como expresamente reconoce el profesor Ariel de Castro.

Con todo, no conviene olvidar que la lengua portuguesa no se difundió en gran medida por África, salvo en su variante «criolla», lo que también ocurrió en Asia. En «Breves apuntes para el estudio de la expansión de la lengua portuguesa en África y en Asia», artículo publicado en la

*Revista de Portugal,* en 1975, el siempre necesario y preclaro profesor Serafim da Silva Neto dice:

> Nada más natural, por lo tanto, que la lengua portuguesa se difundiera entre las poblaciones negras de la extensa franja del litoral, tanto más cuanto los misioneros la enseñaban en sus escuelas (p. 131).

Misioneros, está claro. No *turgimaos.*

En lo que se refiere a Asia, tampoco debemos olvidar Goa, la Dorada, que fue durante mucho tiempo capital del Imperio portugués en el Oriente. Sabemos que Leite de Vasconcelos, en su obra *Esquisse,* puso al «brasílico» entre los dialectos portugueses de Ultramar, aunque, al referirse a Goa, habló únicamente del portugués:

> Por las calles de Goa paseaban el notable botánico e inventor García da Orta, el maravilloso prosista Fernao Mendes Pinto, el grandísimo Luis de Camoens, representante máximo del espíritu portugués, el historiador Diogo do Couto y el poeta Fernao Alves do Oriente (Silva Neto, *ib.,* p. 140).

El profesor Ariel de Castro llega a negar la existencia de una lengua portuguesa en la época del Descubrimiento. Dice, por ejemplo:

> ¿Qué era esa lengua lusitana en el siglo XV? No era una lengua, era lenguaje, como homónimo de vulgar y antónimo de latin. Aún no había recibido el nombre de «lengua portuguesa». A pesar del ejemplo de Francia, bajo Francisco I, que llevó el dialecto de la *Île de France* en 1539 a la condición de lengua nacional, *langue françoise,* merced a la Ordenanza de Villers-Cotterets, y a la tentativa, caída en saco roto, de Fernao de Oliveira, en 1536, y Joao de Barros, en 1540, tentativa de acuñar la expresión «lengua portuguesa» como lengua nacional, muchas generaciones hubieron de pasar sin que ello aconteciese, sin poseer carácter realmente definido esa cultura portuguesa del bilingüismo lusocastellano (*op. cit.,* pp. 268-89).

En relación con Joao de Barros, sin embargo, ¿cómo olvidar que denominó a su *Gramática* como «de la lengua portuguesa»? ¿Cómo puede decirse que cayeron en vacío sus afanes si, a partir del siglo XVI, la lengua portuguesa fue afirmándose en el concierto de las lenguas propias a las naciones soberanas? En 1576, Duarte Nunes do Leao, publicaba su

*Ortografía de la lengua portuguesa,* y en 1606 su *Origen de la lengua portuguesa.* De ahí en adelante se multiplicaron los estudios sobre dicho idioma.

Si lo normal, en el siglo XVI, era hablar en «lenguaje», hay que buscar la razón de ello en que se hacía, de común, una diferenciación explícita entre *uso* y *arte.* El *arte* daba a la lengua unas formas gramaticales que, por tanto, ya no podía ser latina:

> En contraste con la lengua vulgar, que se aprende mediante el uso, el latín y el griego son lenguas reducidas a un conjunto de reglas, providas de una «arte» o gramática que las preserva de la corrupción, dando testimonio de su superioridad en tanto lenguas posibles de artificio (Padley, 1988, pp. 160-61).

Ese *lenguaje* portugués tuvo su primer *arte* en 1536, con la gramática de Fernao de Oliveira. En 1540, con Joao de Barros, ya es *lengua.* Además, en los albores del siglo XVI, Portugal ostentaba ya una rica tradición literaria. Gil Vicente, llamado el Plauto portugués, inicia su carrera de dramaturgo en 1502, con *El monólogo del vaquero.* Desde el punto de vista lingüístico, permitirán sus textos uno de los mejores estudios de que disponemos sobre el portugués del mil quinientos: *La lengua de Gil Vicente,* escrito por el eminente filólogo francés Paul Teyssier. Y eso sin decir que, en 1572, se publicaba en Portugal una de las mayores epopeyas de todos los tiempos *Os Lusíadas,* de Luis de Camoens, con la que la lengua portuguesa adquiría fe definitiva de nacimiento. Claro que nada de eso pudo acontecer en Brasil durante los inicios de su colonización. Se hace, pues, inaceptable, esta afirmación del profesor Ariel de Castro:

> Mientras Portugal perdía el rumbo de la lengua casi gallega en el siglo XV, Brasil, sin embargo, tomaba un rumbo nuevo gracias a los Ramalhos y Caramurus, con una lengua tropical que definía la formación de un carácter nuevo, de un hombre nuevo, con expresión y culturas prop.ias (*op cit.,* p. 269).

Conviene recordar que la expresión «lengua brasileña» aparecería mucho más tarde, con el romanticismo.

En ese proceso de formación de una lengua nueva en el trópico, el profesor Ariel de Castro atribuye un peso que nos parece excesivo al influjo indígena. Al revés reduce bastante el influjo de las lenguas africanas. Así es que dice, en la página 302: «La influencia africana en la sociedad brasileña, sobre su lengua, como sobre casi todo, no fue notoria.»

Es cierto que no hay mucho que atribuir a las hablas africanas en lo que se refiere al portugués que se habla en Brasil; pero, y eso nos parece claro, no puede desdeñarse su importancia sin más.

Hablando genéricamente podemos decir que la influencia indígena fue mayor en las zonas del sur y del interior (de Sao Paulo a Río Grande), y, dando un salto geográfico, también en Grao-Pará (el Pará y el Amazonas). La presencia de lo africano se hace perceptible en los puntos en los que el tráfico de esclavos adquirió mayor volumen; o sea, de Río de Janeiro a Maranhao, pasando por Bahía y todo el nordeste. En el interior hay que referirse forzosamente a Minas Gerais, la región aurífera que atrajo millares de aventureros y absorbió grandes cantidades de mano de obra africana, así como las tierras vecinas de Goiás y Mato Grosso. Ceará, curiosamente, desde los tiempos de Joao Ribeiro, viene siendo considerada área de transición si bien con caracteres diferenciadores.

En la región sur, de influencia indígena, se formó el dialecto *caipira,* de gran difusión hasta el siglo pasado. Recordemos que el nombre de *caipira* es voz indígena, si bien no queda clara su etimología. El influjo de lo africano fue mayor en las ciudades, en las casas, a través de las sirvientas, de las amas de los «molegues». Cabe decir lo mismo de la zona rural y agrícola, como lo dejó escrito el gran poeta Jorge de Lima en *Esa negra Fuló.* Aquí ya no cabe hablar del predominio del *caipira* sino del *matuto,* un dialecto con características propias y diferenciadoras.

La tesis del profesor Ariel de Castro, pues, es la de que la lengua traída a Brasil por los portugueses en el siglo XVI tuvo raíz propia desde esos inicios sin participación de la lengua de la metrópoli, sin lazos culturales con ella. Sufriría, por así decirlo, un proceso de «indianización», con la colaboración de los jesuitas, que la irían conformando en su afán de atraer almas a la causa del Cristianismo:

> La realidad lingüística brasileña es, por lo tanto, un resultado cultural de la presencia de los jesuitas en el escenario de lo político, de lo económico y de lo cultural, a partir del año 1553, con la llegada de Anchieta y con el subsiguiente inicio de un trabajo continuo de toda la Compañía, inspirándose en los métodos catequizadores de San Francisco Javier (p. 285).

Según eso, Portugal habría perdido el rumbo de su lengua, pérdida acentuada durante el período «felipiano», asumida por el castellano, y se-

ría ya en el XVII cuando adquiriese conciencia de la misma, de poseer una lengua nacional...

> Fue durante el reinado de Don Joao V... que los asuntos de la lengua portuguesa se trataron de forma acorde con su importancia política (p. 309).

El profesor Ariel de Castro ve en la Carta Regia de 1727 el acto que denomina de «manifestación primera de la política lingüística de Portugal» (p. 307). Iniciada por don Joao V, tal política lingüística se consolidaría ya con el marqués de Pombal.

Para Brasil, así y todo, esa consolidación había tenido lugar anteriormente. A ese respecto es claro el profesor Ariel de Castro:

> Entre mediados del siglo XVI y comienzos del XVIII se constituye, en sus fundamentos, una lengua brasileña resultante de la interacción lingüística de indios y de europeos. Sólo faltaba vivirla conscientemente, cosa que comienza a darse con Francisco Soares, en el XVI, y como hecho lingüístico en Vieira, según las transcripciones hechas, a lo largo de todo el XVII, por los gramáticos portugueses que, sin embargo, tenían por simple dialecto lo que se hablaba en Brasil (p. 293).

Sinceramente, no vemos cómo sea posible concordar con las tesis heterodoxas del profesor Ariel de Castro. Traído a Brasil el portugués previo al mil quinientos, en contacto con las hablas de los indios, se habría convertido en una nueva lengua románica, de la cual el padre Antonio Vieira, en pleno XVII, ya tomara conciencia. Por su parte, en las tierras europeas donde naciera, la lengua portuguesa debería aguardar algunos años más para llegar a idéntica altura...

La verdad es que la lengua trasplantada a Brasil a partir del año 1500 ya era perfectamente sentida por los portugueses como forma de expresión de una nacionalidad políticamente independiente. El interregno «felipiano», en vez de revelar la falta de organización de un idioma, fue una de las fuerzas que llevaron a la Restauración. Además, los portugueses no vinieron a Brasil sólo en el XVI. Lo hicieron continuamente, al tiempo que la colonia se desarrollaba económica y culturalmente. Se levantaron ciudades, primero en el litoral, luego en el interior («las ciudades de oro»), y desde esos focos la lengua portuguesa, en su modalidad culta, fue ex-

pandiéndose por todo el continente brasileño. Creció, así, una modalidad de la lengua portuguesa, el portugués suramericano, libre en sus inicios pero no en su esencia (en sus estructuras), que era la misma del portugués de la metrópoli, como tan claro lo dejara escrito el maestro Joao Ribeiro. No vemos, pues, motivos para cambiar nuestro parecer.

V

# LA CONSOLIDACIÓN DE LA LENGUA TRASPLANTADA (1757-1822)

## PLANO POLÍTICO-ADMINISTRATIVO

### *División política*

En ese período comienza a dominar la escena política la ciudad de Río de Janeiro, a donde, en 1763, el marqués de Pombal trasladaba la sede de Gobierno propia al Estado de Brasil, hasta entonces establecida en Salvador de Bahía. Los antiguos gobernadores generales, desde 1720, pasaron a gozar del título de virreyes, aunque jamás se concediera a Brasil la condición de Vicerreinado[1]. El último virrey fue don Marcos de Noronha y Brito, octavo conde de los Arcos (1806-1808); en 1808, con la llegada a Brasil de la familia real, el país se convirtió en sede de la monarquía portuguesa.

Después de 1759, todas las Capitanías hereditarias pasaron a ser Capitanías de la Corona. Se dividían en dos grupos: Capitanías Generales y Capitanías Subalternas. Las últimas Capitanías fueron las de Sao Paulo y Minas do Ouro (1709), Santa Catalina (1738), Goiás (1744), Mato Grosso (1748) y Río Grande de San Pedro, hoy Río Grande del Sur (1760). Todas ellas, con la excepción de la de San José de Río Negro, pasaron a convertirse en provincias. Posteriormente, y con la proclamación de la República, las provincias se constituyeron en estados, creándose un Distrito Federal (Río de Janeiro), sede del Gobierno (hoy Brasilia) y un territorio, el de Acre, posteriormente convertido en estado tam-

[1] El primer virrey de Brasil fue don Jorge de Mascarenhas, marqués de Montalvao (1640), mas ese título le fue concedido sólo con carácter de reconocimiento personal. Ya en 1720 pasó a poseer titularidad oficial (Vianna, *op. cit.*, p. 352).

bién. Los sucesivos gobiernos revolucionarios crearán nuevos territorios, algunos transformados más tarde en Estados[2].

Los principales acontecimientos políticos del período son: a) llegada de la familia real portuguesa; b) conjuración minera y primeros movimientos separatistas; c) instauración de un Brasil independiente.

*La emigración real*

Como se sabe, la corte portuguesa tuvo que trasladarse a Brasil a consecuencia de la invasión napoleónica de Portugal. El 29 de noviembre de 1807 salía de Tejo una flota con catorce navíos, bajo la protección de una división naval inglesa, rumbo a Brasil, a donde llegara, tocando primero en Salvador, el 22 de enero de 1808 y luego hasta Río de Janeiro, el 7 de marzo. Hubo grandes fiestas en el recibimiento. A bordo venía el príncipe don João, regente desde 1792 con motivo de la demencia de Rainha-Mae, doña María, así como de muchos hidalgos, funcionarios, artesanos y demás séquito, hasta conformar un total de quince mil personas. Dar alojamiento a esa pequeña población resultó difícil, pero las consecuencias de orden urbanístico, para Río de Janeiro, así como las de orden político y cultural para toda la colonia, fueron beneficiosas. Esto es lo que dice el historiador Túlio Halperín Donghi:

> En veinte años, la población se triplica y la ciudad se hace irreconocible. Al crecimiento se añade una definición urbanística cada vez más acusada; los fluminenses descubren pronto el papel que la capitalidad tiene en las monarquías absolutas, como contrapunto coral al monólogo del poder (1985, pp. 106-107).

Claro está, la protección británica exigía dividendos. Imponía un comercio directo con los puertos ingleses, sin intermediarios portugueses. Don João respondió abriendo los puertos brasileños, indiscriminadamente, a todas las naciones amigas. Aunque no pasó mucho tiempo para que Inglaterra se colocara en situación de cliente favorecido, pagando tasas mucho más reducidas. Veamos con qué presteza se hicieron los acuerdos: Llegando a Bahía el 22 de enero, el día 28, en la ciudad de Salvador,

[2] Son nuevos estados de la Federación Brasileña: Acre, Amapá, Rondónia, Mato Grosso del Sur y Tocantins. El antiguo territorio de Fernando Noronha pasó a integrar el estado de Pernambuco.

don João liberaba los puertos de Brasil. A muchos pareció, entonces, que Brasil ganaba económicamente en tal liberalización portuaria, que encontró en la competencia de José da Silva Lisboa, futuro vizconde de Cairu, la justificación de que necesitaba.

En 1815, don Joao elevó a Brasil a la categoría de Reino Unido de Portugal y el Algarve. Al año siguiente, por fallecimiento de Rainha-Mae, el príncipe regente asumió el trono con el título de don Joao VI.

Mucho progresó Brasil con don João VI, tanto en actividades culturales como en asuntos de otros órdenes prácticos. Ya en 1808 se fundaba en Bahía la Escuela Médico-Quirúrgica, el primer centro de enseñanza superior del país. Siguieron a esa fundación las de las Academias Militar y de Marina, el Jardín Botánico, la Imprenta Real, el Banco de Brasil, la Academia Real de Diseño, Pintura, Escultura y Arquitectura Civil y el Erario regio. Don João, harto, estimuló el progreso cultural del Reino con tales medidas, haciendo llegar a Brasil, además, a eminentes figuras del saber científico y artístico. Así fue como en 1816 llegó la Misión Artística Francesa, de la que formaban parte los pintores Nicolau Antonio Taunay y Joao Batista Debret, autor de pinturas y grabados que recogen los usos y costumbres de la época. Otro nombre digno de ser destacado es el del arquitecto Grandjean de Montigny, a quien mucho debiera la construcción civil de Río de Janeiro.

No pertenecía a La Misión, pero no pasó en vano por Río de Janeiro, el pintor Arnaud Julião Pallière, autor del plano urbanístico de Villa Real de Praia Grande, la actual Niterói. En la música señalemos la presencia de los maestros y compositores Marcos Portugal, portugués él, y el brasileño padre José Maurício.

En lo que a las letras se refiere, hay que citar, obligatoriamente, al ya mentado José da Silva Lisboa, vizconde de Cairu; al padre Manuel Aires do Casal, autor de *Coreografía brasileña;* al fluminense Antonio de Morais Silva, que se consagró como lexicógrafo al escribir su *Diccionario de la lengua portuguesa,* entre otros. Es obligado, igualmente, citar al mineralista alemán Guilherme von Eschwegw, al naturalista francés Augusto de Saint-Hilaire, a los alemanes Spix y Martius, botánicos, zoólogos y mineralistas...

Como se ve, la nómina fue amplia y constituyó un empuje notable para la consolidación de una elite brasileña.

No obstante, don João VI tuvo que afrontar situaciones difíciles, como la llamada Revolución Pernambucana, de 1817, nacida al abrigo

de las ideas republicanas y liberales, casi siempre en las logias masónicas, que eran vanguardia de las nuevas propuestas de reforma político-social. Las primeras victorias levantaron los ánimos de los sublevados, que, sin embargo, fueron derrotados finalmente y condenados a muerte sus principales cabecillas. Procuraron, por lo demás, introducir unos tratamientos nuevos, sustituyendo «señor» por «usted» o, más genéricamente, por «patriota».

Las guerras napoleónicas habían llevado a don João VI a ordenar la invasión de la Guyana francesa, que acabó siendo conquistada, y quedando allí acuarteladas, durante nueve años, las tropas reales. En 1817, por acuerdo firmado entre Portugal y Francia, el territorio fue devuelto a los franceses.

Razones de variada índole motivaron guerras en la región del Plata. Finalmente, después de muchos combates, si bien esporádicos, y de fallidos acuerdos, la Banda Oriental de Uruguay pasó al Reino Unido de Portugal, Brasil y el Algarve con el nombre de Provincia Cisplatina.

*La revuelta de Felipe dos Santos*

Las luchas contra los holandeses, la ascensión de Brasil a Virreino, la constitución en el centro de Minas Gerais de una elite de alto valor cultural y moral, creó en Brasil condiciones para que despertase una conciencia nacional. En el país, como en toda la América del Sur, despuntaban los primeros sentimientos de autonomía política.

El inicio, en Brasil, aconteció en Villa Rica, bajo la forma de reivindicaciones económicas. Fue la famosa revuelta de Felipe dos Santos, en 1720.

Varios marcos político-administrativos indican el progreso de la región.

El 9 de noviembre de 1709 se creaba la nueva Capitanía de Sao Paulo y Minas de Oro. En 1711 accedieron a la categoría de villas las poblaciones de Ribeirão do Carmo, actual Mariana; Villa Rica, hoy Oro Negro, y Nuestra Señora de la Concepción de Sabará, hoy Sabará. En 1720 se dio la separación de la Capitanía, pasando Minas de Oro a llamarse Minas Gerais, nombre que conserva en el presente.

Los choques con los gobiernos de la Capitanía se producían a consecuencia de las altas tasas contributivas fijadas sobre la producción del oro. La Corona reservaba para sí una quinta parte de la producción y man-

tenía el monopolio de la explotación de los diamantes. En 1713, el nuevo gobernador de la Capitanía, don Bras Baltazar da Silveira, decidió sustituir el impuesto fijado por el pago de treinta arrobas de oro al año. En 1719 se anuló el cobro de impuestos. Se crearon las casas de fundición. El oro extraído se convertía en barras, que se ponían bajo custodia en la citada casa de fundición. Se trataba, así, de impedir el contrabando. La deducción de la quinta parte corría ahora por cuenta de las casas de Fundición. Estaban éstas en cuatro puntos: Villa Rica, Sabará, Sao João d'El-Rei y Vila do Príncipe. Tales medidas provocaron un profundo descontento. Como señala Boxer, «muchos mineros sabían que habrían de viajar largas distancias, por difíciles caminos, a fin de alcanzar la fundición más próxima donde soportaban mayores demoras y vejaciones por culpa de una burocracia ineficaz y corrupta» (1963, p. 175).

El descontento ocasionado por las medidas se transformó, al poco, en revuelta. Gobernaba la Capitanía el conde de Assumar y contra él marcharon en la noche de San Pedro los sublevados, al frente de los cuales iba el portugués Pascual da Silva Guimaraes. Exigían el cese de las casas de Fundición, y en principio fueron atendidos. Pero la intención del gobernador no era sino la de ganar tiempo para contener la rebelión. De entre los sublevados destacaba, por su oratoria, el portugués Felipe dos Santos Freire. Pudo el gobernador acuartelar toda su tropa de Dragones y atacó a los amotinados que, vencidos, intentaron huir. Felipe dos Santos fue encarcelado y, posteriormente, muerto y descuartizado.

### *La Conjuración Minera*

Si la sublevación de Villa Rica fue provocada principalmente por motivos de orden económico, la Conjuración Minera de 1792 tenía ya profundas connotaciones políticas.

Se forma, como vimos, en Villa Rica, donde hay una pujante elite intelectual. El liberalismo, la nueva ideología triunfante con la Revolución Francesa de 1789, comenzaba a expandirse. Los Estados Unidos de Norteamérica habían proclamado su independencia de la metrópoli inglesa en el segundo Congreso Continental de Filadelfia, del 4 de julio de 1776.

Todos estos hechos, con sus correspondientes ideas, conformaban el embrión del estallido brasileño. El sentimiento que tomaba cuerpo era el de que el país no podía continuar siendo explotado económicamente por la corte europea. Había decrecido notablemente la producción de oro, se

empobrecía el pueblo, los impuestos eran excesivamente gravosos. La noticia, por tanto, de que el Gobierno portugués iba a proclamar una «derrama», esto es, el cobro de dos quintas partes, que deberían ser pagadas por todos, mineros o no, alborotó la Capitanía. Ya no bastaba la sublevación, o sea, deponer al Gobierno de la Capitanía. La indignación popular pedía más; la separación, la independencia y, quizá, la República. El alma de la Revolución fue el alférez Joaquim José da Silva Xavier, apodado el «Tiradentes»[3] por su habilidad, se dice, en extraer las piezas dentales dañadas. Era el más entusiasta: discurseaba, hacía proselitismo, alentaba... Al poco tiempo, la conjura crecía, pero no estalló porque hubo delación. Siguió luego la caza de los conjurados, que fueron hechos prisioneros y juzgados sumarísimamente. La pena mayor recayó en el «Tiradentes», que fue ahorcado, en medio de un gran ceremonial, el día 21 de abril de 1792, en el Campo da Lampadosa. Posteriormente se descuartizó su cuerpo, se expuso su cabeza en Villa Rica y se conservaron sus extremidades en salmuera para así poder exhibirlas en las localidades donde más se destacara en su agitación.

«Tiradentes» es considerado el mártir o protomártir, de la Independencia brasileña. El día de su ejecución se conmemora como festivo en toda la nación. Por su porte físico (alto, de largas barbas), por su formación religiosa y por su martirio, también se le llama el «Cristo brasileño».

En lo que se refiere a la participación de los notables en la conjura hay controversia. Parece que fueron más conniventes que participantes. Para la nueva República que sería proclamada, «Tiradentes» había propuesto una especie de triángulo como símbolo de la Santísima Trinidad. Se atribuye a Inácio José de Alvarenga la inscripción, que pasó a la posterioridad, de *libertas quae sera tamen,* inspirada en un texto bucólico de Virgilio. En cuanto a los demás cerebros implicados en la revuelta, dice Jônatas Serrano:

> Participaban Claudio Manuel da Costa, sexagenario, docente, hombre de vida sedentaria, abogado y antiguo secretario del Gobierno; el canónigo Luís Vieira, orador y sacerdote; Tomás Antonio Gonzaga, de la Aduana de Bahía, a la espera de licencia regia para desposar a María Dorotéia Joaquina de Seixas, la Marília de sus inspirados versos. Resulta difícil creer que tales hombres formaran el núcleo de la conjura (1986, p. 257).

Claudio Manuel da Costa fue hallado muerto en prisión y consta que

[3] «Sacamuelas.» *(N. del T.).*

fue asesinado; Tomás Antonio Gonzaga e Inácio José de Alvarenga fueron deportados a África[4].

## *La Conjura Bahiana*

Hubo también en Bahía, después de la Conjuración Minera, un movimiento subversivo inspirado en las ideas políticas de la Revolución Francesa, tenidas, simplemente, por ideas francesas. Al contrario de lo que ocurriese en Villa Rica, el movimiento bahiano no contaba con personalidades de alcurnia en Salvador. Algunos militares de baja graduación, un cirujano, un profesor de gramática latina, dos o tres sastres... «Constituía el grueso de los acusados gente humilde, incluso esclavos» (Vianna, *op. cit.*, p. 364). El propósito de los conjurados denotaba sus raíces liberales: abolición de la discriminación racial, apertura del puerto de Salvador al comercio internacional, liberación de los presos y fin de los monasterios de clausura, con libertad para su abandono por parte de quien gustara hacerlo.

Hubo delaciones de terribles consecuencias: ahorcamiento y descuartizamiento posterior de los principales acusados, destierro a África para otros y azotes inmisericordes para los esclavos.

El profesor Hélio Vianna resume así el carácter de lo que llamó «Conjuración Bahiana»:

> Al contrario de lo que aconteciera nueve años antes en Minas Garais, donde principalmente algunos intelectuales, sacerdotes y propietarios se habían interesado, al menos teóricamente, por el cambio de régimen político, en Bahía fueron simples hombres del pueblo, sastres y soldados de baja graduación, mulatos casi todos ellos, los comprometidos en la rebelión. Podría decirse que el primero fue un movimiento aristocrático, de opinión burguesa, caracterizándose el segundo por su aspecto claramente popular. Ambos, sin embargo, reflejaban ideas políticas y sociales propias a la ebullición ideológica de la época (*op. cit.*, p. 362).

## *La «Escuela Minera»*

La llamada «Escuela Minera», a la que ya nos hemos referido, es la primera manifestación positiva de lo que denominamos «consolidación y

[4] La fuente de información más importante para el conocimiento de la Conjuración Minera es la que se ofrece en los *Autos de Investigación de la Inunfidencia Minera*, en siete volúmenes, Río de Janeiro, MEC/BN, 1936-1938.

victoria de la lengua portuguesa en Brasil». Tuvimos en ella un grupo realmente expresivo, dotado de alto nivel literario, que supo utilizar la lengua portuguesa con gran maestría y sensibilidad. Podemos argüir que escribían a la manera europea. Mas no podía dejar de ser así, pues hubiera resultado irrisorio que manipulasen la lengua de forma y en un estilo que únicamente habría de consolidarse siglos después. Lo que importa es que, por esa u otras razones, los componentes de la «Escuela» ya sentían como «nosotros». Reflejaban problemas propios a la realidad social del país (como se demuestra en *El Uraguay*); hablaban al corazón de las generaciones venideras (como en las *Liras* de Gonzaga). Todo ello, arropado por un idealismo propio a todo movimiento libertador, que en el caso de Brasil, tiñó de sangre el camino hacia la Independencia nacional. La «Escuela Minera» pertenece, pues, y sin ningún tipo de reservas, al patrimonio cultural de la nación.

El profesor Rolando Morel Pinto, titular de la Universidad de Sao Paulo, hablando exactamente de los arcanos mineros, vio en ellos signos de modernidad:

> La poesía de Brasil sorprende igualmente por su evidente modernidad, por la exquisitez de su lengua, visible en la simplificación de la frase, en la preponderancia de la orden directa y en el tono, que deja de ser declamatorio sin perder sus virtualidades expresivas (1948, p. 40).

Después vendrá la expansión, el florecimiento, el desarrollo; nunca la distorsión, el cambio de rumbo.

### *El grito de Ipiranga*

El crecimiento económico del país, la formación de una elite representativa del cuerpo nacional, la llegada de ideas liberales que venían de Francia, la declaración de independencia de las colonias norteamericanas y —*last but not least*— el cambio de la sede de Gobierno de Portugal a Brasil, en 1808, que demostró estaba la colonia suramericana en situación de autogobernarse, tuvo una importancia crucial en el advenimiento de la Independencia.

Las etapas del movimiento fueron las siguientes: a) exilio de la familia real; b) regreso de don João a Portugal, en 1821; c) intentos de recolonización; d) asentamiento de las ideas independentistas.

Con respecto al traslado de la corte a Brasil, ya dijimos lo esencial. Recordemos que, en 1815, fue Brasil elevado a la categoría de Reino. Y que, en 1816, por fallecimiento de la reina, ascendía al trono el príncipe regente con el título de João VI. Era Brasil, pues, sede de todo el reino de Portugal.

Mientras, en Portugal, crecía el descontento y la irritación. Cobraban cuerpo las ideas liberales llegadas de Francia. Con la derrota de Napoleón por los ingleses y con la ausencia de la familia real, pasó la metrópoli a regirse bajo los dictámenes de un extranjero, el mariscal inglés lord Beresford. Se pedía la vuelta del rey y en las logias masónicas se hacían fuertes las ideas constitucionalistas. Estalló la revolución en Oporto y, en breve, se extendió a todo el país. Una junta provisional debería redactar la carta constitucional. Beresford fue derrocado. En Brasil también se expandían las ideas constitucionalistas, particularmente en el norte (en Pará y en Bahía), donde llegaron a poseer, igualmente, carácter revolucionario. En vista de la gravedad de los acontecimientos, don João decidió volver a Portugal. En Brasil, como regente, quedaba el príncipe don Pedro.

El retorno del monarca desagradó, no obstante, a los brasileños.

En Portugal, desde 1821, se reunían en Lisboa las Cortes Generales Extraordinarias y Constituyentes de la Nación Portuguesa. De esas Cortes hacían parte integrante a Brasil. A pesar de ello, comenzaron las Cortes a tomar medidas perjudiciales para el grado de autonomía ya alcanzado por la colonia. Tales medidas, como el envío de tropas a Brasil, bajo directorio de los Comandantes Militares de las Juntas Gubernamentales dependientes de la metrópoli, hicieron que prácticamente se anularan las funciones del príncipe regente quien, en consecuencia, debería regresar a Portugal. Después de largas controversias, don Pedro, habiendo recibido de manos del presidente del Senado de la Cámara una petición para que no abandonase el país, respondió sin vacilaciones: «Como se trata del bien de todos y de la felicidad general de la nación, diga al pueblo que aquí me quedo.»

La multitud, reunida en la plaza, frente a palacio, al tener conocimiento de la decisión, estalló en salvas de aplausos y en vivas. Don Pedro tuvo que asomarse a uno de los balcones para saludar. Esa fecha, el 9 de enero de 1822, quedó fijada en la Historia de Brasil como «El día de la permanencia».

Hubo resistencia, sobre todo, por parte de las tropas portuguesas,

más tarde relevadas. Paralelamente crecía la idea independentista. Ante la solicitud de cese de algunos ministros, que preferían seguir fieles a la metrópoli, nombró el príncipe regente, como ministro de Asuntos Exteriores, a José Bonifácio de Andrade y Silva, paulista de Santos y hombre de probada cultura e ideas liberales. Formado en Coimbra, donde se hizo bachiller en Derecho Civil y en Filosofía Natural, anduvo después viajando por Europa durante veinte años. De vuelta a Portugal se le concedió el título de doctor en Filosofía Natural, gracias a lo cual pudo ocupar la Cátedra de Geodesia y Metalurgia, especialmente creada para él[5]. Más tarde, exiliado en Francia, escribió poesía con el seudónimo de Américo Elísio. Por sus cualidades de estadista, demostradas en su conducción del proceso que llevaría a la soberanía política de Brasil, recibió para la posteridad el sobrenombre de «Padre de la Independencia».

Las logias masónicas, responsables de muchas de las conspiraciones independentistas, ofrecieron al príncipe el título de «Protector y Defensor Perpetuo de Brasil». Don Pedro, muy agradecido, no aceptó, empero, más que la segunda parte del título en cuestión, pues «Brasil sabe defenderse por sí solo».

De vez en cuando estallaban motines en algunas provincias. Al tener conocimiento el príncipe de uno de ellos, acaecido en São Paulo, resolvió ir en persona a entrevistarse con los insurrectos, que acabaron por reconocer su autoridad. De regreso a Río de Janeiro, en las proximidades de Riacho Ipiranga, recibió noticias graves, enviadas por José Bonifácio. Las Cortes portuguesas habían adoptado resoluciones humillantes que lesionaban la autoridad del príncipe, convertido en mero funcionario del Gobierno portugués. En un arranque de cólera quitó don Pedro de su sombrero las insignias azul y roja, símbolos de la autoridad portuguesa, desenvainó la espada y levantándola hacia lo alto gritó: «¡Independencia o muerte!» Ése es el famoso Grito de Ipiranga, punto culminante del histórico periplo de Brasil hacia su Independencia. Era el 7 de septiembre de 1822.

Se cumplía, de ese modo, la profecía de don João VI, hecha al dejar Brasil para volver a Portugal, el 24 de abril de 1821: «Pedro, si Brasil ha de separarse, que lo haga contigo en vez de con algunos de esos aventureros, que tú sabrás respetarme.»

[5] Éstas y otras informaciones, en la obra de José Honorio Rodrigues *Por qué leer a Joé Bonifácio hoy* (1985, pp. 49-62).

## El aspecto económico

### *Dificultades en los inicios*

La vuelta de don João VI a Portugal trajo consigo penosas consecuencias de orden económico para Brasil. Así lo señala Hélio Vianna:

> La situación financiera del Reino de Brasil era difícil, por haberse ido hacia Portugal, junto con Don João VI y su corte, gran parte de los valores y depósitos que aquí había, incluidos los del Banco de Brasil. La provincia de Río de Janeiro aún contribuía a las arcas generales, pero no se recaudaba lo suficiente como para atender a todas las necesidades de la Administración, que se agravaban con la permanencia de fuerzas militares en la banda oriental (*op. cit.*, II, p. 52).

También había menguado la producción de oro:

> Los lavaderos de oro, en los ríos, vieron decrecer lo que fuera febril actividad. El proceso de extracción de oro resultaba caro, exigiendo años de trabajo con métodos hidráulicos que superaban la cuantía de lo obtenido. Muchos mineros se vieron obligados a emigrar hacia las más promisorias tierras —al menos temporalmente— de Goiás y Mato Grosso. Serro Frío, desde 1750, permanencía prácticamente cerrado para los buscadores de oro y mineros en general, así como limitada su actividad a la producción de diamantes (Boxer, 1963, p. 270).

Por su parte, Caio Prado Júnior dice:

> Se llega, a finales del XVIII, a una situación en la que ya se habían agostado los depósitos auríferos superficiales en todo el vasto área que antaño fuera generoso. Sufre la minería un colapso definitivo sin que se hubieran adoptado medidas suficientes para afrontar cualquier eventualidad (1974, p. 62).

Hubo que acudir, pues, a otras fuentes de riqueza. Digamos, de paso, que la atracción ejercida por las minas de oro había devenido en abandono de la producción agrícola. De continuo se desvió dinero y mano de obra hacia la minería. Lemos Brito, entre otros, llama la atención sobre este asunto:

> El mismo Rocha Pita [autor de *Historia de la América Portuguesa*, libro de 1730] dice que el éxodo perjudicó enormemente la producción de caña y la industria del refinado del azúcar. Únicamente algunos poderosos podían mantener en funcionamiento sus ingenios; los menos favorecidos, «no teniendo negros con que atenderlos, decidieron abandonarlos» (1980, p. 110).

La solución pasaba, pues, por la vuelta a la agricultura. Pero recuperar esa actividad suponía trabajo, suma lentitud. Caio Prado Júnior ve en la segunda mitad del XVIII el renacer de la actividad agrícola brasileña.

Hélio Vianna resume perfectamente la situación de la época:

> Los principales productos de la agricultura brasileña, por el tiempo en que la corte portuguesa se traslada a Río de Janeiro, y durante su larga permanencia aquí, eran, además de la caña de azúcar, el café, el aguardiente, el algodón, el tabaco y el arroz. En lo pecuario, la carne de res criada en rancho, fundamentalmente, que servía como alimento básico de San Pedro a Ceará. Tenía cierta importancia, igualmente, el trabajo en cuero, que se exportaba a otros países y del que había gran demanda en el país (*op. cit.*, II, p. 24).

El azúcar poco a poco retoma su antigua hegemonía económica en Pernambuco y en Bahía. Menos en Río de Janeiro. Y gana posiciones en Sao Paulo. El algodón aparece como real competidor del azúcar, particularmente en Maranhao. El tabaco de Bahía es muy apreciado entre los fumadores. Ceará produce carne seca, la famosa «carne de sol», y en el sur cobra merecida fama la producción de carne en salmuera.

Fuente fundamental de riqueza, como vemos, fue la crianza de ganado, actividad que rápidamente se expandiera por todo el país, donde no escaseaban los pastos para engordar millares y millares de cabezas. Se levantan las haciendas de los ganaderos, muy distintas a las grandes casas de los propietarios de plantaciones... Eran kilómetros y kilómetros de tierras en las que no se divisan los límites. Aún en nuestros días, el poder económico de los ganaderos es muy superior al de los agricultores, influyendo decisivamente en la vida política de Brasil, tanto entre bastidores como con su participación abierta. Los estudiosos del desarrollo económico de Brasil son unánimes en sus opiniones al respecto. Esto es lo que señala, por ejemplo, Lemos Brito:

La cría de ganado en Brasil tuvo un desarrollo espléndido. El ganado, criado y sacrificado en los centros de abastecimiento (Bahía y San Vicente), llegaba como derramándose por todo el país merced a los óptimos pastos de nuestra tierra. Pero no se trataba sólo de ganado vacuno. Hablamos también del caballar, del asnal, del caprino y del porcino (*op. cit.*, p. 328).

*Artesanía e industria*

La incipiente industria sí fue maltratada. En los inicios del período colonial hubo bastante actividad artesanal. Poco a poco fue constituyéndose en las ciudades una clase de trabajadores autónomos: sastres, costureras, herreros, albañiles... Aparecían pequeñas industrias, como las perfumeras o las de cerámica. Aunque industrias propiamente dichas lo fueran, en realidad, las del metal y la textil; y en especial la del hierro. Pero fueron perseguidas por la metrópoli. Sobre la industria textil dice Caio Prado Júnior lo siguiente:

Sobre todo en Minas Gerais, y también en la capital, en Río de Janeiro, aparecen en la segunda mitad del XVIII manufacturas autónomas y relativamente grandes. Pero su progreso no irá mucho más allá. Temiendo por las consecuencias políticas de ese desarrollo económico, y alarmada también ante la posibilidad de que Río se convirtiera en un centro importador y exportador de grandes dimensiones, oscureciendo al resto del Reino, la Metrópoli manda clausurar en 1785 todas las manufacturas textiles de la colonia, con excepción de apenas unas pocas que servían para hacer vestidos con el algodón, vestidos destinados a los esclavos (1974, pp. 107-108).

Despuntaba también la metalurgia. Minas era «el corazón de oro en un cuerpo de hierro». Al principio, no obstante, tuvo que afrontar los habituales recelos de la metrópoli. Volvamos a Caio Prado Júnior:

De no ser por la fuerte y tenaz oposición oficial, la metalurgia hubiera tenido una importancia más que relativa. Pero los recelos fueron grandes: El simple hecho de saber fundir el metal era, muchas veces, motivo suficiente para perseguir al instruido, so pretexto de subversión. En realidad se temía la creación de un mercado que el Reino no pudiera controlar en lo absoluto, y que podía rendir sustanciosos beneficios económicos; se temía, en definitiva, la independencia económica de la colonia, preludio de la inevitable independencia política (*ib.*, p. 108).

*El reverso del proceso*

Con la llegada de la familia real se produjo un proceso de devolución. Ya en 1808 se decretaba la apertura de los puertos brasileños a las naciones amigas. Una orden del 1.° de abril del mismo año derogaba la del 5 de enero de 1785, que prohibía taxativamente el establecimiento de manufacturas y fábricas en Brasil (Vianna, *op. cit.,* II, p. 26). Se recuperaron, pues, las industrias textiles, particularmente las del algodón. El país ya se hallaba razonablemente interligado por vías terrestres, aunque precarias en muchos casos, y fluviales. Cuando don João VI regresa a Portugal, el preludio al que alude Caio Prado Júnior se encontraba en sus acordes finales.

> Brasil, luego de la depresión de los años 1770-1790, tuvo un nuevo impulso con las guerras revolucionarias y del Imperio, con la llegada de la corte portuguesa a Río y con el desarrollo de la industria algodonera, del azúcar, del tabaco, del cacao, de la sal y de otros productos. Después de 1815 esa nueva economía se vio amenazada. Y pasado el año de 1850, sustituida definitivamente por la gran industria del café que, sin enterrar la de los otros productos, los hace pasar a un segundo plano (Mauro, 1970, p. 243).

Las principales consecuencias de esos acontecimientos fueron: a) el desplazamiento de la economía hacia el centro y el sur, lo que aún perdura; b) la ascensión de Río de Janeiro, nueva capital, al máximo nivel entre las ciudades de la nación, suplantando a Salvador; c) el rápido crecimiento de la población de esta parte del país.

En lo que al primer punto se refiere, la razón más obvia se halla en el descubrimiento de oro y diamantes en la región de Minas Gerais. Y Río, que pugna por convertirse en el primero de los puertos brasileños. A este respecto Jônatas Serrano dice:

> El movimiento del puerto se acrecienta y, en breve, se convierte Río en el centro comercial de todo el país. Dispone, además, de un sistema de comunicaciones terrestres, fluviales y marítimas, que hacía fácil su contacto con las demás Capitanías. En cincuenta años, de 1750 a 1800, la población de Río aumentó de veinticinco mil habitantes a casi cien mil. Se trabajó con sumo esmero para procurar agua a la capital. Antiguamente, tenían que ir los moradores de Río a la fuente de Carioca para abastecerse del líquido elemento; a comienzos del XVIII se construyó un acue-

> ducto para llevar agua hasta el corazón de la ciudad. Y con el rápido crecimiento económico de la misma, y de su población, se hizo necesario abrir nuevos pozos y explotar otras fuentes. Había, en la ciudad, edificios enormes y bien construidos, como los arsenales del Ejército y de la Marina, además de la Casa de la Moneda. Dignos de mención especial eran el Monasterio de Sao Bento y el convento de San Antonio. Había también instituciones como la orden de San Francisco, la de Nuestra Señora del Carmen y la de San Francisco de Paula, que poseían hospitales para los pobres, una casa para expósitos y un orfanato. Las librerías y bibliotecas ofrecían al pueblo de la ciudad y del interior las publicaciones más recientes (*op. cit.*, pp. 267-68).

En relación con el crecimiento demográfico, ya hemos señalado el rápido aumento de población que se produjo en Río. En relación con la Capitanía de Minas Gerais, decir que en 1776 ya alcanzaba la cantidad de trescientos veinte mil habitantes (Mauro, *op. cit.*, p. 179). Repárese en el hecho de que el estado de Minas Gerais fue el más populoso de toda la Federación hasta, por lo menos, el año 1930, cuando sucedió a la vieja República una República nueva, bajo la acción política de Getúlio Vargas.

Un nuevo producto agrícola, el café, dominaría la economía brasileña desde la segunda mitad del XIX hasta la primera del XX. Los cafeteros fueron ocupando, poco a poco, las tierras del interior y del nordeste, dejadas por los «coroneles». El nuevo cultivo se imponía sin freno. Observa Hélio Vianna:

> En cuanto al café, debemos señalar que a partir de esa época [último tercio del siglo XVIII] aumentó su producción llegando a situarse, en muy poco tiempo, a la altura de la producción de tabaco, convirtiéndose en divisa de Brasil y encabezando las listas de exportaciones (*op. cit.*, II, p. 24).

Habiendo contribuido a la prosperidad de Río de Janeiro (valle de Paraíba), el cultivo del café, empero, pasó posteriormente a ser patrimonio de São Paulo, que, gracias a ello, progresiva y firmemente, acabaría convirtiéndose en el principal estado de la Federación de Brasil, posición que sigue ocupando en nuestros días. Al convertirse en la principal fuente de riqueza del país, y por ende en su mejor industria, se hizo necesaria la presencia de mano de obra cualificada, tanto en los medios urbanos como en los rurales. De ahí deriva, pues, el relevante fenómeno social de la emigración, que se orientó, fundamentalmente, hacia el sur del país. Al principio llegaron, en grandes cantidades, los italianos (a Sao Paulo), los ale-

manes (de Santa Catalina para el sur) y, desde el principio, los portugueses, cuyo trasiego no cesaría ya, bien para dirigirse a Río de Janeiro, bien para hacerlo hacia cualquier otra parte del país en donde hubiera necesidad de mano de obra. Otra nacionalidad de importancia en los anales de nuestra inmigración fue la de los suizos. Según dice Hélio Vianna:

> En fin, a consecuencias del incremento de la producción agrícola, registramos los inicios de la llegada de colonos extranjeros a Brasil en 1818. La colonia suiza de Nova Friburgo fue la pionera *(op. cit.,* II, p. 25).

## Plano cultural

### *Villa Rica*

En el plano cultural, fueron cuatro las ciudades que más se distinguieron en la fase colonial: Recife, Salvador, Villa Rica y Río de Janeiro, todas ellas ciudades del litoral a excepción de Villa Rica. La primacía, sin embargo, cabe atribuírsela a Villa Rica y a Río de Janeiro.

El progreso, también, devino en clara cronología. Los primeros historiadores de la literatura brasileña (Sílvio Romero, por ejemplo), hablan de una Escuela Pernambucana, de una Escuela Bahiana y de una Escuela Minera, por ese orden.

En Villa Rica, a lo que parece, existió una «Arcadia Ultramarina», de la que Cláudio Manuel da Costa, el más «arcádico» del grupo, habría sido fundador. Adoptó en la mencionada «Arcadia» el nombre de «Glauceste Satúrnio»[6]. Escribió Manuel da Costa *Obras* lírica, *Villa Rica* (poema histórico), *Riberas del Carmo* (poema en homenaje al riachuelo junto al que transcurriera su infancia), su áspero *Mondego.* Se le tiene por escritor muy correcto, característica de los próceres de la «Escuela», pero de frío estilo. Fue, eso sí, eximio sonetista, cosa que podemos apreciar en estos versos:

> Leerá la posteridad, oh patrio Río,
> En mis versos tu nombre celebrado,
> Porque en esta hora has despertado
> del sueño vil del paralizante frío.

[6] Saturno Verdoso. *(N. del T.).*

No ves en tus márgenes el sombrío,
fresco acento de un álamo copado;
No ves a una ninfa cantar, pastor o ganado,
en la tarde clara del calmado estío.

Pertenecen los versos citados a sus *Obras.*

La forma es perfecta; el bucólico arcádico, ejemplar: el álamo, la ninfa, el ganado, el estío... Poseen los sonetos un neoclasicismo propio de las más puras reminiscencias camonianas («en mis versos tu nombre celebrado»), pues tal era el tono general de esos literatos de las vetustas montañas mineras. Podían compararse con sus colegas de la corte lisboeta.

Tomás Antonio Gonzaga, de la comarca de Villa Rica, fue el infeliz autor de *Dirceu,* el del lánguido canto de las *Liras* y el que honró a la dulce *Marília;* una conjura de visionarios lo arrebató definitivamente de entre los brazos de la amada. Aun habiendo nacido en Portugal, es el más «brasileño» de los poetas del grupo minero.

Inácio José de Alvarenga Peixoto, bachiller de Coimbra, poco dejó escrito a su muerte (según Luciana Stegagno Picchio, sólo publicó tres poemas); conocemos su soneto a Basílio da Gama, el *Canto Genetlíaco,* dedicado al hijo del gobernador, y su *Oda a Doña María I.* A pesar del convencionalismo de sus composiciones, cultivó con esmero la lengua portuguesa en su vertiente más neoclásica.

José Basílio da Gama es conocido fundamentalmente por su poema épico *El Uraguay,* cinco cantos en versos blancos y una estrofa libre. Antiguo alumno de los jesuitas, para librarse de la sospecha de «jesuitismo», adoptó como argumento, para la composición de su poema, la lucha entre los jesuitas y los indios, de una parte, contra los portugueses y los españoles, de otra, situándose en las márgenes políticas establecidas por el poderoso marqués de Pombal. Llegó a pertenecer a la Curia de Roma, posteriormente, con el nombre de Termindo Sipílio. A él debemos, igualmente, un poema de corte africanista, mas de poco calado, de título *Quitúbia.* Digamos que, como característica más común, ninguno de esos escritores hace gala de «brasileñismo» alguno en el uso del lenguaje, salvo en la utilización de algunas palabras de carácter regional, pese a que el tema central de todas sus obras sea la tierra patria.

Cabe decir lo mismo de fray José de Santa Rita Durao, que compuso el poema épico *Caramuru,* en diez cantos y una octava con rima; fue, sin

duda, el más camoniano del grupo. *Caramuru,* como se sabe, era el nombre indígena que adoptó el portugués Diogo Alvares Correa. El tema es brasileñista, de cuño indigenista; tiene la epopeya momentos de gran lirismo, como el de la muerte de Lindóia, que ya fuera comparado con el episodio sacrificial de Inés de Castro, en *Las Lusíadas.* No obstante, la imitación camoniana lo torna insulso la mayoría de las veces.

Otro acontecimiento fundamental del período que reseñamos fue el de los afanes culturales de don Joao VI. La siguiente cita, debida al crítico y profesor de Literatura José Aderaldo Castelo, resulta expresiva:

> Es cierto que Don Joao VI hizo mucho por la emancipación espiritual de Brasil, merced a la introducción de reformas de orden cultural. Antes de la Fundación de la Academia de Economía, creó ya un Real Hospital Militar de Bahía, una Escuela de Cirugía y, al tiempo, el Hospital Militar de Río de Janeiro. Merced a los afanes del Conde de Linhares, se fundó también la Academia de Guardamarinas. En 1809 se fundó el Observatorio Astronómico; en 1810, la Academia Militar, con el fin, entre otros, de formar oficiales de Ingenieros, Geógrafos y Topógrafos. Simultáneamente se creó una Escuela de Comercio, un Laboratorio práctico, con el fin de favorecer las Artes, la Industria y el Comercio, ampliado poco después con la inauguración de un Instituto Académico. De 1818 data la creación del Museo Nacional. De 1813 data el inicio de las conferencias, o lecciones filosóficas, que impartiera Silvestre Pinheiro Ferreira en el Real Colegio de San Joaquín, sobre Lógica, Gramática, Retórica, Estética, Ética, Derecho Natural, Ontología y otras disciplinas afines. Y para compensar el abortado proyecto de la creación de una Universidad, como señala Oliveira Lima, Don Joao VI y el Conde da Barca fundaron la Escuela de las Ciencias, las Artes y los Oficios, o mejor Academia Real de las Bellas Artes, para la cual se contrató, por medio de los buenos oficios del Marqués de Marialva, a varios artistas franceses de gran fama (1962, pp. 184-185).

### *En Río de Janeiro*

Silva Alvarenga fundó en Río de Janeiro una Sociedad Científica, de corta vida. Quedó sustituida más tarde por una Sociedad Literaria. De esas dos sociedades poco se sabe, sin embargo; mas integraron los aspectos y actividades más importantes de la ciudad de aquel tiempo. A destacar, de entre los que en ellas figuraron, al marqués de Maricá, autor de las conocidas *Máximas,* así como de los *Pensamientos y reflexiones,* escritos a la manera de La Bruyère.

Silva Alvarenga, si bien nacido en Río de Janeiro, a donde regresó después de graduarse como bachiller en Coimbra, es normalmente estudiado junto a los poetas del grupo minero por su arcadismo. Publicó un poema en madrigales, *Glaura,* del cual le viene la fama. En la *Arcadia* ostentaba el sobrenombre de «Alcindo Palmireno».

Utilizando la lengua portuguesa en su vertiente más culta, todos esos nombres, de alta categoría, contribuyeron en gran medida a la «consolidación de la lengua trasplantada», o sea, de la lengua portuguesa, que así consiguió imponerse, definitivamente, a la lengua general. De ahí en adelante, la elite cultural se fue ampliando y, gracias a su prestigio, el portugués culto impregnó, como una mancha de aceite que se extiende, a otras capas de la población del país.

Conviene, así las cosas, llamar la atención a propósito del papel fundamental que jugase la inauguración de una imprenta brasileña, lo que daba carta de naturaleza a la existencia de un razonable segmento de ciudadanos alfabetizados. El primer periódico, curiosamente, se editó en Londres, si bien para ser distribuido en Brasil. Lo dirigía Hipólito José da Costa y tenía claros objetivos políticos: se llamaba *El Correo Brasileño.* En tiempos de don Joao VI se fundó en Río *El Patriota,* publicación fundamentalmente literaria.

Como nueva capital de Brasil, sede durante una década del Reino Unido de Portugal y el Algarve, y después del retorno a la metrópoli de don Joao VI, Río de Janeiro ejerció un influjo determinante sobre el resto del país, como foco que era de expansión y desarrollo económico, así como de proyección de la lengua portuguesa a todo el extenso territorio nacional.

# VI

# MONARQUÍA Y REPÚBLICA

## Plano cultural

### *Emancipación y realizaciones*

«El siglo XIX es, para Brasil, el siglo de la emancipación. En 1808 se obtiene la independencia comercial, con la apertura de los puertos; en 1822 se consuma la ruptura con la metrópoli; y, finalmente, en 1836, se verifica la independencia literaria con la publicación de los *Suspiros poéticos,* de Gonçalves de Magalhaes.»

Con estas palabras abre el profesor Jônatas Serrano el capítulo de su *Historia de Brasil* referido a la literatura en el siglo XIX. Y concluye la introducción al mismo de forma taxativa: «Basta, para dar cuenta de cómo fue el siglo XIX brasileño, citar tres nombres: Pedro II, Caxias y Mauá.»

Estas afirmaciones, realmente justas, nos ayudan a comprender el sentido en que se dirigiese el proceso de formación de la conciencia brasileña. Brasil, como entidad nacional, es toda una realización del siglo XIX. Sin duda, hunde sus raíces en el pasado colonial; pero su perfil de país nuevo, en el continente suramericano, emerge a plena luz ya en el XIX. Y puede afirmarse que el Brasil del siglo XX es un desdoblamiento de la centuria pasada.

Primero, pues, la emancipación; después, las realizaciones.

### *La enseñanza pública*

La participación del Estado en la educación pública se dio plenamente en lo que corresponde a las enseñanzas propias a la primaria y a la secundaria, según el espíritu humanista debido a los jesuitas.

Los historiadores de la enseñanza pública en Brasil hablan, sin embargo, de la precariedad de la misma durante el período monárquico. La razón principal de ello debemos buscarla en la transferencia de tales competencias a las provincias, apenas dotadas de recursos a la sazón, a pesar de disposiciones al respecto que datan de 1834. No sin dificultad, pues, pudo llevarse a cabo la tarea encomendada. En 1870, el consejero Paulino Soares de Sousa revela que apenas un diez por ciento de la población en edad escolar recibía instrucción primaria. Así y todo, y a pesar de los avances, debemos señalar que aún hoy la cantidad de analfabetos en el país es grande y comprometedora.

En compensación, sin embargo, valga señalar que la enseñanza de grado medio fue la mejor contribución monárquica al sector de la educación pública. Por decreto de 2 de diciembre de 1837, gracias a la dedicación del ministro Bernardo Pereira de Vasconcelos, siendo regente Araújo Lima, el antiguo seminario de San Joaquín se tranformó en el colegio Imperial Pedro II. Dado el alto nivel de enseñanza y su rígida y disciplinada organización, el colegio, en 1879, pasó a convertirse en institución modelo para los centros de enseñanza media, prerrogativa de la que gozó en la Monarquía y en la República hasta 1930, cuando cesó la llamada «República vieja». No habiendo en Brasil estudios superiores de Letras y de Humanidades (lo que no tendría lugar hasta 1940), ocupó el colegio Pedro II durante tal vacío el espacio cultural destinado al estudio de algunos aspectos de la educación tradicional de nivel superior. Dice Fernando Segismundo, en su libro dedicado al estudio de lo que nos ocupa: «Dada la escasez de cursos de nivel superior hasta medio siglo atrás, y por la fuerza y riqueza de sus currículos, cupo a la Casa ejercer de hecho el papel de Universidad» (1978, p. 4). Y más adelante añade: «De tal suerte fue planeado, y de tal modo se desenvolvieron los primeros profesores, que cubrió perfectamente la laguna debida a la inexsistencia de cursos superiores de Humanidades» *(ib.,* p. 7). Hay más: «Durante mucho tiempo fue el Colegio la médula espinal de la enseñanza superior, aun y cuando faltara un profesorado especializado» *(ib.,* p. 68). Ciertamente, fue el colegio Pedro II nuestra primera Facultad de Letras y Ciencias Humanas; una Facultad, por decirlo así, *avant la lettre.*

### *La enseñanza privada*

«En 1842, los jesuitas, ochenta y tres años después de su expulsión,

volvieron a Brasil y fundaron el colegio del Destierro (en Santa Catalina), que duró poco, y el seminario de Pernambuco, así como el colegio de San Luis, en Itu...» (Camargo, 1979, p. 178).

La actividad pedagógica del clero católico fue, pues, intensa en ese tiempo. Algunos datos: en 1820 se fundó en Minas Gerais el colegio de Caraça, de los padres lazaristas, que por su rigor y seriedad compitió en buena lid con el colegio Pedro II en la formación humanística de muchos jóvenes brasileños. Los jesuitas, además de las instituciones ya citadas, crearon en Nova Friburgo, estado de Río de Janeiro, el colegio Anchieta, en 1886, y en San Leopoldo, estado de Río Grande del Sur (denominaciones políticas actuales), el colegio de Nuestra Señora de la Concepción, ambos modélicos. Entre los colegios no confesionales, cabe citar el Gimnasio Bahiano, el colegio Abilio, en Río de Janeiro, el Ateneo Sergipano, entre otros. Datan de finales del Imperio las primeras escuelas y colegios protestantes que se asentaron en Brasil: la Escuela Americana, que después pasó a llamarse Mackenzie College, en São Paulo (1876); el colegio Americano (1885), en Porto Alegre; el colegio Granbery, en Juiz de Fora, MG[1]. Constituyeron, desde luego, parte de gran importancia en la consolidación de una elite cultural y representativa de los anhelos de conocimiento que había en el país.

Sin embargo, hay que repetir que la enseñanza superior, propiamente dicha, no navegaba por aguas así de plácidas. Sus inicios, empero, venían de lejos. Pedro Calmon llega a decir del mismo mil quinientos:

> Fechamos en el año de 1568 el comienzo de la enseñanza superior en Brasil. Tanto es así que, en 1575, cumplido el trienio que habilitaba al estudiante para la obtención del grado de Bachiller, se graduaron varios con un ritual propio a las universidades europeas. Estamos en lo cierto al afirmar que, como en la misma Universidad de Évora, fundada por el Cardenal Don Henrique (en *Historia de la Cultura brasileña,* 2, p. 344).

Calmon se refiere a la actividad de los jesuitas, actividad pedagógica, en los primeros tiempos de la colonización. La verdad es que durante el transcurrir de los siglos XVI, XVII y la primera mitad del XVIII, la enseñanza en Brasil se hizo según el modelo impuesto por los jesuitas. Pero el conflicto habido entre la Compañía y el marqués de Pombal, ya ana-

[1] Ésas y otras informaciones, en Raymundo Moniz de Aragao, «Cuadro General de la Enseñanza», *Historia de la Cultura Brasileña,* MEC, 1976, pp. 317-342.

lizado, llevó a la expulsión de los ignacianos en 1759, lo que trajo una irreparable pérdida. Las reformas pombalianas, como también se vio ya, no llevaron a la educación brasileña el progreso renovador que prometían; fue preciso que el príncipe regente, don João, por motivos coyunturales, se viera obligado a venir a Brasil para inaugurar un nuevo período en la historia de nuestra enseñanza. Pero tardará en llegar la Universidad como tal.

### *La Universidad brasileña. La enseñanza superior*

Refiere Pedro Calmon que la idea de la Universidad estaba en los planes de los conjurados mineros y que José Bonifacio la sugirió en 1821 a varios diputados paulistas. En su última proclama desde el trono, el emperador admitirá la creación de dos universidades, una en el norte y otra en el sur. La proclama, hecha en 1889, no fructificó sin embargo en algo tangible. Sólo con el advenimiento de la República cambiaron las cosas, dándose paso a la construcción de centros de auténtica enseñanza superior, algo que venía gestándose desde la llegada de la familia real a Brasil. Así, en el mismo año de su arribada a Salvador, en 1808, creó el príncipe regente, en Bahía, la Escuela Médico-Quirúrgica. En Río de Janeiro, las aulas de Medicina hasta entonces en funcionamiento fueron sustituidas, o reunidas, si se prefiere, en la Escuela Anatómica, de Cirugía y Medicina. Pero fue preciso esperar hasta el segundo reinado para que, en 1854, las escuelas en donde se enseñaba Derecho, en Olinda y São Paulo, tuvieran categoría de facultades. Los cursos, en sí, habían sido impulsados en 1827, con el primer reinado, bajo el nombre de «Cursos de Ciencias Jurídicas y Sociales». El futuro don Joao VI dotaría al país, además, de una Academia Militar y de una Real Academia de Marina. Así pues, se pergeñaba por aquel entonces una enseñanza superior para Brasil. Al respecto, señala el teniente coronel profesor Enjolras José de Castro Camargo:

> El Imperio perfeccionó las Escuelas especiales fundadas por Don Joao VI y los Cursos de Ciencias Jurídicas y Sociales, creados por Ley del 11 de agosto de 1827, uno en Olinda y el otro en Sao Paulo, completaron así el cuadro de escuelas para la preparación de profesionales liberales: dos de Derecho y dos de Medicina, que, junto con la Academia Real Militar y con la Escuela Naval, constituirían los centros más importantes de la vida profesional e intelectual del país (*op. cit.*, p. 178).

Posteriormente, la Academia Militar se fraccionó en Escuela Militar (como la Academia de Marina pasó a ser la Escuela Naval) y en Escuela Central destinada a la formación de ingenieros civiles. Más tarde, la Escuela Central pasó a denominarse Escuela Politécnica, nombre que ha venido conservando hasta hace relativamente poco. La enseñanza superior de Brasil quedó así repartida entre dos áreas: la militar y la civil. Esta última, a su vez, se desdoblaba en tres facultades: Derecho, Ingeniería y Medicina, tal y como continuó hasta fechas recientes. Las más solicitadas eran las facultades de Derecho; Brasil fue, durante mucho tiempo, un Imperio (segundo reinado) y después una República de Bachilleres.

Debemos añadir también el papel desempeñado por las excelentes Escuelas Normales de Río de Janeiro y de Sao Paulo, que formaban, y forman aún, profesores de enseñanza de primer grado. Y también el colegio Pedro II que, durante mucho tiempo, antes de la creación de las facultades de Filosofía, era el único para otorgar títulos de Bachiller en Ciencias y en Letras.

## *El desarrollo de la imprenta*

Fue bajo el régimen monárquico cuando nació y creció en Brasil la imprenta.

Curiosamente, como dijimos, el primer periódico brasileño, *El Correo Brasileño,* de Hipólito José da Costa, no se editó en Brasil sino en Londres (1808-1822); inmerso en las corrientes liberales, propugnaba la abolición de la esclavitud y la independencia nacional. Se editó también en el exterior, en París, *Niterói,* Revista Brasileña de Ciencias, Artes y Letras (1836). Mas fue con el regente don Joao cuando se había instalado en Brasil la imprenta, con la creación de la Imprenta Real en 1808. En ese mismo año apareció la *Gaceta de Río de Janeiro,* de Tiburcio José da Rocha, el primer periódico editado en Río. De 1813 data la aparición de *El Patriota,* publicación literaria. La imprenta, sin embargo, funcionaba bajo el control del Gobierno y sólo con la proclamación de la Independencia, en 1822, fue abolida la censura. Se multiplicaron, entre tanto, las tipografías, en las que se hacían ediciones clandestinas, verificándose una febril actividad periodística de entre cuyos hacedores cabe citar a Evaristo da Veiga, director de *Aurora Fluminense,* órgano constitucionalista y liberal, fundado en 1824, como el más vigoroso periodista de la época.

Fuera de Río de Janeiro es obligado citar *La Edad de Oro de Brasil,* periódico publicado en Bahía en 1811.

De 1821 a 1822 se publicó el *Amanecer Constitucional Fluminense,* dirigido por el canónigo Januário da Cunha Barbosa, asesorado por Joaquim Gonçalves Ledo, dos figuras del movimiento independentista de Brasil[2].

Pertenecen al mismo período:

*Siete de Abril,* gaceta de sátira política, orientada por Bernardo Pereira de Vasconcelos; *El Espejo,* fundado y dirigido por Manuel Ferreira de Araújo Guimaraes, el periódico más estrictamente noticioso de la época; *La Maldad,* del portugués Luís Augusto May, cuya dirección se correspondía con el título de la cabecera, en tanto ponía en práctica un estilo polemista y cáustico, fuente de querellas e incluso de agresiones físicas; *El Correo de Río de Janeiro,* del también portugués Joao Soares Lisboa, que duró poco tiempo; *El Capirote,* editado en Recife por el monje benedictino, después secularizado, Miguel do Sacramento Lopes Gama, vehemente en la crítica de los vicios morales de la sociedad contemporánea y también de la pasada; *El Diario Constitucional,* fundado en Bahía, en el que destacó el periodista Francisco Gomes Brandao Montezuma, y también Francisco Gê Acaiaba de Montezuma, hecho posteriormente vizconde de Jequitinhonha, personaje «mezcla de pícaro, impostor, estadista y auténtico patriota».

Durante el primer reinado siguió creciendo el periodismo brasileño. En 1827 se funda el *Jornal do Comercio,* aún en circulación, decano actual de la prensa brasileña; apareció en Río de Janeiro fundado por el tipógrafo francés Pierre Plancher.

*El Tamoio,* de vida efímera, inauguró con José Bonifacio el género periodístico de la entrevista. Un nombre muy usado en las cabeceras de la época, en diferentes etapas, fue el de *Centinela.* El más famoso fue *El Centinela del Serro,* fundado en 1830, en Minas Gerais, por Teófilo Ottoni, que fue una de las voces más entregadas a la ideología liberal.

La fase de la Regencia quedó marcada por un período de motines y diversas turbulencias, reflejado en la torpeza de algunos pasquines y caracterizado por el inmoderado lenguaje de una época de tensiones. Su-

[2] Éste y otros datos sobre la historia de la impresión en Brasil pueden hallarse en el excelente estudio de Américo Jacobina Lacombe titulado «Literatura y Periodismo», inserto en el vol. 6 de *La Literatura en Brasil,* 2.ª edición, bajo la dirección de Afranio Coutinho, pp. 57-104.

peraron la transición, empero, las mismas cabeceras del primer reinado y algunos nombres de entonces: Evaristo da Veiga *(Aurora Fluminense)* y Bernardo Pereira de Vasconcelos *(Siete de Abril)*. Aconteció también una polémica religiosa causada por la propuesta del padre Feijó de suprimir el celibato sacerdotal; la oposición llegó de monseñor Luís Gonçalves dos Santos, de la Capilla Imperial, más conocido como «Padre Perereca»[3], apodo en nada coincidente con su alto grado de cultura.

En el segundo reinado, centrado en la figura imperial de don Pedro II, gozó la imprenta de amplia libertad democrática. Según el profesor Jacobina Lacombe, «la mayor figura del periodismo de la época es, sin duda, Justiniano José da Rocha». Hombre de pluma fluida y límpida, colaboró en más de un medio de difusión, y en particular con *El Correo de Brasil.* Otro periódico de gran importancia fue *El Correo Mercantil,* que Francisco Otaviano de Almeida Rosa, la «pena del oro», según Joaquim Nabuco, quiso convertir en el periódico «más importante para la difusión artística y literaria de Río de Janeiro». Personaje fundamental de aquel tiempo fue el mulato Francisco de Paula Brito, dueño de una tipografía frecuentada por los más importantes intelectuales. Editó durante doce años (1849-1861) *La Marmota,* un periódico literario y satírico, además de humorístico. Fue *La Marmota* el periódico en donde Machado de Assis, por ejemplo, publicara sus primeros versos, como asiduo participante que era de la tertulia que el propio Paula Brito acogía en su tipografía, llamada «Sociedad Petalógica».

Desde el punto de vista literario, la imprenta hizo mucho por la introducción en Brasil del folletín. El eminente crítico que fue Alceu Amoroso Lima, más conocido por el seudónimo de «Tristán de Athayde», consideraba a Francisco Otaviano como el creador brasileño del género. En ese orden de cosas, cobró pronta fama la sección «La Semana», del *Jornal do Commercio* (1852-54), gracias principalmente al brillo de los episodios por entregas que allí publicaron dos de los más grandes escritores brasileños: José de Alencar y Machado de Assis. Pero no había en la sección «La Semana» sólo un folletín; había, igualmente, crónicas, comentarios, notas críticas... Otros hombres que destacaron en las lides periodísticas fueron Luis Carlos Martins Pena, crítico de teatro; Joaquim Manuel de Macedo, novelista; Raul Pompéia, también novelista; Lafaiete Rodrigues Pereira, que hacía de la pluma un estilete irónico; el vizconde de Rio

[3] «Padre Payasete». *(N. del T.).*

Branco, figura notabilísima, estadista, diplomático y escritor; Saldanha Marinho, liberal y anticlerical exaltado... Mención aparte merece el conde Carlos de Laet (1876-1928), que, ya en los finales del Imperio, se mantuvo fiel a sus convicciones monárquicas y defendió intransigentemente la doctrina católica, apostólica y romana. De formación profundamente clásica, fue uno de los más hondos estilistas de su tiempo y hubo de enfrentarse a polémicas durísimas, ásperas, de las que nunca salió vencido. Su sección «Microcosmos», que apareció primero en el *Jornal do Commercio,* de 1878 a 1888, y después en *El País,* de 1889 a 1916, es una reliquia del periodismo brasileño.

El abolicionismo contó con la elocuencia, tanto oral como escrita, de figuras no menos eminentes que las anteriores, como el apolíneo Joaquim Nabuco y los telúricos (por usar de una expresión acuñada por Jacobina Lacombe) José de Patrocínio y Luíz Gama, ambos negros.

El fin del Imperio coincide con la aparición en Río Grande del Sur de *La Federación,* órgano de orientación republicana, que tuvo como primer director a Julio de Castilhos, hombre de extremada formación positivista; quedó su nombre ligado a la corriente política conocida como «castilhismo», de cuño liberal, republicano, democrático y reformista.

*Despertar de las letras. El Romanticismo*

Pero fue realmente en el campo de las letras en donde la cultura brasileña se distinguió más durante el período monárquico.

Poco después de la Independencia, recibió Brasil, con euforia y desmedido entusiasmo, los vientos reformadores del Romanticismo. La concepción literaria como expresión del alma popular, o del alma nacional, casaba bien con los sentimientos derivados de la reciente emancipación política. El brasileñismo estaba por doquier. Como dice Alceu Amoroso Lima:

> El Romanticismo vino al encuentro de las aspiraciones populares y nacionalistas. Vino a ser, en cierto modo, la expresión natural del alma brasileña. Ninguna escuela literaria, hasta hoy, prendió de manera tan espontánea en la psicología del pueblo brasileño, como lo hizo el Romanticismo. Podemos decir que todo movimiento literario en Brasil está impregnado, aún, de Romanticismo (1956, p. 35).

Ese influjo llegó a Brasil desde Francia, y también desde Alemania. Hubo, lógicamente, influencias inglesas en el segundo Imperio, cuando

se instituyó un Parlamento al modo y manera británico. Pero las ideas dominantes eran las republicanas. Wilson Martins lo señala así:

> A pesar de tal o cual anglicismo de las costumbres parlamentarias en el segundo reinado, la verdad es que permanecía la situación descrita por Rugendas; esto es, el influjo descaracterizador que sobre nuestra lengua ejercía la literatura francesa (1978, IV, p. 325).

El influjo específicamente francés fue liberal, ora en el polo individual (lirismo), ora en el social (epopeya). De origen acentuadamente germánico es lo «nacional». En Brasil, ambas tendencias del Romanticismo convivieron sin mayores problemas, siendo acaso la de mayor raigambre la de cuño nacionalista, cosa que, dados los avatares políticos de la nación, es fácil de comprender.

El Romanticismo alemán, volviendo la mirada al pasado, buscó sus raíces en la Edad Media, que idealizó literariamente. En Brasil, la idea de Edad Media no podía ser más que la referida a la etapa precabraliana; o sea, el Brasil indigenista. De ahí, pues, que una de las corrientes más acendradas del Romanticismo brasileño fuera la de lo indigenismo.

Se acostumbra fechar el Romanticismo brasileño, en sus inicios, allá por el año de 1836, cuando apareció en París *Suspiros poéticos y saudades,* de Domingos José Gonçalves de Magalhaes, vizconde de Araguaia. Del mismo autor es, igualmente, el poema indigenista y de tono épico *La Confederación de los Tamoios,* publicado en 1856. A pesar del apoyo que Su Majestad Imperial dio a la epopeya, fue, empero, recibida malamente por la crítica tanto en Brasil como en Portugal, destacándose los defectos en su estricta composición literaria, así como su carácter claramente antilusitano. No se daba cuenta, por parte de la crítica, de que el momento era la afirmación de la identidad nacional, en la búsqueda de unas raíces indigenistas que alumbrasen el alma y el sentir de lo brasileño.

El gran poeta indigenista del Romanticismo fue, por definición, Antonio Gonçalves Días, bachiller de Coimbra. Su libro de obligada lectura es *Primeros Cantos,* publicado en Río en 1846. Contiene cinco poemas indigenistas y se abre con la célebre *Canción del Exilio:* «Es la obra más importante de todas las escritas por Gonçalves Dias» (Wilson Martins). En 1848 aparecen los *Segundos Cantos,* reunidos con los primeros en Leipzig, en 1857, bajo el título de *Cantos.* En los *Segundos Cantos* hay una poesía indigenista: *El Tabira.* Y es a los últimos cantos a los que pertenecen sus

«poesías americanas», bien paradigmáticas: *El Gigante de Piedra, Lecho de hojas verdes, Canción del Tamoio* y *Marabá*. Incompletos se publicaron *Los Timbiras* (Leipzig, 1857), que Luciana Stegagno Picchio describe como «una Ilíada bárbara, ambientada en el Maranhao nativo y en la Amazonía refugio de tribus diezmadas por los invasores portugueses» (1972, p. 182).

De su período de formación en Coimbra provienen las *Sixtillas de Fray Antao,* en lenguaje pretendidamente arcaico y medieval. En cuanto a su producción más lírica, ocupa un lugar de honor en nuestras letras *Una vez más, adiós,* poema emocionante que habla de un corazón atormentado por un amor imposible.

Más adelante, en 1875, y en el mismo orden de cosas, Fagundes Varela pondría en práctica un indigenismo tardío, del que es buena muestra su *Evangelio de las Selvas.*

En la prosa, el gran indigenista del segundo reinado sería el cearense José Martiniano de Alencar, con la trilogía *El Guaraní,* de 1857, *Iracena,* de 1865, y *Ubirajara,* de 1874. Cultivó también la novela psicológica, en la que buscaba, de manera bastante convencional, «los perfiles de la mujer», de la que son buena muestra los títulos *Diva,* de 1864, y *Señora,* de 1875. En lo que podríamos llamar «novela nacionalista», destacan *El Gaucho,* de 1870; *El Tronco de Ipé,* de 1871; *La serranía,* de 1876, y una novela de corte histórico titulada *Las minas de plata,* de 1865. Participó también Alencar de la vida política, llegando a diputado, primero, y a ministro después. Al emperador dirigió sus *Cartas de Erasmo,* que, publicadas semanalmente, eran leídas con avidez por el pueblo. Eran cartas dirigidas, en un principio, en tono moderado y hasta lisonjero. Pero enseguida se tornaron agrias en virtud de la falta de acuse de recibo por parte de ese a quien las dirigía. Alencar y el emperador, valga decirlo así, jamás llegaron a entenderse. Como polemista, tuvo Alencar que hacer frente a debates con los que le acusaban de no escribir con lenguaje pulcro. Más adelante hablaremos sobre este asunto.

Otros novelistas destacados del Imperio fueron Manuel Antonio de Almeida, autor de las *Memorias de un Sargento de Milicias,* de 1855, obra tenida por «picaresca»; Bernardo Guimaraes, con *La esclava Isaura,* de 1875, libelo abolicionista, y *El ermitaño de Muqyén,* de 1869, que versa sobre el caso de un criminal de buenos sentimientos, así como *El seminarista,* obra de naturaleza anticlerical; el vizconde de Taunay, autor de una novela, *Inocencia,* de 1872 y reescrita en 1884, que tuvo gran aceptación dentro y fuera del país, ya que fue traducida a más de diez idio-

mas, incluido el japonés, y que, aun habiendo sido publicada en los años del Naturalismo, tiene un gran calado romántico debido a su vinculación sentimental e intimista. Taunay escribió también, en francés, un relato a propósito del infausto episodio de la guerra del Paraguay: *La retraite de la Laguna.*

Es común señalar que el Romanticismo brasileño fue más vigoroso en la poesía que en la prosa. La verdad es que durante ese tiempo alumbró una poesía que podemos considerar de alma auténticamente brasileña, escrita por un puñado de poetas casi adolescentes. Casimiro de Abreu, el más melancólico de nuestros románticos, nos dejó en sus *Primaveras,* de 1859, un relicario de versos inspirados en el amor y en la nostalgia, que aún en el presente conmueven a nuestros jóvenes; murió, además, apenas cumplidos los veintiún años. Alvares de Azevedo, al que muchos críticos atribuyen rasgos de genialidad, escribió un libro significativo del hacer literario de ese tiempo, *El libro de los veinte años,* de 1853, y, como buen discípulo de Byron, se adentró en las procelosas aguas del satanismo; murió también con veintiún años. Castro Alves, el más fogoso, épico y lírico, se convirtió en la gran voz del abolicionismo con sus obras *Navío negrero* y *Voces de África,* donde se hace más evidente el influjo de Victor Hugo; es en *Espumas flotantes,* libro de 1870, en el que muestra un lirismo a veces dulce y otras (in)discretamente erótico; murió a los veinticuatro años. Ellos constituyen el gran triunvirato poético del Romanticismo brasileño. Hemos preferido dejar un poco al margen a Fagundes Varela (1841-1875), poeta bohemio y desesperado, hundido por la muerte de un hijo al que dedicó sus elegíacos *Cantos del Calvario,* y en cuyos versos vibraban las cuerdas del patriotismo *(El estandarde áureo y verde, Voces de América),* de la religiosidad *(Anchieta y el Evangelio de las selvas),* del amor *(Cantos y Fantasías),* del bucolismo *(Cantos del campo y la ciudad),* como dice Luciana Stegagno Picchio.

En la vertiente que llamamos «francesa» del Romanticismo brasileño, Castro Alves se sitúa en el extremo social y también lírico, al igual que Varela, aunque éste no llegase a la gran altura del bahiano. Los demás pertenecen a la corriente del lirismo individualista.

### *El Naturalismo*

Pero el segundo reinado no fue sólo romántico; también vio nacer el Naturalismo que, por así decirlo, tuvo un pie en la Monarquía y otro en

la República. Se da como fecha del inicio del movimiento en nuestras letras la del año 1870.

El Naturalismo en Brasil se caracteriza por un fuerte contenido filosófico, ausente en el Romanticismo, que fue más emotivo que analítico. Y, curiosamente, esa veta ideológica llega del nordeste, que ya había perdido su testigo cultural en beneficio de Río de Janeiro.

Fue en Recife en donde el vehemente Tobias Barreto levantó la bandera del «germanismo» contra el «afrancesamiento» fluminense. Eran los tiempos en los que se quería entronizar a la Ciencia en los altares del saber, desterrando la Metafísica y el Dogma de fe. La Facultad de Derecho de Recife se convirtió en tribuna para el nuevo «evangelio», cientifista y materialista. Quedó así fundada la «Escuela germánica» de Recife (o «teutonasergipiana», en expresión de sus adversarios), a la que pertenecieron Tobias Barreto, Sílvio Roméro, Clóvis Bevilaqua, Artur Orlando, Fausto Cardoso, Sousa Bandeira y varios más. El maestro incontestable fue Tobias Barreto, de ascendencia africana, por mucho que se empeñara en ser «germánico», «ario», según la doctrina que, como todos sabemos, ya en nuestro siglo desembocó en el racismo. Estudió por sí mismo la lengua de Goethe, llegó a escribir en alemán, editó un semanario llamado *Estudios alemanes,* título también de un libro que publicara en 1883. A su doctrina pretendidamente denominada como «filosófico-científica» hay que buscarle las raíces en el monismo materialista de Haeckel, aunque Sílvio Roméro habla también de Von Ihering (su maestro en Derecho), Noiré, Fröbel, Helmholtz y «tantos otros de menos nombre pero no de menor importancia». A pesar de su capacidad intelectual, no poseía Tobias Barreto la necesaria formación de espíritu como para asumir una posición crítica e iconoclasta en el dominio de las ideas, cosa que, sin embargo, pretendía. Wilson Martins es claro en su análisis:

> Los *Estudios Alemanes* son, sin lugar a dudas, uno de los libros más hiperestimados de la literatura brasileña; sin embargo, no pasa de ser una vulgarización pretenciosa, cual lo son algunos de los ensayos que componen el volumen, como el *Ensayo de la Pre-Historia de la Literatura alemana* o los *Aspectos de la literatura comparada en el siglo* XIX, así como todos los capítulos dedicados a la crítica religiosa, que no dejan de ser más que un parafraseo de autores alemanes varios y que no poseen un nivel más allá del que es propio a la escuela primaria, pues en cualquier manual aparecen las informaciones que ahí se pretenden originales *(op. cit.,* IV, 1978, p. 170).

Al Naturalismo debemos en el campo puramente literario, eso sí, la creación en Brasil de la crítica literaria, en la que destacan tres nombres de valor real, aunque francamente desiguales: Sílvio Roméro, de la Escuela de Recife, José Veríssimo y Araripe Júnior.

Roméro procuró sustentar su basamento crítico en fundamentos de Filosofía —el *Evolucionismo* de Spencer, la *Geografía* de Ratzel, la *Antropología social* de Buckle—, surgiendo de ahí el primer texto orgánico del proceso literario brasileño: la *Historia de la Literatura Brasileña,* 2 volúmenes, 1888. De su visión de la literatura, no tanto como producto individual sino como expresión del alma de un pueblo (y por ello prefirió a Alencar antes que a Machado de Assis), derivarán sus estudios folclóricos, materia en la que fue uno de los grandes pioneros brasileños: *Cantos populares,* 1882; *Cuentos populares,* 1883.

José Veríssimo, paraense, se opone radicalmente, en sus parámetros críticos, a Roméro: Antepone las personalidades al medio, analiza los textos con lupa en busca de valores estéticos y no de premisas ideológicas, se muestra machadiano y no alencariano. Con tal espíritu publica en 1916 (ya en la República, y en el año de su muerte) la *Historia de la Literatura Brasileña,* de Bento Teixeira, 1601, a Machado de Assis, 1908, libro que Luciana Stegagno Picchio clasifica como «el más relevante y la aportación más genial al análisis y a la interpretación del fenómeno literario brasileño» *(op. cit.,* p. 253).

Araripe Júnior, el menos divulgado, lector insaciable, situado en la vertiente crítica impresionista, juicio contestado siempre por Afranio Coutinho. Su influencia mayor parece haber sido la de Taine, con sus teorías a propósito de las tres fuerzas culturales, la raza, el medio y el momento, una de las cuales, el medio, tuvo gran importancia en el análisis crítico de Araripe. Veía la literatura bajo el prisma del nacionalismo, posición que se aproximaba a la de Roméro, pero con reservas. Alceu Amoroso Lima dijo de él que era «por ventura, el más original de los tres, como pensador» *(op. cit.,* p. 44). Escribió, entre otras obras, monografías sobre *José de Alencar,* 1882; *Raul Pompéia,* 1889; *Gregorio de Matos,* 1894... Su *Obra crítica* quedó recogida por Afránio Coutinho en cuatro volúmenes publicados de 1958 a 1966.

Pertenecen también a ese período Tavares Basto, Eduardo Prado y Joaquim Nabuco.

Tavares Basto, abolicionista, liberal, federalista, andaba algo olvidado, pero recientemente su pensamiento político volvió a despertar inte-

rés. Publicó *Cartas del solitario,* 1862, acaso su mejor obra. *El valle del Amazonas,* 1866, y *La Provincia,* 1870, son, igualmente, dos volúmenes indispensables. Falleció en Francia en 1875.

Eduardo Prado, paulista, liberal, combatió al militarismo en *Fastos de la Dictadura Militar en Brasil* (París, 1890); monárquico, vio cómo dicha edición era secuestrada en Brasil. Fundó un Club Monárquico y como nacionalista que era, escribió una denuncia, *La ilusión americana,* de 1893, sobre la dimensión imperialista de la democracia norteamericana.

En lo personal, era un dandy, un trotamundos, tal y como lo retrata Eça de Queirós en la figura del *bon-vivant* Jacinto de *La ciudad y las sierras.*

No obstante, el más renombrado de ellos fue, y sigue siéndolo, Joaquim Nabuco.

De rica familia pernambucana, recibió Nabuco una fina educación. De elegante porte, era un orador eximio, de formación católica y liberal, que combatió con denuedo la esclavitud, como lo demuestra en su obra *El abolicionista,* de 1883. Cursó los estudios de la carrera diplomática y fue embajador de Brasil en los Estados Unidos, su último puesto. Poseedor de un estilo transparente y de corrección suma, en el que se percibe claramente el influjo de la lengua francesa (publicó también en francés: *Pensées détachées et souvenirs,* de 1906), trazó una panorámica de lo que fue el segundo Imperio en su obra *Uno estadiata del Imperio,* de 1899, donde evoca con afecto y añoranza la figura de su padre, el senador Nabuco de Araújo. En *Mi formación,* que Alceu Amoroso Lima considera como su obra más importante, trazó con sinceridad y belleza las líneas maestras por las que se moviera, en su evolución, su espíritu. Fue, igualmente, un devoto camoísta, como lo demuestran sus ensayos *Camoens y Las Lusíadas, Las Lusíadas, epopeya de amor* y *Camoens, poeta lírico.* Tenía, pues, todos los méritos para ser el orador principal, y lo fue en la conmemoración del tercer centenario del nacimiento del poeta, cosa que, sin embargo, provocó graves acusaciones y críticas por parte de algunos miembros de la colonia portuguesa en Brasil, que no se conformaban con tal preferencia.

## *La novela naturalista*

La novela naturalista no pudo ofrecer en Brasil ningún nombre que lograse, por ejemplo, la repercusión nacional de un Alencar. Luciana Ste-

gagno Picchio habla de cuatro grandes: Aluísio de Azevedo, Inglés de Sousa, Julio Ribeiro y Adolfo Caminha, destacando al primero de ellos.

Aluísio de Azevedo, maranhense (todos eran del Nordeste, a excepción de Julio Ribeiro), cosechó gran éxito con su *El mulato,* de 1881, novela en la que se trataba del racismo inherente a la «buena sociedad», asunto considerado entonces tabú. Siguió en esa línea, esto es, en la denuncia y exposición de los aspectos negativos de la vida urbana brasileña, el hambre y la miseria, publicando *La Pensión,* en 1884, y *El Cortijo,* en 1890, una habitación colectiva donde la promiscuidad conducía a la degradación moral. Era la proyección de Émile Zola en Brasil. Sin embargo, una vez hubo ingresado en la carrera diplomática perdió todo afán de hacer más literatura.

Inglés de Sousa, paraense, ya en *El Coronel exangüe,* de 1877, asume la intención y el rumbo del Naturalismo, que se hará más evidente en *El Misionero,* novela que narra cómo un sacerdote en el valle amazónico, víctima de la soledad y el abandono, no puede resistirse a los encantos de una mameluca... Puro Zola. Escribió mucho, por lo demás, de temas regionalistas, buena muestra de los cuales son sus *Cantos amazónicos,* de 1892.

Julio Ribeiro, natural de Minas Gerais, vivió, convivió y murió en tierras paulistas. Fue autor de dos novelas: *El padre Belchior de Pontes,* de 1877, y *La carne,* de 1888, a la que sus adversarios llamaron «carnaza». Para esta segunda novela se inspiró en las ansias sexuales de un religioso condenado al celibato, y abundando en las maneras de Zola (en el prefacio de la obra se incluye una carta abierta dirigida al escritor francés), no pudo sino cosechar críticas y sinsabores. Buena parte de la crítica y de la sociedad literaria quiso juzgar el libro más allá de toda intención literaria, al margen de su factura. Aún recientemente, el crítico y novelista maranhense Josué Montello, refiriéndose a los aspectos más eróticos y escabrosos de algunas partes del libro, escribió: «Tales escenas, un tanto crudas, nos parecen la única razón de la supervivencia de la novela de Julio Ribeiro» («La ficción naturalista», *La literatura en Brasil,* 2.ª edición, vol. III, 1969, p. 78).

La verdad es que el mejor de los trabajos literarios de Julio Ribeiro es su *Gramática Portuguesa,* fechada en 1881, donde pretendió introducir en la enseñanza de la lengua, si bien un tanto a contracorriente, el método histórico-comparativo. Intentó, al fin y al cabo, someter la Gramática a una normativa científica, fuera de toda prescripción arbitraria.

Adolfo Caminha se hizo célebre con la novela *El Normalista,* publicada en 1892, en la misma corriente que *La carne.* Publicó además *El buen criollo,* en 1896, donde versa con crudeza sobre el asunto de la homosexualidad, así como *Tentación,* de 1896, en la que denuncia la espúrea seducción que ejercen las grandes ciudades, novela poco estimada por la crítica. Fue hombre de exaltado temperamento: oficial de la Marina, abandonó su cómoda situación para vivir una relación de adulterio; murió de tuberculosis a los treinta años de edad.

Mención aparte merece Raúl Pompéia (1863-1895). Bien podemos decir que fue autor de una sola novela: *El Ateneo,* de 1888, aunque también se citan entre su producción las obras *Una tragedia en el Amazonas,* de 1880, y *Las joyas de la Corona,* de 1882, ambos folletines. *El Ateneo* es, muy probablemente, la mejor novela de todo el período naturalista brasileño. Recuerda, con mucha ironía, con exacervado sarcasmo, los años de su adolescencia pasados en un internado. Protagonista de la novela es el joven Sergio, un heterónimo del autor, que traza de manera implacable, inmisericorde, el perfil psicológico del profesor Aristarco, director de la institución educativa. Según Luciana Stegagno Picchio, «es la primera gran novela de memorias, y de la búsqueda del tiempo perdido, con que cuenta la literatura brasileña». Dejó escritas también sus *Canciones sin medida,* una serie de divagaciones en prosa y en verso, obra muy elaborada, reunida póstumamente en libro allá por el año 1900.

### *Machado de Assis*

Sin embargo, hay una figura finisecular que simboliza todo el período: Machado de Assis (1839-1908).

Nacido en Río de Janeiro, era hijo de padre mulato, un modesto pintor de brocha gorda, y de una portuguesa de la isla de las Azores. De aprendiz de tipógrafo pasó a ejercer el periodismo, y de ahí a la carrera burocrática, donde llegó a detentar el cargo de director general. Se casó a los treinta años con doña Carolina Augusta de Novais, señora portuguesa de familia de intelectuales (hermana del poeta Faustino Xavier de Morais). A su «Carolina» es a quien, ya viudo, dedicó uno de los más bellos y sentidos sonetos de la lengua portuguesa. Hubo quien llegó a decir, sin ningún fundamento, que Carolina era quien repasaba los escritos de Machado de Assis para dotarlos de la más exquisita perfección que es

propia al portugués... Una falacia. Es a él, y a su amor por los clásicos portugueses, a quien sus escritos deben tal exquisitez.

Fue poeta, dramaturgo, cronista, cuentista, novelista. Pero, sobre todo, sobresalió como cuentista y como novelista. Hay quien dice que sus novelas no son sino una serie de cuentos perfectamente unidos. Si dejamos a un lado el teatro, género al que menos se entregó, y sin mayores entusiasmos, podemos repetir con João Ribeiro que Machado de Assis fue genial en todo lo que hizo.

Barreto Filho, el mejor exegeta de la obra machadiana, apunta, en su análisis de la producción novelesca del escritor, una división en tres partes: primeras novelas, plenas de evocación romántica: *Resurrección, La mano y el guante* y *Helena;* obras de transición: *Iaiá García,* de 1878; fase final de las grandes novelas de espíritu psicológico: *Memorias póstumas de Blas Cubas,* de 1881; *Quincas Borba,* de 1891; *Don Casmurro,* de 1900. *Memorias de Aires,* escrito después de la pérdida de su Carolina, es la más melancólica de sus novelas; aquí, el trágico humorismo de sus otros libros se troca por la ternura, por una mayor simpatía hacia el género humano.

Perfecto en la forma y en el estilo, intérprete fiel de las eternas franquezas del hombre («Machado de Assis cantó la esencia de lo humano», dice lapidariamente Barreto Filho), alcanzó Machado de Assis categoría universal con su literatura. Con varios amigos y otros colegas fundó, en 1896, la Academia Brasileña de las Letras, de la cual fue su primer presidente, cargo que ocupó hasta su muerte. No fue propiamente un «naturalista», sino un «realista».

### *Advenimiento del republicanismo liberal*

Durante el período republicano el desarrollo cultural fue, por así decirlo, producto de unas condiciones socioeconómicas propicias. Esto es, a medida que el país crecía económicamente, que la población aumentaba, que nuevos contingentes migratorios llegaban, la instrucción pública, en particular, cubría mayores áreas. Se intensificaron las campañas en pro de la alfabetización, establecíanse cursos superiores. Se creó la Escuela Normal, destinada a la preparación del profesorado de enseñanza primaria de las escuelas oficiales. La enseñanza comercial llegó de la mano de Campos Sales (1902) y la profesional con Nilo Peçanha (1909). La Universidad nace oficialmente en 1920, bajo el gobierno de Epitácio Pessoa,

resultado de la unión de tres Escuelas Superiores: La Politécnica, la de Medicina y la de Derecho.

Vivió el período republicano dos grandes exposiciones internacionales: la de 1908, conmemorativa de la primera apertura de los puertos, y la de 1922, conmemorativa del centenario de la Independencia, acontecimiento que sirvió para mostrar los avances y conquistas logrados en naciones más desarrolladas.

La libertad de enseñanza y de pensamiento, dos pilares de la ortodoxia positivista, permitió la multiplicación de imprentas, la aparición de gran número de revistas y de periódicos, la fundación de casas editoriales y de librerías. La importación de libros extranjeros era libre y fue la cultura francesa la que más se benefició de ello, enseñoreándose de la intelectualidad brasileña que, por un tiempo, dio la espalda a la literatura portuguesa. Resaltemos, igualmente, la fundación de la Academia Brasileña de las Letras, en 1896.

Nombre singular, por su pertenencia a esta fase republicana como a la que seguiría, es el de Monteiro Lobato, cuentista, novelista, cronista, ideólogo y hasta profeta (profetizó la aparición de pozos de petróleos en Brasil y la fundación de Brasilia, basándose en una visión de Don Bosco, que se convirtió en patrono de la ciudad). Se distinguió, sobremanera, como autor de narraciones infantiles, género en el que, hasta el presente, no ha sido superado por escritor brasileño alguno. Su fama se produjo con el libro *Urupés* (una especie de hongo conocida, vulgarmente, como «oreja de palo»), en 1918. Ahí traza los rasgos de un personaje típico paulista, el *caipira,* descalzo, vestido con harapos, con los dientes podridos, trabajador del campo y desamparado. Es Jeca Tatu, como lo llamó el autor, o, simplemente, «El Jeca». Luciana Stegagno Picchio observa, con razón, lo siguiente:

> El Jeca, tal y como Lobato lo pinta, muestra cuál era la realidad del trabajador agrícola. Pero, más que al modo realista, nos lo ofrece mediante un fuerte expresionismo que lo diferencia del retrato común que, hasta su aparición, se hiciera del indio idealizado por parte de los románticos: Es, literariamente, el prototipo de una serie de antihéroes que alcanzará su cumbre con el Macunaíma modernista del Mário de Andrade (*op. cit.,* p. 395).

Vemos aquí que la ilustre profesora italiana sitúa a Lobato en el lugar que merece, esto es, como precursor del Modernismo en Brasil. Sin

embargo, resulta paradójico que quien es considerado como el precursor del Modernismo en nuestras letras combatiera el movimiento del veintidós, del cual se mantuvo más que distante... O sea, que mientras los modernistas preconizaban una liberación formal y gramatical del portugués de Brasil, Lobato se mantenía fiel a las normas tradicionales del idioma, sin ruptura siquiera aparente con los cánones propios a la expresión literaria portuguesa, declarándose admirador de Camilo Castelo Branco en el que, más de una vez, inspiró sus narraciones.

Su personaje Jeca Tatu, después de ser asumido para sus discursos políticos por Rui Barbosa, se convirtió en símbolo del labrador olvidado del interior. De entre los muchos libros que se publicaron, por las informaciones contenidas en ellos sobre su posición doctrinaria sobre asuntos diversos, destaca el que reúne su correspondencia con Godofredo Rangel, titulado *La Barca de Gleyre,* de 1944.

*El tiempo parnasiano*

El movimiento parnasiano, apenas inciado en los años ochenta, por el espíritu de que viene imbuido, se sitúa mejor en los primeros años de la República. Al contrario de lo que aconteciera con el Romanticismo, el Parnasianismo antepone la forma al fondo y, por ello, vuelve la mirada a los clásicos del lenguaje. Entre sus próceres, la lengua escrita retomaba su antigua importancia sobreponiéndose a los influjos del habla popular, influjos muy queridos, empero, por el Romanticismo brasileño.

Es costumbre hacer alusión a la famosa «trinidad» parnasiana de Brasil: Olavo Bilac, Raimundo Correia, Alberto de Oliveira. Mas a esos «tres mosqueteros» es de justicia añadir un cuarto: el poeta Vicente de Carvalho, muy reivindicado por Alceu Amoroso Lima.

De los cuatro, el más reconocido en vida fue Olavo Bilac. Por eso, cuando se produjo la eclosión del movimiento modernista se convirtió en el objetivo preferido de los dardos envenenados lanzados por quienes se mostraban en contra de dicho movimiento... De sus exigencias de transparencia y de limpieza en la expresión dan buena muestra estos versos de su poema *Profesión de Fe:*

«Escoge, mejora, planta y lima
la frase; y, en fin,
en el verso de oro engasta la rima
como un rubí.»

Bilac escribió poesías para niños, es la suya la letra del *Himno a la Bandera,* llegó a hacerse épico en *El cazador de esmeraldas.* Fue elegido «príncipe de los poetas brasileños»; publicó, en colaboración con Guimaraes Passos, además, el *Tratado de la versificación.*

Raimundo Correia, maranhense, jurista, ejerció la poesía con la discreta elocuencia propia de un magistrado. En 1898 reunió toda su obra poética en un volumen elogiosamente recibido por la crítica. Falleció tres años después en París, a donde se trasladara para someterse a tratamiento médico. Alberto de Oliveira, fluminense, doctorado en Farmacia (profesión que, sin embargo, nunca ejerció), destacó como maestro, fue miembro fundador de la Academia Brasileña de las Letras (como Bilac y Raimundo) y ostentó también el título de «príncipe de los poetas brasileños». Habiéndose iniciado en el Romanticismo (*Canciones románticas,* de 1878), se convirtió al final en el más rebuscado de los parnasianos. Vicente de Carvalho, nacido en Santos, a la vera del mar que tanto aparece en sus versos, derivó igualmente del Romanticismo al Parnasianismo. *Poemas y canciones,* de 1908, es el libro donde mejor se revela, a través de un lenguaje simple y limpio que lo han convertido, hasta nuestros días, en uno de los poetas más leídos de Brasil.

Todos estos autores buscaban una aproximación escrita de la pasada tradición culta al momento que vivían, mas sin perder la expresividad de su estilo. Por ello es común que los críticos hablen, refiriéndose a sus obras, de pureza en el uso del lenguaje, de casticismo y hasta de lusitanismo.

### *La penumbra simbolista*

Casi paralelamente al Parnasianismo surge el Simbolismo. No tanto para contraponerse a una corriente, como aconteciera con el Parnasianismo en relación al Romanticismo, como para preparar el advenimiento del Modernismo. Concretamente, y a la manera de ejemplo, para mostrar la convivencia que se dio entre parnasianos y simbolistas, citemos la obra *Misal y Taladro,* de Cruz y Sousa —para algunos críticos, como Néstor Vítor, la figura más alta del período—, publicada en 1893. Es, pues, la fase de transición, o de sincretismo literario, a la que se refiere Afranio Coutinho cuando habla del período comprendido entre 1910 y 1920:

> De modo que, no habiendo ninguno conseguido aplastar al otro, arribaron de la mano al siglo XX, bien con el Parnasianismo a veces aislado,

bien constituyendo epígonos hechos con mezclas del Simbolismo; una fase de transición de nuestra poesía moderna, que prepararía la irrupción luminosa del Modernismo (1968, IV, p. 2).

Cruz y Sousa, al que acabamos de mencionar, y Alphonsus de Guimaraens forman el dúo mayor y señero del Simbolismo brasileño.

Cruz y Sousa, natural de Santa Catalina, era hijo de esclavos y, como señala Alceu Amoroso Lima, fue el primer negro puro, sin mezcla de otras razas, que ascendió al proscenio de la literatura brasileña. Su poesía posee un contenido trascendente, subjetivista; es una poesía plena de inquietudes metafísicas. Acaso por ello el crítico marxista Astrojildo Pereira la llamó «contrarrevolucionaria». En un estudio sobre la poesía «afrobrasileña», el crítico francés Roger Bastide lo comparó a Mallarmé y habló de la «tríada armoniosa» que componen: Mallarmé, Stefan George y Cruz y Sousa. Stegagno Picchio usa, para referirse al poeta, la expresión «tristeza cósmica». Cruz y Sousa ha pasado a la posteridad como «El Cisne Negro» o «El Dante Negro».

Alphonsus de Guimaraens, natural de Minas Gerais, representa la corriente mística del Simbolismo: *Dolores de Nuestra Señora, Doña Mística, Kiriale* son algunas de sus obras. Católico, juez en Mariana, padre de catorce hijos, fue un solitario de las letras, cuyo valor, sin embargo, se acrecienta con el paso de los años. El movimiento surge en el sur, especialmente en Santa Catalina (con Cruz y Sousa) y en Paraná (con Emiliano Perneta), irradiando después a otros puntos del país como Río de Janeiro, donde halló voces indelebles como las de Gilka Machado, Mário Pederneiras, Hermes Fontes y la misma Cecília Meireles. A pesar de su importancia, la tendencia izquierdista de la imprenta y de las editoriales, así como de los medios literarios en general, ha tendido siempre a minimizar su papel en el panorama de las letras brasileñas. Otro aspecto a destacar es el de la improcedencia de la afirmación, un tanto genérica, del cese del influjo portugués a raíz del Romanticismo. Incluso después de la Independencia, continuó nuestra literatura mostrándose sensible al pensamiento literario portugués, como se demuestra con las obras de escritores brasileños, bien adscritos al Romanticismo (incluidos por Herculano y Garrett), bien al Naturalismo (influidos por Eça de Queirós), bien al Simbolismo (influidos por Antonio Nobre y Eugenio de Castro)[3]. Ya

[3] Véase «Presencia portuguesa en el Simbolismo brasileño», Sílvio Elia, separata de la *Revista de la Facultad de Letras de Lisboa,* III serie, n.° 13.

en los inicios de nuestro Modernismo, Ronald de Carvalho participó, en Portugal, en el grupo de la revista *Orpheu,* fundada en 1914. Y, en lo que se refiere a los mayores lazos del Simbolismo con el futuro que con el pasado, al contrario de lo que acontece con el Naturalismo, conviene observar que Alceu Amoroso Lima, en su obra *Cuadro sintético de la Literatura brasileña,* coloca al Simbolismo en el período correspondiente a la literatura moderna, mientras sitúa al Naturalismo y al Realismo en el que se corresponde con la literatura del Imperio.

Acostumbramos relacionar al movimiento simbolista con el nombre de Raimundo Farias Brito, el primero y acaso único filósofo brasileño. Natural de Ceará, se doctoró en Derecho, ejerció la enseñanza y fue profesor de Lógica en el colegio Pedro II. Su obra filosófica (1895-1914), fue dividida en dos series por él mismo: *La Finalidad del Mundo* y *Ensayos sobre la filosofía del Espíritu.* Inspirándose en Kant y en Bergson, y reaccionando contra el materialismo, el evolucionismo y el positivismo, fundamentó su pensamiento en bases espiritualistas, aunque, como señala Leonel Franca, se mantuvo apartado siempre de la ortodoxia cristiana. «Farias Brito es panteísta», afirma.

Los principales críticos del Simbolismo fueron Néstor Vítor y Andrade Muricy, ambos paranaenses. Pero, distinguiéndose por su finura y profundidad de análisis, destaca el crítico y ensayista sergipiano José Barreto Filho.

### *Rui Barbosa*

Viniendo del ocaso del Imperio, pero afirmándose en la etapa republicana (llegó a ser candidato civil a la Presidencia de la República), se distinguió entre sus contemporáneos Rui Barbosa de Oliveira, hasta hoy símbolo máximo de la inteligencia brasileña.

Nacido en Bahía, realizó ahí sus estudios secundarios, siendo posteriormente alumno del notable filólogo Ernesto Carneiro Ribeiro, con quien más tarde, sin embargo, mantendría agrias polémicas. Se doctoró en Derecho en São Paulo, fue liberal, abolicionista, federalista y ocupó importantes cargos públicos. Ministro, diplomático, senador, representante de Brasil en la Conferencia de Paz de La Haya, de donde volvió con el sobrenombre de «El Águila de La Haya». Exiliado en Londres durante el mandato del mariscal Floriano Peixoto (durante la Segunda República), escribió sus famosas *Cartas de Inglaterra,* en 1896. Orador con-

vincente, siempre se puso al frente de las causas que abogasen por una reparación en justicia. Apóstol del Derecho, llegaron a llamarle. Falleció en 1923 y fue enterrado con honras propias a un jefe de Estado. Su casa, en la calle San Clemente de Río de Janeiro, es en la actualidad un Instituto de Cultura. Con el nombre de Fundación Casa de Rui Barbosa, tiene como principal cometido la edición de obras del prócer, tarea que desempeñan sus responsables de manera notable.

*Rui y la redacción del proyecto de un Código Civil*

Proclamada la República, se hacía preciso adaptar la legislación brasileña a los nuevos tiempos políticos. Durante el Gobierno de Campos Sales, se dio inicio a la magna tarea de dotar al país de un Código Civil. De la empresa se hizo cargo un mozo provinciano, el doctor Clóvis Bevilaqua. Natural de Ceará, mucho se había distinguido en las lides intelectuales de la Escuela de Recife. «El Proyecto Bevilaqua» quedó fijado como tal, pues, en 1899. En marzo del siguiente año se constituye una Comisión Revisora, de la que devino «El Proyecto Revisado». A finales de año tal proyecto revisado se envía a la Cámara de los Diputados. En el año 1901 fueron innumerables los debates que hubo a ese respecto, decidiéndose, al fin, que el proyecto fuese sometido a votación. Al año siguiente, sin embargo, la Comisión aprueba un tercer texto, denominado «Proyecto de la Cámara». Finalmente, tal proyecto se aprueba en la Cámara y pasa al Senado, quedando en manos de Rui Barbosa. Es el año 1902. De la revisión del proyecto se encarga el doctor Rui Barbosa, quien, en menos de cuarenta días, ofrece un nuevo texto aprobado de inmediato por la mayoría del Senado. Sigue siendo un enigma en el presente, como dice el padre Augusto Magne en el prólogo que escribiera para el volumen *La República,* editado por la Fundación Casa de Rui Barbosa, el motivo que llevó al prócer a ocuparse exclusivamente de la corrección del lenguaje, despreocupándose por completo de los aspectos jurídicos del proyecto. Máxime si tenemos en cuenta que la redacción del texto en cuestión había sido sometida, primero, al juicio de don Ernesto Carneiro Ribeiro, reputado filólogo, que fuera maestro de Rui Barbosa en Bahía. Carneiro Ribeiro había dispuesto, eso sí, de apenas cuatro días para revisar el texto.

Molesto con las críticas, se defendió Carneiro Ribeiro escribiendo *Ligeras observaciones hechas a las enmiendas del Dr. Rui Barbosa al Proyecto de*

*Código Civil,* publicado en 1902. La respuesta de Rui Barbosa no se hizo esperar. Fue su ya famosa *Réplica,* aparecida en 1904; un texto de más de seiscientas páginas, en el que el fogoso senador, revelándose erudito del lenguaje y gran lector de los clásicos, reafirmaba torrencialmente, con una verbosidad exquisita y contundente, el porqué y la procedencia de sus correcciones. Volvió a la carga el doctor Carneiro Ribeiro en 1905, con *La Redacción del Proyecto de Código Civil y la réplica del Dr. Rui Barbosa.* Rui, entonces, «replicó con su silencio», observa Antenor Nascentes.

La repercusión de la polémica fue enorme entre el gran público, que convirtió a Rui en el vencedor del debate. Hombre de Estado, respetado por tirios y troyanos, había sido saludada su *Réplica* como un monumento a la literatura y al saber lingüístico. Después del Romanticismo se procuraba, a toda prisa, y al menos teóricamente, la autoridad de los clásicos por la obra de los contemporáneos; y, más aún, por los exponentes del alma nacional. Los brasileños, pues, empezaban a preocuparse por cuanto atañe al lenguaje y a la expresión, así como a buscar gramáticas que sirvieran de punto de apoyo. Rui se convirtió, así, en maestro de lo vernáculo.

La situación, no obstante, cambiaría con el advenimiento del Modernismo. De custodio del lenguaje pasó Rui Barbosa a ser bastión de los conservadores. Le acusaban de haber puesto una gran piedra que obstaculizaba el camino natural del portugués de Brasil.

Se iría diluyendo esa opinión en el post-Modernismo, aunque hubiera exageraciones por ambas partes, como señala el profesor Santiago Dantas, figura de la intelectualidad brasileña de los últimos cincuenta años, cuando dice:

> El *Parecer* y la *Réplica* al profesor Carneiro fundan, podemos decir sin temor a equivocarnos, la moderna filología brasileña (1949, p. 75).

En el otro extremo, encontramos el rigor excesivo del profesor Celso Pedro Luft (todo un filólogo, realmente), quien dice así en su *Diccionario de la Literatura Portuguesa y Brasileña:*

> [...] el estilo verborreico de Rui se inscribe en cierta tendencia congénita, muy nuestra, para redondear la frase, para discursear, para hacer verborrea en la verborrea, en fin, para mostrarnos a Rui tal como era. Por lo tanto, el influjo del llamado «Águila de La Haya» fue, y continúa siendo, más negativo que positivo; sobre todo para quienes se encuentran privados de espíritu crítico (1967, p. 38).

Reparemos, sin embargo, en que el profesor Luft se refiere al estilo y no al lenguaje, reprobanco su verbosidad. Así era, en efecto; aunque acaso quepa hablar de gran riqueza expresiva y léxica. Recordemos que Rui fue un gran orador y que, de común, se ocupaba de asuntos que apasionaban al pueblo. No podía, por tanto, evitar la elocuencia requerida por esos asuntos de sumo interés popular. Añadamos que el profesor Luft reconoce, empero, que el influjo de Rui aún perdura, aunque para él se trate de algo «negativo». El ritmo pendular de la Historia, sin embargo, hacía lógico que la reacción clasicista se antepusiera al anterior imperio de lo popular. Mas en el justo medio se halla la virtud, como diría el viejo Machado; y en ese justo y medio término es en donde se enriquece el acervo común.

En la polémica me parece pertinente el juicio del profesor Gladstone Chaves de Melo. En *El lenguaje y el estilo de Rui Barbosa* distingue muy bien al filólogo del maestro del lenguaje; llega a negarle, incluso, el primer título, el de filólogo, para rendirle pleitesía, eso sí, en lo que se refiere al de maestro del lenguaje. Según él, Rui Barbosa no fue un filólogo porque la simple lectura de los clásicos no otorga credencial alguna al respecto. Se limita, pues, al objeto de la querella; no asume método científico alguno para llevarla a término. Así y todo, reconozcámosle el don del garbo y de la elocuencia, así como su excelente vinculación al clasicismo, particularmente en tanto brotaba de las fuentes vierrianas. Tuvo un dominio del lenguaje excepcional; destreza y expresividad son los términos que mejor le cuadran. Muchas de sus páginas pueden pasar a formar parte, con toda justicia, de la mejor antología. Era un maestro de nuestra lengua. Así lo expresa el profesor Gladstone Chaves de Melo:

> ¿Por qué es Rui Barbosa un maestro de la lengua? Ya lo dijimos antes: Porque se formó y disciplinó en el arte del buen decir. Y, añadimos ahora, más que por eso, porque estudió a fondo nuestro idioma, buscándole todos los recursos, escrutándolo con ingenio, investigando los modos de hacerlo más y más expresivo, analizando sus giros sintácticos, la riqueza del vocabulario, estudiando la obra de sus contemporáneos y la de los clásicos (1950, p. 19).

### *Dos polemistas temibles: Laet y Camilo*

En 1879 se publicaba en Oporto un volumen que reunía poemas de autores brasileños y portugueses, bajo el título de *Cancionero alegre de poe-*

*tas portugueses y brasileños.* Acompañaba a los textos un comentario crítico de Camilo Castelo Branco, ya por aquel entonces reputado novelista.

La publicación tuvo una repercusión enorme en los medios intelectuales brasileños y llamó la atención de una de nuestras más brillantes plumas, el conde de Laet, humanista, escritor, maestro de la lengua, miembro fundador de la Academia Brasileña de las Letras, de la que fue presidente, cronista y crítico en las columnas de la prensa diaria.

Comentando el prefacio que el poeta fluminense Fagundes Varela (y no paulista, como dijera Camilo) escribió para un libro de 1861[4], sacó a relucir varias incorrecciones gramaticales el novelista portugués: «Haviam brisas e passarinhos», por «havia brisas passarinhus», y «as musas lhe favoreçam», por «as musas o favoreçam».

Irritado con el tono de escarnio que mostraba la crítica, Laet publicó un largo artículo en la *Revista Brasileña,* donde, en venganza, censuraba a Camilo un «esvcaçarem-se», porque «hasta los últimos tiempos no constaba en este país que esvoaçar también fuese reflexivo».

Replicó el cáustico censor lusitano acudiendo a la autoridad de Castilho y de Filinto Elísio, para concluir: «El verbo reflexivo, por lo tanto, debe llevar mucho tiempo en Río. Habrá que buscarlo en la Aduana.»

Laet respondió en «Microcosmo», sección que escribía en el *Jornal do Commercio.* Pero se olvidó del «esvoaçarem-se» y buscó otros errores a Camilo. Apuntó entonces, en el haber del novelista, tres galicismos: *adresse, perder a cabeça* y *afectado de doença moral,* así como el mismo error de concordancia que imputara a Varela: «Houveram cosas terriveis» (en *La novela de un niño pobre).* Camilo respondió diciendo que era buen portugués «perder a cabeça» y «afectado de doença moral», alegando una errata que trocó *adresses* por *añadidos,* así como el «houve» por «houveram». Mientras, y con gran prudencia, procuraba justificar su sintaxis con ejemplos de autores tenidos por «grandes clásicos», «grandes gramáticos» y «sapientísimos filólogos».

En un último artículo, publicado también en el *Jornal do Commercio*[5], en 1880, Laet hace mención a las contradicciones en que cae Camilo al urdir su defensa, pero no va más allá, dando por zanjada la polémica aduciendo que «en el fondo, veo más sintaxis que interés».

[4] Debe ser *Nocturnas.*

[5] Los textos críticos de ambos polemistas están publicados en *Obras selectas de Carlos Laet,* vol. II, «Polémicas», con prólogo de Antonio José Chediak.

De hecho, analizando los asuntos debatidos, hemos de reconocer la fragilidad filológica de los dos contendientes. *Esvoaçarem-se,* con uso del pronombre reflexivo, es más un caso que añadir a la lista de verbos intransitivos que, por motivos estilísticos, prolonga una acción sobre el sujeto, dando más vida así a la realidad contada. En cuanto a los llamados galicismos, está claro que *adresse* por *endereço* es, en efecto, un galicismo flagrante. Pero no acontece lo mismo con «perder a cabeça», imagen que se usa en cualquier parte del globo y en cualquier idioma. «Afectar», por lo demás, o «afectado», es buen portugués, en el sentido de «fingir» (como demuestra nuestro gramático Mário Barreto); por ejemplo: «afectar tranquilidade», por «fingir tranquilidade». No es, pues, el caso de «afectado de doença moral». En cuanto a los «haviam brisas e pasarinhus» y «houvereun coisas terríveis», se trata, en suma, de sintaxis antigua y hasta clásica, llevada a Brasil en las propias naves cabralinas, como se demuestra en la famosa *Carta* de Caminha[6]. Como puede leerse en la ya desaparecida *Revista Filológica,* en un artículo escrito conjuntamente por Cándido Jucá (hijo), Pinhero Domingues y Artur Almeida Torres.

Vemos, pues, que se trata de asuntos sin mayor alcance, verdaderas quisicosas, hechas más para la satisfacción del paladar de los lectores de entonces, empeñados en discusiones sobre el vernáculo y sobre las características propias al portugués de Brasil.

[6] El texto es el siguiente (hoja 10, anverso): «Nãi duevdo que por essa terra hajam mutuas aves.»

SEGUNDA PARTE

# CONFIGURACIÓN LINGÜÍSTICA

# VII

# LAS ÁREAS DIALECTALES BRASILEÑAS

## UNA VOCACIÓN DE UNIDAD

El proceso histórico que estudiamos, y que llevó a la victoria de la lengua portuguesa en Brasil, tuvo evidentes repercusiones lingüísticas dignas de análisis.

La primera constatación es la de que otorga unidad lingüística al país, de norte a sur, del este al oeste, lo mismo en los estratos cultos que en los populares. En un territorio de ocho millones y medio de kilómetros cuadrados, con una dimensión propia de un continente, esto es un suceso quizá único en el panorama lingüístico mundial. Compárese con lo acontecido en otros países de grandes superficies, como China, Rusia, India o Canadá... El fenómeno se explica en buena parte por tratarse de tierras conquistadas y colonizadas. Pero en el caso brasileño destaca, además, el hecho de que tal unidad lingüística conduce a una unidad política. La Historia contará cuáles fueron las etapas del proceso; pero la propia dinámica de la Historia no muestra otra trascendencia que la derivada de una clara «vocación de unidad», connatural al colonizador y asumida por el colonizado[1].

Descubierto el país, levantadas fábricas e ingenios en el litoral, fue poco después dividido en 1534 en Capitanías. Pero no tardaría mucho en llegar el primer decreto de unificación, con el Gobierno General, en 1548. Una nueva división ocurrió en 1621, con la creación, en el norte, del estado de Maranhao, separado del estado de Brasil, y que comprendía las Capitanías de Ceará, Maranhao y Grao-Pará (incluyéndose la Ama-

[1] Véase «La unidad lingüística de Brasil», de Sílvio Elia, *Padrao*, Río de Janeiro, 1979.

zonía), si bien todas ellas pertenecientes a la Corona portuguesa. Con el desmembramiento llevado a cabo por el marqués de Pombal, en 1774, dividiendo el estado de Maranhao en dos, esto es, Maranhao y Grao-Pará, así como con la progresiva extinción de todas las demás Capitanías, se accedió, finalmente, a la unificación. A partir de 1720, los gobernadores generales se convierten en virreyes, si bien, como observa Hélio Vianna, no se conoce documento oficial alguno que elevara Brasil a la categoría de Virreino. Así y todo, ya se percibe en la colonia la existencia de una situación política de mayor envergadura que la propia a un período colonial. En 1808, con el traslado de la Monarquía portuguesa a Brasil, obtuvo la antigua colonia una posición propia a la de los reinos: Reino Unido de Portugal y el Algarve (1815). Primero con el Imperio, y después con la República, quedaron definitivamente trazadas las fronteras del nuevo Estado suramericano.

Recuérdese, por otra parte, que los luso-brasileños tuvieron que hacer frente sucesivamente a la codicia de los ingleses, de los franceses y de los holandeses, así como combatir en guerras fronterizas en el sur. Los franceses intentaron, primero, establecerse en Río de Janeiro, con esa falacia que supuso la fundación de una «Francia Antárctica», en 1555, y fueron definitivamente expulsados en 1567. La segunda intentona aconteció en el norte, en Maranhao, donde era objetivo prioritario la creación de una «Francia Equinoccial». Llegados en 1612, fundaron la ciudad de San Luis, en homenaje al joven rey Luis XIII, pero fueron finalmente también expulsados en 1614.

Más grave resultó la invasión flamenca, que duró de 1630 a 1654, con la ocupación de Pernambuco. Provocaron los holandeses, antes de ser expulsados, una lucha en la que blancos, negros e indios se unieron para reconquistar el territorio invadido.

Esta rápida sinopsis evidencia la decisión del pueblo brasileño por mantenerse unido política y culturalmente. Y éste es el principal factor explicativo de la unidad lingüística del país.

Durante al menos siglo y medio la lengua indígena, bajo la forma de lengua general, fue la lengua «vehicular» por excelencia. Disciplinada gramaticalmente por los jesuitas, para bien de su catequesis, perduró en el uso común incluso entre los africanos llevados como esclavos, si bien acabó sucumbiendo progresivamente ante el fenómeno de la urbanización del país y el empuje de la lengua portuguesa. La evangelización sufre un duro golpe con la expulsión de los jesuitas por Pombal, en 1759. Y ya


MAPA III
ÁREAS DIALECTALES BRASILEÑAS
Amazonia
Cearense
Nordestina
Centro
Oeste
Bahiana
Centro
Este
Caipira
Fluminense
Sureña
OCÉANO
ATLÁNTICO

a finales del XVIII la lengua general estaba prácticamente extinta. Lo que tenemos hoy no es más que reminiscencia de los antiguos pueblos indígenas, divididos en tribus, hablando varias lenguas (unas ciento setenta, según el cómputo de Aryon dall'Igna Rodrigues), ágrafas todas ellas. Su destino, pues, no es sino el de ir siendo absorbidas por la lengua portuguesa, que, en su vertiente brasileña, es la que concede carta de naturaleza y ciudadanía.

En lo que se refiere a las lenguas africanas, nunca llegaron realmente a tener siquiera carácter de lengua general. Los africanos, más aún que los indios, estaban en contacto con sus señores blancos, de lengua portuguesa, y la aprendían toscamente. Pero esa lengua, burdamente aprendida, era la que usaban, pues no siempre estaban juntos negros de la misma procedencia por las razones que ya se han explicado. De cualquier forma, el nagô tuvo cierta importancia en Bahía, así como el quimbundo, si bien menor, la tuvo en Río de Janeiro. Lo que sí se puede atribuir a los africanos es una cierta criollización del habla portuguesa, como, por ejemplo, la eliminación de las formas átonas y la producción de fonemas más en consonancia con sus hábitos lingüísticos. Se dio, por tanto, una criollización del portugués de Brasil, pero el fenómeno más generalizado fue el de la constitución de un sonidecto popular sujeto siempre a las correcciones de la escuela; o sea, la rectificación qualitativa, A ese cuadro debemos añadir las aportaciones de las lenguas de los inmigrantes, particularmente italianos (en São Paulo y Río Grande), de los alemanes (en Panamá, Santa Catalina y Río Grande) y hasta de los árabes. Empero, se les reconocía pleno derecho a usar sus lenguas de origen y, por ello, es digno de mención el hecho de que, sin embargo, la lengua materna de sus descendientes era y es el portugués. Ello se debió, sin duda, a la inteligente política seguida por el Gobierno brasileño.

## La unidad en la variedad: Divisiones dialectológicas

Sé bien que hasta ahora hemos ido haciendo hincapié en la unidad lingüística de Brasil, dato fundamental de nuestra identidad cultural, pero ello no debe hacernos olvidar la existencia de una variedad (mejor que «diversidad») de hechos lingüísticos regionales. De eso ya se han ocupado algunos filólogos brasileños.

Se suele partir de una división dialectal debida al profesor Antenor

Nascentes, comunicada por él en persona al profesor Serafim da Silva Neto, y por éste transcrita en un artículo publicado en el periódico *La Mañana,* de 17 de enero de 1950[2]. Silva Neto reproduce esa división, posteriormente, en su *Introducción al estudio de la lengua portuguesa en Brasil,* 1.ª edición, 1950, pp. 172-73, y la repite en *Lengua, Cultura y Civilización,* 1960, pp. 262-63. En la 2.ª edición de *El lenguaje carioca,* de 1953, del Prof. A. Nascentes ya viene estampada.

Nascentes parte de la distinción en dos grandes grupos: el del norte y el del sur. Se trata de una oposición, más que división, que ya es clásica entre nuestros más modernos investigadores; incluso el geógrafo Jacques Lambert llegó a hablar de dos Brasiles. En el plano económico tenemos, de manera general, un nordeste agrario y un sureste (incluido el extremo sur) industrial; la Amazonía podría denominarse como «el tercer Brasil», en gran parte debido a ese «por hacer» que aún tenemos. En suma, tres Brasiles en uno solo y verdadero.

Nascentes justifica así su división:

> Lo que caracteriza a esos dos grupos es la cadencia y la existencia de las protónicas abiertas en vocablos que no son diminutivos ni adverbios terminados en *mente.* Basta una simple frase, o una simple palabra, para saber qué personas pertenecen a cada uno de los grupos (Nascentes, 1953, p. 25).

Traza una línea divisoria a seguir entre esos dos grupos, entendiéndola, más o menos, como de la foz del río Mucuri, entre Espíritu Santo y Bahía, hasta la ciudad de Mato Grosso, en el estado del mismo nombre.

Cada uno de esos grupos poseen, además, subhablas, por así decirlo. Las del grupo norte son dos: el *amazonense* (en Acre, Amazonas, Pará, parte norte de Goiás y, por supuesto, los nuevos estados de Rondonia, Amapá y Roraima, integrados en esa región) y el *nordestino* (Maranhao, Piauí, Ceará, Río Grande del Norte, Paraíba, Pernambuco, Alagoas y parte este de Goiás).

Las del grupo sur son cuatro: el *bahiano* (Sergipe, Bahía, Minas en toda su parte norte, Goiás en su parte sureste), el *fluminense* (Espíritu Santo, Río de Janeiro, Minas en la zona de Mata), el *mineiro* (centro, oeste y parte del este), el *sulista* (São Paulo, Paraná, Santa Catalina, Río Gran-

[2] Véase *El Lenguaje carioca,* de Antenor Nascentes, 2.ª edición, p. 24.

de del Sur, parte del sur de Minas y Goiás, así como la parte sur del Mato Grosso).

Para Nascentes, «cada una de estas subhablas posee variedades que no tienen mayor importancia» (p. 26).

En un libro de 1936, posterior, por tanto, a la primera división hecha por Nascentes, que data de 1922, pero anterior a la segunda, fechada en 1950, el profesor Renato Mendonça, en *El portugués de Brasil,* dice que «atendiendo a las monografías dialectológicas ya publicadas, los glosarios más dignos de crédito, teniendo en cuenta las condiciones étnicas e históricas del pueblo de Brasil», distingue las siguientes áreas dialectales:

1. *Amazónica:* Acre, Amazonas, Pará.
2. *Cearense:* Ceará y parte oriental de Piauí.
3. *Nordestina:* Río Grande del Norte, Paraíba, Pernambuco y Alagoas.
4. *Bahiana:* Bahía, hasta San Francisco, y Sergipe.
5. *Fluminense:* Estado de Río de Janeiro y Espíritu Santo.
6. *Caipira:* São Paulo y la zona fronteriza de Minas Gerais.
7. *Mineira:* Zona do *capiau* de Minas Gerais y Bahía, además de San Francisco.
8. *Gaúcha:* Río Grande del Sur y Santa Catalina.
9. *Sertaneja:* Goiás y Mato Grosso.

Distingue, además, dos áreas de transición:

a) *Transición norte:* Maranhao y parte occidental de Piauí.
b) *Transición sur:* Paraná y norte de Santa Catalina.

## El criterio antropocultural

El profesor Joaquim Ribeiro, folclorista y filólogo ya desaparecido, presentó en su *Introducción al folklore brasileño,* de 1934, una clasificación de áreas etnográficas brasileñas inspirada en el método histórico-cultural. Dadas las innegables relaciones entre lingüistas y etnógrafos, juzgamos útil traerlas a colación, al menos en sus líneas maestras. Son seis, dichas áreas: *costeira, agrícola, pastoril,* de *minería, platina* o *pampeana* y *amazónica* (cfr. 1934, pp. 106-110).

Tales áreas quedan divididas por el autor en *ciclos*.

El área *costeira* comprende dos ciclos: el *costeiro del norte* y el *costeiro del sur*. El primero contempla el predominio de la figura del *jangadeiro*, como consecuencia de su típico transporte marítimo, la *jangada*[1]; el segundo contempla a los *caiçaras*, pescadores del litoral sur, que confieren carácter a la zona.

El área agrícola viene constituida por el *ciclo agrícola del norte, ciclo agrícola del sur* y *ciclo de los emigrantes*. El primero comprende el interior más alto y la costa, configurado, durante mucho tiempo, por la importancia económica devenida de los ingenios azucareros; es la región más rica, aún en nuestros días. El hombre del campo, el *roceiro*, es conocido como *tabaréu* o *matuto*[2]. Las condiciones socioeconómicas del área generan tipos sociales marginales, como el *cangaeiro*, el *jaguno* y el *beato*[3]. El sociólogo Gilberto Freyre estudió en un libro capital, su *Casa Grande y Senzala*, ese aspecto relevante de la vida colonial brasileña, lamentablemente no del todo finiquitada. El ciclo del sur constituyó, durante mucho tiempo, una suerte de feudo de los «señores del café», los «barones», si bien hoy la cultura económica de la zona se ha diversificado; en muchas tierras, por ejemplo, las plantaciones de café han sido sustituidas por las de soja. Los campesinos son conocidos como *caipiras* o *capiaus*. Los inmigrantes que se dirigían en tiempos relativamente próximos a los nuestros hacia el extremo sur crearon un nuevo tipo de agricultura: la del trigo, la uva y las hortalizas. La uva multiplicó su producción prontamente en el Río Grande del Sur, dando paso a otra industria nacional de capital importancia como es la del vino. El profesor Heinrich Bunse, recientemente fallecido, dedicó uno de sus trabajos sociolingüísticos al estudio de la figura del colono típico de la región, el *vinhateiro*.

El área pastoril ocupa la mayor parte del centro-oeste brasileño; es el gran sertao. Los criadores de ganado de la región son conocidos como «ruralistas». Se trata de un área extensa y aún hoy en día mal explorada. El Gobierno de Getulio Vargas habló mucho de una gran «marcha hacia el oeste», y el escritor paulista Cassiano Ricardo llegó a escribir un libro con este título. La fundación de Brasilia, en la altiplanicie central, supone un capítulo de esa mitología política. Tipos humanos característicos del área son el *vaqueiro* y el *boiadeiro*. Capistrano de Abreu llamó la aten-

[1] *Jangada:* canoa de mucha eslora. *(N. del T.)*.
[2] *Tabaréu:* soldado raso; *matuto*: «paleto». *(N. del T.)*.
[3] *Jagunço:* guardaespaldas; *beato:* orate. *(N. del T.)*.

ción acerca de la excepcional importancia del cuero en la vida del *vaqueiro,* para vestirse, para yacer en el descanso, para el trabajo...

El área de la minería fue, lógicamente, propia de la región de Minas Gerais, que llegaba hasta las estribaciones de Goiás y Mato Grosso. Figura humana típica de la región es el *garimpeiro*[4]. Actualmente la zona de las minas y de la «garimpería» se desplazó hacia el norte del país, hacia Pará y la Amazonía, nueva tierra de promisión del oro y de las piedras preciosas.

El área platina o de las pampas es también zona pastoril. Mas los grandes campos de la región y el clima templado la hacen distinta del área de pastoreo central. Ahí predomina la figura del *gaucho,* con sus grandes bombachos y su poncho, que pasa las frías noches sorbiendo el «chimarrão» y relatando historias del campo y del ganado a sus amigos del colmado.

Finalmente, el área amazónica, perdida en medio de la floresta, parece en nuestros días brotar ante los ojos del «primer mundo», del mundo desarrollado, como tierra de promisión y de riquezas sin fin, como un nuevo Eldorado... Se caracteriza por la gran presencia indígena en el modo de vivir y hasta de hablar. La industria, ahí, es de pura supervivencia, sin embargo, como la referida a la extracción de la *borracha*[5], que ha dado origen a otro tipo humano característico, el *seringueiro*[6].

Además, en el plano de la Antropología cultural cabe incluir la clasificación hecha por el estudioso brasileño Manuel Diegues Júnior, que tomó por guía al sociólogo hindú Radhakmal Mukerjee con su concepto de «región cultural», definida como red de relaciones que se establecen entre el hombre y su medio. La clasificación de Diegues Júnior fue utilizada por los profesores Serafim da Silva Neto y Celso Ferreira da Cunha, en su proyecto de un *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Brasil* por regiones, presentado en 1957 en Lisboa, con ocasión de la III Conferencia Internacional de Estudios Luso-Brasileños (cfr. 1976, pp. 36-44). Es como sigue:

1. *Nordeste agrario del litoral:* Mestizaje entre blancos y negros. Economía azucarera. El ingenio para el refinado del producto.

[4] *Garimpeiro:* buscador de oro o piedras preciosas. *(N. del T.).*
[5] *Borracha:* caucho. (N. del T.).
[6] *Seringueiro:* de *seringueira,* árbol que produce caucho. *(N. del T.).*

2. *Nordeste mediterráneo:* Mestizaje entre blancos e indios: mameluco. Economía pecuaria. Tipo humano: el *vaqueiro.*

3. *Amazonía:* Presencia étnica del indígena. Industria de la extracción del caucho. Tipo humano: el *seringueiro.*

4. *Minería de la altiplanicie: El bandeirante.* Urbanización del interior. Riqueza y lujo. Formación de una conciencia nacional.

5. *Centro-oeste:* Mestizaje luso-indígena. Minería. Pecuaria. Pequeña explotación agrícola.

6. *Extremo sur:* Corrientes inmigratorias internas y externas. Tipo humano: el *gaucho.* Núcleo social: la estancia o el colmado.

7. *Colonización extranjera:* Corrientes inmigratorias europeas (alemanes, italianos y polacos), asiáticos (árabes, japoneses). Pequeña y mediana explotación agrícola. Industrialización. Tipo humano: el *colono.*

8. *Área del café:* Los cafetales: Río de Janeiro (valle de Paraíba), Minas Gerais, São Paulo (principalmente) y zona de Paraná. Núcleo social: La hacienda. Tipo humano propio a la clase social alta: El *barón del café* (llamado en el norte el *señor del ingenio*).

9. *Zona industrial:* Expansión industrial de los estados de Río de Janeiro, Minas Gerais y São Paulo, principalmente. Áreas más densamente pobladas (más del 40 % del total de la población brasileña). El Brasil industrial y republicano, como el Brasil agrario, fue imperial.

A esas regiones culturales añade el profesor Diegues Júnior otras tres más que, sin embargo, no consigue definir como independientes y con personalidad propia: La del *cacao,* en la parte sur del territorio bahiano; la de la *sal,* en zonas del litoral del Río Grande del Norte y de Río de Janeiro, y la de la *pesca,* diseminada por toda la franja costera del país.

## Búsqueda de una síntesis

De estos estudios y clasificaciones percibimos con bastante claridad cuáles son las más grandes y características regiones culturales de Brasil: la Amazonía, el nordeste, el centro-sur, el centro-oeste y el extremo-sur. Partiendo de ahí, y aprovechando las divisiones anteriores de Renato Mendonça y Antenor Nascentes, presentamos en 1963, en *Ensayos de Filología* (hoy *Ensayos de Filología y Lingüística*), la siguiente clasificación (cfr. 1976, pp. 226-232):

1. *Área amazónica:* Influencia indígena más acentuada. Formas foné-

ticas propias, como convertir la *ó* tónica en *u* (ejemplo: *canua* por *canoa*). Según Silva Neto (*La lengua portuguesa en Brasil*, p. 46, nota 93), eso sólo se verifica tanto en la región de los ríos como el Tocantins.

2. *Área cearense:* Rasgos fonéticos propios, que la distinguen parcialmente del «área nordestina», como la vocalización de la *l* velar, semejante a la de Río de Janeiro, o la conservación de la *d* en el conjunto *nd*, también como en Río de Janeiro.

3. *Área nordestina:* Una de las más típicas; es la región de las protónicas abiertas, de entonación «cantada» y de particularidades léxicas.

4. *Área bahiana:* Incluyendo Sergipe y Bahía, hasta San Francisco. Desde Nascentes, considerada área de transición entre el norte y el sur.

5. *Área fluminense:* Incluye Espíritu Santo y Río de Janeiro. Rasgos fonéticos específicos: pronunciación palatalizada de la *s*, y de la *z* postvocálicas; vocalización de la *l* alveolar; velarización de la *r* vibrante *r* posterior; palatalización de las consonantes dentales cuando van seguidas de vocal palatal; alargamiento en diptongo de las vocales tónicas finales, seguidas de *s* o de *z*.

6. *Área caipira:* Interior de São Paulo, con irradiación hacia Minas, Goiás y Mato Grosso. Es zona de fonemas típicos, como la africana *tch*, o la articulación retroflexiva de *r* y de *l* post-vocálicas.

7. *Área sureña:* De São Paulo al extremo sur. Presenta rasgos fonéticos particulares, como en la *s*, que es, en post-vocálica, dental silbante; las vocales finales *o e* se pronuncian como medias ê ô y no como *i u*, cual acontece en la mayor parte del país (el fenómeno se acentúa en São Paulo, hacia el sur). La entonación de la frase, particularmente en la ciudad de São Paulo, viene muy influida por el habla emigrante, lo que da al habla paulista un sabor italiano. En el extremo sur se condensa diptongadamente la secuencia vocálica *io*, como en *riu*, por *río*.

8. *Área centro-este:* Comprende la región central de Minas Gerais, con irradiaciones hacia Goiás y Bahía. La pronunciación es semejante a la de Río de Janeiro, pero la *s* y la *o* post-vocálicas son silbantes. La entonación posee un ritmo más pausado, lo que da un tono discreto y elegante al hablar minero.

9. *Área centro-oeste:* Comprende el corazón del país, en buena parte aún por explorar; o sea, los estados de Goiás, Tocantins y Mato Grosso (hoy Mato Grosso y Mato Grosso del Sur). Es la región que limita con Paraná-San Francisco, abajo con la ensenada del Amazonas y por arriba con la del Río de la Plata.

Se ha hablado mucho en Brasil de «islotes culturales». Pero la situación va modificándose con rapidez, dada la multiplicación de los llamados «medios de comunicación de masas», como la radio y la televisión, así como con el tráfico aéreo. Del nordeste al extremo sur existe ya un auténtico *continuum*. Por tanto, las antiguas «islas culturales» han dejado de estar «aisladas».

Lo que sí se da, ciertamente, es una oposición entre las zonas urbanas y las rurales, oposición que, por lo demás, acabará diluyéndose, si bien no en breve, lógicamente... Concluyamos este capítulo con las siguientes palabras del sociólogo Gilberto Freyre:

> La sociedad rural de Brasil, sus varias islas socioculturales, conserva desde los siglos XVI y XVII un portugués que se hizo arcaico para las zonas urbanas tanto de Portugal como de Brasil; eso, por más que, a través de escritores de los que es buen ejemplo Euclides de Cunha, inspirado por Antonio Vieira y José de Alencar, tal lenguaje se haya propalado como cosa de eruditos que hablan de lo telúrico; es decir, de un portugués más brasileño; en suma, de un portugués más ligado a los avatares específicamente brasileños, que al derivado de las experiencias urbanas, de la evolución europea y del estudio academicista (Freyre, 1961, p. 221).

# VIII

# INFLUENCIAS INDÍGENAS Y AFRICANAS. IDEALISMO Y REALISMO

## PRECARIEDAD DE LOS ESTUDIOS INDIGENISTAS Y AFRICANISTAS

El estudio de la influencia real de las lenguas indígenas durante la fase colonial aún está por hacer.

Después de la Independencia, en 1822, hubo un rebrote de «nativismo» en los medios intelectuales y pasó el indio a convertirse en una suerte de nueva conciencia nacional. El Romanticismo, con la idealización del «buen salvaje», influyó notablemente en tal estado de cosas. Muchos críticos han señalado el asunto, destacando entre ellos, por haberlo analizado más recientemente, Afranio Coutinho:

> Casando la doctrina del «buen salvaje», de Rousseau, con las tendencias lusófobas, el nativismo brasileño encontró en el indio y en su civilización un símbolo de independencia espiritual, política, social y literaria, como lo demuestra Capistrano de Abreu, para quien el indianismo no era una planta exótica sino que poseía hondas raíces en la literatura popular (1964, p. 170).

En la literatura, como hemos visto, fue el «indianismo» una de las corrientes más significativas. Estuvo presente en *I-Juca-Pirama,* en *Canto de Piaga,* en *Lecho de hojas verdes,* en *Marabá,* en *Los Timbiras,* de Gonçalves Dias; en *Iracema, Ubirajara* y *El Guaraní,* de José de Alencar, así como en *Anchieta y su Evangelio de las Selvas,* de Fagundes Varela. Los nombres y sobrenombres indígenas menudean: Iracema, Peri, Ceci, Iberê, Jaci, Jandira, Moema, Moacir, Nhambicaí, Guaraná, Itiberé, Ipojuca, Ipanema, Guanabara, Suaçuna (y no Suassuna), Tabajara, etc.[1] El vizconde de

[1] Artur Neiva, en *Estudios de la lengua nacional,* pp. 105-108, registró un total de trescientos cincuenta y cinco nombres propios de origen tupí.

Jequitinhonha, que fue diputado, senador y ministro en tiempos de la Independencia, se puso el alias luso-tapuia-tupí-azteca de Francisco Gê Acaiba de Montezuma.

Dijimos que el estudio de esas interrelaciones no ha avanzado mucho. Es en aras del éxito de las mismas por lo que proponemos partir de las siguientes premisas:

1. Buen conocimiento de la lengua de los alóglotas (en el caso de los indígenas y africanos), lo que no es común.
2. Buen conocimiento de la lengua base, el portugués, lo que generalmente sí se da.
3. Un conocimiento satisfactorio, al menos, de las condiciones histórico-sociales en que se dio el contacto entre las lenguas (lo cual, en los últimos tiempos, ya se va haciendo).
4. Un conocimiento satisfactorio del tratamiento lingüístico a que tales problemas deben ser sometidos.

Conviene señalar, en lo que toca al tercer punto, que el trabajo pionero, y hasta el presente el mejor, es el libro *Introducción al estudio de la lengua portuguesa en Brasil,* del profesor Serafim da Silva Neto. Y que, desde el punto de vista de una apreciación general y crítica, debe destacarse también el trabajo *La lengua de Brasil,* del profesor Gladstone Chaves de Melo.

En lo que se refiere al conocimiento del tupí y de las lenguas indígenas en general, hemos de partir del *Arte de la gramática de la lengua más usada en la Costa de Brasil,* Coimbra, 1595, del padre jesuita José de Anchieta, edición a la que siguiera, en 1621, el *Arte de la lengua brasílica,* del padre Luís Figueira, editada en Lisboa. Durante el Romanticismo, el poeta indigenista y bachiller de Coimbra Antonio Gonçalves Dias publicó, con fecha de 1858, un *Diccionario de la lengua tupí.* En el libro de Couto de Malgalhaes, *El Salvaje,* de 1876, hay un apéndice en el que se ofrece un «curso de lengua tupí». De Pedro Luís Sympson es la *Gramática de la lengua brasileña, brasílica, tupí o nheengatu,* de 1877. En 1879, en los *Anales de la Biblioteca Nacional,* insertó Batista Caetano un «Esbozo gramatical del Abañeẽ, o lengua guaraní, llamada también en Brasil lengua tupí o lengua general, propiamente abaneenga.» Igualmente, en el conocido *El tupí en la Geografía Nacional,* de Teodoro Sampaio, de 1901, hay un «Resumen de gramática tupí». En el trabajo de Artur Neiva *Estudios de la lengua nacional,* hay tres capítulos sobre la influencia del tupí en el portugués; por lo demás, el libro se dedica prácticamente íntegro

a glosar las lenguas indígenas de Brasil. Del profesor Plínio Ayrosa, de São Paulo, es *Apuntes para una bibliografía de la lengua tupí* (1943), así como *Estudios tupínológicos,* de 1967. Al padre Lemos Barbosa debemos un *Vocabulario de la lengua brasílica,* de 1951, y un *Curso de tupí antiguo,* de 1956. Más recientemente Darcy Ribeiro nos ofreció *Los indios y la civilización,* de 1977; de Antonio Geraldo da Cunha es el *Diccionario histórico de las palabras portuguesas de origen tupí,* de 1978, y de Aryon dall'Igna Rodrigues es *Lenguas brasileñas,* de 1986. Al respecto conviene consultar, de Erasmo d'Almeida Magalhaes, la *Bibliografía descriptiva de la lingüística indígena brasileña* (1954-1968), publicación de la Universidad de São Paulo, de 1967.

Poco disponemos sobre el influjo del tupí en el portugués. Ya hemos citado los capítulos incluidos en el libro de Artur Neiva *Estudios de la lengua nacional.* Del profesor Clóvis Monteiro es una tesis titulada «De la influencia del tupí», hoy incluida en el libro *Portugués de Europa y portugués de América,* de 1931. Con el título de «El elemento brasileño en el portugués», el profesor Jacques Raimundo publicó en *Miscelánea científica y literaria dedicada al Doctor Leite de Vasconcelos,* vol. I, Coimbra, 1934, un estudio de carácter lexicográfico sobre la presencia del tupí en el portugués de Brasil. En *El portugués de Brasil,* el profesor Renato Mendonça tiene un capítulo en el que versa sobre «la influencia amerindia». El profesor Gladstone Chaves de Melo, en *La lengua de Brasil,* hace un buen repaso de la cuestión en el capítulo «La influencia tupí». Del profesor Antonio Houaiss, en *El portugués en Brasil,* de 1985, hay un capítulo titulado «El estatuto indígena.» Trabajo más genérico, pero erudito, es el de J. Mattoso Cámara Júnior titulado *Introducción a las lenguas indígenas brasileñas* (1979, en su 3.ª edición). De publicación reciente son el *Diccionario histórico de las palabras portuguesas de origen tupí,* de 1978, del profesor Antonio Geraldo da Cunha; el *Diccionario tupí portugués,* de 1984, del profesor Luiz Caldas Tibiriçá, con un apéndice titulado «Esbozo de gramática de tupí antiguo», y el *Vocabulario guaraní portugués,* en 1986, coordinado por Mário Arnaud Sampaio.

## LOS FONEMAS DEL TUPÍ-GUARANÍ

Al tratar de las posibles interrelaciones e interreferencias de lo indígena en el portugués de Brasil, particularmente en lo que se refiere a los

aspectos fonéticos, me parece de interés presentar un cuadro general de los fonemas de la lengua tupí. No siendo tupínólogo, opté por escoger dos representaciones gráficas debidas a los profesores Rubén Barreiro Saguier y Michel Dessaint, que aparecen en el capítulo «Esbozo del sistema lingüístico del guaraní paraguayo», que integra el conjunto de estudios coordinados por el profesor Bernard Pottier, bajo el título de *América Latina en sus lenguas indígenas,* de 1983, pp. 312-313. Hacemos, por nuestra parte, leves adaptaciones.

No obstante, los esquemas se refieren al guaraní, aunque puedan aplicarse perfectamente al tupí, dada la grandísima y notoria afinidad entre los dos grupos de lenguas.

Para las vocales el cuadro es el siguiente:

| | anteriores | centrales | posteriores | |
|---|---|---|---|---|
| orales | i | y | u | altas |
| | e | a | o | bajas |
| nasales | ĩ | ỹ | ũ | altas |
| | ẽ | ã | õ | bajas |

Aclaran los autores que *y* corresponde a una vocal central, no labial y semejante a la *i* rusa (en las lenguas románicas el sonido más aproximado sería el de la *u* francesa de *lune,* pero éste resulta más redondeado, mientras que la *y* tupí-guaraní es centralizado). Las demás vocales, bien orales, bien nasales, pueden pronunciarse como sus correspondientes portuguesas.

Para las consonantes ver cuadro página siguiente.

Comentarios sobre el cuadro en cuestión:

Los sonidos consonantes representados por *p, t, k, m, n, nh, s, x* son como en portugués. La *v* se aproxima a la *b* española, o sea, se trata de una bilabial espirante sonora; por el signo griego γ el sonido representado también resulta espirante sonora, aunque velar y no labial. Hay tres nasales inexistentes en portugués: labial *(mb),* dental *(nd)* y velar *(ng),* todas sonoras, siendo la última transformable en labializada *(ngw).* El cuadro presenta una palatal sonora, *dj*, pero no incluye su correspondiente sorda *tx.* ¿Omisión o inexistencia? Como vimos, en el tupí, sin embargo, se da un fonema al menos semejante. El cuadro presenta, igualmente,

| orden / serie | labial | alveolar | palatinal | velar | velar labializada | glotales |
|---|---|---|---|---|---|---|
| constrictiva | v<br>β | s<br>cê | x<br>xê | g<br>γ | gu<br>γa | h |
| oclusiva | P<br>pê | t<br>tê | j<br>djê | k<br>kê | ku<br>kw | )<br>? |
| oclusiva prenasalizada | mb | nd | — | — | — | — |
| nasal | m<br>mê | n<br>nê | nn<br>nhê | ng | ngw<br>w | — |

dos glotales, una constrictiva y otra oclusiva. En su *Curso de tupí antiguo,* el padre Lemos Barbosa habla de una *h* aspirada, como en inglés (p. 27). En cuanto a la *r,* dicen los autores que se verifica como un sonido intermedio entre la *l* de «pelo» y la *r* de «pero», por poner ejemplos españoles. En el referido curso de tupí antiguo, el autor señala que «la *r* es siempre blanda, incluso en el inicio de la palabra» (p. 27). O sea, que se pronuncia como la *r* de «caro» y no de «rato». Habida cuenta que se trata de anotaciones impresionistas, esto es, dependientes de la especulación del investigador, no resulta probable que ambos hablen del mismo fonema.

Basándonos en ese cuadro y en las explicaciones con que hemos procurado ilustrarlo, creemos que mejor se comprenderá lo que se expone a continuación.

## Influencias del tupí en el portugués: Vocalismo

Las principales características del portugués de Brasil atribuidas, en general, al influjo indígena son las siguientes:

A) *La fonética*

Vocales:

En lo que se refiere a las vocales, de común mal estudiadas, poco hay que decir. Generalmente, los que se aproximaron al asunto observaron

la «riquísima gama de vocales propias al tupí» (Teodoro Sampaio). Sympson, en su *Gramática de la lengua brasileña,* enumera las cinco vocales básicas del portugués, a las que atribuye, sin embargo, diferentes timbres, señalando la *i* gutural, ya representada gráficamente como *ig* o como *y* (en el presente sólo *i*), además de enumerar dieciséis diptongos. La vocal gutural, que se aproxima a la *u* francesa, no existe, sin embargo, en ninguna de las hablas brasileñas.

Quintino do Vale, en su tesis titulada *De la influencia del tupí en el portugués,* que escribió en 1925 para optar a cátedra en el colegio Pedro II (como los otros profesores inscritos, Clóvis Monteiro y Jacques Raimundo), afirma que no existe el diptongo *ou* en la lengua tupí, el cual quedaría reducido, según eso, a *ô*; y pone, como ejemplo en el habla del «caboclo» *chamô* por *chamou*[2].

Ahora bien, como se sabe, tal fenómeno se verifica igualmente en el portugués europeo, lo que quiere decir que se trata de un fenómeno propio a la lengua portuguesa, tanto de aquí como de allende los mares. Así se refiere a ello el profesor Paul Teyssier:

> El diptongo *ou*, esto es, *ow,* es el presente *o* en el portugués común; por ejemplo, en *cousa, pouco, doutor.* Esa monotongación comenzó a manifestarse, sin lugar a dudas, en el siglo XVII. Se hizo común en todo el Sur y gran parte del centro de Portugal, si bien en todo el Norte del país el antiguo diptongo *ou* (*ow)* continúa vivo (1980, p. 65).

Como se ve, lo mismo que ocurre en Brasil, donde el diptongo *ou* no ha desaparecido del todo, en especial entre las personas cultas. Nada hay, por ello, de influjo indígena.

En la *Revista de Filología e Historia* (I, 1931, p. 467), el tupinólogo bahiano Teodoro Sampaio escribió esto:

> El vicio de la nasalización, heredado del indio, lleva al brasileño de hoy a hacer sonidos nasales en vocablos portugueses que no lo tienen en absoluto.

Pone, como ejemplos, *mũito, hõmem, fãma, colõnia...*

[2] Lo que aquí se dice a propósito de la tesis de Quintino do Vale pertenece a Jacques Raymundo, citado por Neiva en *Estudios de la lengua nacional.*

Rebatiendo esa opinión, el profesor Gladstone Chaves de Melo recurre a la tesis del foneticista lusitano Gonçalves Viana:

> Es mucho suponer que las vocales finales de sílaba tónica, antes de una consonante nasal inicial de la sílaba siguiente, fuesen nasales también, como lo son en la Beira Alta, en el Algarve; así, *cama, pena, sanha, lenho, cimo, dono, fumo,* deberían pronunciarse *cãma, pẽna, sãnha, lẽnho, cĩmo, dõno, fũmo.* (1982, L).

Quiere esto decir, pues, que como en el caso de la reducción de *ou* a *o,* el fenómeno se debería a una deriva puramente portuguesa. Así y todo, ya que en Brasil la nasalización es más acentuada (nosotros, por ejemplo, pronunciamos *colônia* y no *colónia,* como en Portugal), sí se puede argumentar que existe un factor concurrente de raigambre indígena. En la polémica interviene, con mayor razón, Chaves de Melo:

> Surge entre nosotros una objeción a la doctrina del autor de *El tupí en la Geografía Nacional;* si tales nasales se dieran en Brasil por influjo tupí, ¿por qué acontece que en ciertas regiones de Sao Paulo, donde la convivencia de las dos lenguas se hizo más larga y donde el predominio del tupí fue mayor, se pronuncia *fóme, hómen, cóme* y *António,* con la vocal nasalizada y abierta? (1971, p. 68).

¿Influencia italiana? Sin embargo, la aportación italiana es mucho más reciente.

El profesor Serafim da Silva Neto también se ocupó del asunto en *La lengua portuguesa en Brasil.* Distinguió entre la nasalización carioca y la nordestina, «que es más intensa que la carioca» (p. 44).

Hace las siguientes precisiones, que transcribimos íntegramente por parecernos de sumo interés:

> Creemos que esta última, y no la carioca, debe aproximarse a las vocales fuertemente nasales (nasalización de segundo grado, la llama Gonçalves Viana) de Beira Alta, del Miño y del Algarve, cuando en los finales de sílaba tónica, antes de la consonante inicial de la sílaba siguiente: *cãna, pẽna, sãnha, lẽnho, cĩmo, dõno, fũmo...* El gran foneticista portugués supone que tales vocales, fuertemente nasalizadas, eran de uso común en todo el país en el siglo XVI. Es posible, por tanto, establecer una relación genética entre la nasalización nordestina y la regional portuguesa. Pero no necesariamente, o por lo menos de manera exclusiva, porque la nasalización por-

> tuguesa podría, ahí, coincidir con un trazo fonético del sistema indígena local y haberse combinado con él. No somos de los que ven interrelaciones fonéticas en todo proceso y ante cualquier dificultad, pero en los ambientes lingüísticos y sociales brasileños del XVI, del XVII y del XVIII, y al menos como hipótesis, cabe tener en cuenta lo anteriormente apuntado. Desgraciadamente, es preciso reconocer las dificultades con que nos topamos pues sólo de muy poco tiempo a esta parte se han iniciado estudios al respecto, es decir, estudios de los sistemas gramaticales de las lenguas indígenas, encontrándonos, por lo demás, que muchas de ellas se han perdido ya para siempre. Además de eso, al margen del tupí, que era apenas la lengua del litoral, no tenemos posibilidad alguna de describirlas tal y como eran habladas en los siglos XVI, XVII y XVIII; sólo la estructura de su sistema, por conocer, arrojará alguna luz al respecto (1960, p. 45).

Pueden extraerse varias conclusiones de esta cita de Silva Neto. Téngase en cuenta, por ejemplo, que el notable filólogo repara, en cierto modo, en la segunda objeción de su colega Chaves de Melo, pues, la verdad sea dicha, el sistema fonológico de las tribus nordestinas no tenía necesariamente que coincidir con las del interior de Sao Paulo. Además, si sopesáramos la contradicción de la existencia de una lengua general, advierte Silva Neto que el tupí «era apenas la lengua del litoral» y, por tanto, las tribus del interior es más que seguro que poseyeran otro sistema fonológico. Nos movemos pues, en un territorio incierto. Nada sabemos, en definitiva, de tales sistemas, ya que nunca fueron estudiados ni descritos; es más que probable que, una vez desaparecidas las tribus, no quedarán más que leves reminiscencias de los mismos. Luego no hay que aceptar la influencia indígena como algo de recibo; ser o no ser, ésa es la cuestión.

Interesante es también la información que nos procura Gonçalves Viana: «Hay que suponer que tales vocales, fuertemente nasalizadas, eran de uso corriente en todo el país durante el siglo XVI.» Hipótesis más que posible dado que la nasalización se comprueba al norte (en el Miño) y al sur (en el Algarve) del Portugal de hoy. Por tanto, debió de darse en Portugal un proceso de articulación que fuera en contra de la nasalización lo que, sin embargo, no llegó a Brasil.

Tal vez quepa hablar de un enriquecimiento de voces oxítonas tales como *abacaxi, abaeté, açaí, acaju, caju, acauá, aipim, andirá, anhangá, araçá, babaçcu, baiacu, bacurau, buriti, cajá, camará, capim, cipó, cururu, embiruçcu, guri, igarapé, imbu, irerê, jacarandá, jaú, maracá, maracujá, oiti, pajé, sapé/sapê, socó, tabaréu, tamanduá, tupá, ubá, urutu, xexéu* y muchísimos más.

Las consonantes

El tupí, rico en sonidos vocálicos, observa Renato Mendonça, era pobre en consonantes. Es conocida esta afirmación del cronista Pero de Magalhaes de Gândavo: «La lengua de este gentío por toda la costa es una, carece de tres letras, no se halla en la misma ni la *f,* ni la *l,* ni la *r,* cosa digna de espanto porque, así, no tienen fe, ni ley, ni Rey, y viven sin justicia y desordenadamente» (1965, pp. 180-82).

Teodoro Sampaio dice que, en el alfabeto tupí, sólo hay diecinueve letras, faltando la *f,* la *l,* la *j,* la *z* y la *v* (1955, p. 55).

Sin embargo, lo que afirma el estudioso bahiano es inadecuado, ya que los indios no disponían de alfabeto, pues sus lenguas eran ágrafas. Hay que entender que sólo poseían sonidos (casi «fonemas») que se correspondían con diecinueve letras propias del alfabeto de la lengua portuguesa. Como afirma, serían seis las vocales y trece las consonantes, que no pueden ser las citadas *f, l, j, z, v.* Serán, pues, la *t, d, p, b, k, g (gh), m, n, r, nh, ch,* o sea, once sonidos consonantes. Como Teodoro Sampaio no enumera, qué considera él letras consonantes, su lección se muestra falla.

Algunas observaciones:

La *b* y la *d* son, respectivamente, labial y dentalnasales, cosa que no se da en el portugués; de ahí que pasaran a ser consideradas y pronunciadas, simplemente, como *b* y *d.* La *r,* por su parte, tiene un sonido blando, es decir, apenas el sonido de una vibración, jamás fuerte. Existe una *u* consonante (*w*) que se traslada al alfabeto portugués como *v* y además un sonido semejante a *iod,* que puede ser hecho explícito como *i* vocal, o como *j,* sobre todo al comienzo de palabra *(iaguara, jaguar).* Renato Mendonça destaca que la labial nasal *mb* se traslada al portugués como *p,* unas veces, y como *b* otras, e incluso como *m.* Pone, como ejemplos, las voces del tupí *mberéwa* («pequeña herida»), de donde extraemos *pereba* (la forma más genérica), *mereba* (Amazonas) y *bereva* (São Paulo).

También se ha atribuido a la influencia del tupí:

1. El pase de *nd* a *n,* como *andano* por *andando* (Mendonça, 1936, p. 162; Neiva, 1940, p. 281).

A esto pone Chaves de Melo una objeción, argumentando que el pase «de *nd* a *n,* en posición intervocálica, se explica fácilmente por la mera fonética fisiológica» (1971, p. 57, nota 25). En ese sentido, ya en el latín vulgar se verifica una evolución semejante (*App. Pr.: grundio,* non *grun-*

*nio)* y, en las lenguas románicas, el fenómeno se da por igual en el catalán y el gascón. No hay, pues, fundamento alguno para explicarlo a través del tupí.

2. Quintino do Vale, entre otros, admite que el ensordecimiento de la *r* final, que puede llevar incluso a su eliminación, cosa que ya ha ocurrido desde hace tiempo en muchas zonas de Brasil, se originó en el norte, haciéndose posteriormente común en São Paulo. Pero también aquí Chaves se muestra contrario a la tesis:

> Me parece una sinrazón completa explicar el hecho merced al influjo del tupí. Se trata, una vez más, de algo común a otras lenguas, muy distintas y apartadas del tupí (*op. cit.*, p. 57).

Pone ejemplos del francés y del rumano, e incluso afirma que sí existe en el tupí una *r* final. Realmente, si consultamos la *Gramática* de Anchieta, ya en la primera página encontramos lo que sigue:

> Esta lengua de Brasil no tiene la *f, l, s, z, rr,* doble ni muta aun líquida, *ut cra, pra,* etc.

Por tanto, ya los primeros investigadores de la lengua brasílica por excelencia, el tupí, afirmaba la inexistencia de la *rr* doble, pero no la existencia de una simple *r* vibrante. Y en el propio texto de Anchieta encontramos ejemplos de ello, como en la página 35, a propósito de la conjugación pasiva: «Si tienen *ucâr,* in fine todos pueden poseer significado en pasiva; por ejemplo, en *ayejucáucâr,* "hízome matar", o "déjome matar", lo que lleva a la conclusión de que hay muchas formas verbales terminadas en *ucâr.*» Tenemos, además de eso, varias formas verbales terminadas en *r: xecaguár* («bebo mi vino»), *ayebir* («rodando») *aipo târ* («quiero»)... No se ve, pues, motivo para atribuir al tupí la eliminación de la *r* final, como acontece en gran parte del territorio brasileño (norte, nordeste, centro-sur).

3. También se ha atribuido la influencia indígena del pase del fonema palatal *lh* a un *iod,* como en *trabalhar: trabayá,* de uso popular en las zonas urbanas brasileñas.

De nuevo interviene Chaves de Melo, observando, por ejemplo, que el fenómeno es idéntico en francés, lengua en la que, hasta el siglo XVIII, el fonema representado por *ll* precedido de *i* y seguido de vocal se pronunciaba como nuestra *lh, papillon (papilhon) papion.* En los pueblos de

habla española se dio un fenómeno semejante conocido como *yeísmo*. Amado Alonso estudió detenidamente el proceso en su conocido e sustancial artículo «La *ll* y sus alteraciones en España y América», donde demuestra que: a) el fenómeno es de origen urbano y no rural, como podría suponerse, pues «se ha establecido en la lengua misma, en su mismo centro geográfico, que es Madrid y el Reino de Toledo» (1953, p. 196); su origen no es anterior al XVIII; aunque Andalucía haya sido la primera región en iniciar el uso del *yeísmo* en España, si bien su extensión a otras zonas no tuvo que ver con una expansión andaluza.

Fuera de España el *yeísmo* se generalizó en la lengua judeo-española y en gran parte de Hispanoamérica: Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Ecuador, Venezuela, México y las Antillas. «Es un hecho que las costas del Pacífico de Perú, Ecuador, Colombia, se enlazan merced a ello con las del Caribe (Colombia, Venezuela, México y las Antillas) formando una unidad lingüística propia de ciertos fenómenos fonéticos, entre los que cabe incluir el del yeísmo» (Alonso, A., *op. cit.*, p. 259). No brotó el yeísmo, pues, de un foco único, a partir del cual se extendiera a otros puntos. Nació, con mayor o menor simultaneidad, en varias zonas propias a los hispanoparlantes, como consecuencia puramente estructural, lo que significa que no hay necesidad de un estímulo externo para ese desarrollo. Si añadimos que el fenómeno no es exclusivamente ibérico (portugués, español, catalán) y que se da también en Rumania, en Italia y en la lengua provenzal, e incluso lejos del alcance neolatino (en Hungría), buena idea podemos hacernos de lo que ocurriera con las transformaciones de nuestra lengua. Amado Alonso, sin embargo, llega a admitir, al margen de lo estructural, algún influjo externo: «Los muchos negros siempre yeistas de los que valieron los españoles, bien pudieron contribuir a la expansión en América del yeísmo.» Y, en lo que al influjo indígena se refiere, añade: «Observo también una posible relación entre las zonas de población predominantemente indígena y la conservación de la *ll*» (*ib.*, pp. 259-60). Quiere esto decir, en este caso específico, que el papel del alóglota indígena es dudoso en lo tocante a la difusión del yeísmo, mientras los negros, por la estructura de sus lenguas, lo acogieron favorablemente. Chaves de Melo, en *La lengua de Brasil,* admite:

> Por tanto, podemos admitir, para nuestro caso concreto, la hipótesis de una tendencia románica y otra africana, que coinciden (p. 59).

Suscribimos totalmente esa opinión.

4. Ya dijimos que el padre Anchieta enseñaba no existir en la lengua tupí el grupo consonantal *muta cump linguida;* de ahí que, cuando ese grupo ocurría en portugués, los indígenas lo deshacían por medio de la intercalación de una vocal (epéntesis). Algunos ejemplos: *curucu,* o *curuçá,* por *cruz,* Renato Mendonça añade *paratu* por *prato* y Amadeu Amaral pone *reculuta* por *recruta* e *Ingalaterra* por *Inglaterra,* así como *garampo* por *grampo.* Para Clóvis Monteiro, *purucu* va en lugar de *porco* y Artur Neiva cita *tarbaio* por *trabalho.*

Es curioso que, entre otros casos, como, por ejemplo, evitar el grupo de las oclusivas con la *l,* se articule el uso de oclusiva más *r,* lo que genera, en la lengua popular, nuevos grupos de muta y *r;* ejemplos: *broco* (bloco), *craro* (claro), *gróría* (gloria), *crube* (clube)... Acaso sea preciso pensar, pues, en un influjo más africano que otra cosa.

### B) *La Morfología*

#### Accidentes morfológicos

En el capítulo de la Morfología, el fenómeno más relevante es el de la pérdida de las flexiones nominales y verbales. La eliminación explícita de la *s* final, para señalar el plural, es común: *todos dia (todos os dias).* Apréciese, sin embargo, que no se trata de una pérdida de la *s* final, que permanece en el determinante (y en palabras invariables como *pois, depois, mais, atrás*), en oxítonos (pus, Luis, retrós, gás, japones) y es signo de morfema de número, que desaparece por hacerse redundante. Algo semejante a lo que ocurre en el ingés *my friend/my friends,* donde, obsérvese, es el nombre y no el determinante lo que indica pluralización. De igual modo, en la conjugación verbal, sólo la primera y la tercera persona asumen flexiones de personalización y número: *eu amo, ele ama (tu ama, nós ama, eles/vocés ama).* En inglés: *I see, he/she sees (we see, you see, they see).* Es, pues, el conocido fenómeno de la simplificación de las flexiones, que ha sido indistintamente atribuido al influjo de las lenguas indígenas, por una parte, y a las africanas por otra... Aunque, realmente, tales desinencias no sean más que una sobrecarga para el alóglota que, bajo la acción de la ley del mínimo esfuerzo, procura limitar las formas gramaticales.

Así pues, bien podemos señalar que, hasta ahora, y en honor a la verdad, ninguna influencia notoria y determinante de la morfología indígena hemos detectado en el portugués de Brasil. Todo lo más, en algunos

adjetivos que se convirtieron en sufijos; ejemplo: *açu,* «grande», *mirim,* «pequeño», *rana,* «semejante a».

En *El Dialecto Caipira,* Amadeu Amaral se refiere a una perífrasis verbal, formada con el auciliar *vir, ir, estar, andar,* seguido del infinitivo o del gerundio de otro verbo, para definir acción repetida (1920, p. 48). Y pone como ejemplos *vinha pulá* (pulando), *ia caír* (cayendo), *estava* o *andava chorá* (chorando). Y añade:

> La explicación de este fenómeno se ha querido buscar, una vez más, en el tupi, «refugio» de tantos que no encuentran razones para alumbrar en lo oscuro, en las complicaciones de nuestra lengua. No nos parece que sea preciso apelar a las tendencias reduplicativas de aquella lengua, en primer lugar porque dichas tendencias son universales; en segundo lugar, porque se trata de palabras portuguesas, si bien combinadas de manera un tanto extraña; y en tercer lugar, porque ya en nuestra propia lengua hay elementos para una explicación conveniente, tan buenos o mejores que los de la lengua indígena (*ib.*, pp. 48-49).

Artur Neiva dice que Jacques Raimundo, en su tesis optativa a cátedra, ya apuntaba la existencia de formas como *zomba-zombando* en *Desenganado,* obra del escritor portugués Rodrigues Lobo (1580- 1622), quien, por supuesto, jamás estuvo en Brasil (1940, p. 289). El mismo *zomba-zombando,* según A. Neiva, también aparece en don Francisco Manuel de Melo, que sí estuvo en Brasil, en su *Hidalgo Aprendiz*[3].

Como se ve, es fantástica la atribución de tales construcciones al tupi. Artur Neiva, tan estudioso y allegado a la presencia indigenista en nuestra lengua, dice claramente: «Tales construcciones se dan en otras lenguas. Nada tienen que ver con el tupi» (*op. cit.*, p. 289). Chaves de Melo, por su parte, asegura que «el gerundio redoblado no es tupi» (*op. cit.*, p. 61). Por nuestra parte, nada que decir salvo que estamos totalmente de acuerdo.

C) *La Sintaxis*

Fenómenos sintácticos

Tal y como acontece en la Morfología, también en la Sintaxis se han apuntado orígenes indígenas.

[3] En *La lengua de Brasil,* p. 59, da el profesor Chaves de Melo la siguiente indicación bibliográfica: «Auto de Fidalgo Aprendiz», Jornada II, en *Obras Métricas,* León de Francia, 1665, p. 254.

José Veríssimo, en un artículo publicado en la *Revista Amazónica,* en 1833, atribuye al tupí la supresión del artículo definido junto a un sustantivo sujeto de la oración, como en *canoa chegou* o *peixe está podre.* La suposición no es descabellada, toda vez que en el tupí no se daba la existencia del artículo y que la presencia del habla nheengatu perduró largo tiempo en la región amazónica.

Destaca, igualmente, el empleo de una forma interrogativa, *será,* en frases como: «*Você vai à missa, será?*»

Según el padre Lemos Barbosa, en *Curso de tupi antiguo,* las preguntas en esa lengua se hacen por medio de partículas pospuestas al término sobre el que recae la interrogación. De entre esas partículas que cita está «será», por «acaso»[4]. Es posible, por tanto, que tal partícula, identificada como futuro del verbo *ser,* se trasplantara al habla coloquial de la región.

Observa el profesor Chaves de Melo que «hubo quien trató de explicar, acudiendo al tupi, el fenómeno de la impersonalización que sufrió en Brasil el verbo *tener (haber),* como en «*tem festa hoja*» por *há festa hoja*». Como se sabe, en Portugal se usa comúnmente *haber;* se trata, pues, de un simple brasileñismo. No se entiende por qué hay que buscar en el tupi el origen de cualquier brasileñismo. En latín, fuente de las lenguas románicas, sabemos bien del empleo de *esse,* en el sentido de «existir». Pero hubo en el latín vulgar sustitución de *esse* «ser, existir» por *haberse* «tener, poseer», y de eso tenemos documentación bastante. En el portugués de Brasil, por las mismas causas, ocurrió un fenómeno parecido. El verbo que significa "poseer" pasó a ocupar el lugar del verbo que significa "haber". Nada nuevo, por tanto. Una vez más, quedan sin razón los que invocan el tupi».

### D) *El Léxico*

#### Aportaciones al vocabulario

La mayor y más incontestable aportación del tupi al portugués de Brasil se dio en el léxico.

El indígena, merced a sus hábitos nómadas y exóticos, no se integró, ni siquiera en el presente lo está, en la familia luso-brasileña. Así y todo, y a través de los cruces (mamelucos, caboclos), llegaron a constituir los

[4] Prefiero escribir *serâ.*

indios una parte sustancial del pueblo de Brasil. En consecuencia, grande es la cantidad de palabras que nos han legado, sobre todo referidas al mundo de la naturaleza: en la flora, en la fauna, en la toponimia, en los accidentes geográficos... Algunos ejemplos: a) en la *flora:* abacaxi, açaí, aipim, ananás, babaçu, buriti, cacau, carnaúba, caju, capim, cipó, cajá, catuaba, copaíba, embaúba, ingá, jabuticaba, jacarandá, jenipapo, jequitibá, jerimum, macambira, macaxeira, mandioca, mangaba, maracujá, oiti, peroba, piaçava, pitanga, pitomba, samambaia, sapé, sapucaia, sucupira, araponga, taioba, timbó, tucumá, ubá, umbu, urucuri; b) en la *fauna:* apiacá, araponga, arara, ariranha, bacurau, biguá, boipeba, canindé, carapanã, capivara, gambá, guaiamun, guará, inambu, irerê, jaburu, jabuti, jacaré, jacu, jaguar, jandaia, jararaca, jibóia, juriti, lambari, maracajá, mocó, muriçoca, paca, patativa, pirarucu, sabiá, sanhaço, socó, suaçu, suçuarana, sucuri, surubim, sururu, tamanduá, tangará, tapir, tatu, traíra, tucano, urubu, urutu; c) *topónimos:* Pará, Ceará, Piauí, Paraíba, Sergipe, Paraná, Goiás, Amapá, Roraima (estados de Brasil); Maceió, Aracaju, Niterói, Curitiba, Cuiabá (ciudades capitales); Corumbá, Uberaba, Sorocaba, Bauru, Itapetininga, Pirassununga, Macaé, Miracema, Araruama, Caruaru, Araraquara (ciudades provincianas); Tocantins, Parnaíba, Paraná, Paraguay, Uruguay, Iguaçu (nombres de ríos); Marajó (isla), Guanabara, Ubatuba (bahías), Jericoaquara, Mucuripe (cabos), Ibiapaba, Cariris, Mantiqueira (sierras), Araripe, Borborema (montañas), etc.

José de Alencar quiso ver en *Mecejana,* lago y población de Ceará, un topónimo tupí; se engañó, empero, pues como demostraría Artur Neiva, *Mecejana* es el nombre de una villa del Alentejo, palabra, muy probablemente, de origen árabe. La razón del error del novelista cearense la explica Artur Neiva en los siguientes términos:

> El hecho que propicia tal confusión viene del desconocimiento de la *Carta Regia* del Marqués de Pombal. El Gobierno portugués, impresionado con la importancia creciente del tupi, ordenó al Gobierno de Pernambuco, el 6 de mayo de 1758, que elevase a la categoría de villa *con los nombres de lugares de la Metrópoli las aldeas fundadas por los jesuitas que tuviesen más de cincuenta hogares.* Es la razón por la que Amazonas y Pará, centros de enorme influencia cabloca, tienen nombres portugueses comunes (*op. cit.,* p. 361).

Así es que, en la región amazónica, encontramos en villas y ciudades topónimos de origen lusitano como los siguientes: Faro, Óbidos, Alen-

quer, Santarém, Almeirim, Porto de Mós, Bragança, Viseu, Alcântara, Guimaráes.

Algunos términos culturales[5]:

*Abaré,* «nombre dado a los misioneros, principalmente a los jesuitas»; *anhangá,* «genio del mal, diablo»; *anhangüera,* «diablo viejo»; *beiju,* «bola de harina de mandioca»; *caboclo,* mestizo de blanco y de indio; *caipora,* «entidad causante de maleficios y, también, de beneficios; *carapina,* «carpintero»; *cauim,* «bebida fermentada, generalmente hecha de mandioca y mijo; *copiar,* «cobertizo»; *cuia,* «calabaza partida por la mitad»; *cunhã,* «mujer indígena»; *curiboca,* «mestizo de negro y de indio»; *curumim* y *colomim,* «niño, rapaz, mestizo pequeño»; *curupira,* «ente fantástico y demoníaco»; *coivara,* «quema de matojos»; *emboaba,* «apodo otorgado a los portugueses y extranjeros en general»; *grupiara,* «terreno propicio para la búsqueda de oro y de diamantes»; *iara,* «sirena de ríos o lagos; *mingau,* «papa»; *moquém,* «carne tostada»; *oca,* «cabaña»; *pajé,* «chamán, jefe espiritual; *pajelança,* «hechicería»; *panema,* «hombre infeliz»; *perau,* «la parte más honda del mar»; *pocema,* «grito de guerra»; *poracê,* «danza»; *poranduba,* «relato largo»; *pororoca,* «estruendo de las aguas del río al unirse a las del mar»; *taba,* «aldea»; *tabaréu,* «hombre del campo, «paleto»; *tupá,* «el rayo, el grito del todopoderoso; *uru,* «cesta de mimbre»; *urupema,* «especie de tapiz».

*Falsos tupinismos*

Hubo palabras tenidas, en un principio, por indígenas; estudios posteriores, sin embargo, les devolvieron su origen verdadero.

Teodoro Sampaio, por ejemplo, en *El tupí en la geografía nacional* (1.ª edición, 1901), decía el término *minhoca* de origen tupí, y que procedía de *mi-nho-ca* o *minhoga,* lo que significa «arrancado» o «extraído». Gonçalves Viana dice, sin embargo, que la palabra viene del quimbundo *munhoca,* diminutivo de *nhoca,* «cobra» (1906, II, p. 145). Carolina Michaélis, en la *Revista Lusitana* (III, p. 136; XIII, p. 202), prefirió una etimología europea y ligó la palabra al latín medieval *minare,* «excavar», de base céltica. Serafim da Silva Neto, al comentar la tendencia a exagerar la influencia indígena y africana en el portugués de Brasil, dice lo que sigue:

[5] La fuente es la del *Diccionario Histórico de las palabras portuguesas de origen tupí,* de Antonio Geraldo de Cunha.

Tanto en el vocabulario, donde las demostraciones son más fáciles, como en la cronología, vemos que se desvanece el supuesto influjo de los africanismos y de los tupinismos. Uno de los datos más elocuentes es, por ejemplo, el que nos ofrece la palabra *minhoca,* considerada por Gonçalves Viana como seguramente *(sic)* de origen cafre, mientras que para Teodoro Sampaio es de origen tupí en tanto que *minhoca* «es lo arrancado, lo que se extrae». No podemos afirmar ni una cosa ni otra por la simple razón de que ya aparece en textos portugueses de los siglos XIV y XV (1960), pp. 17-18).

Brasil, como bien sabemos, fue descubierto por los portugueses en 1500; y la costa africana comenzó a ser «perfilada» por los navegantes portugueses ya avanzado el siglo XV. Sin duda continúa oscuro el origen etimológico de *minhoca;* lo que está claro es que no viene del tupí.

La palabra *boa,* en el sentido de «cobra», para Teodoro Sampaio viede de *mboy,* serpiente en general, u ofidio, y es «especialmente utilizada para denominar a la *jibóia, boa constrictor» (op. cit.,* p. 181). Sin embargo, en la nota número 5 de la misma página, del profesor Federico G. Edelweiss, leemos: «*Boa* nada tiene que ver con el tupí; viene del latín y ya fue usada por Plinio. Véase lo que dice Artur Neiva, en *Estudios de la Lengua Nacional,* Río de Janeiro, 1940, pp. 333-348.»

La alusión a Plinio nos recuerda que Nascentes, en *Etimológico,* citando al autor latino, relaciona *boa* con *bos,* pues se trata de una serpiente «tan grande que puede tragarse un buey». Así y todo, Neiva, transcribiendo un pasaje de Dufresne, asegura: *Boa serpentis genus est a bubulo lacte, quo alitur, sic dictum.* Y además: *Tam grandes sint, ut boves glutire soleant.* Haya o no relación con *bos,* lo que importa es que el término *boa* ya existía en latín como «serpiente». No hay, así pues, nada de lengua indígena brasileña.

Otro caso es el de *noitibó,* ave nocturna, tenida, por eso, como agorera. El vocabulario la llama también *oitibó.*

Gabriel Soares de Sousa, en *Tratado descriptivo del Brasil en 1587,* dejó escrito esto en el capítulo LXXXVI:

> Hay otros pájaros pardos, a los que los indios llaman oitibó, y los tienen por grande augures; los llaman así porque andan gritando «oitibó», pero sólo de noche, de día no se ven; se mantienen de las frutas y de los árboles, a donde vuelven cuando amanece (1971, p. 235)[6].

[6] Artur Neiva escribió al respecto un bien fundamento artículo titulado «De los su-

Da, pues, como onomatopéyica la palabra que aparece aquí sin la *n*. Todavía en la 1.ª edición de su obra, que es de 1825, informa Artur Neiva que se escribe *noitibó;* la modificación fue hecha por Varnhagen, en su edición, la más reconocida, que data de 1879.

Dice Artur Neiva que la etimología tupi fue propuesta, por primera vez, por el naturalista alemán von Martius en *Glossaria Linguarum brasiliensium,* 1863, p. 465. Pero en la transcripción del propio Artur Neiva leemos: *Nomen a voce quam edit* (*op. cit.*, p. 179); luego el origen es onomatopéyico y no deriva del tupí.

Teodoro Sampaio incluye la palabra en *Vocabulario Geográfico Brasileño,* con estas palabras: «Voz onomatopéyica del canto de un ave nocturna, agorera para los salvajes.» Por tanto, tendríamos una onomatopeya nacida entre voces amerindias, lo que le resta origen latino. Por tal motivo el gramático Eduardo Carlos Pereira incluyó el vocablo entre los términos de origen tupí en su *Gramática Histórica* (1932, p. 252). No faltó, en el mismo orden de cosas, quien forjase una etimología fantasiosa para la palabra, con base en la forma *oitibó,* común y propia de la región cearense, lo que Artur Neiva refuta. Fue Paulino Nogueira quien pretendió derivar la palabra de *oiti* y de *bu,* o sea, grito del oiti, alusión al árbol, *oiti,* donde canta el pájaro.

No está de más recordar lo que dijera el investigador portugués Pedro de Azevedo. En un artículo publicado en la *Revista Lusitana,* vol. 25, n.º 4, p. 143[7], bajo el título de «Una versión portuguesa de la historia de las aves en el siglo XIV», nos cuenta que don Jorge de Faria compró en la Vila do Conde «doscientas hojas sueltas de pergamino, escritas por las dos caras y en dos columnas, en letra minúscula del siglo XIV», y que ese manuscrito comienza así: «Aquí se sigue el viaje del *noytiuoo,* que lo hace en lo oscuro»[8].

Como el texto es anterior al descubrimiento de Brasil, está claro que no se trata de tupinismo.

Resulta interesante saber que el manuscrito de Jorge de Faria se encuentra hoy en Brasil; perteneció al infatigable estudioso que fue Serafim da Silva Neto. En *Textos medievales portugueses y sus problemas,* el autor,

puestos tupís *noitibó* y *oitibó,* inserto en los ya citados *Estudios de la lengua nacional,* pp. 175-185, del cual hemos extraído valiosas informaciones.

[7] Reproduzco las investigaciones de Artur Neiva, *loc. cit.*, pp. 184-85.

[8] Suprimimos los acentos agudos de las vocales tónicas de *noytiuoo* y de *teeuras,* por no aparecer en el manuscrito.

o sea, Serafim da Silva Neto, nos informa de cómo se produjo el cambio de dueño del manuscrito en cuestión:

> La historia de esos códices es simple. Algunos años antes de 1925, el doctor Jorge de Faria, ilustre intelectual portugués, adquirió en Vila do Conde poco más de doscientas hojas sueltas de pergamino, sin duda provinientes de algún monasterio, que, bien a causa de la desaparición de las ordenes, en 1834, bien a causa de los violentos sucesos de 1910, pasaron a manos de su actual propietario (p. 105-106).

El manuscrito se publicó íntegramente, de forma facsimilar, en edición a cargo de Serafim da Silva Neto en su ya citado *Textos medievales portugueses y sus problemas.* Una nueva edición facsimilar vio la luz en 1956, con la publicación en edición crítica del manuscrito, ya entonces titulado *Libro de las Aves,* a cargo de un grupo de profesores coordinados por Nelson Rossi.

El texto portugués es una traducción libre del primer libro de *De bestiis et aliis rebus,* escrito bajo el seudónimo de Hugo de San Víctor, y el editor del texto en portugués hace sus comparaciones con el original latino. Ahí se ve que el término latino correspondiente al portugués *noytiuoo* es *nyticorace,* latinización do grego *nyktikórax,* lo mismo que el latino *noctua;* cuantas palabras quieren decir «oruja». El mejor étimo es el propuesto por Cornu, Port. *Sfr.* S 130: *noc tirutu.*

Otro falso tupinismo es *piaga,* lo mismo que *pajé,* «chamán, o jefe espiritual de una tribu». Según A. G. Cunha, fue el poeta Gonçalves Dias quien introdujo el término en la lengua literaria, en 1846. No sólo lo usara en sus poemas, sino que uno de ellos se titula, precisamente, *El canto del piaga.* Después emplearon el término, igualmente, Castro Alves, Junqueira Freire, Araújo Porto Alegre y Machado de Assis.

*Piaga,* por *pajé,* sería el producto de un simple error de impresión. El pretendido lapso fue tenido en cuenta por Batista Caetano en sus *Ensayos de Ciencias,* fasc. I, 1876, que dice así:

> El hechicero, el curandero, el médico, a veces con ciertos atributos sacerdotales, por lo que consta en escritos acerca del Paraguay, era el *paiié.* Este nombre aparece escrito como *paye, piaye,* e incluso *piache,* así como de otras formas; en la segunda forma de escribirlo, *piaye,* bastó una simple errata de imprenta que cambiara la *y* por la *g,* para volverse *piage;* de donde el *piaga,* cuyos cantos que tanto han dado que hablar a nuestros literatos y novelistas (Neiva, *op. cit.,* pp. 285-86).

Es preciso, pues, tomar en consideración lo que expone A. G. Cunha en su citado *Diccionario:* La forma *piache* pertenece a los indios caribes de Venezuela y las Antillas Menores, cuyo habla se emparentaba estrechamente con el tupi. Fue de ahí, probablemente, de donde salió el gonçalviano *piaga*. No me parece, pues, que la palabra sea el resultado de una errata de imprenta; yo, particularmente, veo en ella una simple adaptación de la forma caribeña.

*Inúbia,* «trompeta de guerra», es otra palabra cuyo origen tupi ha sido puesto en entredicho. A. G. Cunha, por ejemplo, en su *Diccionario Histórico* afirma lo siguiente:

> No obstante, hay documentación datada en el siglo XVII que habla de «una corneta usada por los brasilienses», sin que se haga mención a la palabra *inúbia* como de origen tupi.

En el pasaje V. XL. 154 del poema épico *Caramuru* leemos: «Y cuando desde una roca inúbia llama / su canto tiñe las armas de la memoria.» Pero, por otra parte, Teodoro Sampaio dice que Jean de Léry, que anduvo por Brasil en el siglo XVI, usó de la forma *yanubiá* para llamar a una trompeta usada por los indios tupinambás de Río de Janeiro, y descompone el vocablo en *ya-nu-biá,* «lo que suena agradablemente». *Inúbia,* pues, debe tener origen tupí, ciertamente, mas parece forma literaria.

# IX

# LA POLÉMICA DEL DIALECTO BRASILEÑO

## ORIGEN DEL DEBATE

El Brasil monárquico, particularmente el del segundo reinado, creó una conciencia de nacionalidad. Los problemas que inquietaban al pueblo, la política, la educación, la economía y la salud, pasaron a ser tenidos por asuntos nacionales. La lengua, la voz de la patria nueva, no podía escapar a esos afanes. Si dejábamos de ser una colonia, si teníamos en nuestras manos el rumbo de nuestros propios destinos, no había por qué seguir bajo el dictado gramatical codificado allende los mares. Surge así, en los medios literarios, un movimiento no de secesión lingüística, pero sí de autonomía gramatical. El novelista José de Alencar simboliza bien ese período.

Se data el estallido del conflicto en el artículo del escritor portugués Pinheiro Chagas, en *Nuevos ensayos críticos,* Oporto, 1867, en el cual hace severas críticas y establece censuras para con ciertas maneras de escribir de José de Alencar, tomando como objeto de análisis el texto de *Iracema,* 1.ª edición de 1865. Dice Pinheiro Chagas:

> El defecto que veo en ese relato[1], defecto que veo también en todos los libros brasileños, y contra el cual no cesaré de clamar intrépidamente, es la falta de corrección en el uso de la lengua portuguesa, la manía de querer convertir en brasileña la expresión del viejo portugués, por medio de neologismos arrojados e injustificados, así como de insubordinaciones gramaticales...

[1] La novela de Alencar llevaba por subtítulo *Leyenda de Ceará.*

Reparemos en ciertas expresiones del crítico lusitano. Dice que el defecto, a su entender, no es sólo cosa de Alencar sino de todos los libros brasileños, lo que denotaría tendencia clara de una época. Precisa que ese defecto es, fundamentalmente, el de la incorrección con que se usa la lengua portuguesa (lo que confirma el emerger de nuevas formas de expresión en el habla de Brasil), y alude a la existencia de neologismos arrojados y de insubordinaciones gramaticales, que no serían más que esas nuevas maneras de decir.

Junto a Pinheiro Chagas tomaron partido el portugués José Feliciano de Castilho y los brasileños Antonio Henriques Leal y Franklin Távora. Los ataques al lenguaje de Alencar se sucedieron. Antonio Henriques Leal le haría duras críticas en artículos posteriormente reunidos en un libro bajo el título de *Elucubraciones* (Lisboa, 1874). En el artículo titulado «Un asunto filológico» (a propósito de la 2.ª edición de *Iracema*) hizo la relación de varios de los pretendidos errores del novelista cearense[2]. En *Cuestiones del día,* revista publicada en Río en 1871, «Sempronio», alias de Franklin Távora, y «Cincinato», alias de José Feliciano de Castilho, zarandearon incansablemente la obra alencariana, particularmente la novela *Iracema,* pero también *El Gaucho* y *Til.* La política, lógicamente, tenía mucho que ver en el pleito. Wilson Martins señala que «los ataques recibidos por Alencar, aun siendo muchos, no eran cosa exclusiva de las *Cuestiones del día,* semanario en el que Castilho, uniendo intereses propios y convicciones, defendía el régimen monárquico contra las ideas republicanas en avance» (1977, III, p. 371). Llama Martins al periodista «protegido del Emperador», cuya antipatía hacia el novelista era cosa más que conocida, no dudando, por ello, en atacarlo «con grosería pero de manera competente».

Se defendió Alencar, primero en el epílogo a la 2.ª edición de *Diva,* de 1865; después, en otro epílogo, en el de la 2.ª edición de *Iracema,* de 1870; más tarde, en 1872, en el prólogo a *Sueños de Oro,* titulado *Bendición paterna;* y, finalmente, en *Un asunto de filología,* respuesta a Henriques Leal, que permaneció inédita hasta la aparición, en 1919, de la revista *América Latina.* Añade Gladstone Chaves de Melo que Alencar habló aún más del asunto en «los estudios que hizo a propósito del folclore

[2] Sobre el asunto, la mejor obra de conjunto es *Alencar y la lengua brasileña,* de Gladstone Chaves de Melo, que se puede consultar en su 3.ª edición, Consejo Federal de Cultura, 1972, y a la cual acudimos como fuente de información para esta parte de nuestro trabajo.

bajo el título de *Nuestro Cancionero* y *El Nuevo Cancionero,* así como en las *Cartas a Joaquim Serra,* publicadas en *O Globo,* periódico de Río, en 1874» (1972, p. 36).

## Críticas al lenguaje de Alencar

Veamos someramente cuáles eran algunas de las críticas que se hacían al uso del lenguaje portugués por parte de Alencar:

Proscripción del pronombre reflexivo junto a verbos que lo piden *(precipita* por *precipítase; recoge* por *recógese);* por el contrario, uso de tal pronombre cuando sería inútil *(buceábase* por *buceaba).* Uso de un verbo inexistente en la lengua portuguesa: *estringir.* Mala utilización del pronombre personal átono, complemento verbal: *parece que ciérrase* por *parece que se cierra.* Construcciones derivadas de un claro galicismo sintáctico: *la boquita la más gentil* por *la más gentil boquita.* Utilización del adjetivo «faceiro» (chistoso), por «gentil» o «mimoso». Fallo en las concordancias: *percibíase unos reflejos* por *percibíanse unos reflejos.* Error en la construcción de la frase: *habían de ser las siete de la mañana* por *habían de ser las siete de la mañana.* Más: uso de la preposición *por* en lugar de *de,* en el complemento de nombres que designan movimientos del alma: *admiración por* en lugar de *admiración de.*

## Defensa de Alencar

Veamos, si bien con igual premura, algunas de las respuestas dadas por Alencar, la mayoría tomadas del epílogo escrito por *Iracema:*

> Sale esta edición con la corrección hecha de algunos errores que menudearon en la primera. A los errores de imprenta, me refiero. Nuestras tipografías, en general, no tienen buenos correctores; y es el autor, ciertamente, el menos calificado para darse a esa dura tarea. Por entero dedicado a la claridad de la idea expuesta, o al estilo, poca atención presta a la ortografía del libro. Eso además de que en muchas ocasiones, el pensamiento, profundamente anclado en la memoria, no permite ver sobre el papel las incorrecciones de su reproducción (p. 67)[3].

[3] Los fragmentos pertenecen a la antología de textos críticos y teóricos sobre el portugués de Brasil, preparada por la profesora Edith Pimentel Pinto, en el libro *El portugués de Brasil,* Río de Janeiro, 1978, primer volumen.

Aquí reconoce Alencar la pertinencia en la censura de algunos errores y achaca a otros los mismos. En lo que a sí respecta, se confiesa más preocupado por el estilo y las ideas que de la ortografía.

> No me conformo con aquella regla de nuestra lengua, que resulta ambigua, y que hace confundir dos partículas tan diferentes en su sentido, como son el artículo y la preposición (p. 69).

Habla el novelista de la preposición *a* y del artículo *a* *. Alencar, por lo demás, usaba siempre el acento agudo:

> Por eso he decidido acentuar siempre la preposición *à,* cuando vaya aislada de otra partícula; y ello, aun y cuando vaya seguida de nombre masculino, de verbo o de pronombre personal (p. 71).

Para el profesor Cándido Jucá (hijo), «el criterio de Alencar, aun inusitado, es meritorio ységurísimo, si bien no se fundamentase en el criterio portugués» (1966, p. 19).

Mientras no entre en vigor el sistema propuesto por Alencar, la regla ortográfica vigente acentuará la *a* en contracción de *a* y *a,* con acento grave:

> Mis opiniones en materia de gramática me han valido reputación de innovador, para unos, y de escritor incorrecto para otros (p. 73).

En ese punto buscó Alencar apoyo en las lecciones de algunos maestros extranjeros (Max Müller estaba en la cresta de la ola); mas tanto él como sus contemporáneos no poseían elementos convincentes para el debate. Baste observar que Pinheiro Chagas, adalid del conservadurismo gramatical, invoca a su favor al pueblo hablante, «ese ignorante sublime», en tanto que Alencar, al propugnar la aceptación de las innovaciones populares brasileñas, se escuda en los expertos:

> El gran número de monosílabos derramados en el discurso, haciendo eco en una misma consonancia, en mi opinión lleva a un estilo monótono. Al escribir, muchas veces he sentido lo inoportuno de ese reflexivo *se,* que zumba alrededor de la frase como una avispa rabiosa (p. 78).

* La *(N. del T.).*

Está claro que no se pueden cortar indiscriminadamente los monosílabos de una frase so pretexto de acabar con un «molesto zumbido», si es que en efecto existe tal molesto zumbido... En ese caso, ¿a dónde irían a parar las lenguas llamada «monosilábicas»? Alencar aquí se defiende malamente:

> También resulta piedra de escándalo la colocación de los pronombres personales que sirven de complemento al verbo. Dicen que con ello nosotros, los brasileños, afrancesamos el discurso haciendo que preceda el pronombre cuando en portugués de buena cuna hay que posponerlo. Tal regla no pasa de ser una arbitrariedad que, sin fundamento alguno, se arrogan los gramáticos. Por su propio mecanismo primitivo, la lengua, y así lo demuestran los mejores escritores, habilita al pronombre a colocarse en cualquier parte de la oración, dotando a la expresión de claridad, de belleza, de elegancia, de eufonía y de fidelidad en la explicitación del pensamiento (p. 79).

En este punto toca Alencar «la magna cuestión de cómo poner los pronombres átonos», que tanta tinta ha hecho correr sin que aún se hayan secado los tinteros. Alencar, para arrojar luz sobre el problema, habla de eufonía, en el mismo sentido en que lo haría el maestro Said Alí, para quien se trata, no de un asunto propio a la sintaxis, sino a la fonética. Hoy, la tolerancia gramatical es clara y sensible, aunque la expresión culta no permita colocaciones insólitas, como algunos, si no muchos, pretenden y ponen en práctica:

> Desde que una palabra llega a la lengua, traída por un escritor o por el uso popular, se hace nacional como lo es la que se ajusta a las normas gramaticales; por lo tanto, es legítimo usar vocablos de sentido figurado, que acrecienten la belleza y la elegancia de la expresión (p. 80).

Se refiere Alencar en este fragmento al asunto del neologismo. Es cierto que tiene una visión más dinámica y realista que sus detractores. Distingue entre el neologismo literario y el neologismo popular; y exige, para ambos, armonía en el conjunto de la lengua.

En definitiva, y al hacer su defensa, contestaba Alencar a las acusaciones de «galicista» que le hacían sus adversarios. Estaba en liza, pues, el asunto de la extranjerización de la lengua. Su respuesta, en cualquier caso, posee un alcance mucho mayor: Entronca con el presente.

Los otros errores

En lo que a los otros errores que se le achacaban se refiere, analicemos su pertinencia o no.

1. *Estringir.* Puede ser un neologismo del propio Alencar. Pero cumple con el precepto de la armonía y de su buena formación. Alencar acude al latín *stringere,* como en tantas ocasiones hace el portugués con el latín vulgar hispánico: *petere:* pedir; *dicere:* decir; *scribere:* escribir; *vivere:* vivir. ¡Y tantos otros! Por lo demás, ya existía en portugués *constringir.* En suma, polémica entre la lengua muerta y la lengua en evolución. Hubo aquí, por tanto, «hiperpurismo» por parte de quienes hacían la crítica al novelista.

2. *La boquita la más gentil.* De hecho es un galicismo sintáctico, inadecuado al genio de nuestra lengua e innecesario. Un simple desliz de Alencar.

3. *Faceiro.* En el sentido de «gentil» y de «mimoso», es brasileñismo corriente y moliente, aunque en portugués de buena cuna sea «chistoso» o «gracioso». No hay, pues, razón para denostarlo.

4. *Percíbese unos reflejos.* No se trata de un brasileñismo; es, por el contrario, lo que podríamos llamar «sintaxis psicológica», propia tanto de nuestra tierra como de Portugal, porque el sentimiento que expresa el que habla es el de que *unos reflejos* es un objeto directo y el sujeto de la oración es indeterminado. La gramática sujeta a los cánones (canónica) manda establecer, empero, la concordancia necesaria para con *unos reflejos,* considerando la construcción como propia del pasivo pronominal. Sin embargo, hay gramáticos en nuestros días que tienden a la aceptación de esa sintaxis censurada. No hay que ver, pues, un error grave en el uso de la forma.

5. *Admiración por* en lugar de *admiración de.* La «galofobia» llevó a extremos exagerados la persecución de los críticos contra Alencar. El autor se refería a sustantivos que designan disposiciones y estados del espíritu, tales como *amor, admiración, repulsa* o *celos.* En vez de *por,* el referido complemento debería traer a colación las preposiciones *a* o *de.* Mario Barreto, que fue un gran sintáctico, condenó muchas veces como galicismo esa construcción. Sin embargo, en un artículo de 1930 (fallecería al año siguiente), inserto en *Últimos estudios,* ya admite que «la claridad y hasta la eufonía, exigen en ocasiones la sustitución de la partícula *de* por otras» (p. 386). Y, entre otros ejemplos dados, aparece éste: «Su

amor por la ciencia» (cf. del francés *son amour pour la science).* Así se firmó la paz franco-lusitana. Y salió absuelto, una vez más, nuestro Alencar.

## La absolución

Detengámonos aquí. De modo general podemos decir que la polémica fue estéril, porque ninguna de las partes se encontraba lingüísticamente capacitada para enfrentarse a la otra. Reconozcamos, empero, que la intuición alencariana del problema iba muy por delante del celo de sus detractores. Es más, como probaran Gladstone Chaves de Melo *(Alencar y la lengua brasileña)* y Cándido Jucá (hijo) *(La Gramática de José de Alencar),* el novelista siempre escribió en un excelente portugués, no pasando las críticas a la supuesta incorrección de su lenguaje de simples «quisicosas».

En este punto, el mejor trabajo es, sin duda, el del profesor Gladstone Chaves de Melo, cuyas conclusiones hacemos nuestras. Estas son las que, para nosotros, poseen mayor relevancia:

> Esperamos que al menos quede, de este modesto ensayo, la certeza de que Alencar escribió en buena lengua portuguesa con estilo brasileño (1972, p. 46). Ya quedó claro que casi todos los errores y «brasileñismos» de que se acusaba a nuestro autor se refieren a fallos en la puesta del pronombre, de galicismos y de acepciones consideradas espúreas, así como de algún que otro dislate gramatical; y ya quedó claro, también, que varias de las supuestas incorrecciones atribuidas a nuestro novelista no son sino errores de los críticos, puristas estrechos y conservadores, gramáticos al *vieux style,* para quienes la ciencia de la lengua es conocer y mostrar a los incautos lo que no se debe decir *(ib.).*

Y continúa:

> De modo que, francamente, no veo dónde está esa «lengua brasileña» de Alencar, a no ser en la cabeza de ciertos críticos anteriores al entusiasmo un tanto ingenuo de algunos nacionalistas de nuestros días (p. 73).

Y también:

> Es importante hacer notar que el gran novelista puso un exquisito cuidado en defenderse de las acusaciones acudiendo a un portugués clásico,

y no al brasileño popular, lo que no deja de sorprender en alguien tenido por un «campeón de la lengua brasileña» (p. 28).

Por todo ello, Alencar ni fue un iconoclasta del idioma, ni un «campeón» de la lengua o del dialecto brasileño... Fue, simplemente, un buen escritor romántico tanto en el fondo como en la forma.

No se crea, sin embargo, que la cuestión no dio más de sí. En 1873, con la agudeza y precisión de conceptos que le eran propios, Machado de Assis, *primus inter pares,* puso la palabra justa, hasta hoy no superada a los temas que tratamos. Vayan aquí dos citas francamente decisivas:

> No hay duda de que las lenguas crecen y se transforman con el paso de los tiempos y con las necesidades propias a los usos y a las costumbres. Querer que nuestra lengua se fije y pare en el siglo XVI es un error tan grande como el de afirmar que su transplantación a América no le insufló riquezas nuevas. A este respecto el influjo del pueblo resultó decisivo. Hay, por lo tanto, ciertos modos de decir, voces nuevas, que por fuerza han de entrar en los dominios del estilo y del hablar directo de las ciudades.
>
> Cada tiempo tiene su propio estilo. Pero profundizar en los clásicos, apurar las formas del lenguaje, desentrañar las mil riquezas que, a fuer de viejas, hacen nuevas las palabras, no me parece cosa a despreciar. Ni por parte de los antiguos ni por parte de los modernos; con las aportaciones de los unos y de los otros es como se enriquece el acervo común[4].

Fue con tales ingredientes, y con el talento que Dios le dio, con lo que Machado de Assis se convirtió en la estrella más luminosa de la ilustre constelación de nombres propios a la literatura brasileña.

[4] Del artículo publicado en *Nuevo Mundo,* 24 de marzo de 1873, bajo el título «Noticia de la literatura brasileña actual. El instinto de nacionalidad», y reproducido en *Machado de Assis. Obra completa,* Vol. III, Ed. Aguilar, Río, 1985, pp. 801-809. Los textos corresponden, respectivamente, a las pp. 808-809.

# X

# LA CUESTIÓN DE LA LENGUA BRASILEÑA

## ANTECEDENTES DE LA EXPLOSIÓN MODERNISTA

Proclamada la Independencia en 1822, se recrudecieron los sentimientos nacionalistas, y con ellos, los antilusitanos. Una de las principales repercusiones del movimiento se dio en lo que al lenguaje se refiere; aparecieron, entonces, los «brasileñistas», que defendían con énfasis y ardor una mayor independencia de la lengua literaria. Nació así la corriente del *dialecto brasileño,* que halló en el novelista José de Alencar su máximo exponente y símbolo. La irrupción del movimiento romántico, que entroncaba fuertemente con las corrientes nacionalistas, contribuyó sobremanera a la eclosión de las huestes brasileñas. Pasadas, pues, las escaramuzas de los primeros tiempos, se volvió a una mayor preocupación para con las exigencias gramaticales de la lengua escrita tradicional y la reivindicación de los clásicos ganó nuevos y fervorosos adeptos. Además, el halo romántico ya no conquistaba los corazones como en tiempos atrás y el Parnasianismo en general era arrastrado por el torrente desbordado del Naturalismo. Es el momento de una reacción conservadora, que ahora tiene su propio nombre y símbolo en la figura del consejero Rui Barbosa.

Pasan los años, estalla la primera guerra mundial; la *belle époque* pierde el brillo de sus luces; a la guerra política sucede la guerra social; Lenin implanta la Dictadura del Proletariado en Rusia, sobre los escombros de la aristocracia; nacionalismo e internacionalismo, confundiéndose a menudo, luchan por hacerse con el poder político, que arrebatan a las democracias liberales en honda crisis. Comunismo, fascismo, catolicismo social, más tarde el racismo, procuran encontrar el remedio capaz de extinguir las fuentes de todos los males del *homo sapiens.* En ese tumulto

repercute en Brasil el grito de guerra de Filippo Tommaso Marinetti, lanzado en Francia contra el pasado. Era el año 1909 y era el Futurismo.

Con la posguerra, y en todos los programas de reconstrucción, se incluía la liberación literaria. En Brasil, claro está, el pasado era el pasado próximo; esto es, el Clasicismo y el Parnasianismo. Las dos posiciones fueron personificadas en dos figuras, predilectas, sino únicas, de las baterías futuristas y modernistas: Rui Barbosa, «El Águila de La Haya», clasicista hasta la médula, y Olavo Bilac, prototipo del parnasiano elegido como «príncipe de los poetas brasileños».

La prédica iconoclasta de los vanguardistas se hacía, al ejemplo de Marinetti, mediante manifiestos. Gilberto Mendonça Telles enumera los siguientes: Manifiesto *Pau-Brasil, Manifiesto Regionalista de Recife, Manifiesto Antropófago y Manifiesto Nhengaçu Verde-Amarillo* (1972, p. 6)[1].

El movimiento modernista (en el que se convierte el futurismo de las primeras hornadas) acabó por triunfar junto con la Revolución del 30, cuando el presidente de Río Grande del Sur, doctor Getúlio Vargas, entró en Río de Janeiro al frente de sus tropas. Ganó un impulso nuevo la onda brasileñista en nuestra literatura. Mas, de nuevo, el objetivo a batir no era sino la «lusitanidad» del habla. Manuel Bandeira, el Joao Batista del Modernismo (según Mário de Andrade), en su *Poética,* perteneciente al libro «Libertinaje», de 1930, reivindica:

> Abajo los puristas.
> Todas las palabras, sobre todo los barbarismos universales.
> Todas las construcciones, sobre todo las sintaxis de excepción.
> Todos los ritmos, sobre todo los innumerables (p. 182).

«Graça Aranha, que diera el grito "que muera la Academia" en su famoso discurso-bomba de 1924, *sous la coupole,* invocó los trasuntos indigenistas de José de Alencar, para declarar que su novela *El Guaraní* era «el grito de Ipiranga de la literatura brasileña.»

## Mário de Andrade y la Gramatiquinha

Pero quien se convertiría en el símbolo máximo del período que comentamos fue el escritor paulista Mário de Andrade. Todavía su posi-

[1] Al respecto de «La literatura de los manifiestos», véase lo que dice Luciana Stegagno Picchio en «Il manifiesto come genere letterario», *Studi in memoria di Erilde Melillo Reali,* 1989, pp. 219-237.

ción con respecto al problema no ha sido del todo esclarecida. Así, en un artículo de 1929, publicado en el *Diario Nacional,* se hace esta pregunta: «¿Existe una lengua brasileña?» Y se responde: «Seguro, sin dudarlo, sin titubear: ¡Existe!». En la década de los 20 abrigó el propósito de escribir una *Gramatiquinha del habla brasileña,* que nunca vio la luz, a pesar de que anduviera recogiendo materiales para hacerla[2]. En una carta de 1927 a Manuel Bandeira, dice:

> Por ahora estoy saboreando mis libros *Clan, Macunaíma, Tiempo de María,* tal vez *Gramatiquinha* (a pesar de la desilusión que va a causar a muchos) acasao van a ser muy divertidos.

En carta a Alceu Amoroso Lima, de 1927, que aparece en la colección de *71 Cartas* corregidas y anotadas por Lygia Fernandes, dice:

> Cuando al comenzar a escribir erraba a menudo en mi portugués, no se me ocurrió anunciar jamás que estuviese haciendo una gramática del «brasileño», precisamente para demostrar que lo mío era cosa bien pensada y esquematizada.

La idea de la *Gramatiquinha* surgió y se desarrolló en la década de los 20, o sea, en la década propiamente futurista. La cronología exacta puede ser la que ofrece la profesora Pimentel Pinto:

> Históricamente, pues, la génesis de la *Gramatiquinha* hay que establecerla en 1922; su idealización, en términos acaso imprecisos, corresponde al período que va de 1925 a 1926, cuando ya andaba el autor recopilando datos, etc. Su concepción final es del trienio 1927-1929, cuando fue trabajada en moldes aproximadamente gramaticales (p. 29)[3].

Unas páginas antes había escrito:

> Esa fecha, la de 1928, corresponde probablemente al punto máximo de su empeño en la composición de la obra: a juzgar por las indicaciones

[2] Sobre la *Gramatiquinha* y sus avatares escribió la profesora Edith Pimentel Pinto, de la Universidad de São Paulo, en 1982, una excelente tesis titulada *Gramatiquinha, texto y contexto,* de la que hemos extraído algunos datos para la presente exposición.

[3] Sobre la *Gramatiquinha* versa la tesis de la profesora Edith Pimentel Pinto. Véase, también, de Sílvio Elia, «La Gramatiquinha finalmente», en la *Revista de la Academia Brasileña de las Letras,* II, Brasilia, 1983.

> hechas a propósito de la documentación, el trienio que va de 1927 a 1929, es el mismo que el que se corresponde con la redacción, publicación y éxito de *Macunaíma;* sería, pues, la época en la que el autor con más entusiasmo se entregara a su proyecto (p. 24).

Hubo, por tanto, un período en la vida intelectual de Mário de Andrade en el que el ensayista y poeta paulista se empeñó en la idea de escribir una *Gramatiquinha del habla brasileña.* Empero, ya en la década del 30, la idea se le fue desvaneciendo hasta desaparecer por completo de entre sus proyectos. La *Gramatiquinha* no apareció sino que «reapareció», reelaborada, eso sí, gracias a los afanes de la profesora Edith Pimentel Pinto, cuyo trabajo me he permitido compararla, guardadas sean las distancias, con la elaboración de la edición póstuma del *Curso de Lingüística General,* de Saussure, por los entonces jóvenes lingüistas Ch. Bally y A. Sechehaye. Es justo, pues, investigar qué motivos llevaron al impetuoso autor de *La Desvariada Paulicéia* a cambiar de idea. Repárese, por ejemplo, en esta afirmación de 1931, en la edición de Lygia Fernandes, en cartas a Alceu Amoroso Lima, a Meyer y a otros:

> Usted me pregunta si he abandonado la idea de escribir mi *Gramatiquinha.* Propiamente dicho: No he abandonado porque jamás tuve la intención de escribirla.

No se sabe bien por qué Mário de Andrade negó su antiguo propósito de hacer la *Gramatiquinha.* Carlos Drummond de Andrade, por ejemplo, comentando una carta que le fuera enviada por su amigo Mário, hace esta afirmación: «La *Gramatiquinha* apenas fue un proyecto; jamás escribió una línea de ella.» Y finaliza como sigue: «En su carta, sin embargo, Mário trataba de hacer creer que se pondría a trabajar en el libro» (pp. 88-89).

Cabe una leve observación al comentario de Carlos Drummond de Andrade: La *Gramatiquinha,* que nunca fue escrita *del todo,* sí constituyó un material de trabajo que reelaboraría, posteriormente, y muy competentemente, la profesora Pimentel Pinto.

Los contemporáneos de De Andrade sí tenían claro conocimiento del proyecto y de la intención del escritor. El testimonio de Paulo Duarte resulta explícito: «Todos aquellos que convivimos con Mário de Andrade sabemos que la *Gramatiquinha* era uno de sus proyectos más queridos» (en *Mário de Andrade por él mismo,* p. 45).

Fue ya en la década del 30 cuando Mário abandonara el proyecto o lo negara en su totalidad, como ya vimos. Debió tener razones de mucho peso para ello.

A nuestro entender, fue la vocación de Mário de Andrade la de un escritor que lo llevara a tomarse muy en serio las tareas que se impusiera, tanto de estudio, como de investigación, como sobre música —llegó a ser catedrático del Conservatorio de São Paulo y dirigió el Instituto de las Artes de la Universidad del Distrito Federal—; fue su vocación de estudioso lo que le llevara a desistir de su proyectada *Gramatiquinha*. Muchas de sus desavenencias con sus compañeros de generación tuvieron ese origen. En carta a Alceu Amoroso Lima, antes citada, fechada en 1927, así se expresaba:

> No creo que entre mis errores del portugués, y los de Oswald de Andrade, haya una diferencia como de la tierra a la luna, aunque él procure un efecto cómico y yo hacer una cosa seria y organizada (Fernandes, *loc. cit.*, pp. 21-22).

Mário de Andrade, que no poseía formación filológica, procuró informarse mejor sobre el asunto a que se dedicaba y recorrió las fuentes en donde aprovisionarse: Eduardo Carlos Pereira, Mário Barreto, Joao Ribeiro, Amadeu Amaral, J. S. Nunes, Silva Ramos, todos ellos citados en el acopio de datos y de documentación hecho para la *Gramatiquinha*. En 1925 solicitó de Sousa da Silveira una lista de obras fundamentales para su estudio, lista que sólo tuvo en su poder en 1927. Esta es la relación de obras: Vendryes, *Le Langage;* Dauzat, *La vie du Langage;* Leite de Vasconcelos, *Esquisse d'une dialectologie portugaise;* Brunot, *Histoire de la langue française;* Amadeu Amaral, *O dialeto caipira;* Antenor Nascentes, *O linguajar carioca;* Jorge Guimaraes Daupiás, artículos de la *Revista de filología portuguesa,* de São Paulo, bajo el título de «Carta al Excmo. Sr. Dr. Antenor Nascentes»... No obstante, no parece que estas obras fueran determinantes para ejercer un peso específico en el espíritu indagador y sensible de Mário de Andrade. Mayor influencia tuvo en él la *Gramática Secundaria,* de Said Alí... Leamos, una vez más, lo que dice Pimentel Pinto:

> A partir de 1927, sin embargo, la idealización se hizo presente, casi hasta tomar cuerpo, en la sugestión ejercida por un modelo —la *Gramática* de Said Alí—. A raíz de ello De Andrade establece un índice a seguir, dividido en partes y subdividido en capítulos ya enumerados (p. 23).

Vemos que hay, pues, dos fases sucesivas en la elaboración de la *Gramatiquinha;* la primera, de 1922 a 1926, de euforia creativa; la segunda, de 1927 a 1929, de reflexión crítica; entre ambas, la *Gramática Secundaria,* de Said Alí. A esos dos períodos reconocidos por la profesora Edith Pimentel Pinto, creemos que se puede añadir un tercero, en el que es perceptible el influjo de Sousa de Silveira: el del desencanto final. Esas indecisiones se notan, por ejemplo, en la misma escuela de denominación de «habla brasileña». Al principio era la designación radical de «lengua brasileña», lo que primaba; más tarde, «lengua nacional». Mário de Andrade no admitía que se le acusara de ignorar los cánones de la lengua portuguesa. Presumía de conocer mejor que nadie a los clásicos de la lengua, desafiaba a que alguien demostrara que en escritos a él debidos, como *La esclava que no es Isaura,* alguien encontrara una «batata lingüística» y proclamó con vehemencia su amor por Portugal:

> No sé muy bien si amo a Francia más que a otros países. Pero sí sé que amo carnal y espiritualmente a Portugal; de eso no tengo duda: es el país que más amo (Pinto, *loc. cit.,* p. 86).

Como se ve, «la brasileñidad» de Mário de Andrade tenía raíces profundas en la «lusitanidad»; cosa que, por lo demás, es perfectamente comprensible y natural.

Una vez metido de lleno en el desarrollo de su proyecto, Mário de Andrade fue dándose cuenta de la complejidad del mismo, por cuanto día a día se le iban apareciendo facetas nuevas, antes ignoradas. Los autores citados y el diálogo con Sousa de Silveria le demostraron que iba por un camino equivocado.

Al respecto de esa fase de «abandono final» del proyecto, me parecen decisivas estas líneas escritas en una carta dirigida en 1935 a Sousa da Silveira:

> Anuncié un libro: *Gramatiquinha del habla brasileña.* Este libro, del cual jamás escribí una página, tampoco fue una intención mía y definitiva. Es cierto que tomé muchas notas, que elaboré muchas fichas sobre asuntos relacionados con la lengua o con giros que me parecían más nacionales, pero eso fue todo. Yo anunciaba la aparición del libro, con la intención de decir a todos que lo que yo estaba intentando no era cosa hecha de recordaciones sino algo que se intentara de manera seria, ordenada, sistemática y bien pensada *(Revista del Libro,* n.° 26, septiembre de 1964, pp. 127-133).

## El movimiento en regresión

Vemos, pues, que el Modernismo, *lato sensu,* al pasar de su fase futurista (1920-1930) a la modernista, *strictu sensu* (1930-1945), fue perdiendo el ímpetu nacionalizador de la lengua portuguesa. Ello se debió, en gran parte, a la formación de una conciencia filológica entre los universitarios brasileños, que los hacía saber distinguir entre los asuntos literarios y los lingüísticos. Además, la fase parnasiana había demostrado la posibilidad de realización de una auténtica poesía brasileña sin necesidad de rupturas con la lengua culta heredada de Portugal. Aún sonaba en los oídos de las elites brasileñas, además, la *Réplica* de Rui Barbosa a vituperar el dialecto brasileño, «ancho saco donde caben, para sosiego de los que nada saben de su propia lengua, todas las escorias de la pereza y de la ignorancia, además de mal gusto, que un gran escritor lusitano llamó con nombre angolés».

El hecho es que los brasileñistas tuvieron que retroceder desde las posiciones que habían avanzado. Y la generación del 45 pondría las cosas en su justo término.

No queremos decir, con todo lo expuesto, que los ataques de los modernistas fueran en vano. Se dejó de hablar, ciertamente, de una «lengua brasileña». Mas ganó nuevos impulsos el concepto de unidad en la variedad y, en consecuencia, la lengua literaria se hizo más libre, más desinhibida, más acorde con la expresión oral, sin preocuparse de vanas rupturas con el patrimonio lingüístico y cultural heredado.

## Las fases del conflicto: El momento heroico

Llegados a este punto, cabe presentar, breve y retrospectivamente, el problema del dialecto-lengua brasileño[4].

> Es a finales del primer tercio del siglo XIX cuando comienza a cobrar importancia la llamada lengua de Brasil (Pinto, 1978, XVI).

El profesor Renato Mendonça fue el primero en esquematizar la evolución de los estudios dialectológicos en Brasil, en su prestigioso libro de

[4] Sobre este asunto son indispensables las dos introducciones que la profesora Pimentel Pinto escribiera para los dos volúmenes dedicados al *Portugués de Brasil,* con fechas, respectivamente, de 1978 y de 1981.

1936 titulado *El portugués de Brasil.* Su división es la siguiente: a) fase prehistórica: 1826-1879. Características: Primeras nociones sobre «el acento brasileño» y primeros «brasileñismos»; b) fase histórico-etnográfica: 1879-1920. Características: Estudios del «dialecto brasileño»; c) fase dialectológica: A partir de 1920. Características: Estudios de los «dialectos» de la lengua portuguesa en Brasil. 1826 es el año en que el vizconde de Pedra Blanca (Domingos Borges de Barros) publica, en París y en francés, la parte referida a Brasil de *Introducción al Atlas Etnográfico del Globo,* bajo la dirección de Adrien Balbi. 1879 es la fecha de edición del libro de Paranhos da Silva, titulado *El idioma moderno de Portugal comparado con el de Brasil.* Finalmente, decir que data de 1920 la fecha de edición de la monografía de Amadeu Amaral *El Dialecto Caipira,* con la que se inicia realmente el estudio sistematizado de las hablas brasileñas.

La profesora Edith Pimentel Pinto distingue sólo dos períodos, a cada uno de los cuales dedica uno de los dos volúmenes de su estudio *El portugués de Brasil,* a saber, 1.^er^ período: 1820-1920; 2.º período: 1920-1945. Las fechas coinciden, aproximadamente, con las ofrecidas por Renato Mendonça; 1945 es el año de la muerte de Mário de Andrade.

Conviene conocer las subdivisiones presentadas por la autora para la primera de esas fases: I, las primeras manifestaciones sobre la naturaleza de la lengua de Brasil; II, el pensamiento romántico en formación; III, la posición romántica: separatistas y dialectistas; IV, el pensamiento post-romántico: definición de los legitimistas; V, el vernaculismo: apogeo y contestación; VI, definición de la vanguardia renovadora.

La segunda fase no representa subdivisiones, salvo una leve secuencia de *Textos* representativos, dispuestos cronológicamente en una enumeración de la página 555. Nos ofrece esta razón:

> La más evidente de esas alteraciones se refiere a la delimitación del tiempo estudiado: En cuanto al primer volumen, ofrece el panorama de un siglo de reflexión y debate sobre la lengua en Brasil, restringiéndose el segundo volumen a un cuarto de siglo, cuya producción, no obstante, supera la de cualquier otro período (1981, XI).

Desde el punto de vista de la cuestión lingüística, sugerimos el siguiente esquema: 1.^er^ período, 1820-1880: el Romanticismo, reacción nacionalista de Alencar; 2.º período, 1880-1920: El Naturalismo, reacción conservadora, Rui Barbosa; 3.^er^ período, 1920-1945: el Modernismo, na-

cionalismo y brasileñismo, Mário de Andrade; 4.° período, Postmodernismo, unidad/diversidad, politización (sin un nombre ni símbolo definido).

El primer período, del que ya hemos tratado, supone la aparición del *dialecto brasileño,* como figura contrapuesta a la de la *lengua de Portugal.* Es fruto de un estado del espíritu de entonces: sentimiento nativista en razón de la Independencia reciente y de la hostilidad para con la herencia cultural del antiguo colonizador, combinado con el advenimiento del Romanticismo, que buscaba inspiración en las raíces del alma nacional. Desencadena ello un tropel de polémicas, en el que cobra vigor la figura del novelista cearense José de Alencar. Podemos ver en la siguiente frase del lexicólogo Macedo Soares, que se encuentra en la introducción a su *Diccionario brasileño de la lengua portuguesa,* publicado incompletamente en 1888 (hasta la letra C), el denominador común de la actitud brasileñista: «Ya es hora de que los brasileños escriban como se habla en Brasil y no como se escribe en Portugal»[5].

Macedo Soares justifica así el uso de la expresión *dialecto brasileño:*

> Hemos hablado muchas veces, a lo largo de este escrito, en *dialecto brasileño.* Conviene observar que no apuramos el valor científico de la palabra *dialecto.* Si entendiéramos por dialecto la palabra derivada de la lengua general de una nación, o la particular de una provincia o de una ciudad [el autor cita, en una nota, y para establecer este concepto, a Alfredo Souviron y a Max Müller] el brasileño no es un dialecto del portugués. Por otro lado, la expresión *lengua brasileña* nos parece demasiado pretenciosa, si es que con ello se quiere diferenciar al portugués hablado en Brasil, modificado por el clima, por el ambiente, por la influencia de los elementos africano e indígena, por las relaciones comerciales, etc., del portugués hablado en Portugal. Acuñamos, pues, como más modesta, la primera expresión, que es a la vez incorrecta, pero sirve para dar a entender a las claras que nos referimos al movimiento dialectal que visiblemente se opera en el habla nacional (Pinto, 1978, I, p. 46).

Palabras más que sensatas y suficientemente fundamentadas, habida cuenta la época en que fueron escritas, por más que tiendan a contrarrestar la connotación peyorativa que se da al término «dialecto».

Otro autor del período es Paranhos da Silva, a quien también ya he-

[5] A pesar de la fecha (1888), la frase citada se inserta en el estado de espíritu de los nativistas brasileños del primer período.

mos aludido. En su *Sistema de ortografía brasileña,* segunda parte de *El idioma moderno de Portugal comparado con el de Brasil* (1880), para probar la existencia del dialecto brasileño presenta la «traducción» a ese dialecto de tres cuartetas de Garrett, encontradas en «el álbum de un amigo». Reproduzco aquí dicha «traducción» de uno de los poemas, conforme consta en el primer volumen del citado libro de la profesora Pimentel Pinto, I, p. 212:

A UNS OLHOS NEGROS
Idioma de Portugal
(original)

Por uns olhos negros, negros
Trago eu negro o curação,
De tanto pedir-lhe amores
E eles a dizer que não.

Nem mais eu quero outros olhos,
Negros, negros como são;
Que os azuis dao muita esp'rança.
Mas fiar-me eu neles não!

Só negros, negros os quero:
Que em lhes chegando a paixão,
Se uma vez disserem-sim,
nunca mais dizem que não.

Idioma de Brasil
(traducción)

Por causa de uns olhos negros
Negro está meu coração,
De viver pedindo amores,
E eles só dizendo - não.

Mas já não querc outro olhos,
Mesmo assim como eles são:
Os azuis prometem muito;
Mas eu nao me fio não!

Só quero negros bem negros;
Pois se lhes chega a paixão,
Uma vez dizendo sim,
Nunca jamais dizem - não.

Como se ve, las dos versiones están escritas en lengua portuguesa; el «traductor» apenas hace alguna alteración (no siempre feliz) de naturaleza estilística... Por ejemplo, la grafía *curaçao* por *coraçao,* no se nos presenta sino una variante fonológica, como señalan los fonólogos del estructuralismo; en Brasil ocurren ambas bariantes, por ejemplo, *pulícia* (por *policía), furtuna* (por *fortuna), culégio* (por *colegio),* etc. Además de eso, si se quisiera aproximar la grafía a la pronunciación, habría que escribir en Brasil tanto *côraçao* como *còraçao.*

En lo que se refiere a la forma sincopada *esp'rança* por *esperança,* se trata de una simple licencia poética encontrada, incluso, en los poetas románticos brasileños, como en este verso de Castro Alves, el primero de su poema *Hebréia:* «Paloma de esperanza (d'espr'ança) sobre un mar de escollos» (en Bandeira, 1949, p. 319). La «traducción» que se hace de «nem mais eu quero», poniendo «já não quero», produce un efecto contrario al buscado por el «traductor», pues, como es bien sabido, la lengua en Portugal pide *já* y no *mais,* que es habido como galicismo tal y como lo demuestra Mário Barreto:

> *Pedro não é mai jovem* es galicismo. *Não podia mais voar,* igual. La lengua portuguesa rechaza este *mais.* Traduciendo del francés las frases en que el adverbio *plus,* como negación, indica el cese de un acto o estado, o la pérdida de alguna cosa, un escritor escrupuloso diría: Já não quero sair (je ne veux plus sortir); já não tenho o meu emprego (je n'ai plus mon emploi) (*De Gramática y de Lenguaje,* 1922, I: 190-191).

Lo mismo se puede decir de la forma que troca *nunca mais* en *nunca jamais.* Esta última expresión es la verdaderamente clásica y, por tanto, la más portuguesa. Un brasileño, sin embargo, dirá *nunca mais* y raramente *nunca jamais.*

Si nos detenemos un poco en estos ejemplos es para demostrar la deficiencia argumental empleada por los brasileñistas. Es la misma conclusión, por lo demás, de la profesora Edith Pimentel Pinto:

> La lectura más atenta y profunda que hagamos de los textos más representativos del pensamiento brasileño sobre la lengua, en los cien años que van de 1820 a 1920[6], nos revela esta verdad incontestable, raíz de

[6] Como ya dijimos anteriormente, preferimos establecer ese período entre 1820 y 1880.

> muchas otras: La falta de formación y de información lingüística, no sólo por parte de los legos, sino también por parte de algunos especialistas, lleva a la comisión de estos dislates (1978, XLV).

Otro aspecto curioso del período referido es el de la creencia en una superioridad de la lengua portuguesa de Brasil sobre la de Portugal, aduciendo, incluso, que ello es así «porque se encuentran aquí los mayores devotos de la tradición vernácula» (Pinto, 1978, XXVIII). Ahora bien, tal suposición choca frontalmente con las pretensiones de una «brasileñización» de la lengua escrita, pues significa sometimiento de la lengua oral a la lengua escrita... Los teóricos de la época no se destacaban, evidentemente, por su coherencia doctrinaria.

## La reacción conservadora

El segundo período, el de la reacción conservadora, se corresponde con los años que van de 1880 a 1920. Vienen aquí muy oportunamente las palabras de Edith Pimentel Pinto:

> Prácticamente acabado, pues, el apogeo de los dialectistas, se abre a finales de los años 80 el reinado de los puristas que, *grosso modo,* perdurará hasta el alumbrar del movimiento Modernista (1978, I, XXXIV).

De hecho fue Rui Barbosa quien trazó el inicio del período con el retorno clasicista de la frase, el rebuscamiento en el vocabulario (dieciocho sinónimos, por ejemplo, para decir *prostituta;* más de treinta para decir *látigo*), la polémica con un antiguo maestro, el conspicuo Carneiro Ribeiro, y el impacto de su *Réplica.* Todo ello lo convirtió en una especie de numen tutelar del lenguaje, en su forma clásica, expurgada de vulgarismos y coloquialismos. No sería el único. Aparecen en dicho período las primeras gramáticas portuguesas de valor, escritas por brasileños: Júlio Ribeiro (1881), Joao Ribeiro (1887), Pacheco Júnior y Lameira de Andrade (1887) y Maximino Maciel (1887).

Ese año de 1887, que Antenor Nascentes juzga digno de ser señalado *albo lapilla,* marca la elaboración de un nuevo programa de portugués para el acceso a las cátedras del colegio Pedro II, así como para el acceso a la Escuela Normal. En ese aspecto, destaca sobremanera el colegio Pe-

dro II, cuyas cátedras de Lengua Portuguesa siempre fueron garantes de las formas cultas en el habla y en la escritura. Uno de sus catedráticos, el eminente polígrafo Carlos de Laet, maestro del vernáculo, sustentó la ardua polémica sobre el buen lenguaje y el que no lo era con el insigne novelista portugués Camilo Castelo Branco[7].

Damos como pertenecientes a ese período: las *Veladas Gramaticales,* del profesor Ernesto Carneiro Ribeiro; la segunda edición de la *Gramática* de Maximino Maciel, refundida con el título de *Gramática Descriptiva;* la *Gramática Expositiva,* de Eduardo Carlos Pereira; las *Lecciones de Portugués,* de Otoniel Mota; la fundación de la Academia Brasileña de las Letras, en 1897... Síntoma y ejemplo del período es la creación, en la prensa diaria, de una sección destinada a consultas sobre dudas en el lenguaje... En ese aspecto destacan dos Cándidos: Uno, portugués, Cândido de Figueiredo, y otro brasileño, Cândido Lago; más tarde, con superior valía, aparece la figura de Mário Barreto.

Pero la idea de un dialecto o lengua brasileña, en fin, de una diferenciación del portugués de Brasil, como es natural, permanecía latente. Reaparece en 1920, si bien bajo una forma perfectamente asimilable por parte de los lingüistas. Se trata de la publicación de *El Dialecto Caipira,* del escritor paulista Amadeu Amaral. La lengua popular ya no era vista como fuerza propulsora de lo que debería convertirse en el portugués de Brasil, de una lengua brasileña en gestación, sino como resultado del implacable desarrollo regional, que era preciso describir. El *Dialecto* es la obra que, por consenso de los filólogos, inaugura la dialectología científica en Brasil y abre caminos para sucesivos estudios monográficos. Poco después, en 1922, Antenor Nascentes publica su *Lenguaje Carioca,* dedicado a Amadeu Amaral «que mostró la verdadera directriz de los estudios dialectológicos brasileños». Por tanto, la perspectiva es otra.

La entrada en escena de los filólogos podría poner cierto orden en el rumbo de la tan traída y llevada cuestión, tan improductiva a veces, de la lengua brasileña.

En 1921 publicaba Joao Ribeiro un breve volumen de estudios sobre el portugués de Brasil (nada más que una relación de modismos brasileños y de frases hechas), que se abre con un artículo en el que escribió:

[7] El papel de excepcional relevancia representado por el colegio Pedro II en el cultivo de la lengua patria es glosado elogiosamente por el profesor Antenor Nascentes en uno de los capítulos de sus *Estudios Filológicos* (Río, 1939).

No podemos, sin mentir o sin mutilar perniciosamente, sacrificar la conciencia de nuestras propias expresiones. Corregirlas puede suponer tanto abuso que acabe comprometida la sensibilidad innata a ellas. Nuestros modos de decir son distintos y legítimos y, lo que es mejor, son inmediatos y conservan, pues, el perfume del espíritu que los dicta (1933, p. 10).

Y en el epílogo añade:

«*Lengua Nacional.*—Es, esencialmente, la lengua portuguesa, pero enriquecida en América, emancipada y libre en sus propios movimientos» (p. 262).

Postura, la suya, que me parece correctísima.

En una tercera edición de «La Lengua Nacional», acompañada de «Otros Estudios Lingüísticos», con la selección y coordinación de Hildon Rocha *(Vozes, 1979),* se lee en la página 45 esta afirmación contenida en un texto, con la forma de la carta a un amigo, y que todo indica se debe al maestro Joao Ribeiro:

La *Lengua Nacional* no era ni podía ser una incitación al solecismo, a las geringonzas plebeyas y a los hablares rústicos... Era, simplemente, la conciencia de que podemos, sin disipar nuestro patrimonio cultural, expresarnos como lo piden nuestras vivencias.

No era Joao Ribeiro, pues, un incendiario de la filología. Su postura era equilibrada y bien fundamentada. Defendía, por tanto, no una *lengua brasileña,* sino una *lengua nacional.* En esa línea es en la que se inscriben los excelentes trabajos del profesor Antenor Nascentes, para la serie didáctica titulada *El Idioma Nacional.*

## La nueva onda brasileña

En plena efervescencia del Futurismo se desarrolló la rumbosa Semana de Arte Moderno, y lo que estaba siendo examinado bajo el prisma de lo científico pasó al dominio de la imaginación y del ímpetu del creacionismo artístico. El fantasma gramatical del antiguo colonizador, una vez más, emergía de la penumbra. Manuel Bandeira, en su *Evocación de Recife,* lamentaba que hubiésemos sido «monos de la sintaxis lusitana». Mário de Andrade amenazaba con su *Gramatiquinha.* El poeta Cassiano

Ricardo, en una comunicación a la Academia Brasileña, aseveraba: «No haremos más que dar el título de lengua al dialecto brasileño.» Y se justificaba: «Porque tenemos una literatura propia y somos un pueblo soberano» (en Pinto, 1981, II, p. 490).

La tesis en cuestión encontró a su teórico en el profesor de Filosofía Herbert Parentes Fortes, que escribió en 1933 *La Gramática y la evolución de la lengua portuguesa.* Se trataba de una tesina de concurso en la cual llega a la conclusión de que en Brasil ya se hablaba otra lengua, diferente de la de Portugal. A su muerte aparecieron colecciones de trabajos póstumos, bajo los títulos de *Filosofía del lenguaje* y *La lengua que hablamos,* así como *La cuestión de la lengua brasileña.* Todos esos trabajos, sin embargo, estaban escritos en un portugués de buena calidad.

También por esa época, hacia 1940, apareció el libro del diputado Edgard Sanches, que era, al parecer, el autor de un proyecto legislativo que ordenaba dar el nombre de *Lengua brasileña* al idioma hablado en Brasil. Del libro, muy voluminoso, no se editó sino un volumen único, un primer tomo de los previstos en principio, y representa un esfuerzo de intención doctrinaria para apoyar el proyecto. Trae a colación el autor informaciones muy útiles, pero su razonamiento deja mucho que desear.

Al final, ¿qué pasó con esa «lengua brasileña» que tantos borrones de tinta verde y amarilla * dejó caer? Si los literatos buscaban una aproximación a la lengua oral, los teóricos que la defendían (filólogos, filósofos, parlamentarios) se expresaban en la lengua canónica tradicional. Valga una breve cita del profesor Parentes Fortes, campeón de la tesis más extremista a favor de la «lengua brasileña», como prueba de lo que decimos:

> Las lenguas viven en la masa del pueblo, donde se procesan sus leyes, independientemente de la voluntad y de la reflexión de los hombres de letras; pueden éstos orientarlas, perfeccionarlas; pero no pueden ni crearlas ni multiplicarlas (1957, p. 28).

Quien mejor se pronunció al respecto fue el escritor Mário de Andrade. Acusado por Manuel Bandeira de escribir en «paulista», se defendió muy bien:

> No escribo en paulista, no... Al contrario. Tanto es así que fundamento mi expresión en la lengua que ahora se habla de Norte a Sur de Brasil (en Pinto, 1981, II, p. 138).

* Colores de la bandera de Brasil. *(N. del T.).*

La verdad es que Mário de Andrade pensaba en una lengua brasileña hecha de voces regionales. Sería una *koiné* artificial que expresara, en un conjunto necesariamente heterogéneo, parcelas del habla brasileña. Dante ya había intentado lo mismo con el italiano *(volgare illustre)*, mas hubo de rendirse a la pujanza lingüística de la base florentina. Mário de Andrade, todo lo más, urdió una *koiné* literaria, puramente *andradina,* por lo demás. Cavalcanti Proença procuró trazar el perfil de esa *koiné* literaria, tan personal:

> El principio fundamental sería el de la unificación de una lengua en la cual desembocaran todos los regionalismos, en pie de igualdad y trabajados estilísticamente, constituyendo así la lengua literaria brasileña. Una lengua, pues, desgeografiada, aprovechando términos que ya empleara para escribir su *Macunaíma;* nada de lengua brasileña, pues; todo lo más, nacional y en consonancia con las tesis de Joao Ribeiro (1974, pp. 103-104).

No produjo el Modernismo, como se ve, una revolución, la esperada revolución; en realidad cabe hablar, únicamente, de sacudida, si bien tumbó pocas cosas: El árbol resistió con garbo... El hecho ya quedó registrado, para la crítica, por estudiosos de nuestro tiempo como el profesor Raimundo Barbadinho Neto, por ejemplo, haciendo un balance de la contribución del Modernismo, cuando dice:

> Ensayaron voces para una revolución y, no obstante, se volvieron nuestros modernistas hacia el pasado, descubriendo expresiones sintácticas que, en su día, ni siquiera llegaron a conformar un tono literario. Anhelando una expresión literaria que bebiese en las fuentes del hablar popular, aún sin acceso a la literatura. Incluso se vislumbran rasgos literarios en la lengua que, para ellos, debió ser la que se hablara (1972, p. 75).

Pero, si no se consumó la ansiada revolución en el lenguaje, por fuerza hemos de reconocer que el Modernismo logró cortar algunas amarras que impedían una expresión más natural a la lengua culta brasileña. El profesor Luís Carlos Lessa, en un libro en el que versa a propósito del influjo modernista en la lengua escrita brasileña, enumera las siguientes «liberaciones» gramaticales (página 181 y siguientes):

Preposición *en* y no *a* (chegar *em* casa, por chegar *a* casa); *ter* (tener), en vez de *haber* o de *existir; pedir para* en vez de *pedir que*... Y así algunas

cosas más... Serían, en suma, reglas a incorporar a una *Gramática* brasileña. El autor, así y todo, hesita en tomar por buenas expresiones tales como *ninguém não veio* por *ninguém veio* (ninguno vio); o *pra mim fazer* (para yo hacer) por *para eu fazer;* o *a porta está meia aberta* por *meio aberta.*

En lo que se refiere a esta última forma sintáctica, conviene aclarar que ya era usada por los más grandes clásicos de la lengua, comenzando por Luís de Camoens; no hay que hablar, pues, de brasileñismo modernista, al menos en este caso.

## La búsqueda del equilibrio

El último período, el del Postmodernismo, es en el que nos encontramos. Bien podemos decir que lo que marcó la década de los 40 fue la llamada Generación del 45. Sus literatos, empero, son más comedidos en el uso de la lengua y en la adopción de licencias, sin preocupaciones de «brasileñización». Es la generación de la posguerra que, progresivamente, se irá preocupando de asuntos sociales y políticos. En el aspecto cultural, es el tiempo de la creación de las Facultades de Filosofía y Letras (en 1940), lo que permitió una clara descentralización de los focos que irradiaban la cultura del país. Se creó también, al socaire de esas Facultades, un grupo de profesores jóvenes, bien informados de los procesos de formación universitaria, lo que sirvió para establecer un mayor tono científico en los estudios de Filología. En ese sentido, la Generación del 45 contribuyó grandemente con un plantel de filólogos a la necesaria seriedad del hecho lingüístico. No en vano eran discípulos de autorizados enseñantes y autores como Antenor Nascentes, Clóvis Monteiro, Augusto Magne, Sousa da Silveira, Mário Barreto, Said Alí y Joao Ribeiro... A destacar, de entre esos discípulos, a Celso Cunha, Rocha Lima, Gladstone Chaves de Melo, Antonio Houaiss, Matos Peixoto, Jesus Belo Galvao, Hamilton Elia, Albino de Bem Veiga, Wilton Cardoso, Segismundo Spina, Nicolau Salum, Gomes de Matos, Maximiano de Carvalho e Silva, Jairo Dias de Carvalho, Antonio Geraldo da Cunha, Antonio José Chediak, precedidos de maestros como Theodoro Maurer Júnior, Ismael de Lima Coutinho, Mattoso Cámara Júnior, y otros como Evanildo Bechara, Leodegario A. de Azevedo Filho, Rosalvo do Valle, Cleonice Beardinelli, Eneida Bonfim...

En ese período las luchas sociales se recrudecieron, el mundo se re-

partió entre dos superpotencias[8], la *politique d'abord* de Maurras se transformó en palabra de orden para las izquierdas. La politización avanzó, hasta tomarlas, en pos de las universidades y la cultura casi pasa a ser, en exclusiva, «cultura política», con grave perjuicio para la adecuada formación académica del estudiante.

En el campo de la lingüística, tales posturas llevaron a una visión sociológica de la cultura, definida como «tabla de valores de las comunidades económicamente diferenciadas». Según la dialéctica marxista, habría siempre dos comunidades en oposición y conflicto permanente, denominadas *clase dominante* y *clase oprimida.* Como parte integrante de la cultura también la lengua debería, pues, participar de semejante división y bifurcarse en una lengua de las clases dominantes y en otra de las clases oprimidas. Eso llevó, en ciertos círculos izquierdistas, a una hipervalorización de la lengua de las llamadas «clases dominadas», con graves consecuencias para la enseñanza de la lengua materna. El error en el uso del lenguaje no sería, según eso, más que un ardid utilizado por las clases dominantes para estigmatizar a la lengua usada por las clases oprimidas. Cabía la empresa, pues, de exculpar a la lengua de las clases oprimidas, dándola por buena, en tanto dicha clase aguardaba su momento de convertirse en clase dominante (¡oh, *sancta contradictio!),* por lo que era menester libertar a la lengua de las clases oprimidas de la dictadura gramatical. Confundíase, de tal manera, lengua de cultura con lengua de clase; patrimonio intelectual con bienes materiales; adquisición de saberes con enajenación mental. El absurdo era tan grande que ni en la URSS se estableció tal marxismo estatalizador. El propio Stalin se vio obligado, en dos artículos famosos, a fulminar semejante doctrina, apadrinada hasta entonces por el lingüista N. Y. Marr, una especie de portavoz oficial del régimen para las cosas de la lengua. Tuvo Stalin que proclamar que «la lengua común es característica de una nación». *Nación,* pues, y no *clase*[9].

La postura marrista generó una nueva actitud en relación con el problema de la lengua brasileña. No se trataba, en puridad de términos, de una lengua brasileña (postura nacionalista) sino de una lengua «de la clase trabajadora de Brasil» (postura clasista).

[8] Una inesperada *perestroika,* el acontecimiento más importante de este final de siglo, parece haber roto definitivamente la amenaza de una confrontación mundial.
[9] Véase, a este respecto, *Marxismo y teoría del Lenguaje,* de Lia Formigari.

Como representante de esa corriente en Brasil podemos citar al profesor Honório do Couto, de la Universidad de Brasilia, de cuyo libro *Lo que es portugués y lo que es brasileño* transcribimos los siguientes pasajes:

> Constatamos que, al determinar lo que debe ser el *portugués correcto,* la norma lingüística de Brasil, las clases dominantes, a través de sus gramáticos y filólogos, perpetran tres tipos de distorsiones de la realidad, todas ellas generadoras de conflictos insolubles: 1) distorsión espacial; 2) distorsión temporal; 3) distorsión social (pp. 14-15).

En cuanto a la última «distorsión», dice:

> La distorsión social se perpetra mediante la imposición del lenguaje de una clase (esa a la que considera mejor la elite dominante) a todas las otras.

Sin embargo, después de la *perestroika* y de otros acontecimientos, tesis semejantes van perdiendo fuerza y, por lo que se ve, se encaminan a su desaparición. La tendencia es la de considerar, como de hecho ocurre, que el portugués de Brasil es una variante del portugués europeo, sin diferencias esenciales (unidad en la diversidad) y cada uno, como dijera Joao Ribeiro, libre en sus propios movimientos, libertad cuyo espacio de incidencia va siendo progresivamente menor, habida cuenta de la multiplicación de medios de comunicación y intercomunicación, entre los pueblos.

Para concluir este apartado, creo conveniente referirme al parecer, unánimemente aprobado, del profesor Sousa da Silveira, miembro de una comisión constituida para opinar sobre la denominación de la lengua propia del pueblo brasileño. Tal comisión resultó del mandato de la Carta Constitucional de 1946, contenido en el artículo 35 de las disposiciones transitorias. Seleccionamos lo siguiente:

> Los estudios lingüísticos, serios e imparciales, aplicados a Brasil, nos llevan a la conclusión de que nuestra lengua nacional es la lengua portuguesa, con pronunciación nuestra, algunas leves divergencias sintácticas en relación con el idioma de ultramar y con un vocabulario enriquecido por las aportaciones indígenas y africanas, así como por las creaciones verificadas en nuestro propio medio (en Silveira, 1960, p. 293).

Es la postura que predomina en las clases cultas del país. Y que podemos hacer convergente, en lo literario, con lo expuesto en el artículo de Machado de Assis, ya citado, sobre el instinto de nacionalidad, y en lo científico, con lo que afirma Sousa da Silveira en lo ya reseñado.

# XI

# EL PORTUGUÉS COLOQUIAL DE BRASIL

## El Proyecto NURC

Trataremos en este capítulo de resumir cuáles son los rasgos fundamentales del habla brasileña, en sus aspectos de *tensión* y *distensión,* por usar de la terminología acuñada por Mattoso Cámara Júnior.

Consecuentemente, vamos a tomar como parámetro la norma propia a las clases alfabetizadas. A tal respecto, conviene informar que se halla en curso, en Brasil, y al menos desde 1968, un proyecto comúnmente conocido por las siglas NURC, cuya denominación completa es la de «Proyecto de Estudio Conjunto y Coordinado de la Norma Lingüística Oral Culta de Cinco de las Principales Capitales Brasileñas»[1]. Las capitales seleccionadas fueron las siguientes: Río de Janeiro, São Paulo, Porto Alegre, Salvador y Recife.

Hubo algunos malentendidos a propósito de los objetivos del proyecto, como si su finalidad fuese la de fijar la norma culta brasileña, y por eso resulta oportuna la advertencia del reputado maestro Celso Ferreira da Cunha, a la sazón coordinador general del proyecto:

> El que la denominación de Proyecto sea suficientemente explícita no significa que la intención del mismo sea la de establecer una norma culta oral, como parecen haber entendido algunos pocos comprensivos profesores brasileños, los cuales han confundido la observación de la norma con la norma en sí misma, y no distinguiendo las normas de la lengua escrita de las que son propias a la lengua oral (1985, p. 23).

[1] Cunha, 1985, p. 23.

Se inspiró el Proyecto NURC en el «Proyecto de Estudio del Habla Culta de las Principales Ciudades de Hispanoamérica», debido al profesor Juan M. López Blanch, de la Universidad Autónoma de México, presentado en el II Simposium del Programa Interamericano de Lingüística y Enseñanza de Idiomas (PILEI), celebrado en Bloomington, USA, en 1964. El proyecto López Blanch parte de la comparación de la norma culta de las ciudades capitales de países hispanoamericanos, como Buenos Aires, Santiago, Bogotá, Caracas, Lima y México, a las que se añade la propia ciudad española de Madrid. O sea, parte de normas cultas ya definidas. Mas la comparación de pretendidas normas cultas internas, como si Brasil no poseyese también su norma culta, llevó a la suposición de que se intentara, por ese medio, el establecimiento de una norma culta brasileña. Hubo algunos profesores que llegaron a poner en cuarentena todas las gramáticas pedagógicas, a la espera de que el Proyecto NURC determinara, finalmente, cuál era la norma culta brasileña a la que debían obedecer los textos para la educación en el habla. Olvidaban que esa norma ya existía, como fruto de un proceso histórico-cultural convenientemente estudiado, y que el Proyecto NURC, en su vertiente modalidad oral, apenas recogía, y recoge, formas de decir que no siempre llegan a consolidarse.

Del Proyecto NURC tenemos, hasta ahora, y como aportación más positiva, las publicaciones de T. A. Queiroz, Editor/FAPESP, São Paulo, así relacionadas: I. *Locuciones formales,* 1986 (Ataliba Teixeira de Castilho y Dino Preti, org.); II. *Diálogo entre dos informantes,* 1987 (Ataliba Teixeira de Castilho y Dino Preti, org.); III. *Entrevistas,* 1988 (Dino Preti, org.); IV. *Estudios,* 1990 (Dinc Preti y Hudinilson Urbano, org.).

## Parámetro escogido

En nuestra descripción vamos a tomar como parámetro el habla de Río de Janeiro, por haber sido definida como «habla madre» en el Primer Congreso de la Lengua Nacional Cantada, realizado en São Paulo en 1937, en estos términos:

> El *Primer Congreso de la Lengua Nacional Cantada* decide considerar la pronunciación carioca como la más perfecta del país y la propone, así, como lengua madre a ser usada en el Teatro, en la Declamación, en el Canto erudito de Brasil... (p. 60 de los *Anales*).

La resolución tuvo continuidad con el *Primer Congreso Brasileño de la Lengua hablada en el Teatro,* que se desarrolló en septiembre de 1956 en Salvador, capital del estado de Bahía. Por lo demás, debo decir que es la pronunciación carioca, o sea, la de la ciudad de Río de Janeiro, la que mejor conozco por ser la mía. Por tanto, partiendo de esta base, pero sin olvidar otras ciertas formas regionales, paso a hacer una exposición sobre el portugués coloquial de Brasil en el presente.

## Fonología

### *Vocales tónicas*

Son siete las vocales orales tónicas, según el criterio estructuralista adoptado por el profesor Mattoso Cámara Júnior, fundamentándose en el valor de las oposiciones distintivas, a saber: *á, é, ê, i, ó, u*[2]. No obstante, no existe diferenciación gráfica de las mismas; sí se da, sin embargo, la *oposición distintiva,* esto es, significativa, entre, por ejemplo, *sêde* y *séde,* entre *avô* y *avó.* En este punto, el portugués se aleja sobremanera del español, idioma en el que no se dan tales oposiciones. No hay en Brasil oposición distintiva entre *á* y *â,* como se verifica en Portugal entre *amâmos* (presente de indicativo) y *amámos* (pretérito perfecto).

Basándose en esa oposición, el profesor Herculano de Carvalho admite la existencia de dos fonemas centrales (aquí representados como *á* y *â*) en el sistema vocálico y tónico lusitano, que sería, por tanto, cuadrangular y no triangular (*Estudios,* 1969, II, p. 15, notas 7 y 101).

Cuando van seguidas de *s* o de *z* gráficas, silbantes, o chillantes, las vocales tónicas finales se alargan normalmente en diptongo: *gás, rapaz, convés, retrós, hindus,* entre otras, pronunciándose *gais, rapais, convéis, retróis, hinduis...* El poeta fluminense Casimiro de Abreu rimó *nus* con *azuis,* y el poeta paulista Vicente de Carvalho, *luz* con *pauis.* Hasta el monosílabo átono *mas,* conjunción, corrientemente pronunciado *mais* y se confunde, así, con el adverbio.

La vocal *ê,* seguida de consonante palatal, se conserva como es. La evolución hacia la *â* (*espâlho,* por ejemplo), propia de Lisboa, de donde irradiara a otros puntos de Portugal, viene de los comienzos del XIX. En

[2] Procuramos ofrecer una representación fonológica de los fonemas, de la manera más aproximada a los usos alfabéticos de hoy, sin analizar su valor fónico.

ese particular, la pronunciación brasileña resultó conservadora y la portuguesa innovadora.

Las vocales nasales son cinco, representadas como *ã, ẽ, ĩ, õ, ũ.* Cabe distinguir entre *nasales por naturaleza* y *nasales por posición* (cuando lo son por contacto con una consonante nasal). En Brasil, por lo general, se produce el fenómeno lo que en Portugal no siempre ocurre. Observemos que, en ese caso (el de las vocales *nasalizadas* en oposición a las *nasales* propiamente dichas), el grado de nasalización varía en Brasil. Tomando por guía la pronunciación de Río, hay nasalización más intensa eN el nordeste (*cãma, dõno, sãnha, fũmo)* y apenas existe en el sur, particularmente en São Paulo, donde la influencia italiana es grande y donde se dan las formas *hómen, António, quilómetro,* a la par que *cônego* u *ônibus,* por ejemplo.

Para el profesor Paul Teyssier, la vocal tónica nasalizada del portugués de Brasil es una innovación. Son suyas estas palabras:

> La pronunciación más corriente (si bien hay excepciones) del portugués de Brasil ya no puede oponer los timbres abiertos a los timbres cerrados de las vocales tónicas *a, e,* y *o,* seguidas de una consonante nasal: el brasileño se diferencia, en este caso, por el timbre cerrado (...). Así, las oposiciones que existen en Portugal, para esas tres vocales, entre el timbre abierto y el timbre cerrado, quedan neutralizadas en Brasil ante la consonante nasal (1980, p. 104).

### *Vocalismo átono no final*

Las vocales átonas no finales, aquí representadas como *a, e, i, o, u,* son cinco. Desaparece, pues, la oposición fonológica entre *é* y *ê,* así como entre *ó* y *ô.* La *a* sigue siendo abierta, al contrario de lo que acontece en Portugal, donde es *â.* Ejemplos: En Brasil, *càvalo* (el acento grave indica vocal oral abierta y no tónica); en Portugal: *câvalo.*

En esa misma posición en *E* se mantiene o pasa a *i.* Ejemplos: *feliz* (filiz), *perigo* (pirigo), además de *sêreno, lêvado, dêsejo, pêsado,* etc. En muchos casos, como se vio en los ejemplos ya indicados, la alteración puede deberse a la llamada «armonía vocálica» (asimilación provocada por la *i* tónica). Aún más, puede la *e* pretónica pasar a *i* sin que dicha armonía se resienta, como en *veludo (viludo)* e *seguro (sîguro).* Sin armonización vocálica y en sílaba cerrada, se conserva la *ê: vêrdade, pêsqueiro, bêldade.* En Portugal, el cerramiento (o elevación, como se prefiera) de la *E* puede al-

tearse en *i* e incluso causar su práctica eliminación, bajo la forma de la llamada *e* muda francesa. La práctica supresión se da, fundamentalmente, en sílabas abiertas donde la formación de grupos consonantes es clara: *pelotão (p'lotão), querer (c'rer), pedaço (p'daço)*. En posición inicial absoluta suena como *i: errar (irrar), elegante (iligante)*. Lo mismo ocurre cuando va seguida de consonante palatal o silbante: *fechar (fichar), esposo (isposo)*. Seguida de *r* homosilábica, la vocal queda centralizada: *verdade (vêrdade)*[3].

Bien conocida es la afirmación de Cornu, que cita al gramático don Luís Caetano de Lima, de que, hasta la primera mitad del siglo XVIII, el *e* pretónico se pronunciaba como *ê*. Y, en parte, se da en Brasil la circunstancia de que la *ê* se asimila a la *i*. Nótese, pues, una tendencia lingüística tanto en Portugal como en Brasil, en el sentido de una elevación del timbre de las vocales átonas *a, e, o*. Portugal ya llegó al estadio cero, en casos como *p'lotão*, lo que hasta el presente no se ha dado en Brasil. La *ê* prácticamente ha desaparecido en Portugal, donde sólo hay *i, â* o cero... En Brasil esta tendencia va mucho más lenta.

No podemos omitir una referencia a las notables protónicas abiertas del Nordeste: *pèqueno, tèrreno, fèliz*... No se sabe bien por qué (alguna causa habría que procurar) se ha querido ver en ello influjos indígenas. Conviene decir, pues, que en Portugal son muchas las protónicas abiertas que se dan en el habla. Citemos, en primer lugar, las protónicas *pàdeiro, càveira, mèzinha, mòrdomo, prègara*. También los casos normalísimos de vocal abierta antepuesta a grupos consonantes impropios: *objèctar, flèxão, afèctivo, recèpção* y otros... En Portugal se mantiene la grafía de los grupos consonantes. Finalmente, citemos también casos tan comunes como *hòsana, rèpublica*, etc. Ahora bien, habiendo sido el Nordeste, hasta mediados del XVIII, la región más importante en lo que se refiere a la colonización portuguesa, no hay sinrazón en pensar que se hubiera generalizado la pronunciación portuguesa de pretónicas con timbre abierto.

La vocal *o*, protónica, también sufrió un proceso de alteración, esto es, de derivación hacia la *u*. En el portugués europeo la tendencia parece antigua, pues ya Fernao de Oliveira, en 1536, advierte: «Entre la *u* y la *o* hay tan pocas diferencias que casi nos confundimos diciendo *somir* y otros *sumir*, así como unos dicen *dormir* y otros *durmir*.» Sin embargo, al-

[3] El profesor Teyssier llama la atención sobre otras causas, además de la «deriva» lingüística, que contribuyeron a esta alteración.

gunos aspectos demuestran que el fenómeno aún no se había generalizado. El profesor Paul Teyssier afirma en su *Historia de la lengua portuguesa* que, «hasta el siglo XVII inclusive, la *o,* de *morar, cortar, coração,* etc., era una *o* muy cerrada». Acudamos de nuevo a Cornu, quien en la continuación del pasaje anteriormente citado sitúa la transición a la altura de la primera mitad del XVIII:

> Los más antiguos testimonios de la *u,* en vez de la *o,* se dan en MC (1767), p. 568-722, que cita ejemplos como *curruto, cutuvelo, fucinho, murar, purtagem, tucar, xuver-chuver* y otros. Ejemplos aislados se dieron mucho antes, y no sólo tales como *fremusura, furtuna* y otros, sino como *pudia, fugueira, lugar, Purtugal.*

Por eso, Silva Neto afirma que «en Lisboa, a partir del siglo XVI, esa tendencia se generalizó» (1960, p. 35). Para el profesor Teyssier, sólo «allá por el 1800 es que se produce la transformación de la antigua *o* en *u*» *(op. cit.,* p. 77).

La contradicción entre las informaciones de los gramáticos acaso pueda ser resuelta acudiendo a lo que Fernao de Oliveira llama *metafonía.* Casos como los de *futurna, custume* y otros pueden deberse a una armonización vocálica, sin olvidar la evolución natural de las lenguas.

Esa evolución, en parte, también corresponde al portugués de Brasil, revelándose como anterior al XVIII. Y aún vivimos en un período de oscilación a tal respecto, como se desprende de estas consideraciones de Silva Neto:

> En Río de Janeiro, como ya dijimos, se produce una gran oscilación. De una parte, se da siempre la antañona tendencia a atenuar las vocales átonas así como a la armonización vocálica; de otra, la constante tutela de la lengua escrita. Es por ello por lo que tenemos, de una parte, *coragen, coraçao, porteiro, correcto,* y de otra *durmir, chuver, fugueira...* De igual manera, y en una misma persona, podemos notar una pronunciación *tensa* y otra *distendida: dormir/durmir,* etc. (1960, p. 36).

Es preciso señalar que, en el Nordeste, ese *o* protónico es abierto: *dòrmir, mòrar, fòrtuna, sòfrer,* etc.

Las vocales nasales o nasalizadas pretónicas son también cinco: *a, e, i, o, u,* y nada de especial ofrecen: *mandar, vencer, pintar, roncar, pungir.*

*Las átonas finales*

Las vocales orales átonas finales se reducen a tres: *a, i, u,* porque la oposición entre la *e* y la *i,* de un lado, y entre la *o* y la *u,* de otro, se neutraliza en favor del arquifonema representado por la vocal extrema de la serie. Digamos que la *a* final átona no es una vocal abierta, ni acentuada, y sí una vocal centralizada, casi neutra, que se oye como una *a* apagada, tanto en Brasil como en Portugal: *casa, amora, cócega...*

El fonema que aquí representamos como *i* aparece gráficamente como *e: grave, arame, carcere.* En el portugués europeo la cosa varía. Silva Neto dice a este respecto:

> Resulta un tanto diferente el caso de la *e* final, que hoy se pronuncia como *i* en Brasil, y que en portugués europeo normal casi siempre se elude: *mont', perdest',* etc. Aquí es natural que durante mucho tiempo se pronunciara la *e* final, puesto que esa era la terminación latina: *monte, ponte, fonte, nocte...* Y es natural que, antes de la pérdida ahora observada en el portugués europeo, la *e* pasara por *i* (1960, p. 38).

Es la misma la doctrina del profesor Teyssier:

> El destino de la vocal átona final escrita *e* es más complejo. Vimos que se pronunciaba [i] en la primera mitad del XVIII. El portugués actual de Portugal cambió esa [i] por una vocal central muy acentuada y breve, que transcribimos como *[e]* (*op. cit.,* p. 73).

El profesor Herculano de Carvalho, por su parte, no está tan seguro de que en Portugal se diera la evolución de la *ê* hacia la *i* y luego a la desaparición en los finales. Esta es su opinión:

> Atendiendo a la enorme extensión que actualmente presentan las terminaciones *i* y *u,* las variantes tanto europeas como ultramarinas del portugués, incluindo los criollos, no pueden hacernos olvidar como más que probable que esas terminaciones sean antiquísimas, que se remonten al siglo XVI, e incluso antes (1969, pp. 99-100).

En el debate parece que los fieles de la balanza se inclinan hacia la pronunciación de la *ê,* en el XVI, si bien admitamos la alófona *i,* o casi *i.* En el siglo XVIII, en 1734, don Luís Caetano de Lima ya reconoce la exis-

tencia de esa pronunciación en *i,* pero en su *Ortografía,* de 1736, aún no la admite. La pronunciación final como *i,* por tanto, no es tardía y ya debió ser conocida en Brasil allá por el XVI. Pero sólo de manera muy lenta llegó a cuajar en el habla, pues Verney, en 1746, en su *Método verdadero de estudio* dice esto en una de sus cartas:

> Finalmente, debo advertir que en sus naciones se pronuncian mal muchas letras, principalmente diciéndose en *i* el final de *dê-me, pôs-me,* etc. (1949, I, p. 105).

En Brasil, la pronunciación «normal» *i* de la *e* final es, pues, un mero arcaísmo, esto es, entre el estadio primitivo y la actual supresión portuguesa y europea, se fijó entre nosotros un estadio intermedio. Dice el profesor Teyssier:

> El portugués de Brasil fijó, por lo tanto, una situación que correspondía al portugués europeo de la primera mitad del XVIII, esa que Verney describía en 1746 *(op. cit.,* pp. 102-103).

Hablábamos antes de una pronunciación «normal» en *i* de la *e* final, pues hay un área del país, aún no suficientemente delimitada, donde la pronunciación usual es *ê* y *ô,* pero en ningún caso *i* o *u.* Se extiende desde el interior de São Paulo hacia el sur (lo que el profesor Teyssier llama «extremo sur». Un área más extensa, por tanto, que la caipira, a la cual el profesor Révah atribuye el fenómeno (1959, p. 281). La explicación usual es la de que tal pronunciación reflejaría más un aspecto de la llamada «facción conservadora» del portugués de Brasil; más adelante volveremos sobre este asunto.

Finalmente, sobre la pronunciación de la *e* átona final, recordemos que es con *i,* y no suprimiéndola, como se hace en Portugal, que se pronuncian los monosílabos átonos pronunciales entre nosotros: *me, te, se, lhe,* y que esa diferencia de pronunciación es causa (según Said Alí), de la distinta ubicación que de tales pronombres hacemos en la frase.

La pronunciación de la *o* final plantea problemas semejantes a los de la *e,* igualmente final. Así y todo, en esta cuestión Brasil y Portugal coinciden, pues en ambos países la pronunciación actual es la de la *u* (bajo la forma gráfica de la *o).* Ejemplos: *caso (casu), morro (morru),* etc.

Nos encontramos, aquí, en este punto, con el problema de cómo determinar la evolución de la *o* final latina para el portugués común *u.* ¿En

el período arcaizante ya se habría consumado esa solución (que parece anterior a la conversión de la *e* en *i)?* ¿Aunque, acaso en el siglo XVI, cuando la lengua fue traída a Brasil, la evolución ya se había verificado. ¿Quién lo sabe? El profesor Révah, tal y como afirma que sucede con la conversión de la *e,* tiene como cierta la pronunciación como *ô,* o casi como *ô,* situándola en el siglo XVI. El profesor Herculano de Carvalho, al esquematizar los sistemas vocálicos del portugués entre los siglos XVI y XVIII, dice que, en posición final, no hay más que tres fonemas *a, e, o,* resultando que la pronunciación de este último se verifica como *u,* más o menos definida (1969, p. 103).

Como se sabe, la *-u* por la *-o* no resulta extraña a los textos medievales. Ya lo comprobó el profesor Lindley Cintra en sus estudios sobre el lenguaje de los foros de Castelo Rodrigo: «Por otro lado, *-u* por *-o* es, como puede comprobarse, frecuente en textos gallegos y portugueses de los siglos XII y XIII» (1959, p. 208). Si esa oscilación perduró o no hasta el siglo XVI, es cosa que está por averiguar. De cualquier forma, se puede aceptar la consolidación de la pronunciación como *o* gracias a la tradición escrita.

En cuanto a la pronunciación más próxima de la *ê* y de la *ô* en el área sureña brasileña, se ha aventurado la hipótesis de la conservación del arcaísmo del mil quinientos. Pero es posible pensar en otra causa. En su muy laudable *Historia de la lengua portuguesa,* el profesor Teyssier llama la atención sobre un aspecto del problema de la lengua antigua: El del bilingüismo luso-español. Es verdad que el profesor Teyssier se refiere al contacto de lenguas en territorio europeo, mas lo que dice en las siguientes líneas bien puede explicar, *mutatis mutandis,* el caso brasileño:

> Es imposible que los dos siglos y medio de bilingüismo luso-español (de mediados del XV a finales del XVII, ver p. 45[4]) no produjesen efectos claros en la lengua. Tales efectos, no obstante, son difíciles de precisar: el bilingüismo luso-español fue poco estudiado, tanto en Portugal como en España, y, todo lo más, despertó cierta atención de los filólogos la contaminación del español por el portugués en boca de los portugueses bilingües. Había un «castellano de Portugal» en el que el lusitanismo se insinuaba de mil maneras. Hubo poco interés, al contrario, en detectar el influjo que el español pudo ejercer en el portugués de la época del bilingüismo *(op. cit.,* p. 91).

[4] En Brasil el período de dominio español fue mucho más breve: duró sesenta años, de 1580 a 1640.

En el período llamado de dominio español en Brasil, es más que probable suponer que se hubieran estrechado las relaciones entre españoles y portugueses (o entre españoles y descendientes de lusos), sobre todo en la región del Plata. Puede que de ahí venga, por ejemplo, cierta prolongación de las vocales finales, que se da en la zona. No es más que una hipótesis lo que digo, y además hipótesis para un posible trabajo[5].

*Los diptongos*

Aquí, las observaciones más importantes inciden en la reducción de los diptongos *ou, ei,* respectivamente, a *ô, ê.*

La reducción *ou* en *ô* es común tanto en Brasil como en Portugal. Según el profesor Teyssier, comenzó a manifestarse en Portugal en el siglo XVII en dirección sur-norte. En Brasil, la pronunciación tenida por culta evita la monotongación en ubicación tónica final; esto es, *vô, estô, sô (vou, estou, sou),* consideradas populares[6]. En posición interna, el lenguaje coloquial y popular lleva a la conjugación de verbos como *roubar, louvar,* con la misma alternancia vocálica de verbos con *o* acentuada en la sílaba tónica, como *soprar, jogar...* Así pues, se dice *róbo, róbas, róba,* tal como *jógo, jógas, jóga,* en vez de *rôubo, rôubas, rôuba,* etc.

El diptongo *ou* presenta la curiosa alternancia *ou/oi,* como en *dous /dosis, cousa/coisa, fouce/foice.* En Brasil, se acostumbra afirmar, no existe alternancia; o se dice de un modo o de otro. Aunque, realmente, si bien rara, la duplicación de formas no es del todo insólita: *toucinho* y *toicinho, louro* y *loiro.*

La reducción del diptongo *ei* a *ê* es corriente en el portugués de Brasil en ciertos casos, que ya apuntaremos, mas no resulta propia de la pronunciación normal portuguesa. En el portugués europeo, tal monotongación se tiene por dialectal y el profesor Lindley Cintra, en su *Nueva propuesta de clasificar de los dialectos gallego-portugueses,* toma como base para distinguir los dialectos del centro-litoral, de los del centro-interior y del sur, «la isófona correspondiente a la monotongación del diptongo *ei,* que acompaña casi paralelamente el curso del Tejo, algunos kilómetros al

[5] Ya sugerido por Chaves de Melo (1971, p. 109).

[6] «La conservación, en una pronunciación cuidada, del diptongo *ou,* que se reduce a *o* (como en Portugal), en la más espontánea» (Vázquez Cuesta-Mendes da Luz, 1980, p. 126).

Norte del río» (BF XXII, fascículo 1 y 2, 1971, p. 111). Se trata, pues, de un fenómeno de las regiones meridionales.

En Portugal el antiguo diptongo *ei* evolucionó a *âi* en una época relativamente próxima (Silva Neto lo sitúa en los albores del XIX), partiendo, según parece, de Lisboa; no se originó, por tanto, en Brasil. Del mismo modo, el diptongo nasal *ẽi: também,* que se pronuncia *também.* En Brasil, la situación, descrita por Silva Neto, es la siguiente:

> La pronunciación carioca, como es natural, no participó de ese cambio y posee una entonación conservadora: reduce el diptongo a *e* cerrado antes de *j, x* y *r (bêjo, pêxe, primêro)* y lo conserva en otros casos: *Almeida, azeite, azeitona, ceifa, lei, rei, amei, amarei.* Pero en la pronunciación familiar, *manteiga* suena como *mantêgana* (1960, p. 37).

Reducción igualmente común, lo mismo entre las clases cultas, es la del diptongo *ai* en *a,* ante un fonema palatal: *baxo, caxa, faxa,* por *baixo, caixa, faixa.*

En *Las Lusíadas,* en doce ocasiones aparece *baxo* y solamente en dos *baixo;* y que el verbo actual *abaixar* es siempre *abaxar;* en la misma obra se registra, en seis ocasiones, la forma *abaixo* y en dos *abaxo*[7].

## *Las consonantes. Laterales y vibrantes*

Conforme ya se ha observado, la pronunciación brasileña, en confrontación con la portuguesa, emite las vocales átonas con más nitidez, pero, en compensación, articula con menor contundencia las consonantes. Nos referimos, sobre todo, a las consonantes posvocálicas.

En portugués pueden cerrar sílabas las consonantes laterales *(l* y *r),* las sibilantes y las chicheantes[8].

En Brasil, la lateral *l* posvocálica es una linguovelar «relajada», de acuerdo con la calificación que consta en las normas aprobadas por el Pri-

[7] Datos extraídos del *Índice analítico del vocabulario de Las Lusíadas,* debido a A. G. Cunha.

[8] Véanse estas consideraciones de Dinah Callou e Yvonne Leite, en su obra *Iniciación a la Fonética y a la Fonología:* «La verdad, en palabras como *admirar, obter, optar,* etc., en el habla común, al igual que en una pronunciación más culta, se pone una vocal entre las dos consonantes, creando así una sílaba nueva» (p. 68).

La *b* final en *sob* es una relatinización; la forma arcaica era *so.*

mer Congreso Brasileño de la Lengua Hablada en el Teatro, de 1956. Esa «relajación» puede llevar a la vocalización, como ocurre en el habla común de Río de Janeiro y de otras partes del país, conservándose sobre todo en la región sureña. Es común, por ejemplo, que el brasileño menos culto tenga dificultades para distinguir gráficamente *mal,* adverbio y sustantivo, de *mau,* adjetivo; lo que se hace, únicamente, acudiendo a artificios didácticos. El paso a *r* en posición interna *(qualquer = quarqué),* así como la ausencia en final *(bala de mel: bala de mé)* son vulgarismos.

La vibrante *r* tiene dos realizaciones: simple *r* (ca-ro) y múltiples (carro). Las simples nunca se dan en posición inicial, ni en posición interna después de consonante *(melro, honra),* pronunciadas como *mel-rro, hon-rra.*

En cuanto a la articulación, se hace de dos maneras: una anterior, alveolar, y otra posterior, velar. La *r* simple es siempre apicoalveolar; la *r* múltiple puede ser alveolar, uvular y también velar.

La primera realización provoca una vibración de la punta de la lengua en la dirección de los alvéolos de los incisivos superiores. Por ser de más nítida articulación, se recomienda como propia de artistas de teatro y de locutores en general. Sin embargo, es la forma menos común en el país, a excepción de regiones como la sureña (v. cfr. la de Río Grande del Sul).

La articulación dorsovelar es la más usual y resulta de una fricción del dorso de la lengua con la úvula, a la que hace vibrar, como se da en la *r grasseyé.* Es el tipo de *r* que Grammont llama «parisina» (1933, p. 73) y Mattoso Cámara Júnior dice que es un *flap* * (1977, p. 63). Esa *r,* en final, de articulación frecuentemente puede llegar, sin embargo, a la desaparición. Es lo que ya acontece en el habla corriente de Brasil, incluido Río de Janeiro y São Paulo; de ahí hacia el sur, sin embargo, aún subsiste. En los enlaces de fonética sintáctica ya mencionados, la *r* reaparece de esta forma: *amar a Deus = a-mar-a-deus, cobrir o livro = co-bri-ro-li-vro,* etc. Ello, sin embargo, no se da con la *l* final, en fórmulas interrogativas del tipo *Qual é?,* que se convierte muy frecuentemente en *Quan é?*

Contra esta tendencia (de pronunciaciones como *Brasiu, carnavau),* dice Serafim da Silva Neto, «que se alza con fuerza la enseñanza en las escuelas, hoy muy extendida, tanto en la primaria como en la secundaria» (1960, p. 43). No creemos, por ello, que llegue a triunfar con el tiempo.

* En inglés, aleteo. (N. del T.).

Algunas consideraciones sobre la *r* caipira:

En *El Dialecto Caipira,* Amadeu Amaral dice: «La lengua, en vez de proyectar su punta contra el paladar, gira sin llegar a tocar la bóveda palatal» (1920, p. 21). Se trata, pues, de una *r* retroflexa, según Silva Neto *(loc. cit.,* p. 49). Esa *r* se halla bastante extendida en el estado de São Paulo, y hasta en sus zonas urbanas, incluida la propia capital. Sirve para identificar una manera paulista de hablar, y hasta minera, pues llega hasta el sur de Minas.

Serafim da Silva Neto refiere, acto seguido, una *r* fuerte y nordestina, inicial y en el medio, que Mário Marroquim en *La lengua del Nordeste* (p. 35), describe como «gutural, ligeramente vibrante, con un muy claro sonido aspirado». Esa *r* puede llevar a una vocalización en *i.* En el nordeste, continúa Silva Neto, se dan formas como *baibuleta = barbuleta = borboleta, coigo = corgo = córrego, óifo = órfo = órfão...* Lo mismo sucede con la *r* secundaria, esto es, proviniente de la *la: aima = alma = alma, baicão = barcão = balcão...* También, según cita Silva Neto, el nombre propio Balbino, pronunciado *Baibino,* lo que presupone una forma intermedia como *Barbino.*

*Silbantes y dentales*

En cuanto a las silbantes y dentales posvocálicas, digamos que se trata de un fonema gráficamente representado por *s* o por *z.* En unas regiones del país es silbante; o sea, que se articula como *cê,* de donde aparece una pronunciación como *luç:* en otras partes es chincheante, articulándose como *xê,* de donde surge la pronunciación *lux.*

La pronunciación más antigua es la silbante, al principio apicoalvear y después predorsodental en el portugués estándar, que se articula en posición prevocálica. En lo que toca a las silbantes posvocálicas, hubo en Portugal, y también parcialmente en Brasil, una forma de articulación chincheante. Aún se sigue discutiendo, sin embargo, la antigüedad de esa forma y su evolución.

Clarinda de Azevedo Maia, por ejemplo, juzga como «muy verosímil que, desde el período gallego-portugués, la *s,* la *z* y la *x* en final de palabra tuvieran (o mejor, pudieran tener) pronunciación palatal, del mismo modo que la *s* y la *x* cuando en posición de trabar una sílaba interna» (1986, p. 462). Se apoya, para su afirmación, en José Joaquim Nunes, *Amigo,* I, p. 364, donde se lee:

> Por el mismo proceso reconocemos que la *s*, la *z* y la *x*, cuando van en el final de una palabra, tenían, como hoy, un sonido idéntico, o, al menos, muy semejante, por cuanto en XXXLXIV, 12, 14, ya se encuentran rimando entre sí las formas verbales *fiz, quix* y *prix*, las dos últimas de las cuales a veces aparecen representadas con *s*, así como la primera con *x*, en varios pasajes.

Esas formas gráficas deben corresponder a las pronunciaciones *fixe, quixe, prixe,* con ensordecimiento de la palatal (formas anteriores: *fige, quige, prige).* Tal ensordecimiento, como se sabe, fue normal en las silbantes en gallego, en el período llamado gallego-portugués, o trovadoresco, y en Vázquez Cuesta-Mendes da Luz se da, por ejemplo:

> El ensordecimiento de las silbantes en gallego es muy antiguo; ya se registra en el siglo XIII y no puede de ningún modo atribuirse al influjo del castellano (1980, p. 98).

Ya sabemos que, durante el predominio gallego-portugués, se hicieron profundos y ligados los destinos diacrónicos de las silbantes y de las chincheantes. Resultan muy oportunas, por tanto, las siguientes palabras de la profesora Azevedo Maia:

> El uso del grafema *x* en formas en las que, de acuerdo con su respectiva etimología, esperaríamos una grafía de prepalatal sonora, no puede interpretarse sino cual manifestación, en los textos escritos, del fenómeno del ensordecimiento que, desde el siglo XIII, afecta a la lengua hablada de Galicia *(op. cit.,* p. 472).

La conclusión de la profesora Azevedo Maia, en lo que se refiere a la palatalización de las silbantes posvocálicas, es la siguiente:

> Las grafías gallego-portuguesas, anteriormente citadas, parecen autorizarnos a formular la hipótesis de que ya entonces [a partir del siglo XIII] se incubaba la sustitución de la pronunciación alveolar por la palatal, que se enraizaría al cabo en el portugués y que dejaría también vestigios concretos, si bien más o menos aislados, en Galicia *(ib.,* p. 464).

Pero esa incubación, por los datos que tenemos, debió producirse de manera muy lenta.

Serafim da Silva Neto, por ejempo, afirma que fue Verney, en su *Método verdadero de estudio,* de 1746, «el primero en observar que las palabras portuguesas gráficamente terminadas en *s* y en *z,* se pronuncian como *xé;* lo que significa que podemos datar esa evolución a finales del XVII, e incluso antes *(loc. cit.,* p. 40).

Afirmación que corrobora Teyssier (1980, p. 68).

Otro aspecto del problema radica en que, en extensas áreas de Brasil, aún en el presente, la *s* y la *z* posvocálicas son silbantes. De lo cual se desprende que esa pronunciación no ha podido llegarnos sino de Portugal. Parece razonable, pues, la afirmación de Teyssier:

> Otra hipótesis, acaso más verosímil, es la de que la *s* y la *z* habrían sido silbantes en un principio y sólo en épocas más tardías, comprendidas entre el siglo XVI y el primer testimonio de Verney, en 1746, se produjera el cambio *(ib.,* p. 69).

Quiere esto decir que en Portugal se constata perfectamente la evolución, originada en el norte, según la hipótesis de Azevedo Maia. Otra hipótesis, por el contrario, sostiene que la innovación se dio en dirección sur-norte. Y la expresada por el erudito Celso Cunha, en un artículo publicado en *Cultura Neolatina,* también citado por Azevedo Maia, es la que también recoge Teyssier en estas líneas:

> Una vez llegada desde el Sur la nueva forma, las hablas del Norte aparecieron como arcaicas y marginales *(ib.,* p. 70).

La razón estriba en que en los dialectos septentrionales, hasta nuestros días, se conserva la *s* silbante.

En lo que a Brasil se refiere, la cuestión radica en saber si se trata de una «importación» de la pronunciación portuguesa, en particular de Lisboa, o de una evolución independiente.

El profesor Silva Neto aventura la siguiente hipótesis:

> No podemos dejar de referirnos a un hecho histórico relevante, que se dio a comienzos del XIX, o sea, cuando la innovación ya se había extendido por todo Portugal. Se trata de la portuguesización que se produjo en Río de Janeiro a partir de 1807, con la llegada de la familia real. En pocos años, los cincuenta mil cariocas vieron llegar a casi veinticinco mil

portugueses, sumados a los quince mil de la corte, y cuya pronunciación serviría como modelo de cultura a seguir. Es más que probable que se halle ahí la causa de la innovación producida en la pronunciación de Río de Janeiro, si bien, y por desgracia, no podemos ofrecer documentación al respecto (*loc. cit.*, p. 41).

El profesor Teyssier da como buena la hipótesis y dice:

Ese chinchear carioca es, tal vez, consecuencia de la «relusitanización» de Río de Janeiro, acontecida cuando Joao VI instituyó en ella la capitalidad, en 1808. Como quiera que sea, hay en el presente dos pronunciaciones de *s* y de *z* en Brasil: la silbante, que es mayoritaria, y la chincheante que es característica de Río de Janeiro y que goza todavía del prestigio sociocultural de la antigua capital de la República.

La pronunciación chincheante de la *s* y de la *z* posvocálicas es, pues, una innovación tardía en Brasil y data de principios del siglo pasado. Como todo lleva a creer que el foco de irradiación se situara en Río de Janeiro, cobra importancia la hipótesis de la «relusitanización» expuesta por Silva Neto.

*Consonantes africadas*

Otro rasgo de la pronunciación carioca es la articulación africada de las dentales *t* y *d* cuando van seguidas de vocal palatal *i* (escrita tanto *i* como *e*), como en *tio, dia, leite, tarde,* que se pronuncian *txio, djia, leitxi.* Esas palatizaciones no se dan en las áreas del sur, como tampoco se dan en áreas del nordeste. Así, en *Análisis fonético y fonológico del habla paraibano,* de la profesora Maria do Socorro Silva de Aragao, en la relación que presenta de los fonemas el único consonantal con variantes es la *r* (1977, pp. 76-77). Igualmente, en *Atlas previo de las hablas bahianas,* orientado y coordinado por Nelson Rossi, mediante la transcripción fonética (extremadamente minuciosa) se verifica que la realización normal de las dentales *t* y *d* se da como fricativa y no como africada. Si bien la forma del sureste no sea desconocida en el nordeste, se verifica cuando la vocal palatinal precede y no sigue a la consonante dental, como en *oito, muito,* pronunciados *otxo, mutxo.*

*Epéntesis vocálica*

Tendencia generalizada, si bien combatida por los gramáticos, es la que lleva a intercalar una vocal epéntética para deshacer grupos consonantes impropios (esto es, no constituidos de *muta cum liquida)*. Es lo que podemos ejemplificar con pronunciaciones como *adevogado, pssicologia, peneu* (reducción de *penumático), insíguine, iguinorante,* etc. La destrucción del grupo consonantal repercute, incluso, en la Morfología; una pronunciación, como la de *indiguinar-se,* por ejemplo, lleva a una conjugación como *eu me indiguino, tu te indiguinas,* etc., donde la *i* pasa a tener existencia fonética con calidad de vocal tónica. Claro está, la Gramática no aproba estas formas. Pero de igual manera que aparece la incorrección, puede surgir una forma de hipercorrección: suprimir de la escritura una vocal de incontestable legitimidad. Es lo que viene a ocurrir con las cacografías: *etmologia* por *etimología, advinhar* por *adivinhar.*

El profesor Sousa da Silveira hace el siguiente comentario sobre este caso:

> En muchas vocales polisilábicas hay, además del acento tónico, acentos secundarios distribuidos de forma que cada sílaba con acento secundario sigue una átona, cayendo el acento tónico inmediatamente después de la última de esas sílabas átonas. Así que, señalando con «el acento tónico y con ' el acento secundario, se lee: *pa'-ra-li'-sa-ção», Pin'-da-nhanga»-ba.* De acuerdo con esa tendencia prosódica, a palavna *absolutamente* se dice *ab'-so-lu'-ta-men"-te.* Pero con la inserción habitual de una vocal entre la *b* y la *s,* el vocablo pasa a tener una sílaba a más y un acento secundario habrá de recaer sobre la vocal adventicia: *a-bi'-so-lu'-ta-men"-te* (1960, pp. 283-284).

Entre nosotros, la frecuencia de ese fenómeno ocurre por ser extraña a la pronuncia brasileña la existencia de sílaba trabada por una consonante oclusiva[9], que se transforma en sílaba abierta al intercalar una vocal.

*La crase de ata*

El brasileño no distingue, en su emisión de la voz, la pronunciación de la *a* como artículo de la *a* como preposición, ni la contracción de la

[9] Consideramos *implosiva* una suerte de consonante oclusiva; por eso evitamos emplear conceptos como «*s* implosiva».

preposición con otra *a*, generalmente artículo definido. Todos la pronuncian como simple *a*, con idéntico grado de abertura. Sin embargo, la pronunciación normal portuguesa distingue entre la *a* como artículo, la *â* como preposición, y la *à* resultado de la crasis *a*+*a*. Por tanto, si la *a* resultado de crasis recibe el acento *(à)*, eso no conducirá al portugués a confusiones ortográficas, pues en su pronunciación encuentra una manera segura de orientarse.

En Brasil, por el contrario, las cosas son muy diferentes. El niño brasileño debe acudir a una serie de reglas para distinguir bien la grafía de la *a*. Y si no lo aprende en el tiempo debido, cosa que ya no ocurre, infelizmente, de adulto cometerá una buena cantidad de incorrecciones. Actualmente, por lo que se ve en los medios universitarios, en redacciones de abogados, en originales de escritores, etc., se da lo que podríamos llamar una auténtica babel. Se cometen los errores más crasos. Incluso un docto profesor brasileño, el más representativo que tenemos en el campo de la Lingüística, se mostraba aburrido con la preocupación de los gramáticos en combatir tal error. Según su entender, lo que se estaba imponiendo era la norma gráfica portuguesa, de acuerdo con la prosodia lusitana, que, según su decir, en ese caso, va en contra de la brasileña. Llegó a calificar de «llena de coraje» la resolución de Alencar de acentuar siempre la preposición (lo que, empero, el escritor carense hizo sin ningún fundamento serio). Estas son las palabras del maestro brasileño:

> Los errores de crasis son frecuentes en la lengua escrita brasileña. El profesorado mantiene, contra ellos, una lucha incesante y vana, pues hasta los mejores alumnos dan en cometerlos. Hay toda una literatura didáctica sobre el asunto, donde las reglas elaboradas no dejan de ser orientaciones para el que las escribe. La corrección sólo se da de manera precaria y con un esfuerzo constante por parte del hombre común (1972, p. 86; el artículo es el de 1965).

La postura de Cámara Júnior nos parece algo pesimista, al menos en lo que expresa en la cita anterior. De hecho, sobre el error llamado «de crasis», como suele acontecer con los asuntos de orden gramatical, surgen los «doctrinarios» que tratan de enseñar lo que no saben. Cuando en realidad son los que conocen la cuestión quienes deben ejercer el magisterio. En nuestro caso, el asunto deja de ser un problema de simple dicción para convertirse en un problema gramatical, en tanto que afecta a la realidad sintática del discurso, que, por cierto, es la misma tanto en

Brasil como en Portugal, cosa que, por lo demás, nada de misterioso tiene... Si nos entregamos a la tarea, veremos cómo en breve los alumnos ponen correctamente el acento para establecer la conveniente diferencia.

*Las vocales nasalizadas*

Rasgo común de la pronunciación brasileña, ya apuntado, pero que es conveniente recordar, es el de la nasalización de una vocal en contacto con una consonante nasal *(m, n, nh): gõma, colõnia, vẽnia, sãnha,* etc. Excepción conocida es la que se verifica en ciertos puntos del estado de São Paulo (como en São Paulo Capital y en Santos), donde la nasalización no se da: *hómem, quilómetro...* El caipira, por ejemplo, pronuncia *óme* (homem) y no *õmẽi* (Amaral, 1920, p. 152). Esa nasalización brasileña ha sido una piedra en el camino de los acuerdos ortográficos, pues los portugueses acentúan la tónica con acento agudo (António) y los brasileños con acento circunflejo (Antônio).

*Un rasgo de la pronunciación caipira*

Trazo, regional de pronunciación característica es la de las palatales *xê* y *jê,* que en el habla caipira se articulan como africadas. Es lo que nos enseña Amadeu Amaral:

> *Ch* y *j* son *explosivas,* como aún se conservan entre el pueblo de ciertas regiones de Portugal, en el inglés *(chief, majesty)* y en el italiano *(cielo, genere)* (Amaral, *op. cit.*, p. 22).

Ada Natal Rodrigues, estudiando el dialecto caipira de la región de Piracicaba, registró la pronunciación *txapéu* junto a *xápeu* para *chapéu,* así como *janela* y *djanela* para *janéla* (1974, p. 159). La alternativa es, evidentemente, fruto de la escuela y de la convivencia entre personas cultas.

Tales africadas ya existían en el portugués arcaico. La *dj* desapareció, pues no se documenta ya en el siglo XVI. La *tx* perduró y hoy sobrevive en zonas dialectales del norte de Portugal. También se conserva en gallego. La primera explicación que se dio al asunto del dialecto caipira fue la de considerarlo un arcaísmo lusitano. Contra tal interpretación, sin em-

bargo, se alzó la voz de Silva Neto, en un artículo que forma parte de su libro *Lingua, Cultura y Civilización,* titulado «Un rasgo de la pronunciación caipira». Puso el profesor Silva Neto las siguientes premisas para su estudio: a) interpretación del origen de la africada *tx* y de su inseparable *dj;* b) delimitación geográfica del área brasileña en donde se verifica el fenómeno; c) fijación histórica de su base humana.

El ítem a) se contrapone a la tesis del conservadurismo lusitano, porque la africada *dj* no existía en los inicios de la colonización y porque la africada *tx* se restringía, en uso, al norte de Portugal, lo que llevaría a admitir, eso sí, que en el área brasileña de la tx hubiese superioridad numérica de colonizadores del norte de Portugal, lo que está lejos de haber sido comprobado.

El ítem b) localiza el fenómeno en el interior de São Paulo y en regiones adyacentes a Minas Gerais, Goiás y Mato Grosso y el ítem c) da como base humana al caipira.

El caipira es el descendiente y continuador del mameluco, esto es, mestizo de blanco y de india. Antes de acceder a su dialecto, sin duda debió pasar por un período de bilingüismo, en el cual pudieron cohabitar hablas indígenas (tupi, guaraní, caingangue) con la lengua portuguesa. Ahora bien, del sistema consonántico de esas hablas indígenas formaban parte, igualmente, *dj* y *tx.* Batista Caetano registró en la lengua de los indios del interior de São Paulo el fonema *tx.* Curt Nimuendaju detectó, en un grupo indígena guaraní, los fonemas *tx* y *dj.* Ursula Wiessemann y el citado Nimuendaju encontraron en el caingangue, lengua hablada por indios del interior de São Paulo en el siglo XVI y diferente del guaraní, el fonema *tx.* Basándose en esos datos el profesor Serafim da Silva Neto llega a la siguiente conclusión:

> Si admitiéramos que el guaraní y el caingangue tenían las africadas *tx* y *dj* en los siglos XVI y XVII (lo que es más que probable), fácilmente se comprenderá que con ellas interpretarían la *s* y la *z* de los colonos portugueses, (...) (1960, p. 90).

La *tx* y la *dj* del habla caipira serían, pues, ejemplos de interferencia de las lenguas indígenas en el portugués de la región y no conservadurismos lusitanos. Esta explicación me parece más apropiada.

*La entonación*

En lo que se refiere a la entonación, la observación preliminar es la de que, a despecho de las diferencias que se dan en el propio territorio brasileño[10], se opone, en conjunto, a la portuguesa. Un brasileño de cualquier región del país se distingue de lejos por su forma de hablar, tanto si se trata de un hombre culto como si no, de un portugués. Es bien conocida la afirmación de Fernao de Oliveira (1536) de que «nosotros hablamos con mucho reposo, como hombres asentados». Sin embargo, no es ésa la impresión que da el habla de nuestros hermanos portugueses; nos parece, por el contrario, veloz, áspera, sincopada. Nuestra pronunciación, sin embargo, es para los portugueses lenta, arrastrada, como dice Leite de Vasconcelos. O, para usar una expresión de Eça de Queirós, que se hizo célebre, «portugués con azúcar». Eso nos lleva a la conclusión de que la entonación y el ritmo de la frase brasileña se encuentran más próximos a la elocuencia del mil quinientos que a la del portugués actual. Por ello dice Silva Nieto que la pronunciación carioca culta se basa en el sistema fonético antiguo (1960, p. 31).

La razón estriba en que la evolución del portugués «quinhentista» en tierras americanas fue distinta a la que se dio en tierras europeas, sobre todo en lo que a las vocales átonas se refiere. En Portugal se tendió a un apagamiento de las mismas, al punto de surgir una variante átona de la *e,* como en francés, desconocida en Brasil; en el portugués americano esas vocales se pronuncian rotundamente, lo que les confiere mayor nitidez, tal y como acontece con las átonas españolas.

Creemos que, en ese particular, referido a la entonación, debió de ser más profunda, entre nosotros, la influencia indígena que la africana, si bien bajo la forma de las «hablas criollas». Así y todo, el nordeste sí tiene un influjo africano mayor, debido a la convivencia con los negros que allí se dio, mucho más estrecha. Gilberto Freyre lo expresa con su acostumbrado buen hacer en *Sobrados y Mocambos:*

> Hasta el presente, los miembros de ciertas familias ilustres del ingenio de la hacienda dejábanse identificar por vicios de pronunciación muy particulares, que se les pegaran de los negros que tenían por criados en

[10] «La entonación carioca difiere bastante de otras regiones de Brasil, sobre todo de las del nordeste de Minas Gerais, de São Paulo y de Santa Catalina» (Silva Neto, 1960, p. 30).

sus casas. En nuestra zona se particularizó en el habla una acentuación de voz especial, casi siempre morosa, arrastrada y tierna. El habla de los Wanderley de Serinhaém y de Río Formoso. Un modo de hablar cadencioso y sonoliento, según hizo notar el padre Lopes Gama, a propósito de la lengua bordalenga de muchas de nuestras gentes. Y no sólo entre los gañanes, sino también entre las gentes de linaje (1985, I, p. 78).

## Morfología

### *Algunas particularidades*

De la Morfología, ciudadela del lenguaje, poco hay que decir. Las flexiones nominales y verbales son las mismas y se usan concretamente, esto es, según el modo establecido por la Gramática portuguesa. Consideremos, sin embargo, algunas particularidades.

Los brasileños están considerados como propensos al uso y al abuso de los diminutivos. A nuestro entender, sin embargo, se trata simplemente de un uso afectivo del lenguaje, común a todos los pueblos. Es costumbre citar ejemplos diminutivos fuera de la flexión sustantiva: *agorinha, rapidinho, certinho, loguinho, nadinha, tudinho, domindinho.*[11].

En la formación de los diminutivos damos preferencia al sufijo *inho,* y Nascentes, un tanto radicalmente, afirma que *ito* e *ita* jamás son usados por los brasileños (1933, p. 255). Así, entre *narizinho* y *narizito,* diremos la primera forma, que es más brasileña que la segunda, puramente portuguesa. De igual manera, entre *pintinho* y *pintainho,* diminutivos de *pinto,* la primera forma es la que se da en Brasil y la segunda la que se da en Portugal.

El sufijo que conforma los superlativos más comunes en ambos países es *íssimo.* Así y todo, el sufijo *rimo* en la forma metanalítica *érrimo,* por menos común, se está generalizando como valor superlativo. Rodrigues Lapa señala al respecto que «no es de extrañar que las formas en *érrimo,* por lo que tienen de cultistas y malsonantes, sirvan para fines humorísticos» (1968, p. 117).

Se da en formaciones como *infamérrimo, chiquérrimo (chiquíssimo* casi

[11] La profesora de la Universidad de São Paulo Nilce Sant'Anna Martins dice en su *Introducción a la Estilística,* página 14, lo siguiente: «Los diminutivos con formas verbales son poco usuales; al margen de *chuviscandinho* («lloviznandito»), tienen, si se usan, un tono artificial.»

no se oye), *elegantérrimo, inteligentérrimo,* todas de tema en la *e,* excepción es el caso de *bacanérrimo,* que viene de *bacana.*

El comparativo usual de *pequeno* es *menor* (como de *grande, mayor*), al tiempo que en Portugal se prefiere decir *mais pequeno.*

De entre los numerales, sobresalen en Brasil las formas *dezesseis, dezessete, dezoito, dezenove,* a diferencia de las formas portuguesas que son *dezasseis, dezassete, dezóito, dezanove,* que en Brasil son de uso popular, con excepción, creo, de *dezóito.* Incluso en el dialecto caipira registra Amaral *dezóito.*

En lo que se refiere a los pronombres, digamos que en la lengua hablada (también en la escrita) van desapareciendo paulatinamente las combinaciones de dos formas átonas de pronombres personales, como *mo, to, no-lo, vo-lo,* lo que se debe al poco uso que se da en nosotros de las formas acusativas *o, lo, no.* Así, un brasileño jamás dirá coloquialmente *«onde está o livro? Dê-mo»,* sino *«onde está o livro? Me dá ele».* De ahí que esta frase de Alexandre Herculano, puesta en boca del maestro Afonso Domingues y constante en antologías: *«Se dizeis isso pela que me destes, tirai-ma, que não vo-la pedi eu.»* Frase repetida por los estudiantes con cierta sorpresa y admiración.

Ese desvaimiento de las formas pronominales oblicuas *o, lo, no,* llevó a una reorganización del sistema de los pronombres personales complementarios de la tercera persona. Esos pronombres pueden referirse tanto a la persona con la que se habla *(eu o vi = eu vi a você),* como a la persona de la que se habla *(eu o vi = eu o vi a ele).* El sistema coloquial brasileño deshace el doble sentido: para las personas de quienes se habla, se acude a la forma *ele, ela,* que readquiere, por así decirlo, un valor demostrativo: *eu vi ele = eu vi a ele.* Nótese que *lhe* puede referirse, igualmente, a la persona de la que se habla, normalmente en su función de objeto indirecto: *«Pedro veio cobrar-me o débito; mas eu não lhe di o dinheiro.»*

Para las personas con quienes se habla ocurre la forma *lhe* en función de objeto directo: *En lhe vi = eu vi você.*

Como valor reflexivo, se utiliza normalmente *se:* «Pedro feriu-se.» La extensión del pronombre *se* a otras personas del discurso es, sin embargo, plebeyismo: *«Eu se feri.»*

En la conjugación verbal, Nascentes observa que, en los verbos en *iar,* los brasileños prefieren la forma regular *(alumio, negocio)* y los portugueses la irregular en *ei (alumeio, negoceio).* Marroquim da como formas populares del nordeste *copeio, vadeio, alumeio, vareio,* de *copiar, vadiar, alu-*

*miar, variar* (1934, p. 124). En Brasil debe incluirse en este grupo el verbo *mobiliar,* que en Portugal es *mobilar.*

De *aceitar* formamos el participio pasado *aceito,* mientras en Portugal es *aceite.*

La formación de las palabras sigue el mismo proceso. Aún no usamos brasileños y portugueses los mismos sufijos para la formación de las palabras, ni para formaciones semánticas idénticas.

Así se crearon en Brasil gentilicios con el sufijo *ista,* lo que no se da en Portugal: *paulista, santista, campista, sulista, nortista* (en Portugal: *nortenho* o *norteiro*). Tenemos, igualmente, *bolsista, banhista,* y en Portugal es *bolseiro, banheiro.* Lo que en Brasil es *fichário* en Portugal es *ficheiro. Bilheteria,* «lugar donde se expenden billetes», en Portugal es *bilheteira.* Los partidarios de la monarquía en Brasil son *monarquistas* y en Portugal *monárquicos.*

Como se ve, no hay demasiado que decir en lo que a la Morfología se refiere.

## La sintaxis

### *Sínclisis pronominal*

Varios aspectos de la sintaxis brasileña han sido analizados ya a lo largo de este trabajo. Trataremos aquí de sistematizarlos:

1. Colocación de los pronombres personales átonos, complementos verbales.

Es la vieja cuestión de la sínclisis pronominal, según la cual esos pronombres pueden preceder al verbo (próclisis), seguirlo (énclisis) o aparecer intercalados (mesóclise). Han sido muchas las reglas establecidas para regular la fijación, algunas de las cuales fueron muy sesudas. Pero formuladas para el portugués de Portugal no se adaptaron a la realidad del uso brasileño. Los profesores Silva Ramos y, más tarde, Said Alí, procuraron demostrar que la diversidad de la ubicación de las partículas pronominales en la frase dependía del ritmo propio de cada lengua. Así, la tonicidad o semitonicidad de esas partículas en el portugués de Brasil les permitía una autonomía mayor para su ubicación en el enunciado. Pasada la tormenta y reconocida la legitimidad de la diferencia brasileña, se hicieron algunas reglas que vamos a resumir:

a) No se da inicio por una variación pronominal.

Tal regla no se observa, sin embargo, en el habla coloquial, sea tensa o distendida, normalmente, por ningún brasileño. En la escritura sí, cuando se trata de una redacción culta, así como en la lengua oral oficializada (conferencias, sermones, discursos parlamentarios, mensajes, documentos de carácter oficial, didactismo científico, etc.). En la expresión literaria, la colocación goza de las prerrogativas inherentes a la actividad artística.

b) No se ha de hacer uso de la énclisis ni con los futuros (de presente, de pretérito y de subjuntivo) ni con los participios pasados. Por tanto, es prueba de grave ignorancia gramatical decir o escribir cosas como *louvarei-te, louvaria-te, se eu louvar-te,* etc.

c) En las frases negativas de verbo finito, la regla es la obediencia a la próclisis.

Por tanto, *não me toques, nem se mexeu, ninguém se freriu...* Cualquier infracción a esa regla, en la expresión literaria, es juzgada caso de estilo.

d) En las oraciones optativas la regla es la próclisis.

Es lo que observamos en expresiones de exclamación como *Deus o favoreça!, Que a terra lhe seja breve!, Diabos o carreguem! Macacos me mordam!*

e) En las oraciones subordinadas conjuncionales o relativas al verbo, en indicativo, se tolera la énclisis.

Es el caso de *o menimo que feriu-se, percebeu que a nau afastava-se,* y construcciones semejantes. Esta tolerancia fue una victoria de los escritores románticos, con Alencar al frente. El novelista cearense recibió duras críticas por permitirse semejantes «deslices»... Y aún en el presente hay quienes no aceptan en Portugal tal sintaxis.

f) En las locuciones verbales la partícula pronominal puede usarse proclítica al verbo principal.

Quiere esto decir que en Brasil se admiten las siguientes construcciones: *A conversa se foi fazendo monótona, A conversa foi-se fazendo, A conversa foi se fazendo, A conversa foi fazendo-se...* O sea, próclisis en el auxiliar, en el principal, y, también, énclisis en el principal. La tercera situación, próclisis en el principal, es usual en Brasil pero no se admite como buena en Portugal.

La mesóclisis sólo es posible en aquellas concurrencias en que sería admitida la énclisis, pues, en realidad, lo que tenemos es una énclisis en la forma infinitiva del verbo; esto es: *amar-te-ei,* o sea, *amar-te ei;* o también *amar-te hei,* como llegó a propugnar Gonçalves Viana. La colocación mesoclítica es una particularidad arcaizante de la lengua portuguesa.

También la conoció el español, si bien comenzó a perderla ya en el XVII (Menéndez Pidal, 1968, p. 324).

En la lengua coloquial brasileña, tensa o distendida, no hay mesóclisis que valga. Pero a encontramos en el estilo formal, oral o escrito, no es frecuente. Parece una forma, pues, llamada a desaparecer.

*Casos sueltos.*

2. *Ter* por *Haver.*

El empleo del verbo *ter* en el sentido de «existir», propio del *haver.* Ejemplo: *«Tem muita gente procurando emprego»* por *«Há muita gente...».* Como sabemos, *habere,* que significa «ter» (tener) en el latín clásico, pasó a usurpar el sentido absoluto de *esse* en el latín vulgar y acabó por sucederlo: en el portugués *haver,* en el español haber, en el francés *y avoir* (pero en italiano, sin embargo, *esserci).* El proceso psicológico fue el mismo.

Tal empleo es normal en el coloquial distendido y frecuente en el tenso.

3. Uso de *Em* por *a.*

La preposición *em* (en) debe explicar «estado, reposo» y la preposición *a,* «movimiento, acción». Sin embargo, en portugués brasileño, en habla coloquial, se utiliza de común *em* en vez de *a: vou no colégio, fui no cinema, chegar na rua,* etc. Ese uso viene siendo condenado desde hace tiempo por los gramáticos y acaso por ello no haya ganado aún «derecho de ciudadanía». Pero, en ciertos casos, y entre nosotros, resulta ineludible, como se da con el sustantivo *casa,* en el sentido de «propio lar». Difícilmente un brasileño, a no ser un purista, dirá *fui a casa apanhar un guarda-chuva,* por ejemplo, y sí *fui em casa.* Con el verbo *chegar,* la regla general es: *chegou em casa tremendo de frio.*

El fenómeno nada tiene que ver, históricamente, con la sintaxis propia a la preposición latina *in.* Lo que se da es una suerte de anticipación psicológica entre la acción de ir y el instante de llegar, hecho al que no es ajeno, por lo demás, el lenguaje canónico. Así, tenemos expresiones como *saltar em terra, pular de galho en galho, cair no chão.*

Los portugueses, sin embargo, utilizan siempre la preposición *a* y *ja más* la forma *em.* Renato Mendonça transcribe una buena cantidad de formas buscadas en el *Diccionario Brasileño,* de Macedo Soares, del cual extraemos los siguientes ejemplos (la primera forma es portuguesa y la segunda brasileña): *de grão a grão/de grão em grão; estar a janela/estar no janela; uma vez ao ano/uma vez no ano* (1936, pp. 257-259).

4. Formas de tratamiento.

El tratamiento de intimidad en Brasil se hace con el pronombre *você* y en Portugal con el pronombre *tu.* El pronombre *você* lleva el verbo en tercera persona del singular y *tu,* obviamente, en la segunda persona. Ahora bien, en Brasil, la flexión de la segunda persona del singular se confunde, prácticamente, con la de la tercera, en virtud de la pérdida de la desinencia personal propia de la semicriollización del período colonial que, en ciertos casos, se estableció en la lengua familiar. En el pretérito perfecto de indicativo, por ello, esa segunda persona posee flexión exclusiva: *ste.* Si se conservó, como acontece en el sur del país, puede entonces darse también el uso de *tu,* cual ocurre en Río Grande del Sur[12]. Pero el tratamiento más general es el de *você,* al que deben corresponder, por ende, las formas llamadas oblicuas *o lo no se lhe* y los posesivos *seu, sua, seus, suas.* Como ya se dijo, además, las formas oblicuas del acusativo, *o lo no,* son de uso común en el habla corriente, de manera que pasan a ser sustituidas por el oblicuo dativo *lhe,* o por el propio pronombre de tratamiento. De ahí que digamos: «eu *lhe* vi» (lo que la gramática repudia) y también «eu vi *você*». Otra solución consiste en el empleo de la segunda persona con la variación *te:* «Você não sabe quanto *te* quero.» En lo que al posesivo se refiere, también se da con frecuencia en uso de *teu,* por *seu,* que sería la forma correcta. Por ejemplo: «Você e teu irmão são muito parecidos». Es probable que la coma de la mixtura se encuentre en la ambigüedad sintáctica de *seu,* que puede referirse tanto a la persona con la que se habla como a la persona de la que se habla, lo que los antiguos procuraban distinguir poniendo *dele/dela,* cuando se trataba de un tercero. Pero el recurso al posesivo *teu* también resuelve la cuestión.

Tenemos, pues, que en el portugués brasileño y coloquial se creó un arquimorfema de tratamiento *tu/você* con las consecuentes repercusiones de orden sintáctico ya señaladas. Quiere esto decir que se neutralizó el problema en favor de la forma pronominal *você.* Sin más.

5. *Estar* más un gerundio, por *estar* más *a* con infinitivo.

Es conocido el contraste entre la construcción brasileña «o menino está brincando» y la portuguesa «o menino está a brincar». Sin embargo, ni en Portugal se desconoce esa construcción brasileña ni en Brasil la portuguesa. Únicamente las distingue la frecuencia en su utilización.

La verdad es que se trata de una forma perifrástica, llamada «pro-

[12] Otros añaden el Maranhao.

gresiva», lo que admite otros auxiliares además de *estar: ir* (vai correndo *o* a correr), *vir* (vem correndo *o* a correr), *andar* (anda reclamando *o* reclamar), *ficar* (ficar espiando *o* a espiar)... Desde una perspectiva más amplia, los ejemplos se multiplican en el portugués antiguo. En *La Quimera de la lengua brasileña,* Joao Leda presenta varios ejemplos de Diogo do Couto, Amador Arrais, Joao de Barros, Francisco Manuel de Melo, Antonio Vieira, Castelo Branco, Herculano y Garrett (1939, pp. 122-123). Una vez más, nosotros, los brasileños, es que somos los conservadores.

6. *Llamar.*

En el portugués europeo, la sintaxis actual es *chamei-lhe tolo,* o *chamei-o tolo.* En Brasil, a esas dos construcciones (la primera prácticamente no se da, es lo cierto), se añade una tercera: *chamei-o de tolo.* Puede considerarse tal empleo un rasgo de auténtica sintaxis brasileña, tanto coloquial como no; lo que no se puede es tenerla por un «brasileñismo», o sea, como creación del portugués americano.

Julio Moreira, en sus *Estudios de la Lengua portuguesa,* dice lo siguiente:

> El verbo capitular[13], en su acepción de *clasificador,* exige siempre la preposición *de.* Lo mismo acontece las más de las veces en *qualificar.* El verbo *chamar,* por tanto, no se halla en el presente en construcciones de cualesquiera especie, sean populares, sean cultas. Pero sí hubo un tiempo en el que se daban, como lo demuestra Gil Vicente, vol. II, p. 435 (1922, I, p. 147).

Viene a renglón una estrofa de Gil Vicente, en la que aparece este verso dado como ejemplo: «Que te *chame de* ratinha.»

Por su parte, en *Sintaxis de la preposición DE,* enseña el maestro Sousa da Silveira:

> Incluso en esta categoría [la de los verbos calificativos] el empleo de la preposición *de* rigiendo el predicativo del verbo *chamar* cuando significa *apellidar, dar un nombre a alguien o a cualquier cosa,* es una forma sintáctica que se usó en la antigua lengua portuguesa y que en el presente es de uso común en Brasil (1951, p. 61).

Uno de los ejemplos que aporta Sousa da Silveira pertenece a Rui Barbosa, tenido en tiempos por el más acérrimo detractor del llamado «dia-

[13] Lo mismo puede decirse de los verbos sinónimos, como *apelidar, apodar, alcunhar, acoimar.*

lecto brasileño». Éste es: «Não *chamemos jamais de inimigos* da pátria aos nossos contendores.»

Una vez más fuimos nosotros los conservadores.

7. *Mais* por *ja* (más por ya).

Parece que el primero en llamar la atención sobre el asunto fue Julio Moreira, en su obra anteriormente citada, cuando dice lo siguiente:

> En las oraciones negativas en que nosotros empleamos el adverbio *já,* como en «já ñão chove», el dialecto brasileño sustituye esa palabra por el adverbio *mais,* diciendo «nao chove mais», como en francés se dice «il ne pleut plus» (*op. cit.,* I, p. 155).

La forma genérica por la cual se expresa el filólogo portugués dio paso a varias respuestas negativas contra ella. Infundadas, sin embargo, dice Gladstone Chaves de Melo, que así cuenta lo que le dijera el profesor Sousa da Sileira:

> *Já* se emplea negativamente, en Portugal, cuando significa una cosa que dejó de existir, de darse, que cesó, que se interrumpió... «Já não chove», o sea, dejó de llover, pasó la lluvia... *Mais* aparece también como forma de negación de Portugal, con valor de *nunca mais:* «Ele fechou os olhos para não os abrir mais», que es igual a «para não os abrir *nunca mais*» (1972, p. 85).

Chaves de Melo tiene dudas, sin embargo, a propósito de este segundo empleo; no cree que sea un brasileñismo. «Me inclino a pensar», dice, «que fuera un empleo dado en ciertas zonas de Portugal, y que se transplantara a Brasil, donde se generalizó su uso» (*ib.,* p. 85).

Realmente, la frontera entre los dos empleos es equívoca. Nótese que ambos son comunes a frases negativas. Los ejemplos franceses e italianos que Chaves de Melo trae a colación demuestran bien a las claras que los adverbios *mais, plus, più,* pueden adquirir fácilmente un sentido de «cese de estado» en frases negativas. Por tanto, si es un fenómeno extendido en el portugués brasileño, mañana podrá serlo en la lengua común portuguesa.

# XII

# LAS LENGUAS DE LOS INMIGRANTES

## Alemanes

### *Comienzos de la inmigración*

Hemos reiterado que el estudio de la interrelación lingüística luso-tupi y luso-africana aún está por hacer. Más precarias aún han sido las investigaciones en el campo de los contactos entre el portugués de Brasil y las lenguas de los inmigrantes, muy numerosos, venidos en busca de mejores condiciones de vida.

Se puede datar el inicio de la inmigración en Brasil en 1818, ya en el final de la presencia colonial, reinando don Joao VI. Se creó entonces, en la hacienda de Morro Quemado, una colonia de suizos católicos, en el estado de Río de Janeiro, procedentes del cantón de Friburgo (Vianna, 1970, I, pp. 174-175). Friburgo (o Nueva Friburgo) es hoy una de las ciudades serranas más prósperas del estado fluminense.

Después de los suizos llegaron, en mayor número, los alemanes, cuando Brasil ya era independiente, bajo el reinado de don Pedro I. La emperatriz doña Leopoldina, de origen austríaco, propició el incremento de la inmigración alemana. Dice Emilio Willems que «el poblamiento sistemático del Brasil meridional con inmigrantes germanos se inició en 1824» (1980, p. 28). Fue en ese año cuando se fundó, en el estado de Río Grande del Sur, la colonia de San Leopoldo, a la vera del río dos Sinos, que con el paso del tiempo se transformaría en uno de los centros vitales del estado.

En la parte meridional de Brasil fue en donde mejor hábitat hallaron los recién llegados. Son de Manuel Diegues Júnior y de Maria Madalena Diegues Quintela las siguientes palabras:

> Desde su arribada a Brasil, como suizos alemanes, a la colonia de Nueva Friburgo, justo hace ciento cincuenta años (en 1818) y su posterior permanencia y empresas en la Colonia de San Leopoldo, en 1824, la presencia alemana en Brasil se dejó sentir en varios aspectos, con mayor o menor profundidad, y, sobre todo, en zonas como Ilhéus, Recife, Sur del país y otras. En el Nordeste, o sea, en Bahía y en Pernambuco, la experiencia se malogró; mas en el Sur fue rica, expandiéndose después hasta Santa Catalina, sobre todo a partir de 1848 y luego a Paraná, a partir de 1853 (en *Coloquio,* 1974, p. 556).

Hay que añadir a ello la colonización de la región serrana de Espíritu Santo, que quedó aislada. Ese núcleo sirvió de tema para *Canaã,* del escritor maranhense Graça Aranha, su obra de ficción más lograda. Graça Aranha sería uno de los más ardientes defensores del Modernismo y llegó a abandonar la Academia Brasileña de las Letras, en memorable y ruidosa sesión, gritando «¡muera la Academia!».

Otras localizaciones importantes de la colonización alemana en Río Grande del Sur fueron las siguientes: Santa Cruz, considerada colonia modélica; Santo Ángel, en el curso superior del río Jacuí; Nueva Petrópolis, al pie de la sierra... La región serrana propiamente dicha tuvo como punto de mayor influjo extranjero Ijuí, fundada en 1890. Como se ve, y es lógico, la colonización partió del litoral y a los pocos meses fue adentrándose en el interior.

En Santa Catalina, la principal zona de colonización fue la del valle de Itajaí, iniciada en 1836. A lo largo de Itajaí-Açu, el poblamiento llegó hasta Hamônia y Río del Sur y, a la par que el de Itajaí-Mirim, se funda en 1860 el importantísimo núcleo de Brusque. Próximo al litoral se alza por las mismas fechas el avanzado centro de Joinville. En dirección sur, la colonización llegó hasta los valles de los ríos Peixe y Tubarao.

En Paraná, la primera hornada de inmigrantes llega en 1829, a Río Negro. Entre 1877 y 1878 vinieron los ruso-teutones del Volga. La inmigración continuó hasta comienzos de siglo y alcanzó el norte del estado[1].

En cuanto a su procedencia, hay que decir que la mayor parte venía de la Alemania septentrional (Pomerania, Sajonia, Westfalia) y occidental (Renania, Palatinado, Hesse), regiones todas ellas de mayoría protes-

[1] Informaciones recopiladas en Willems, Emilio, *La culturización de los alemanes en Brasil,* p. 42 y siguientes.

tante. Mas había entre los inmigrantes también una minoría católica, oriunda del sur y de Austria. Junto a los nueve mil ochocientos ochenta y dos alemanes, refiere E. Willems, había mil seiscientos cuarenta y nueve austríacos, tres mil novecientos once rusos y trescientos un polacos, casi todos de lengua germánica (*op. cit.*, p. 39). Eso en los inicios de la colonización. Con la llegada de nuevos contingentes y con la procreación natural de las familias, el número de teutones brasileños en los estados sureños creció en gran medida. En Santa Catalina, la ciudad de Blumenau[2], de clara influencia alemana, es, aún en el presente, de las más importantes del estado. A pocos kilómetros de distancia se halla Pomerode, de origen alemán hasta en su nombre, de la que ya hablaremos.

Desde el punto de vista social, Willems distingue dos categorías: la de los campesinos y la de los habitantes de ciudades.

*Composición social*

El campesino era, casi siempre, un sujeto rudo, de cultura transmitida *(folk-culture)* y no adquirida a través de la escolarización. Vivía de la tierra y para la tierra, apegado a su entorno natal, del que se enorgullecía. «El rigor de las tradiciones, lo inflexible de las costumbres, consecuencia del aislamiento, determinaron la relativa estrechez de sus horizontes culturales», dice Willems (*op. cit.*, p. 30). Y en la misma página añade:

> Que la escuela es una realidad mucho más reciente en gran parte de nuestras aldeas germánicas, se verifica, por ejemplo, en Santa Catalina, pues entre los colonos llegados entre 1860 y 1861 había muchos analfabetos.

En lo que se refiere al urbanista, no le encuentra Williems caracteres definidos. Así, observa lo siguiente:

> El emigrante urbanista representa a clases sociales dispersas. No son solamente proletarios, sino también pequeños burgueses en proceso de proletarización, por lo demás, burgueses liberales que ya habían participado de luchas políticas. En suma, casi todas las clases sociales, si bien en proporciones desiguales, compusieron el contingente de inmigrantes, aportando una heterogeneidad cultural a Brasil (*ib.*, p. 32).

[2] El nombre fue dado en homenaje a su fundador, el doctor Blumenau.

En su estudio acerca de la culturización en Brasil de los inmigrantes de origen alemán[3], Achim Schrader también distingue entre la inmigración de origen rural y la de origen urbano. Asegura que fueron los primeros los más refractarios a la culturización, en virtud de su fijación a los *mores* patrios:

> Está probado que los colonos abandonaron las áreas que originalmente les fueron destinadas en las proximidades de los núcleos portugueses, retirándose a la soledad de los valles y de los montes para así substraerse a la necesaria comunicación con los brasileños (Schrader, 1974, p. 20).

Tal fue el motivo de que esos grupos se mostraran receptivos a la propaganda nacional-socialista, de la que resultó la guerra hitleriana, tan perjudicial para las relaciones culturales germano-brasileñas... Sin embargo, los inmigrantes que venían de ciudades no prestaron atención alguna a la propaganda nazi; en buena parte ya eran comerciantes e industriales perfectamente ambientados en el país.

El Gobierno brasileño, como cuenta Achim Schrader, tuvo que adoptar medidas enérgicas:

> Como reacción ante las actividades nacional-socialistas, el Gobierno de Vargas consiguió impedir, por completo, el uso de la lengua alemana en público. Las escuelas de la colonia fueron nacionalizadas mediante la imposición de que su director fuese brasileño. Se prohibió cantar y rezar en alemán en las iglesias; las numerosas asociaciones de estudiantes, en las que se usaba el alemán, fueron obligadas a tener al portugués por lengua oficial y muchas de ellas, ante el decreto, decidieron disolverse (*loc. cit.*, p. 23).

Ya con la derrota de Hitler, y con una mayor aclimatación a Brasil, las cosas volvieron a su cauce anterior; esto es, a la normalidad.

*Cantidad de inmigrantes*

En relación al número de inmigrantes llegados en el período que contemplamos, los datos son pocos. Basándonos en las informaciones de que disponemos, E. Willems llegó a la siguiente conclusión:

[3] Artículo inserto en las *Actas del II Coloquio de Estudios Teutones-Brasileños,* publicado en Recife en 1968.

> Sumando todos los inmigrantes de lengua alemana llegados en los cincuenta años que van de 1886 a 1939, llegamos, en la mejor de las hipótesis, a los doscientos ochenta mil individuos, total que representa un poco menos del 7% de los cuatro millones noventa y siete mil setecientos ochenta y tres que Brasil recibió en los referidos cincuenta años (*op. cit.*, p. 41).

Incluida también la descendencia teutona, el número subiría bastante, oscilando entre los setecientos mil y el millón ciento cincuenta mil, aproximadamente. Willems hace la siguiente distribución por estados:

| | |
|---|---|
| Río Grande del Sur | 650.000 |
| Santa Catalina | 250.000 |
| Paraná | 100.000 |
| São Paulo, Espíritu Santo y otros estados | 150.000 |

*El contacto entre las lenguas. La fonética*

En ese cuadro socio-cultural fue donde se dio, y aún se da, el contacto entre las lenguas.

Aquí también será el antropólogo Emilio Willems nuestra mayor fuente de información. Sus investigaciones, particularmente las llevadas a cabo en el valle de Itajaí, tienen un valor de generalización. El alemán inmigrado, por circunstancias de orden práctico, va poco a poco integrándose en la comunidad brasileña. El portugués, lengua de la administración política, de la empresa, de la escuela y de la Universidad, es el idioma que goza de prestigio real y el que tiene alcance superior. El apego a la lengua y a la mentalidad alemana queda, paradójicamente, adscrito, por un lado, a grupos de intelectuales, y por otro a los campesinos y a los inmigrantes llegados recientemente. Estas observaciones del antropólogo Willems se refieren, claro está, a otro tiempo; en el presente, el influjo de los medios de comunicación (prensa, radio y televisión), que se expresan en portugués, ha limado las distancias. La retransmisión de los grandes acontecimientos (fútbol, corridas de toros, tenis, baloncesto, etc.) se hace en portugués y en esa lengua vibran o se entristecen los espectadores. No hay escapatoria.

El proceso de cultivo lingüístico se produce en tres fases. En la primera, el grupo inmigrante, que sólo conoce su lengua de origen, hace

torpemente su aprendizaje del vernáculo. En la segunda fase, aparece ya una nueva generación de individuos, nacidos en Brasil, que en casa hablan la lengua de sus mayores pero que en la calle se expresan en portugués. Es la fase del bilingüismo, la cual, por lo general, no va más allá de dos generaciones. En la tercera fase domina ya la lengua portuguesa, y el alemán, en cualquiera de sus dialectos, incluso, pasa a ser nada más que el idioma de los abuelos.

El doctor Willems ofrece seiscientas noventa y tres palabras transcritas como fueron oídas de boca de los inmigrados (sin el rigor de la transcripción que hacen los foneticistas), yuxtaponiéndoles las formas que corresponden a la lengua portuguesa. De esa lista, algunas generalizaciones sí pueden hacerse en cuanto a las interferencias de la lengua portuguesa en el habla de los inmigrantes.

Referente a la fonética vayan aquí algunos ejemplos:

La difícil terminación portuguessa *ão* se transforma, para los extranjeros, en *ón,* con la *o* abierta: *eskadrón* por *esquadrão, limón* por *limão.* Apuntemos que esa representación que aquí se hace en *n* final corresponde, más exactamente, a una nasal velar, como la *ng* del alemán *Ding.*

Las átonas finales, principalmente la *a,* tienden a pasar a *e* cuando no se eluden por completo: *amexe,* por *ameixa, arapuk* por *arapuca.* Se dan, igualmente, casos de conservación o de oscilación: *amigo, bolsa, flora, capanga, liga, liso, machado, panela,* por ejemplo.

La terminación en *ôr* se dice como *o* abierta: *feitór, koletór, senyór, koveflór...*

El diptongo *ei* se simplifica en *ê: buere (bueiro), fazendero (fazendeiro), minero (mineiro),* lo que es pura imitación de la forma en que tales palabras son dichas por los brasileños.

La vibrante y múltiple *r* se sustituye por la vibrante y simple *r: bariga (barriga), ferajens (ferragens), ferón (ferrão), garafón (garrafão), marek* (marreco).

Los fonemas *nh* y *lh,* se deshacen en *n + y, l + y: bainya (bainha), galinya (galinha), vergonye (vergonha).*

Es frecuente el ensordecimiento de la palatal *jê,* que pasa a *xê: kanxik (canjica), granxe (granja), xacaré (jacaré), xrak (jararaca).* La violenta contracción de esta última palabra resulta de un fuerte acento de intensidad inicial.

*C + e* o *c + i* tienen el valor de la *ts: Kantsele (cancela), litsents (licença), tserimónie (ceremônia), diligentsia (diligência).*

A veces se da una permuta de oclusivas en posición inicial: *borgarie (porcaria), katuno (gatuno).*

*Morfología y Sintaxis*

En la Morfología, los verbos portugueses introducidos en el vocabulario alemán se adaptan a la conjugación germánica. Las formas en infinitivo, por ejemplo, unen el radical portugués a la terminación infinitiva alemana *en: aranxiren (arranjar), despaxiren (despachar), inkomodiren (incomodar), remen (remar), token (tocar).*

Hay casos interesantes de hibridismo en expresiones verbales en las que el verbo es alemán y el sustantivo portugués. Ejemplos: *presus holen (aprisionar), kestón machen (fazer questão), in pele reiten (montar a pelo).* En la formación de las palabras, aunque raramente, también se dan casos de hibridismo a través del uso de prefijos: *eintserkem (cercar), vergastiren (gastar, disipar), verlusen (brasileñizar).* Este tercer ejemplo muestra el radical *luso,* pues no en vano, y en los comienzos de la arribada alemana a Brasil, para los colonos nuestra tierra no era sino una prolongación de Portugal.

En la sintaxis aparecen construcciones mixtas como *er ist froxo (ele está frouxo), einen passeo machen (fazer un passeio), hundert e tanto (cento e tanto).* Ejemplo interesante de interferencia sintáctica es el del uso del impersonal *haben,* correspondiente a *ter,* que es un brasileñismo en ese sentido. Este es un ejemplo aportado por Willems: *«es hat viele Leute hier»: «tem muita gente aqui».* En alemán estándar sería *es gibt* y en portugués igualmente estándar sería *há.* «La sintaxis alemana sigue intacta, al menos en sus fundamentos generales» (Willems, *op. cit.,* p. 215).

Curiosa es también la presencia, entre las palabras que ofrece Willems, de una interjección que teníamos enteramente desterrada del habla brasileña: *cáspite!,* interjección que denota entusiasmo, aprobación...

*La investigación en Pomerode*

Dos palabras para referirnos a la búsqueda que se hizo en Pomerode.

Pomerode es un municipio del estado de Santa Catalina, situado en el valle de Itajaí, con una población de veinte mil habitantes y que dista casi treinta kilómetros de la ciudad de Blumenau, verdadera capital del valle. El nombre revela el origen de sus primeros colonos, los pomera-

nos, llegados en 1860. El municipio, al principio simple tierra por labrar, donde aún había indios, prosperó rápidamente y hoy posee agricultura y cría de ganado. Para las dimensiones del municipio, la industria que allí se desarrolla es igualmente notable. Hay producción de plásticos, de maquinarias diversas, de calzado y, sobre todo, de porcelanas, cuya belleza posee reputación internacional. El comercio, que se expande a lo largo y ancho de las amplísimas calles de la ciudad (no hay una zona comercial propiamente dicha), satisface al completo todas las necesidades de sus habitantes.

Fue en ese apartado municipio del interior catarinense donde el autor de este trabajo, en compañía de su colega, el profesor Gladstone Chaves de Melo, decidió en enero del 89 emprender un breve trabajo de campo.

La razón que nos llevó a ello fue la de esa proclamación, que partiera de la misma ciudad, según la cual «Pomerade es la ciudad más alemana de Brasil». Sería interesante, pues, comprobar *in situ* cómo se daba allí el contacto entre la lengua portuguesa y la lengua alemana.

El pomerano está bastante difundido y en casi todas las zonas lo conocen. Domina, sobre todo, en el medio rural, de donde llegaron a Brasil la mayor parte de los colonos alemanes. El portugués es, naturalmente, el idioma oficial y el que todos, por obligación y por razones de orden diario, deben dominar. Recorriendo las casas comerciales siempre fuimos atendidos en portugués, si bien pudimos comprobar que éstos también hablaban alemán. Sin embargo, en los bares y en las conversaciones de calle, es más usual el alemán que el portugués. El alemán culto se transmite, principalmente, a través de la escuela y de la iglesia. En las escuelas se enseña, obviamente, portugués; normalmente, el alumno ya trae a la escuela el alemán de casa. La explicación que nos dieron fue la siguiente: «Ellos tienen que aprender el alemán en casa, el portugués lo estudian en la escuela»... La lectura de la Biblia en alemán (la religión dominante es la protestante en su facción luterana) lleva al aprendizaje culto de la lengua. Hay, pues, trilingüismo en Pomerode: O se habla alemán, o pomerano o portugués. No llegamos a percibir interferencias notables. El prefecto de la ciudad, por ejemplo, del que recibimos sumas atenciones, nos declaró que una de las causas principales de su elección fue la capacidad para hablar las tres lenguas, pues en ellas se expresaba, alternativamente, durante la campaña en los comicios, según la composición mayoritaria del auditorio.

Las observaciones lingüísticas que pudimos hacer corroboran, de manera general, las informaciones recibidas merced a los trabajos del doctor Emilio Willems.

La tendencia hacia una integración plena en la cultura y en la lengua luso-brasileña se nos antoja, sin embargo, irrevocable. La función de la escuela y el progreso constante de la zona, que rompe su aislamiento, llevan a ese resultado. Basta visitar la vecina Blumenau para comprobar que la cultura alemana se restringe al culto y a ciertas tradiciones. Observación curiosa es la de que el portugués hablado en la zona no posee tintes dialectales. Los que hablan portugués (las personas con las que tomamos contacto) se expresan en un portugués de mucha corrección, lo que sin duda se debe al aprendizaje hecho en la escuela. Por ejemplo, el director de la Fundación Cultural de Pomerode, que nos asesoró, era licenciado en Letras y poeta, con un volumen de versos publicado en excelente portugués. Hablaba el portugués con gran soltura y corrección. Preguntado por nosotros al respecto de las interferencias sintácticas entre el alemán y el portugués, no sin esfuerzo nos dijo esto: «Ich habe mir einen Hut gekauft», o sea, «eu me comprei», cuando lo normal en portugués es «eu comprei para mim», o solamente «eu comprei» (el *para mim* no sería de recibo salvo si hubiera necesidad de especificar el que se beneficia con la compra).

Urge que investigaciones de esta naturaleza sean más habituales para así hacer de mayor interés la búsqueda de interrelaciones entre las lenguas de los inmigrantes y la luso-brasileña.

## Los italianos

### *Inicios de la inmigración*

La inmigración italiana fue posterior a la alemana, pero acabó por superarla.

Inmigrantes italianos, en un total de ciento ochenta, aparecen en las estadísticas oficiales brasileñas, desde 1836, según Tháles de Azevedo, que se basa en la obra *Inmigración y colonización de Brasil,* de 1950, de J. Fernandes Carneiro (1975, p. 55). Pero en realidad la gran arribada se produjo a partir de 1870, fecha de la unificación italiana, cosa que hasta podría parecer paradójica, cuanto menos. Gaetano Massa aporta la siguiente explicación:

> Italia se encontraba en los albores de su vida como Estado único. Su economía, fuertemente deprimida por los altos costes de las luchas en pos de la independencia política, se hallaba en un período de transición.

Y añade más adelante:

> Sobre tal estado de cosas incidió, posteriormente, el recrudecimiento de la crisis internacional de los productos agrícolas, el aumento demográfico y la dificultad de las exportaciones con la consiguiente caída de los precios (1975, p. 12).

Al principio la gran mayoría de los inmigrantes procedía de la hiperpoblada región septentrional de Italia. Volvamos a Tháles de Azevedo:

> Fue de las provincias del Norte de Italia de donde partió el mayor contingente de inmigrantes llegados a Brasil. Sobre todo, y de 1876 a 1886, llegaron del Piamonte y de Lombardía. De 1887 a 1890, Veneto se sitúa en el primer lugar con una cuota que se incrementa en 1891, llegando, sólo de esa zona, a los ciento ochenta mil inmigrantes (1975, p. 88).

Esos inmigrantes, también llamados colonos, se instalaron fundamentalmente en los estados del sur de Brasil: En Río Grande del Sur, en Santa Catalina, en Paraná y en São Paulo. Otros estados también recibieron su buena cantidad de italianos, como Espíritu Santo y Minas Gerais. A partir de cierta época, aumenta la corriente de italianos llegados, esta vez, de la zona meridional de su país. Sigamos con Tháles de Azevedo:

> La colonización de Río Grande no fue un fenómeno aislado. São Paulo recibirá un gran contingente, para trabajar en sus industrias cafeteras. Nada menos que ochocientos cuarenta y cinco mil italianos llegó a haber en su Capital, entre un total de un millón setecientos mil extranjeros, de los cuales portugueses y españoles no pasaban, juntos, de los doscientos cincuenta mil. Otras nacionalidades aportaban unas pocas decenas de miles más de inmigrantes (*ib.*, p. 97).

La cantidad de inmigrantes italianos superó en poco tiempo a la de los demás pueblos. Lo corrobora Caio Prado Júnior:

> La emigración italiana hacia Brasil, muy escasa hasta 1875, subirá en 1876 hasta los casi siete mil individuos; en el año siguiente, con más de trece mil, superará largamente a todas las demás inmigraciones, incluso a

la portuguesa, que no pasará de los ocho mil. De ahí en adelante, y hasta nuestro siglo presente, la inmigración italiana conservará siempre, y con mucha ventaja, su primer puesto (1974, p. 188).

Este es el cuadro que nos ofrece Tháles de Azevedo, a propósito de los italianos que viven en Brasil en 1910:

| | |
|---|---|
| Bahía | 4.000 |
| Minas Gerais | 90.000 |
| Espíritu Santo | 50.000 |
| Paraná | 20.000 |
| Río de Janeiro | 50.000 |
| Río Grande del Sur | 250.000 |
| São Paulo | 800.000 |

(Loc. cit., *p. 98).*

En la relación aparece también el estado de Río de Janeiro, con una cantidad apreciable de italianos. No conviene olvidar que Río incluye el antiguo Distrito Federal, con la ciudad de Río de Janeiro, entonces capital del país, centro urbano de mayor importancia, con los mejores y más comerciales puertos brasileños, una industrialización floreciente, un próspero comercio, con imprenta y periodismo de alto nivel, en fin, «caja de resonancia de nuestra nacionalidad», como lo definiera acertadamente el presidente Getúlio Vargas. Es natural, por tanto, que se erigiese en foco de atención para muchos inmigrantes. Y, de hecho, en Río de Janeiro conviven en la actualidad ciudadanos de origen árabe, judío, italiano, español, sirio, armenio, alemán, sin hablar de los de origen portugués, que siguen siendo mayoría.

Por el cuadro antes ofrecido, vemos que la mayor parte de los italianos se dirigió a São Paulo. Fueron las plantaciones de café, mayor riqueza nacional, su destino. Y justo es decir que los italianos enriquecidos en nuestra tierra mucho contribuyeron después al desarrollo urbano del Estado, fomentando el progreso de varias ciudades, de lo que da buen ejemplo la propia capital del Estado, hoy día la mayor de América Latina y la más industrializada. Los sobrenombres italianos son moneda de uso común en la gran zona del centro y del sur, y varios de ellos sirven para distinguir a familias de grandes recursos y poder financiero: los Martinelli, los Matarazzo, los Crespi, los Borghi.

*Italianos en el extremo sur*

En Río Grande del Sur, en lo que respecta a su topografía y a sus relaciones con el hombre, el profesor Jean Roche distinguió, a comienzos del XIX, dos zonas: la campanha, extensa, ondulante, fértil, donde se dio un buen incremento de la ganadería, bajo los afanes del gaucho, y una zona, prácticamente virgen, en el nordeste, cubierta por densas selvas a la espera de colonos. Colonos que fueron, sobre todo, italianos.

Ya Tháles de Azevedo prefirió ver, para una conformación del presente, tres zonas que así define:

> Podríamos en nuestros días projetar en Río Grande tres mayores áreas culturales: la *gaucha,* del Plata o de su frontera; la de *río-grandense, original, constituida por el litoral y la depresión central; la que sería conocida como colonial... (ib.,* p. 23).

El núcleo desde el que dimanase la colonización italiana fue la actual ciudad de Caxias del Sur (la más importante de la región), situada en las faldas de Serra Geral.

> Se originó la Colonia Caxias —que sería el centro polarizador de la inmigración italiana— de un grupo de colonos llegados en 1875 y asentados, en un principio, en Nova Palmira. Trasladada al antiguo Campo dos Bugres, esa pequeña población dio inicio a una comunidad nueva, conocida como sede Dante o Santa Teresa de Caxias (Azevedo, *ib.,* p. 100).

Más adelante dice Tháles de Azevedo:

> Como Caxias, fueron fundadas posteriormente otras colonias, en el mismo área y en un radio de treinta y seis leguas, conocidas con el paso del tiempo como «las colonias viejas» (p. 102).

El profesor Tháles de Azevedo atribuye el fuerte incremento demográfico ocurrido a partir de 1894 al movimiento migratorio interno que se dio en dirección oeste y nordeste del Estado. Se crearon así nuevas áreas de vida rural y, paralelamente, se desarrollaron los núcleos urbanos. Como dice el citado profesor:

> El desplazamiento hacia nuevas áreas rurales y agrícolas se correspondía con una fuerte migración hacia los núcleos urbanos más prósperos de la región, como Caxias del Sur, Bento Gonçalves, Garibaldi, São Marcos,

> Farroupilha, Flores de Cunha, Anna Rech y otros núcleos, de modo que las colonias viejas tuvieron como mayor contingente poblacional el de las propias ciudades creadas (*ib.*, p. 105).

Toda esa región es hoy muy próspera; cubierta casi por entero de viñas, da los mejores vinos del país, basando en ello su poderosa industrialización. Anualmente se celebra en Caxías, por ejemplo, la tradicional «Fiesta de la uva», que atrae a numerosos turistas tanto de dentro como de fuera del país. Son fiestas, lógicamente, presididas por el vino y por una alegría contagiante, con desfiles de carrozas y con elección de reinas y de princesas.

## *Italiano y portugués*

Nadie ignora en la región el italiano, corazón de *italianità,* aunque el habla común sea la portuguesa. Lógicamente, sin embargo, se dan «infiltraciones», por así decirlo, en particular en lo que atañe a la pronunciación y al vocabulario.

En lo tocante a la fonética, ciñámonos a lo expuesto en el volumen titulado *Dialectos italianos,* de Vitalina Frosi y Ciro Mioranza, fruto de las investigaciones realizadas en la zona de mayor influjo italiano en Brasil. Los datos que extraemos pertenecen al capítulo VIII, páginas 352-362, dedicado a «las influencias recíprocas del sistema lingüístico portugués y el sistema dialectal italiano»[4]. Todos los dialectos traídos a colación, por cierto, son septentrionales.

Como ejemplos de esa interferencia fonética *de la lengua portuguesa en los dialectos italianos,* presentamos lo que sigue:

a) Presencia de la vocal nasal *ĩ* en lugar del diptongo *ũi.*

Quiere esto decir que el ordinal *quinto,* en vez de pronunciarse *qüito* se pronuncia en portugués normal *kĩto.* Esto se debe, naturalmente, al aprendizaje hecho por transmisión oral y no escrita.

b) La presencia del diptongo *ôi,* en vez de la vocal *ô.* El ejemplo más claro es el de *oitavo,* cuando en italiano es *ottavo.* La explicación anterior vale también para este caso.

[4] Adaptamos la transcripción fonética de los autores, por demasiado técnica, a un sistema más accesible al lector común, como venimos haciendo, basándonos en la representación ortográfica portuguesa.

c) Presencia de *jê* en lugar de *zê* o *djê*. El ejemplo más claro es el de *jânero*, en italiano *gennaio (djennaio)*. Se trata de una acomodación fonética simple. Y lo que da también lugar a *junho*, que corresponde al italiano *giugno*.

d) Presencia de *jê* en el lugar de la *l*. Ejemplo: *julho* por *luglio*. Evidentemente se trata, también, de transmisión oral.

e) Presencia de la *u* átona final en el lugar de la *ô*. Por ejemplo, pronunciar *junhu* y no *junho*.

f) Presencia de *lhê* en vez de *y* (semiconsonante palatal), o sea, *julho*, en vez de *julyo* (en italiano, *luglio*).

g) Diptongo *ou* en lugar de *o*. Ejemplo, *outuber* por el italiano *ottobre*. Es de destacar la presencia del diptongo *ou* en el portugués que se habla en la región, contradiciendo así la opinión de que en Brasil se tiende a la reducción de manera generalizada.

h) Presencia de la *ê* final en vez de la *ô* vocal muda, fenómeno puramente dialectal. El ejemplo más concreto es el de *õmê*, con la *o* abierta, en italiano *uomo*. Se trata de la pronunciación del portugués *õmẽi* por el alóglota italiano, que abre el timbre de la vocalización nasal en este caso.

i) Verificación de la *ã* y de la *a* como vocales acentuadas, en lugar de *ã* y de *a* de timbre más abierto. Ejemplo: *lavandeira*, del portugués *lavadeira*. La nasalización en *van* es una interrelación del italiano *lavandaia*.

j) Diptongo *ei* en vez de la vocal *ê*. Ejemplo: *lavãndeira*. Es un ejemplo que da fe de la existencia del diptongo portugués *ei* en el portugués oral de la región.

Los fenómenos de la interferencia fónica *de los dialectos italianos en el sistema de la lengua portuguesa* se relacionan, por su parte, de la siguiente manera:

a) Realización de la *o* átona final como *ô* y no como *u*, como se da en la buena pronunciación portuguesa. Por ejemplo, *oitávô* y no *oitavu*.

b) Realización plena de la consonante nasal en final de sílaba. Como ejemplo tomamos el de *setembro;* la *m* postvocálica de la sílaba *tem* no es una simple resonancia nasal; se articula, por el contrario, con valor implosivo, a la manera italiana.

c) Monotongación de *ei*y de *ou*, que pasan a *ê* y a *ô*, respectivamente. Ejemplos: *feverero (fevereiro)* y *otobro (outubro)*. Como sabemos, el fenómeno es bastante común en el portugués de Brasil, independientemente de

las claras semejanzas formales y semánticas entre las palabras portuguesas y las italianas.

d) Presencia de la *z* en lugar de la *j*, o sea, *zanêro* (janeiro) y *zunho* (junho).

e) Realización de la vocal nasalizada *õ* como *o* abierta y sin acentuar, cual es propio de la lengua portuguesa. Ejemplo: *õme* y no *homen*.

f) Desnasalización de la *e* nasal final, como en el ejemplo anterior.

Como fenómenos de orden general podemos citar, la mayor claridad de la pronunciación de las vocales finales, la débil nasalización que se da en las vocales seguidas de consonante nasal, que mantienen articulaciones implosivas, interferencia entre las sibilantes dentales y las chicheantes palatales. Nada se dice al respecto de la pronunciación de las consonantes dobles, que se simplifican; ni sobre el diptongo nasal *ão*, que, al parecer, se reduce a *õ* (cfr. el ejemplo *aviõ* por *avião*).

En São Paulo, particularmente en la capital, el influjo italiano es muy grande. En las telenovelas, por ejemplo, cuando la acción transcurre en la Paulicéia (la ciudad capital), siempre aparece un personaje que habla con deje italiano. Y en el paulista se nota, de manera general, una característica entonación peninsular. Por lo demás, en las calles de ciertos barrios, como el de Bexiga, es común escuchar conversaciones que se producen en clarísimo italiano.

Por lo demás, el notable desarrollo del Estado sigue atrayendo a un buen número de inmigrantes, que proceden tanto del interior del país como de allende nuestras fronteras. A destacar, sin embargo, que el contingente llegado en los últimos años del nordeste brasileño va contrarrestando, poco a poco, el influjo italianizante. En la actualidad, por ejemplo, la prefecto de la ciudad es una señora nordestina. Y São Paulo es, con mucho, la ciudad más cosmopolita del país.

Ciertamente, hay otros grupos de inmigrantes que también han influido, en alguna medida, en el habla que se da en Brasil, si bien en áreas muy restringidas. Cabe citar, de entre ellos, a los japoneses, cuya arribada a Brasil, en los últimos tiempos, ha sido más que apreciable. Pero no me siento capacitado para hablar sobre las interrelaciones lingüísticas entre nipones y brasileños.

ses claros tenemos en los tipos [illegible] portugue-
ses de los hablantes.
c) Pronuncia de la [illegible] (también) [illegible]
(tambo).
d) [illegible] de la vocal [illegible] a su acentuar,
cual es propio de la lengua portuguesa. [illegible]
e) [illegible] el anterior.

Como fenómenos de orden general podemos citar: la mayor claridad de la pronunciación de las vocales átonas, [illegible] nasalización que se da en las vocales seguidas de consonante nasal, [illegible] interrogativas, [illegible] y los [illegible]. Nada se dice al respecto de la pronunciación de la consonante doble [illegible] al parecer, se reduce a *s* (cfr. el ejemplo [illegible] por [illegible]).

En São Paulo, particularmente en la capital, el italiano [illegible] muy [illegible]. En las [illegible], por ejemplo, [illegible] de Italia [illegible] con [illegible] en las [illegible] de ciertos [illegible], como [illegible] que se [illegible].

Por lo demás, el notable desarrollo del Estado sigue atrayendo aún buen número de inmigrantes que proceden tanto del interior del país como de allende nuestras fronteras. A destacar, sin embargo, que el contingente llegado en los últimos años del nordeste brasileño va [illegible]cando, poco a poco, el influjo italianizante. En la actualidad, por ejemplo, la mayoría de la ciudad es una ciudad nordestina. Y São Paulo es, con mucho, la ciudad más cosmopolita del país.

Ciertamente, hay otros grupos de inmigrantes que también han influido en [illegible], en el habla que se da en Brasil, sobre todo en áreas [illegible]. Cabe [illegible] de a Brasil [illegible] pero no [illegible] las interrelaciones lingüísticas.

## XIII

## LOS ESTUDIOS DIALECTOLÓGICOS EN BRASIL

*Período lexicográfico*

Los estudios dialectológicos en Brasil abarcan tres períodos, no muy distantes entre sí. El primero tiene carácter *lexicográfico* y data de 1852, año de la publicación, en el tomo XV de la *Revista del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño,* de un trabajo de Antonio Alvares Pereira Coruja, titulado «Colección de vocablos y de frases usados en la provincia de San Pedro de Río Grande del Sur.» El segundo período, que podríamos llamar *monográfico,* se inicia en 1920, con la edición de *El Dialecto Caipira,* de Amadeu Amaral. Finalmente, el tercero y último comienza en 1953, con la publicación de *Guía para los estudios dialectológicos,* del profesor Serafim da Silva Neto. Es el período que denominaremos geográficos o de la *geolingüística.*

Del primer período destacan los siguientes trabajos, a partir, claro está, del vocabulario de Pereira Coruja[1]:

*Vocabulario brasileño para servir de complemento a los diccionarios de la lengua portuguesa* (80 páginas), de Brás da Costa Rubim, Río de Janeiro, 1853.

[1] Datos anteriores a 1852 los encontramos en el artículo «Antigüedad de los brasileñismos», de Joao Ribeiro, inserto en *La Lengua nacional,* 2.ª edición, pp. 23-28. Alude ahí a los africanismos y a los indigenismos de Gregorio Matos; la inclusión en esa 2.ª edición del *Diccionario de la Lengua portuguesa,* de Antonio Morais Silva (1813) aporta voces brasileñas o portuguesas ya diferenciadas en América; el florecimiento de indigenismos irrumpe con el advenimiento del Romanticismo brasileño. Destaca, especialmente, Joao Ribeiro la información de Domingos Jorge de Barros, barón y luego vizconde de Pedra Branca, incluida en la *Introduction à l'atlas ethnographique du globe,* preparada por Adrien Balbi en 1826. Renato Mendonça data de esa fecha la puesta de la primera piedra de nuestro edificio lexicográfico.

*Palabras de origen tupi-guaraní usadas por la gente amazónica y en uso corriente en la región,* de José Veríssimo, glosario en apéndice al capítulo «Lenguaje», de su libro *Escenas de la vida amazónica,* Lisboa, 1886 (120 palabras). Hay una reedición del referido capítulo en *Estudios amazónicos,* publicación de la Universidad Federal de Pará, de 1970.

«Vocabulario indígena en uso en la provincia de Ceará», inserto en la *Revista del Instituto de Ceará,* 1887, debido a Paulino Nogueira.

Como se ve, la indianofilia era una constante del momento.

Muy alabado ha sido el *Diccionario brasileño de la lengua portuguesa,* publicado en los Anales de la Biblioteca Nacional, volumen XIII, 1888, del que se hizo una separata al año siguiente, elaborada por el doctor Antonio Joaquim de Macedo Soares. El *Diccionario* se detuvo en la letra C, en el término *candeeiro.* En 1954, gracias a los esfuerzos y a la dedicación del hijo del autor, doctor Juliao Rangel de Macedo Soares, el Instituto Nacional del Libro, dirigido a la sazón por el escritor Augusto Meyer, reimprimió el *Diccionario,* completándolo hasta la letra Z (1.er volumen, 1954, 2.° volumen, 1955). Dice en el prólogo Augusto Meyer:

> Aprovechando el material disperso y publicado en revistas, periódicos, notas de libros y contribuciones varias dejadas por el ilustre americanista, logró su hijo, también ilustre magistrado, completar este importante documento filológico (1954, I, V).

En el prólogo dejó el autor escrita esta frase, hasta hoy muy repetida: «Ya es hora de que los brasileños escribamos como se habla en Brasil y no como se escribe en Portugal.» Inmerso en las tendencias de su época, el doctor Macedo Soares dedica un largo espacio al influjo de las lenguas indígenas en el portugués de Brasil. De ahí extraemos:

> Guaraníes y tupis... se pueden enorgullecer de haber dado a sus conquistadores no sólo palabras importantes sino frases enteras; no un simple vocablo, sino algunas formas gramaticales; y por decenas de palabras que recibieran de los invasores, recibieron éstos miles. Son, principalmente, esas palabras nuevas las que hacen del castellano y del portugués de América una lengua asaz diferente al castellano y al portugués de Europa (1954, I, XXIV).

A pesar de tales palabras, esa misma corriente que propugnaba la autonomía del portugués de Brasil vio en nuestra manera de hablar un por-

tugués más «auténtico», por hallarse más próximo a la expresión clásica. Tal postura es, por ejemplo, la del prologuista del primer volumen, doctor Juliao Rangel de Macedo Soares:

> Este Diccionario, cuyo origen y desarrollo acabamos de explicar, tiene por único objeto la defensa de la lengua portuguesa, esto es, la defensa del buen portugués: El idioma clásico de Camoens, de Fray Luis de Sousa, el que enseñó el ínclito Antonio Vieira, y que sólo se habla en Portugal. Nosotros, los brasileños, tenemos la honra de conservarlo, de guardarlo en su luminosa amalgama, y de engrandecerlo (1954, I, XXIV).

Postura que, dicho sea de paso, nos parece más propia del hijo que del padre.

Los *Estudios lexicográficos* (1880-1881), de Macedo Soares, tratan, en su sección IV, de «algunas palabras africanas introducidas en el portugués que se habla en Brasil». Fue, pues, un precursor, sino un iniciador, de las investigaciones a propósito del influjo africano en el portugués de Brasil, como ya lo había señalado Renato Mendoça.

En 1849 ve la luz el libro *Diccionario de vocablos brasileños,* del teniente general vizconde de Beaurepaire-Rohan. Para el lingüista alemán radicado en Chile, Rodolfo Lenz, «entre los diccionarios de americanismos éste es el más científico». Beaurepaire-Rohan dedicó especial atención a los brasileñismos de origen indígena, como era costumbre en aquel entonces. Condenó varias etimologías dadas en el *Glosario de la lengua brasileña* y lamentó que fuese ese vocabulario «la norma por la cual se guiaron ciertos románticos que, sin estudios especiales, se creyeron autorizados a interpretar palabras de las que ni siquiera conocían su genuina significación» (del prólogo, p. 19).

En ese mismo año de 1989 aparece el *Diccionario Gramatical,* compilado por Joao Ribeiro, que vio en 1897 su segunda edición, «aumentada por el distinguido filólogo M. Pacheco da Silva Júnior», y una tercera en 1906, refundida y aumentada. Comenta Renato Mendonça que «era la primera vez que el método histórico comparativo se aplicaba a nuestra lexicografía» (1936, p. 86). De hecho, en el frontispicio de la obra, se lee: «Materias referidas al estudio histórico comparativo de la lengua portuguesa.» Como aparece en el mismo título, el *Diccionario* es una obra gramatical y no de cuño exclusivamente lexicográfico, mas contiene apartados de particular interés, como los dedicados a los «brasileñismos» y al tupí-guaraní.

De 1898 es el *Vocabulario Sur Río Grandense*, de José Romaguera da Cunha Correa (más de mil palabras de origen indígena, castellano y portugués). Ese *Vocabulario* fue reeditado en 1964 por la Editora Globo, de Porto Alegre, en edición conjunta con la *Colección de palabras y de frases*, de Pereira Coruja, el *Vocabulario de Río Grande*, de Luis Carlos de Morais (1935) y el *Vocabulario Gaucho*, de Roque Callage, con el título genérico de *Vocabulario Sur de Río Grandense*[2].

En 1906 se publica en Pará el *Glosario Paraense o Colección de Vocablos peculiares de la Amazonía y especialmente de la isla de Marajó*, de Vicente Chermont de Miranda.

En el «prefacio a la edición de 1905» *(sic)*, afirma el autor que su opúsculo formaba parte de un trabajo de mayor calado: *La crianza de ganado en Marajó*, que no llegó a publicar. Su preocupación mayor se manifiesta en los términos de origen tupi, y lamenta que el *Glosario* no consiguen más que trescientas cuarenta palabras de tal procedencia. Manifiesta además gran sorpresa ante «la pequeña importancia que se da al influjo africano en la lengua hablada en Pará», dado que «en las tierras paraenses hay una gran cantidad de población de origen africano». El libro vio su segunda edición en 1968, por la Universidad de Pará.

*Frases y palabras*, de Alfredo de Carvalho, vio la luz en Recife, en 1906. Según Renato Mendonça, es la primera colección que tenemos de «pernambucanismos».

También en Pará, concretamente en Belém, se publicó en 1911 el *Vocabulario Popular*, de Raimundo Magalhaes.

El jesuita Carlos Teschauer publicó en la revista *Voces de Petrópolis* tres series de «Apostillas al Diccionario de vocablos brasileños», en una primera edición de 1912, una segunda de 1918 y una tercera de 1923. De esas tres series resultó el *Nuevo Diccionario Nacional* de 1928, con más de novecientas páginas. La *Porabunda Riograndense* (investigaciones sobre el idioma hablado en Brasil y particularmente en Río Grande del Sur), del mismo autor, data de 1929.

El *Vocabulario popular minero*, de Sousa Pinto, se publicó en 1912, en el Almanaque Garnier.

De Alfonso d'Escragnolle Taunay es el *Léxico de lagunas* (apéndice para los diccionarios de la lengua portuguesa), publicado en Tours, en 1914, con más de doscientas páginas. El objetivo principal de las críticas

[2] El Vocabulario oficial de la Academia Brasileña ordena escribir *riograndense*.

de Taunay no era sino el *Nuevo Diccionario de la Lengua Portuguesa,* de Cándido Figueiredo. Hubo réplica y polémica (véase *Combates sin sangre,* del lexicógrafo lusitano, libro de 1925), de todo lo cual resultó una serie de trabajos debidos al brasileño: *Vocabulario de omisiones,* 1924, colección de palabras que no aparecían en la tercera edición del *Nuevo Diccionario,* publicado en la *Revista de la Lengua Portuguesa,* de Río de Janeiro; *Reparos al Nuevo Diccionario de Cándido de Figueiredo,* Tours, 1926; *Insuficiencias y Deficiencias de los grandes diccionarios portugueses,* Tours, 1928; *Inopia científica y vocabular de los grandes diccionarios portugueses,* São Paulo, 1932, obra de crítica vehemente contra los diccionarios portugueses más en voga, según Mattoso Cámara Júnior. Las lagunas apuntadas por Taunay se refieren, fundamentalmente, a nombres técnicos y científicos, así como a la flora, a la fauna, a los brasileñismos y a los términos tenidos por indígenas.

De 1915 es el *Diccionario de brasileñismos,* de Rodolfo García («peculiaridades pernambucanas»). Rodolfo García tenía una excelente formación científica; era etnógrafo, buen conocedor de las cosas de Brasil y dirigió con suma competencia la Biblioteca Nacional. A su contribución lexicográfica hay que añadirle el mérito de regirse por un rigor extremado en el método y por un profundo conocimiento de la causa a tratar, lo que llevó a Renato Mendonça a calificar su trabajo como «obra maestra», obra «sui generis en toda nuestra lexicografía». Es para nuestra lexicografía, en suma, lo que es *El Dialecto Caipira* a nuestra dialectología.

Procuró Rodolfo García hacer una distribución de las áreas dialectales brasileñas, basándose en los localismos extraídos de los diferentes glosarios consultados. Éstas son las áreas por él delimitadas, según sus características predominantes: I, Norte: Amazonas, Pará, Maranhao (el indio como elemento étnico predominante, si bien mestizos en su mayor parte); II, Norte oriental: Piauí, Ceará, Río Grande del Norte, Paraíba, Pernambuco, Alagoas (predominio del negro sobre el indio en el mestizaje, homogenización topográfica); III, Central marítima: Sergipe, Bahía, Espíritu Santo, Río de Janeiro (área que engloba el principal centro político del país, progresiva eliminación del elemento indígena, mayor participación africana); IV, Meridional: São Paulo, Paraná, Santa Catalina, Río Grande del Sur (ausencia casi total de africanos, culturas agrícolas); Altiplanicie central: Minas Gerais, Goiás, Mato Grosso (altas montañas, valles profundos, campos extensos; región de vaqueros, un tanto segregada del litoral).

Como se ve, prevalecen los criterios etnográficos y geográficos, en detrimento del factor histórico-social. No vemos cómo Sergipe y Bahía, dialectológicamente hablando, pueden figurar junto a Espíritu Santo y Río de Janeiro. El aislamiento de la Altiplanicie central quedó en nada con la elección de Brasilia como capital en 1960. En cuanto a la metodología, Rodolfo García se ha restringido al uso de fuentes impresas pero ha recurrido también a investigaciones en periódicos de Pernambuco y en obras de escritores de gran acogida entre el público.

De 1915 es *Vocablos y frases en uso en el Estado de Alagoas,* de Teotonio Ribeiro. Es de 1915-1916, el *Diccionario de Brasileñismos usados en Paraná,* de Ermelino A. de Leao, publicado en Río de Janeiro, en *Ciencias y Letras*[3].

De 1917 data el trabajo de Bernardino José de Souza, *Onomástica General de la Geografía Brasileña;* sin embargo, el autor, para nosotros, mejor se sitúa en el período siguiente.

*Período monográfico*

Se abre este período en 1920, con el libro *El Dialecto Caipira,* de Amadeu Amaral, trabajo unánimente alabado por la crítica.

El libro de Amadeu Amaral, bajo muchos aspectos, es obra pionera. Adoptó una postura que ya se puede decir «científica». Dejó de lado la constante querella, tan inconsistente, por lo demás, a propósito de cuál era la lengua más «castiza»; si la de Lisboa, si la de Río de Janeiro. Procuró, simplemente, desentrañar y describir el habla de una región de su estado natal, São Paulo: el caipira. Pero no delimitó esa área de influencia. En la introducción a su obra afirma que el dialecto «se halla acantonado en pequeñas localidades que no acompañaron el progreso general y subsiste entre personas que perdieron el tren de la educación». El trabajo no se apoya en investigaciones de campo, aunque el autor tenga un muy claro y directo conocimiento del caipira. Las normas que recomienda para hacer investigaciones son bien claras y fundamentadas: no convertir al patrón cultural una forma original del caipira; esto es, no transformar, por ejemplo, *capuera* en *capoeira.* La información bibliográfica que

[3] Para una rápida reseña de los vocabularios de brasileñismos anteriores a 1920 nos servimos del libro, ya citado, de Renato Mendonça, así como de las siguientes obras: *Estudios Filológicos,* de Antenor Nascentes, 1939; *Introducción al Diccionario de Brasileñismos,* de Rodolfo Gracía, y *El folklore de Brasil,* de Basílio de Magalhaes, 1939, capítulo I.

ofrece es completa, para su época y para el medio. De las casi doscientas treinta páginas de la primera edición, cerca de ciento sesenta vienen ocupadas por el vocabulario.

Amadeu Amaral dice en su introducción que es previsible que «el dialecto caipira desaparezca en un plazo más o menos breve». Y añade que, «el caipira se hace día a día más raro, habiendo zonas enteras del Estado, como el llamado Oeste, en el que no sin dificultad se podrá encontrar a un representante genuino de esta forma de hablar». Cincuenta años después, en 1974, la profesora Ada Natal Rodrigues publicaba un estudio sobre el dialecto caipira en la región de Piracicaba y decía que «el llamado dialecto caipira, al contrario de lo que previese Amadeu Amaral, existe aún con cierta vitalidad» (p. 21). Observemos, no obstante, que el objetivo de la autora no fue propiamente detectar y describir un área dialectal y sí servirse de un *corpus lingüístico* para comprobar uno de los modelos gramatical de Chomsky... O, según sus propias palabras:

> La utilización de una investigación dialectal tiene por objeto, por tanto, hacer que los datos obtenidos constituyan una verificación empírica del modelo propuesto por la teoría generativa (p. 37).

Sucedió a *El Dialecto Caipira,* en 1922, *El lenguaje carioca,* de Antenor Nascentes, obra expresamente dedicada a Amadeu Amaral, «quien en *El Dialecto Caipira* mostró la verdadera directriz a seguir por los estudiosos de la dialectología en Brasil». El libro vio una segunda edición, corregida y aumentada, en 1953, edición debida a la Organización Simoes.

En esa época, dominada por la preocupación de lo vernáculo y de la corrección en el lenguaje, el libro tenía, para su autor, tintes de audacia. De ahí que manifieste en el prefacio sus temores cuando habla de «los problemas que ha de traernos este estudio de la patología lingüística». Temores que, por lo demás, no llegaron a concretarse. En la segunda edición de la obra se aporta ya una bibliografía más completa, en la que se incluyen trabajos de Joao Leda *(La Quimera de la lengua brasileña),* de Paiva Bóleo *(Brasileñismos),* de Renato Mendonça *(La influencia africana en el portugués de Brasil),* de Silva Neto *(Introducción al estudio de la lengua portuguesa en Brasil)* y muchas otras fuentes textuales.

En la primera edición niega taxativamente que el portugués de Brasil sea un dialecto criollo y presenta una división dialectal de Brasil en dos grandes grupos, el del norte y el del sur, distinguiendo cuatro sub-

dialectos: el norteño (del Amazonas a Bahía), el fluminense (Espíritu Santo, Río de Janeiro, sur de Minas), el sertanejo (centro-oeste) y el sureño (de São Paulo al extremo sur, además del triángulo Minero).

En la segunda edición sustituye el término *dialecto* por el de *habla,* para designar la variante brasileña de la lengua portuguesa, pues «con el progreso de la ciencia no es posible hoy aceptar la denominación dada por Leite de Vasconcelos». En lo tocante a la división dialectal, mantiene la diferencia entre dos grandes grupos: el del norte y el del sur[4]. Pero los subdialectos, ahora, en vez de cuatro, son seis: Dos del norte, tres del sur y uno intermedio.

Los dialectos del norte son los siguientes: amazónico (Acre, Amazonas, Pará y parte de Goiás), el nordestino (de Maranhao a Alagoas, más una parte de Goiás). Los dialectos del sur son: el fluminense, el mineiro (centro, oeste, parte del este de Minas) y el sureño (de São Paulo al extremo sur, más el triángulo Minero, el sur de Goiás y el sur de Mato Grosso). Dialecto con la denominación de *intermedio* es el bahiano (Sergipe, Bahía, parte del norte de Minas y de Goiás).

Del mismo año 1922 data un breve estudio del caricaturista y profesor de Derecho Raúl Pederneiras, titulado *Geringonza carioca,* que el autor clasificó como «palabras para un diccionario de jerga». Hay una segunda edición revisada y aumentada, que data de 1946, hecha por la Librería Briguiet.

En 1934 aparece *La lengua del Nordeste,* de Mário Marroquim, que vio su segunda edición en 1945, con un prólogo del profesor Gilberto Freyre. El *Nordeste* del título apenas se refiere a los estados de Alagoas y Pernambuco, cuya lengua popular describe el autor en su fonología, gramática y vocabulario. La bibliografía presenta graves lagunas y no fue organizada según las normas técnicas recomendadas. Así y todo, es una obra que en su día contribuyó a un mejor conocimiento del habla nordestina.

En 1937 se llevó a cabo en la ciudad de São Paulo el *Primer Congreso de la Lengua Nacional Cantada.* Con tal motivo se presentaron varias comunicaciones, de entre las cuales destacamos las que siguen, por su interés dialectológico. Los textos aparecen en los *Anales* de 1938.

El *subdialecto del Nordeste,* de Ademar Vidal, de Paraíba; *Cosas de nues-*

[4] «Lo que caracteriza a estos dos grupos es la cadencia y la existencia de protónicas abiertas en vocablos que no son diminutivos ni adverbios en *mente*» (p. 25).

*tro hablar,* por Antonio Sales, de Ceará; *Una contribución al estudio de la pronunciación cearense,* por Florival Seraine; *Subsidio para el estudio de la lengua nacional de Pará,* por Gastao Vieira; *Problemas de fonología carioca,* por Cándido Jucá (hijo); *Algunos rasgos del dialecto caipira y del subdialecto de Ribeira,* por Graco da Silveira; *Algunas voces regionales de Paraná y del extremo oeste,* por José Cándido de Oliveira Muriel; *Notas a propósito del lenguaje sureño de Río Grande,* por Dante de Laytano; *Aspectos de la fonética del lenguaje nacional de Río Grande,* por Elpídio Ferreira Paes; *Rasgos generales del lenguaje nacional de Río Grande del Sur,* por José Mesquita de Carvalho.

Como se ve, todo un panel de la realidad dialectológica brasileña, con un enfoque particular de los aspectos fonológicos, lo que se explica dada la finalidad del Congreso.

Como obras lexicográficas del período en cuestión, citemos: de Floriano de Lemos, *Vocabulario Regional,* de 1922 (referida al Mato Grosso); de Raymundo de Moraes, *Mi Diccionario de cosas de la Amazonía,* de 1931 (en dos volúmenes); de Luís Carlos de Moraes, *Vocabulario de Río Grande del Sur,* de 1935 (actualmente incluido en una edición de 1964, bajo el título de *Vocabulario Sur riograndense,* de la Editora Globo, de Porto Alegre).

De 1937 es el *Vocabulario Pernambucano,* de F. A. Pereira da Costa. Publicación póstuma, en un volumen de más de setecientas cincuenta páginas, cuya primera edición apareció en 1916, en la *Revista del Instituto Arqueológico e Histórico de Pernambuco,* deteniéndose en la letra B al morir el autor. La edición de 1937 se hizo con base en los originales dejados por el propio investigador.

A partir de 1940 entra de lleno en el campo de la Filología brasileña una nueva generación de investigadores (gemela de la literaria de 1945), que hacen, en definitiva, la conveniente transición del período del autodidactismo hacia el universitario. Pertenecen a ella Renato Mendonça, Serafim da Silva Neto, Carlos Henrique da Rocha Lima, Antonio José Chediak, Antonio Houaiss, Gladstone Chaves de Melo, Celso Cunha, Hamilton Elia, Jesus Belo Galvao, Carlos de Assis Pereira, Jairo Dias de Carvalho, Almir Cámara de Matos Peixoto, Olmar Guterres da Silveira, Evanildo Bechara, Maximiano de Carvalho y Silva, Alvacyr Pedrinha, Adriano da Gama Kury, Leodegário de A. Filho, Walmírio Macedo, Antonio Geraldo da Cunha, Paulo Lantelme, Rosalvo do Valle y alguno más. Y, para no limitarnos a Río de Janeiro, recordemos, de São Paulo,

a Thedoro Maurer Júnior, Isaac Nicolau Salum, Segismundo Spina, y, en Río Grande del Sur, Albino de Bem Veiga y Elpídio Ferreira Paes.

*Período geográfico*

El gran adelantado e incentivador de los estudios dialectológicos en Brasil fue, sin duda, Serafim da Silva Neto. Sus intuiciones de sabio no escaparon, sin embargo, al hecho de que el estudio de las variedades diatópicas había encontrado, al fin, su *diritta via.* Y en ese punto coincide con el notabilísimo lingüista, el profesor de Tübingen Eugenio Coseriu. De hecho, en una conferencia suya pronunciada con ocasión del Primer Congreso Internacional Brasileño de Dialectología y Etnografía, en 1958, pero sólo muy recientemente publicada[5], leemos esto: «El único método ciertamente adecuado para el estudio de la dialectología es el de la geografía lingüística, que afronta directa e inmediatamente la variedad idiomática» (18-19).

Un breve resumen de las actividades precursoras del inolvidable maestro brasileño se nos ofrece en la introducción a su opúsculo *Guía para los estudios dialectológicos*[6]. De dicha introducción extraemos nosotros importantes datos para la elaboración de nuestro informe:

En 1951 se dio en Belo Horizonte, en su Universidad, un curso de Dialectología. En 1954 fue la Universidad de Río Grande del Sur, con ocasión de un congreso a propósito del habla gaucha. En ese mismo año, durante el II Coloquio para los Estudios Luso-Brasileños, realizado en São Paulo, se hacía hincapié en la urgencia de una sistematización en el estudio de nuestras hablas. En enero de 1955, la Facultad Nacional de Filosofía de Río de Janeiro ofreció un curso sobre las técnicas de la monografía dialectológica. La propia *Guía* resultó, en definitiva, de una serie de comunicaciones hechas en la Facultad de Filosofía.

Ese movimiento en aras de un mayor interés por la Dialectología brasileña dio, efectivamente, buenos frutos.

Citemos, en primer lugar, la inestimable contribución de la Casa Rui Barbosa, a través de la Comisión de Filología de su Centro de Investigaciones, una de cuyas finalidades sería la de la elaboración de un Atlas

[5] En *Lingüística española actual,* III, 1981.
[6] *Guía para los estudios dialectológicos,* Florianópolis, 1955, 2.ª edición ampliada, Belém do Pará, 1958.

Lingüístico de Brasil. Con tal intención estuvo en Río de Janeiro, en 1954, el profesor rumano Sever Pop, autor del conocido e imprescindible tratado sobre *La Dialectologie*[7] y uno de los autores del *Atlas Lingüístico Rumano.*

Según el profesor Antenor Nascentes, miembro de la citada Comisión de Filología, «el curso dictado por el profesor Pop no produjo los resultados que esperábamos». Esos resultados serían, en suma, el despertar de una conciencia y una mentalidad dialectológica entre nuestros universitarios, profesores y alumnos, lo que, actualmente aún no se ha logrado. Por aquel entonces, las ideas referidas a un movimiento geográfico y lingüístico eran, en gran parte, extrañas a nosotros, extrañas a nuestras elites filológicas; tampoco nuestras autoridades académicas habían tomado conciencia de la relevancia de estudios semejantes, que necesitan de un cierto desembolso económico. Así y todo, el profesor Antenor Nascentes llegó a publicar dos utilísimas obras: Las «Bases» para la elaboración del *Atlas Lingüístico de Brasil,* I, parte general del cuestionario y puntos de investigación, en 1958; II, parte específica del cuestionario, y vocabulario piloto, en 1961.

Para servir a su «prédica», como acostumbraba decir pintorescamente, dedicó el profesor Serafim da Silva Neto ochenta páginas al asunto en su *Manual de Filología portuguesa* (2.ª edición, 1957), páginas en las cuales tiene la geografía lingüística un lugar de honor. Lo ahí expuesto, a propósito de los métodos y objetivos del estudio, no ha perdido actualidad alguna, sino todo lo contrario.

En ese mismo año de 1957, en el discurrir del III Coloquio Internacional de los Estudios Luso-Brasileños, realizado en Lisboa, el profesor Serafim da Silva Neto, junto a otro representante brasileño, el profesor Celso Ferreira da Cunha, presentó una propuesta para un *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Brasil* por regiones. Se abandonaba así, por tanto, el proyecto de un *Atlas nacional,* en virtud de las exageradas proporciones que por fuerza habría de tener el mismo. La verdad es que lo ideal sería la programación de un *Atlas lingüístico-etnográfico de Brasil,* unificado tanto como fuera posible en su metodología y objetivos, y a verificarse regionalmente, por etapas.

[7] Pop, Sever, *La dialectologie. Aperçou historique et méthodes d'enquêtes linguistiques.* I-*Dialectologie romane.* II-*Dialectologie non romane,* Lovaina, ed. por el autor, Gembloux, Duculot, 1950.

En Río Grande del Sur, por ejemplo, la «prédica» de Silva Neto encontró eco en las investigaciones emprendidas por el profesor Heinrich Bunse, a la sazón titular de la Universidad. Se dedicó el profesor Bunse a la investigación lingüístico-etnográfica, escribiendo breves monografías sobre el asunto, que pasamos a relacionar: *La terminología propia a la caña de azúcar en Río Grande del Sur,* RBF, 1957; *Notas sobre la pesca y los pescadores en una zona del litoral Sur de Brasil,* RBF, 1958; *Apuntes lingüístico-etnográficos sobre la pesca en algunas playas del Sur de Brasil,* Veritas, 1958; *Aspectos lingüístico-etnográficos del Municipio de San José del Norte,* Porto Alegre, 1959 (2.ª edición, 1981); *Mandioca y azúcar: Contribución al estudio de las respectivas culturas y del folklore étnico y lingüístico de Río Grande del Sur,* volumen 27 de las Ediciones de la Comisión Gaucha del Folklore, s/d; *Estudios de Dialectología en Río Grande del Sur; Problemas, métodos, resultados,* Porto Alegre, UFRGS, 1969; *Dialectos italianos en Río Grande del Sur,* Porto Alegre, UFRGS, 1975; *El vinatero,* UFRHS-INL, 1978[8].

La inexistencia de una Comisión Nacional destinada a la elaboración de las bases de un futuro Atlas por regiones llevó a los investigadores a aunar esfuerzos en pos de la tarea. Así, en 1965, apareció nuestra primera gran obra de cartografía lingüística, el *Atlas Previo de las hablas bahianas,* preparado por un equipo de investigadores bajo la dirección del profesor Nelson Rossi, de la Universidad de Bahía-UFBA. Durante algún tiempo quedó este trabajo sin continuación, hasta que apareciera el *Atlas Lingüístico de Sergipe,* bajo la dirección del mismo Rossi, en 1987. Fue editado por la Fundación Estatal de Cultura de Sergipe.

Así se iban ampliando y renovando los estudios lingüísticos. El profesor Serafim da Silva Neto, eximio representante de la escuela historicista, primaba ya los caminos del culturalismo, por encima de los neogramaticales, en donde refulgían los nombres de Schuchard, Pidal, von Wartburg, Karl Jaberg... El estructuralismo sufría el agotamiento de su mensaje así como la embestida del transformacionalismo y de las corrientes no inmanentistas. Naturalmente, todo eso traía repercusiones a Brasil, sobre todo en el campo de la Dialectología. El propio concepto de *dialecto* adquirió nuevas dimensiones, como la diastráctica, particularmente enfocada a los estudios sociolingüísticos.

[8] Los primeros trabajos del profesor Heinrich Bunse se publicaron en la *Revista Brasileña de Filología,* dirigida por Serafim da Silva Neto. El último volumen apareció en 1961.

En esa atmósfera inquieta y nueva se fue configurando el *Atlas Lingüístico de Minas Gerais.* Un equipo de jóvenes profesores de la Universidad Federal de Juiz de Fora-UFJF, integrado por Mário Roberto Lobuglio Zagari, José Passini, Antonio Pereira Gaio y José Ribeiro, lamentablemente fallecido ya este último, luego de varios años de investigaciones, logró editar el primer volumen, un mero esbozo de lo que sería el *Atlas Lingüístico de Minas Gerais*[9]. El segundo volumen, el definitivo, está en prensa. De ese Atlas se publicó, igualmente, el *Cuestionario,* parte I, por la UFJF. Pero de tan meritorio trabajo nos ocuparemos mejor en otra oportunidad.

Fue en ese resurgir de la Dialectología donde se gestó el *Atlas Lingüístico de Paraíba,* el ALPA.

La organización y dirección de los trabajos del mismo correspondieron a la profesora Maria do Socorro Silva de Aragao, doctora en Letras por la Universidad de São Paulo-USP. Sus aptitudes para los estudios dialectológicos ya se habían puesto de manifiesto en su tesis doctoral, dedicada al *Análisis fonético-fonológico del habla paraibana*[10]. En el Atlas tuvo como asesores a los componentes de todo un equipo renombrado de colaboradores, de entre los cuales conviene destacar por ser el brazo ejecutor del Atlas, por así decirlo, a la profesora Cleusa Palmeira Bezerra de Menezes.

Consta el trabajo de dos partes: la primera contiene el itinerario metodológico que preside la elaboración del Atlas; la segunda abarca el conjunto de cartas examinadas, léxicas y fonológicas, hasta un total de ciento cuarenta y nueve. Se hizo una selección de veinticinco puntos (que son los que figuran en dichas cartas), correspondientes a otros tantos municipios, pero asociando a cada uno de ellos tres «satélites», para abarcar, en suma, «el total de municipios, cubriendo todo el Estado». Apareció el Atlas, en 1985, en dos volúmenes: I, cartas léxicas y fonológicas relacionadas con el cuestionario general; II, análisis de las formas y estructuras lingüísticas. Como se ve, el Atlas enfoca, prioritariamente, los aspectos fonológicos y lexicográficos del habla paraibana; así y todo, en la parte dedicada al «análisis de las formas y de las estructuras lingüísticas», se alude también a los «aspectos morfológicos-sintácticos». La trans-

[9] Ribeiro, José *et alii, Esbozo de un Atlas lingüístico de Minas Gerais,* 1.er volumen, MEC/Fundación Casa de Rui Barbosa/UFJF, 1977.

[10] Edición, con ese título, de la Editora Universitaria de UFPB, 1877.

cripción fonética obedece al sistema conocido como *Alfabeto Fonético Internacional.* El cuestionario, en su versión final, ya ha sido publicado[11].

Algunos lemas de las cartas coinciden con los del *Atlas previo de las hablas bahianas,* o con el *Esbozo de un Atlas lingüístico de Minas Gerais,* al menos en su *designatum,* lo que permite un estudio comparativo, tan del gusto de la Dialectología. El lema se presenta, por lo general, en la forma del lenguaje patrón; así y todo, hay excepciones, como la que reza *moringa,* que sólo aparece en la carta como *Quartinha.*

En la bibliografía aparecen varios atlas lingüísticos, elaborados merced a las técnicas más modernas, principalmente los referidos a España (los atlas regionales, excelentes, de Manuel Alvar) y a Francia (obras que integran el NALF, *Nouvel Atlas Linguistique de la France pour régions).*

A estas informaciones podemos añadir algunos datos aportados por la profesora Sílvia Figueiredo Brandao, en una conferencia reciente (1990), pronunciada en el Círculo Lingüístico de Río de Janeiro, que forma parte de un estudio sobre *La Geografía Lingüística de Brasil,* de próxima publicación por parte de la Editora Ática, de São Paulo *.

Se trata de las siguientes:

1. *Atlas lingüístico de Ceará,* coordinado por el profesor José Rogério Bessa. Se halla en fase de revisión; las cartas y el glosario, sin embargo, ya están dispuestos.

2. *Atlas lingüístico-etnográfico de la Región Sur,* coordinado por el profesor Walter Koch. En período de elaboración. Abarca los estados de Paraná, Santa Catalina y Río Grande del Sur.

3. *Atlas lingüístico del Paraná,* por Vanderci Aguilera. No se trata de un trabajo de campo sino de una tesis doctoral, en vías de conclusión.

4. *Aspectos lingüísticos del habla londrina y un esbozo de un Atlas Lingüístico de Londrina,* disertación del citado profesor Vanderci Aguilera, en edición de la UNESP, Assis, 1987.

5. *Atlas Lingüístico de São Paulo,* coordinado por el profesor Pedro Caruso, con la colaboración del profesor Brian Head. Como no dispongo de más datos, supongo se halla en fase de elaboración, acaso en los trabajos preliminares.

6. *Proyecto de Atlas Etnolingüístico de los pescadores del Estado de Río de*

[11] *Atlas Lingüístico de Paraíba. Cuestionario,* Joao Pessoa, Editora Universitaria UFPB, 1980.

* Ya publicado en 1991.

*Janeiro,* coordinado por el profesor Laerte Carpena de Amorim (investigaciones hechas en la región de los lagos y del norte fluminense).

A propósito del lenguaje común a los pescadores fluminenses, cabe dar cuenta de una comunicación presentada por Cilene Pereira en el Primer Simposium sobre la diversidad lingüística de Brasil, verificado en Salvador en 1986, del que se ocupa el *Atlas etnolingüístico de los pescadores del Estado de Río de Janeiro.*

El estado de Río de Janeiro, a pesar de haber sido sede de la capital del país hasta 1960, y uno de sus principales centros culturales, no tiene en la actualidad proyecto alguno de Atlas lingüístico, a pesar de que en la década de los 70 se esbozaron varios.

El primero partió de la Universidad Federal de Río de Janeiro, minuciosamente elaborado por el profesor doctor José Ariel de Castro. Aun habiendo sido aprobado por el Departamento de Lingüística y de Filología, encontró diversas trabas administrativas que hicieron inviable el proyecto. El segundo se organizó en torno a los afanes del profesor Aloisio Manna, de la Universidad Federal Fluminense, que invitó al profesor Nelson Rossi, de la Universidad Federal de Bahía, para supervisarlo. También una serie de trabas administrativas dieron al traste con el proyecto. El tercero fue presentado por el CNPQ (Consejo Nacional del Desarrollo Científico y Tecnológico), a través del profesor doctor Joao Antonio de Maraes, de la Universidad Federal de Río de Janeiro, con el apoyo de la Fundación Casa Rui Barbosa, pero dificultades de orden económico no permitieron su realización. Estamos, pues, en Río de Janeiro, y en lo que a un Atlas lingüítico se refiere, en punto cero.

### *Obras lexicográficas del período*

La producción lexicográfica, casi exclusiva del primer período, no cesó y aún sigue activa. Al período geolingüístico cabe añadir los siguientes trabajos, los dos primeros dedicados a la *gíria* *:

*Diccionario de la gíria brasileña,* de Mário Viotti, Sao Paulo, 1945.

*La gíria brasileña,* de Antenor Nascentes, Río de Janeiro, 1953.

Y manteniendo un orden cronológico según los autores:

—Bernardino José de Suoza: de 1939 es su *Diccionario de la tierra y*

* Germanía. *(N. del T.).*

*de la gente de Brasil.* Su título original fue el de *Nomenclatura geográfica peculiar de Brasil,* modificado en la cuarta edición, por consejo de Afranio Peixoto. Lo incluimos en este período por haber una quinta edición, de 1961, con apéndices.

— Edson Carneiro: Publicó en 1961 *El Lenguaje popular de Bahía.* Es la obra de un folclorista, interesado en los aspectos del habla brasileña más popular. Comienza su trabajo, sin embargo, diciendo: «No soy lingüista, ni siquiera curioso de Filología» (p. 9). Y concluye: «La influencia dominante en el lenguaje popular de Bahía parece ser la portuguesa.» Además juzga extraordinario «la manera como se respetan las reglas de la prosodia portuguesa» y «como se conservan términos genuinamente portugueses en desuso fuera de Bahía».

Consta el libro de un capítulo muy ilustrativo al respecto de las «formas de tratamiento», al que sigue el Vocabulario dividido en *general* y en *especial,* integrado por: a) términos usados en los candomblés; b) términos usados en las ruedas de capoeira, samba y batuque. El Vocabulario concluye con una relación de «frases hechas». Digamos que la obra, al hablar de Bahía, se refiere siempre a la ciudad de Salvador.

— L. F. Clerot (la L es la inicial de León) publicó en 1959 su *Vocabulario de términos populares y de gíria usados en Paraíba,* que tiene por subtítulo el de *Estudio de la Glotología y de la Semántica Paraibana.* El autor se presenta como catedrático de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Paraíba, así como secretario general de la Comisión Paraibana del Folklore. Como vemos, a través del folclore se hacen buena parte de los estudios dialectológicos brasileños.

Precede al trabajo una introducción en la que el autor procura la síntesis de los rasgos marcadamente populares del lenguaje de Paraíba, si bien la sistematización del trabajo, así como las explicaciones dadas sobre el mismo, dejan mucho que desear.

Clerot admite como elementos preponderantes, en lo que se refiere a las modificaciones sufridas por el portugués de Brasil, y en concreto las de Paraíba, las aportaciones indígena y negra; o sea, una vez más la vuelta a un punto más que controvertido. No acepta la existencia de dialectos en Brasil, sino de *subhablas,* tesis que, día a día, gana adeptos. Por método de trabajo apunta como más deseable el de la «recolección de boca en boca» de los términos populares, y no de las obras literarias, ni siquiera de las más regionalistas, lo que, por su aportación empírica, supone cierto avance sobre los anteriores textos publicados. Hace, igual-

mente, ciertas incursiones etimológicas, cosa que siempre es de temer, sobre todo en su caso, pues acude con frecuencia a étimos supuestamente africanos o indígenas.

— Florival Seraine: Es el estudioso más constante del habla cearense, al menos desde 1938, cuando presentó al Primer Congreso de la Lengua Nacional Cantada una comunicación sobre las «Contribuciones al estudio de la pronunciación cearense». Desde el punto de vista lexicográfico, su obra principal es el *Diccionario de términos populares registrados en Ceará,* de 1959, que se completa con un «Suplemento», aparecido en 1964 en la *Revista de Portugal.* Hay, también, estudios dispersos a él debidos, sobre topónimos y antropónimos cearenses.

El *Diccionario* tiene doscientas setenta y seis páginas, si bien no todos los términos en él registrados corresponden en exclusiva a Ceará. Muchos vienen del Nordeste y otros son habituales en el subcontinente brasileño (por ejemplo *gogó,* nombre popular que se da a la «manzana de Adán»).

El profesor Florival Seraine es incansable en el trabajo. Todavía muy recientemente, en 1980, dio a la luz pública, en la *Revista del Instituto de Ceará,* una «Contribución metodológica a los estudios lexicales», en la cual, valiéndose de la «etnografía de la comunicación», de Dell Hymes, procura investigar la presencia de términos eruditos en el habla inculta. Su análisis incide sobre tres términos cultos: *maquiavelismo, hipocondría* y *depresión.* Se trata de una investigación original y muy bien estructurada.

— Julio Romao da Silva es el autor de *Geonomásticos cariocas de procedencia indígena,* de 1961.

El defecto general de esos léxicos de nombres indígenas radica en la preocupación etimológica, bajo la inspiración de Teodoro Sampaio. Ya el profesor José Oiticica había denunciado ese método falso, que llamó, en su monografía *Del método de estudio de las lenguas sudamericanas,* «una explicación del tupi mediante el tupi». La verdad es que, sin un conocimiento seguro de las lenguas indígenas brasileñas, todas esas etimologías deben ser puestas en cuarentena. Limitémonos a un ejemplo: la palabra *carioca.* Para Teodoro Sampaio podría venir de *cari-oca,* o «mestizo descendiente de blanco», o de *cary-oca,* «casa del blanco». Romao da Silva añade *acary-oca,* «casa de los acaris», e incluso *caray-oca,* «casa del señor blanco». Federico Edelweiss criticó varias de tales etimologías. La razón estriba, pues, en lo que dijese Mattoso Cámara Júnior: «Son, todas ellas, infundadas.» Mención especial merece una obra más reciente, por su te-

són científico: El *Diccionario histórico de las palabras portuguesas de origen tupí,* São Paulo, 1978, del lexicógrafo Antonio Geraldo da Cunha.

— Raimundo Girao publicó en 1967 *Vocabulario popular cearense,* volumen de doscientas treinta y dos páginas. Siguiendo el trabajo de sus antecesores, apenas se dedica a una investigación con base en fuentes escritas. El libro, empero, está bien estructurado y dispone de abundante y buena bibliografía.

— Horacio de Almeida; De él es el *Diccionario popular paraibano,* de 1979. El vocabulario fue compilado con base a fuentes escritas y con el conocimiento directo del autor sobre las mismas: «No en vano pasé más de veinte años en un ingenio. Lo que no retuvo mi memoria lo encontré en los libros» (p. 12). Conviene insistir en que los términos ofrecidos no pertenecen en exclusiva a Paraíba. Horacio de Almeida, por ejemplo, registra: «Abrideira: bebida alcohólica para abrir el apetito.» Eso, sin embargo, ya aparece en el *Lenguaje carioca,* de Antenor Nascentes, que data de 1922.

Espíritu curioso e inquieto, perdió recientemente en Paraíba a uno de sus hijos, que más la exaltara.

— Raimundo Monato. De 1980 es su *Calepino potiguar,* con el subtítulo de *Gíria riograndense,* donde «riograndense» se refiere al estado de Río Grande del Norte. El libro lleva un prefacio de Horacio de Almeida, en el que se dice que «lo fundamental, en el caso, es el trabajo de campo, tomados los datos de las fuentes vivas, que no son otras sino las del habla del pueblo» (p. 8). Son quinientas apretadas páginas de vocabulario, aunque, claro está, la mayor parte de las palabras no sean específicamente de Río Grande del Norte. El autor también bebe en fuentes escritas, sobre todo en textos publicados en los periódicos de la zona por escritores regionales.

— Tomé Cabral: En 1973, la Impresora Universitar ia de Ceará editó de Tomé Cabral, natural de Santos, el *Diccionario de términos y de expresiones populares,* con un prólogo del profesor Evanildo Bechara. En la segunda edición, de 1982, aparecen, para enriquecerlo, más de tres mil palabras nuevas, además de bibliografía considerable. Incluso textos sacados de la literatura de cordel, motivo por el cual, en esa nueva edición, se hace aún más verosímil la alusión a las «expresiones populares» del título.

En cuanto a la metodología para la investigación transcribimos las palabras ofrecidas al respecto por el propio autor:

> El presente trabajo es, con mayor propiedad, una profundización en el lenguaje interno de una región rica en motivos folklóricos, situada al Sur de Ceará, o sea, no Cariri, propiamente dicho; un trabajo que contempla el devenir de más de cuarenta años, si bien en etapas diferentes. Conviví durante ese tiempo con hombres de la ciudad y del campo. Llevé a mis páginas, por ello, mucho de lo que me fue dado oír en las conversaciones y aconteceres diarios. Al margen de eso, y para documentar mejor el estudio ahora presentado, me tomé la molestia de seleccionar datos de entre la obra de varios autores, dando preferencia a los que mejor presentaban el lenguaje del interior, y en los que primaba un criterio justo a propósito de la manifestación de esas expresiones (p. 9).

El autor reconoce que los vocablos relacionados no son, tampoco, términos exclusivos de la región de Cariri. Es, pues, un defecto común a casi todos estos trabajos, a casi todos estos vocabularios «regionales». Muchas de las palabras que se ofrecen pertenecen a la lengua general del país. Sólo en la letra A encontramos: *abaixar, abecê, achado, acoitar, acordo, acuado, aduela,* etc. Que el lector extraiga sus propias consecuencias...

— María do Socorro Silva de Aragao. Versa su investigación sobre el *Glosario aumentado y comentado a A Bagaceira,* edición de Joao Pessoa, de 1948. La investigación parte del Proyecto de *Análisis socioetnolingüístico de la lengua regional en la obra de José Américo de Almeida,* coordinado por la profesora Maria Socorro Silva de Aragao, y tras una presentación del doctor Milton Paiva, entonces presidente de la Fundación Casa de José Américo. Los autores reconocen que «muchos de los vocablos existentes en el glosario general son ya del dominio común de los lectores, por tratarse de términos y de expresiones usadas en todo el país». Pero, está claro, no podían suprimirse pues el *Glosario* se publicó aumentado y no disminuido.

El *Glosario* fue entregado a un equipo de competentes profesores de varias universidades brasileñas, y, por supuesto, de la de Paraíba. No se trata de una relación empírica de modismos, pues los autores poseen formación lingüística y por eso prolongaron su trabajo con una *Fundamentación teórica,* en la que se ocupan de los siguientes temas pertenecientes a su investigación: lengua y habla; dialecto y dialectología; lexicología y lexicografía; léxico, vocabulario y glosario. Esperemos que no les falten recursos, a fin de que sus investigaciones puedan llegar a término.

De la misma autora es la reciente edición de *La lengua regional popular en la obra de José Lins do Rego,* Joao Pessoa, 1990, extenso glosario de

más de ciento ochenta páginas, e investigación hecha a través de la obra de ficción del novelista paraibano José Lins do Rego.

Es natural que muchas publicaciones nuevas aparezcan por todo el país, habida cuenta de que en las principales ciudades brasileñas hay Facultad de Letras, donde se presentan ponencias que finalmente sirven para la elaboración de trabajos de fin de carrera, luego transformados en artículos y, al igual que acontece con las conferencias de los profesores, después en libros... Mas no aspiramos a ser exhaustivos, ni a realizar una tarea propia de una computadora, sino a dar fe de la evolución de los estudios dialectológicos en Brasil. Los que deseen más informaciones y más detalladas deberán consultar la obra, de gran provecho, *Bibliografía dialectal brasileña,* de la profesora Maria do Socorro Silva de Aragao, editada en 1988 por la Universidad Federal de Paraíba.

## XIV

## CONCLUSIONES

De todo lo expuesto, se pueden destacar ya las líneas maestras de los acontecimientos histórico-culturales que trazaron el perfil de la lengua portuguesa en Brasil.

Llegó la lengua portuguesa a la tierra que sería brasileña en los albores del siglo XVI. La armada cabraliana fondeó en una ensenada a la que se daría el nombre de Porto Seguro. El siglo XVI fue el de la toma de contacto y reconocimiento del litoral. Se instalaron factorías, ingenios, emporios, fortificaciones en puntos estratégicos de la costa, se patrulló en las aguas costeras, se inició la colonización. Después de la experiencia de las Capitanías Generales se dio paso a la creación de los Gobiernos Generales, más estables. Aparecen los primeros centros urbanos; Olinda y Recife, al norte; Salvador, sede del Gobierno, en el centro; Río de Janeiro, al sur. Desde estos puntos se haría la penetración en el sertao, que tanto contribuyera al nacimiento de nuestra nación, como la colonización del extremo norte (Maranhao y Grao Pará) y, al sur de Río de Janeiro, São Paulo, punto de gran importancia en la época de la expansión hacia el oeste.

En el siglo del mil quinientos menudearon los contactos de los indígenas con los descubridores, generando dos corrientes en paralelo: la de los misioneros, o de coordenada espiritual, y la de los colonos, o de coordenada temporal. A los catequistas, en particular los jesuitas, se debe el contacto pacífico con los indígenas, el cual sirvió para el estudio de su lengua. Apareció, así, la lengua general, sistematizada por los jesuitas (Anchieta) en un arte de Gramática, hecha «lengua vehicular» para negros, blancos e indios, durante la mayor parte del período colonial. Su mayor influjo quedó en zonas de mamelucos (mestizo de blanco y de in-

dia), como en Piratininga, o en zonas de indios puros, como en Grao-Pará. Otro tipo de contacto se dio entre la lengua portuguesa y las africanas, aún en el XVI. Decimos otro tipo de contacto, porque, primero, ninguna lengua africana se usó en la catequesis; segundo, porque los contactos se dieron entre señores y esclavos; tercero, porque no se generó ninguna lengua general de base africana, como se dio con el tupi, que sirvió para la elaboración de la «lengua general».

Las principales lenguas africanas traídas a Brasil fueron el *quimbundo,* de los negros del grupo bantú, y el *nagô,* o *iorubá,* del negro sudanés, asentado fundamentalmente en Bahía.

Como no se configuró lengua general alguna, cuando los negros querían comunicarse entre sí acudían a la lengua portuguesa, adaptándola a la estructura fonético-semántica de sus hablas nativas; de ahí la simplificación manifestada en flexiones y en articulaciones de su expresión. Se creó, así, una forma corrompida de la lengua portuguesa, según palabras de Silva Neto; un semicriollo lingüístico que se vulgarizó entre los negros, y también entre sus patronos. De ello algo ha quedado en la lengua portuguesa, mas hasta ahora ninguna conelusión segura se ha sacado de los hechos.

En ese tiempo, la difusión y el fortalecimiento de la lengua portuguesa ganó terreno. Los jesuitas, que llegaron a ser acusados de primar la lengua general en detrimento de la portuguesa, actuaron en los dos frentes: en el de la evangelización y en el de la culturización latino-cristiana. En sus colegios, el latín, matriz de la lengua portuguesa, ocupaba un lugar de privilegio. Conviene no olvidar que el padre Antonio Vieira, el mayor predicador de su época, llegado a Brasil a los seis años de edad, adquirió entre los jesuitas de Bahía la enorme formación humanística que lo convirtió en uno de los más grandes clásicos de la lengua portuguesa. A medida que crecían los centros urbanos de Recife, de Salvador y de Río de Janeiro, la lengua portuguesa irradiaba hacia zonas más alejadas de ellos. En 1601, Bento Teixeira publicaba en Lisboa su *Prosopopeya,* dedicada a Jorge de Alburquerque Coelho, capitán gobernador de Pernambuco. En el siglo XVII escribieron posesía en Bahía Manuel Botelho de Oliveira, autor de *Música del Parnaso,* que vio la luz en Lisboa, en 1705, y Gregorio de Matos Guerra, llamado el *Boca del Infierno.* Hubo por aquel tiempo, en Salvador, un selecto grupo de hombres, entre los cuales destaca Eusebio de Matos, hermano de Gregorio, jesuita y después hermano carmelita, que gozó de gran fama como orador. El crítico literario Sílvio

Roméro llegó a hablar de una escuela pernambucana y de una escuela bahiana. En el siglo XVI, sin embargo, se agiganta la venerable figura del padre José de Anchieta, autor de autos y poemas en portugués, en español, en latín y en tupi.

En el siglo XVIII, con el descubrimiento de las minas, brotan las ciudades del oro, al frente de las cuales *Ouro Preto* se alza como uno de los más armónicos conjuntos barrocos de América Latina. Ahí se constituyó la escuela minera, pléyade de saberes y de literatos, precursores del movimiento independentista del país con la trágica «Conjuración Minera», punto de arranque de nuestra autonomía cultural y política. Las minas llevaron hasta sus tierras a grandes cantidades de hombres en busca de riqueza, y ello sirvió para que la lengua portuguesa se enraizase y consolidara en la región, en detrimento de la lengua general.

Refiriéndose a la lengua brasileña, y a la conformación de las hablas regionales, el profesor titular de la Universidad de São Paulo, doctor Segismundo Spina, llama la atención sobre el desarrollo paralelo de la lengua escrita:

> También nos llegó la lengua escrita, conservadora y clásica, fijada a patrones de cultura por los escritores del Renacimiento tardío y de los inicios literarios del XVII. Siempre en su papel de nodriza de la unidad lingüística de un pueblo, la lengua escrita brasileña, de expresión literaria, se mantuvo al margen de los embates de la lengua popular americana. Sólo en la época de la inconfidencia minera se dan atisbos de un uso propio, en la expresión portuguesa, de nuestra lengua literaria (1980, p. 61).

La incesante actividad de los jesuitas, fortalecida por la contribución, siempre en menor grado, de otras órdenes religiosas, el crecimiento de los principales centros urbanos de la colonia (Recife, Salvador, Río de Janeiro, Ouro Preto), el nuevo arribar de portugueses, por motivos políticos o económicos, todo ello concurrió para que, en los albores del XIX, la victoria de la lengua portuguesa en Brasil se consumara definitivamente. Así, cuando en 1757 el marqués de Pombal, por un decreto aplicado primero en Pará y en Maranhao después, extendido a todo Brasil ya en 1758, prohíbe el uso de la lengua general y hace obligatorio el portugués, no hace sino legitimar un hecho ya irreversible: un proceso histórico toca a su fin.

Una nueva relusitanización se da, ahora en Río de Janeiro, y en 1808, con la llegada de la familia real y de su corte. Sede del Gobierno y del

Reino, progresó Río a extremos insospechados, beneficiándose de ese progreso, como es lógico, el resto del país. Con justa razón dice al respecto la profesora Angela Vaz Leao:

> La llegada de la corte a Brasil en 1808, con sus bibliotecas y sus tesoros artísticos, supuso un factor importante de cambio cultural. Sólo a partir de 1808, tres siglos después del Descubrimiento, aparecen los primeros cursos oficiales a impartir, y de nivel superior, en nuestro sistema educativo, antes limitado a lo que establecieran los jesuitas, de grado primario y secundario. Es también a partir de 1808 cuando se posibilita la edición de libros en Brasil, gracias a la creación de la Imprenta Real (1980, p. 78).

Con ese impulso y con la constitución de una elite cultural, no es de extrañar que poco tiempo después, en 1822, Brasil accediera a su independencia política, de la mano, sin embargo, de un príncipe portugués.

Así y todo, se dio una hostilidad, hasta cierto punto comprensible, hacia Portugal y hacia el Gobierno portugués, que buscaba lazos de unión con la antigua colonia. Ello y la búsqueda de unas raíces propias alentó, entre nosotros, el nacimiento del Romanticismo literario, como manifestación del espíritu nacional. También ahí, en la literatura, se manifestó el conflicto lingüístico. Fue un novelista quien se convirtió en centro de la controversia: José de Alencar, escritor cearense, se tornó en blanco de todas las críticas, que lo acusaban de incorrección en el uso del lenguaje. Se defendió él arguyendo diferenciaciones relativas del patrón portugués. Y así surgió la polémica, que aún colea, a propósito de la vertiente diferenciadora del portugués de Brasil. Fue la época de auge del llamado «dialecto brasileño», guerra que concluyó sin vencedores ni vencidos.

Al Romanticismo sucedió el Parnasianismo, caracterizado por una extrema corrección en la forma, más allá de las fluctuaciones expresivas. La corrección, establecida según los cánones clásicos de la lengua portuguesa, se tornó casi obsesión en algunos brasileños. Figura relevante del período es la del consejero Rui Barbosa, autor de una famosa *Réplica,* cuya publicación causó espanto, por una parte, y admiración por otra, en la opinión pública del país. Pero como siempre ocurre, finalmente se estableció una suerte de equilibrio que se fijaría definitivamente en tiempos de la llamada República vieja (1889-1930). La revolución liberal de 1930 trajo a Brasil nuevos vientos. Fermentaba la problemática social, fruto de la victoria bolchevique en Rusia; el internacionalismo soviético (co-

munismo), por un lado, y el nacionalismo (fascismo) por otro, contribuyeron a una guerra ideológica que caló hondamente en nuestra juventud. Pero, en lo que a la cuestión lingüística se refiere, tanto la izquierda como la derecha se dieron la mano en aquel tiempo. Herbert Parentes Fortes (nacionalista) y Edgard Sanches (populista) se unieron en aras del despertar de una expresión brasileña. Renato Mendonça, también brasileñista, adoptó, sin embargo, una postura que se quería más «científica», llegando a apelar, en varias ocasiones, a la necesidad de una geografía lingüística que engrandeciera la lengua portuguesa hablada en territorio brasileño.

Otros filólogos de mayor formación científica, como Mattoso Câmara Júnior, Serafim da Silva Neto, Gladstone Chaves de Melo y otros, demostraron cabalmente la inconsistencia de la tesis verificada en favor de una supuesta lengua brasileña, existente en este confín de América. Lo mismo habían dicho antes hombres de la talla intelectual de Mário Barreto, Said Alí, Antenor Nascentes, José Oiticica y Sousa da Silveira.

Y aunque en alguna ocasión demostrara entusiasmo por un portugués-brasileño que denominó «lengua nacional», creemos válida esta afirmación de Joao Ribeiro: «La lengua nacional es, esencialmente, la lengua portuguesa, enriquecida en América, emancipada y libre en sus propias manifestaciones» (1933, p. 262).

Esencialmente, esto es lo que importa.

nunismo), por un lado y el nacionalismo (fascismo) por otro, con una yecta a una guerra ideológica que está hondamente en nuestro intelecto. Pero, en lo que a la cuestión lingüística se refiere, tanto la izquierda como la derecha se dieron la mano en aquel tiempo. Herbert Parentes Fortes (nacionalista) y Edgard Sanches (populista) se unieron en aras del despertar de una expresión brasileña. Renato Mendonça, también brasileñista, adoptó, sin embargo, una postura que se quería más «científica», llegando a apelar, en varias ocasiones, a la necesidad de una geografía lingüística que comprobara la lengua portuguesa hablada en territorio brasileño.

Otros filólogos de mayor formación científica, como Mattoso Câmara Júnior, Serafim da Silva Neto, Gladstone Chaves de Melo y otros, demostraron cabalmente la inconsistencia de la tesis separatista en favor de una supuesta lengua brasileña. Además en este combate de Ámérica, la misma había dicho antes nombres de la talla intelectual de Mário Barreto, Said Ali, Antenor Nascentes, José Oiticica y Sousa da Silveira.

Y aunque en alguna ocasión demostrara entusiasmo por un portuguesismo que defendiendo «lengua nacional», creemos válidas esas afirmaciones. Eso refuerza «la lengua nacional es, esencialmente, la lengua portuguesa, trasplantada en América, emancipada y hoy en sus propias manifestaciones» (1957, p. 202).

Esencialmente, esto es lo que importa.

# APÉNDICES

# BIBLIOGRAFÍA

J. C. de Abreu, *Capítulos de Historia Colonial,* F. Briguiet, Río de Janeiro, 1934, pp. 20, 140, 143.

J. C. de Abreu, *Caminhos Antigos e povoamento de Brasil,* Civilización Brasileña/MEC, Río de Janeiro, 1975, pp. 33, 41, 58, 66, 67.

J. C. de Abreu, *Ensaios e Estudos,* 2.ª serie, 2.ª edición, Civilización Brasileña/MEC, Río de Janeiro, 1976, p. 225.

Capistrano de Abreu, en sus *Capítulos,* fundó la historiografía colonial brasileña; en *Caminhos Antigos* estudió, particularmente, las principales vías terrestres de penetración en nuestro *hinterland;* en sus *Ensaios e Estudos* hace una relación de personajes y eventos de la historia patria. Es reconocido como uno de los más competentes historiadores del pasado brasileño.

A. Alonso, *El problema de la Lengua en América,* Espasa-Calpe, Madrid, 1935, pp. 134-135.

A. Alonso, *La ll y sus alteraciones en España y en América: Estudios Lingüísticos,* Temas Hispanoamericanos, Gredos, Madrid, 1953, pp. 196, 259, 260.

En *El problema...,* A. Alonso sitúa en la debida perspectiva las condiciones lingüísticas actuales del español americano, observaciones que, en su casi totalidad, pueden aplicarse también al portugués de Brasil. El estudio sobre la pronunciación correspondiente a la *ll* esclarece la cuestión relacionada con la naturaleza articular del llamado «yeísmo» y su difusión en las diferentes áreas lingüísticas hispánicas.

A. Amaral, *O Dialeto Caipira,* Casa Editora O Livro, Sao Paulo, 1920, pp. 21, 22, 48, 49.

Obra que, merced al consenso de los estudiosos brasileños, inaugura científicamente el estadio monográfico de la Dialectología en Brasil.

J. de Anchieta, *Arte de Gramática de la lengua más usada en la costa de Brasil,* Coimbra, 1595, p. 14.

La primera Gramática impresa de la «lengua general», fruto de las observaciones y del espíritu humanista del autor, con que se inician los estudios indigenistas en tierras brasileñas.

C. D. de Andrade, *A lição do Amigo,* Livraria Sao José, Río de Janeiro, s. d., pp. 21, 22.

Colección de cartas de Mário de Andrade a Carlos Drummond de Andrade, anotadas por el poeta-editor. La mejor edición de cuantas se han publicado de las numerosas colecciones de cartas del escritor paulista.

M. de Andrade, *Carta a Sousa da Silveira: Revista do Livro,* n.° 26, 1964, pp. 127-133.

En esta carta, M. de A. niega sus intenciones de publicar su *Gramatiquinha da Fala Brasileira.*

A. J. Antonil, *Cultura e Opulência do Brasil,* Progresso Editora, Salvador, 1955, p. 246.

Libro donde se narra con espontaniedad y simpleza la cultura y opulencia de Brasil en tiempos de la colonia. La edición fue secuestrada y destruida por orden de S. M., en 1711, quedando sólo siete ejemplares. Según el historiador José Honorio Rodrigues, es uno de los mejores libros que se escribieron sobre Brasil en todos los tiempos (1979, p. 393). Antonil es el seudónimo de José Antonio Andreoni, padre jesuita de origen italiano, como demostró Capistrano de Abreu.

M. do S. S. de Aragao, *Análise fonético-fonológica do Falar Paraibano,* Joao Pessoa, Editora Universitaria/UFPb, 1977, pp. 76-77.

Estudio sobre el habla paraibana, según el método estructuralista funcional de Martinet, de la Fonología Cuantitavia de Y. Rezin y de la Escuela Lingüística de B. Pottier, por una de las más notables dialectólogas brasileñas del presente, principal coordinadora del *Atlas Lingüístico de Paraíba.*

R. M. de Aragao, «Quadro geral do ensino: formaçao das instituçioes pedagógicas, *História da Cultura Brasileña,* 2 (1976), pp. 317-342, 319.

M. de Assis, *Obra completa,* Aguilar, Río de Janeiro, 1985, pp. III, 801, 809.

Es Machado de Assis, según la mayor parte de la crítica brasileña, el *primus inter pares* de los escritores brasileños.

T. de Azevedo, *Povoamento da Cidade do Salvador,* Itapuá, Salvador, 1969, pp. 160, 179, 180, 185.

T. de Azevedo, «Os grupos negro-africanos», *História da Cultura Brasileira,* I (1973), p. 67.

T. de Azevedo, *Italianos e Gaúchos,* Instituto Estadual do Livro, Porto Alegre, 1975, pp. 23, 88, 97, 98, 100, 102, 105.

T. de Azevedo, etnógrafo e historiador, nos dejó en su *Povoamento* un ejemplo clásico de bibliografía brasileña. Todos sus estudios e investigaciones son altamente reputados y valiosos.

R. Barbadinho Neto, *Tendências e Constâncias da Língua do Modernismo,* Acadêmia, Río de Janeiro, 1972, p. 75.
Las innovaciones modernistas integradas en la tradición novelesca de nuestro idioma.

Beaurapaire-Rohan, *Diccionário de Vocábulos Brasuleiros,* 2.ª edición, Progresso Editora, Salvador, 1956, p. 19.
Para Rodolfo Lenz, «entre los diccionarios de americanismos, éste es el más científico».

J. van den Besselaar, *O Sebastianismo,* ICALP, Lisboa, 1987, p. 69.
Volumen perteneciente a la Biblioteca Breve, que aporta interpretaciones justas sobre uno de los aspectos más hondos del alma portuguesa: el mesianismo.

A. A. Bourdon, *História de Portugal,* Almedina, Coimbra, 1973, p. 109.

C. R. Boxer, *A idade de ouro do Brasil,* Editora Nacional, Sao Paulo, 1963, pp. 22, 175, 220, 231 (trad. de original inglés).
Obra fundamental para el conocimiento de la fase colonial y económica brasileña conocida como «ciclo del oro» (siglo XVIII).

G. van Buick, *Les Langues bantoues: Les Langues du Monde,* edición de A. Meillet y M. Cohen (1952), pp. 850-879.
Información en la época muy valiosa, sobre importante familia de lenguas africanas.

T. Cabral, *Novo Diccionário de Termos e Expressões Populares,* UFC, Fortaleza, 1928, p. 9.
Colección de brasileñismos, que mereció un prólogo del profesor Evanildo Bechara, a propósito del habla cariri, en el estado de Ceará.

P. Calmon, «O ensino humanístico: os colégios dos jesuítas, as humanidades, as aulas superiores», *História da Cultura Brasileña* 2 (1976), pp. 344, 346, 347, 350-51.
Hace justicia su autor en este artículo a la actividad de los jesuitas en pro de la educación en Brasil durante los primeros tiempos de la colonización.

J. P. Calogeras, *Formação Histórica do Brasil,* 5.ª edición, Companhia Editora Nacional, Sao Paulo, 1957, pp. 62-63.

J. M. Cámara Jr. *Dispersos,* Fundação Getúlio Vargas, Río de Janeiro, 1972, p. 86.

J. M. Cámara Jr., *Princípios de Lingüística Geral,* 5.ª edición, Padrão, Río de Janeiro, 1977, 0. 63.

J. M. Cámara Jr., *Introdução às Línguas Indígenas Brasileiras,* 3.ª edición, Ao Livro Técnico, Río de Janeiro, 1979, pp. 102, 104, 105, 106.

El profesor Cámara Jr. inauguró en *Principios* la lingüística brasileña en base estructural de tendencias funcionalistas. Su libro fue, durante mucho tiempo, guía para los cursos superiores sobre la materia.

P. V. de Caminha, *A carta de Pero Vaz de Caminha,* Estudio, facsímil, transcripción y notas de Jaime Cortesao, Livros de Portugal, Río de Janeiro, 1943, hoja 10 de la fotocopia.

Hasta el presente, la mejor edición crítica de que disponemos sobre la famosa carta del escribiente de la flota de Cabral.

J. G. H. de Carvalho, *Estudos Lingüísticos,* Atlántida, Coimbra, 1969, 2.° volumen, pp. 15 n. 5, 99-101.

Herculano de Carvalho es el más distinto maestro de teoría del lenguaje en tierras de Portugal.

J. A. de Castro, «Formação e desenvolvimento da língua nacional brasileira», *A Literatura no Brasil* 1 (dir. de A. Coutinho), 1986, pp. 266, 268, 269, 285, 293.

Largo y detallado capítulo sobre la historia de la lengua portuguesa en Brasil, en el que se pretende probar que «en Brasil, hasta el advenimiento de la era pombaliana, se dio una expresión lingüística totalmente disociada de la que se daba en Portugal».

L. F. L. Cintra, *A Linguagem dos Foros de Castelo Rodrigo,* Centro de Estudos Filológicos, Lisboa, 1959, p. 208.

Un volumen de casi 600 páginas, en el que se estudia la lengua que, en el XVII, dictó los referidos Fueros, para un mejor conocimiento de la lengua arcaica portuguesa.

J. Cortessao, *A Colonização do Brasil,* Portugália, Lisboa, 1969, pp. 43, 163, 267.

Se trata del volumen XVIII de las *Obras completas* del historiador, cartógrafo y paleógrafo portugués, indispensable para comprender el sentido de la expansión lusitana en Brasil.

A. Coutinho (dir.) *A Literatura no Brasil,* 2.ª edición, José Olympo/UFF, Niterói, Río de Janeiro, 1986, 6 vols.

Obra colectiva inspirada en el método de la «nueva crítica», que tiene por mayor valor el de la literariedad del texto.

A. Coutinho, «Simbolismo-Impressionismo-Modernismo», *A Literatura no Brasil,* IV, 1969, p. 2.

C. Cunha, *Língua portuguesa e Realidade Brasileña,* 2.ª edición, Tempo Brasileiro, Río de Janeiro, 1970, pp. 58, 59, 71, 72.

C. Cunha, *A Questão da Norma Culta Brasileira,* Tempo Brasileiro, Río de Janeiro, 1985, p. 23.

Una gran pérdida supuso para la Filología brasileña el reciente fallecimiento de Cunha, uno de los más profundos conocedores de la lengua portuguesa, particularmente en su versión arcaica.

M. Delafosse & A. Caquot (rev.), «Langues du Soudan et de la Guinée», *Les Langues du Monde,* 1952, p. 740.

M. Diégues Jr., *Etnias e Culturas no Brasil,* 5.ª edición, Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1976, pp. 36-44.

M. Diégues Jr., (coord.), *História da Cultura Brasileira,* Conselho Federal de Cultura, 2 vols., I, 1973, II, 1976.

M. Diégues Jr. & Quintela, M. M. D., «Os alemaēs no Brasil: Tentativa de estudo da bibliografia existente», *II Colóquio de Estudos Teuto Brasileiros,* 1974, p. 556.

Diégues Júnior siempre se distinguió por la objetividad y equilibrio de sus planteamientos y estudios. En *Etnias,* tomando por base la aportación portuguesa, asocia a la misma los componentes indígenas y africanos, para constituir el pedestal de la cultura brasileña, a la que se van integrando, progresivamente, corrientes inmigratorias de variada procedencia.

T. H. Donghi, *Reforma y Disolución de los Imperios Ibéricos 1750-1850,* Alianza América, Madrid, 1985, pp. 106-107.

Tercero de una serie sobre la Historia de América Latina, este libro dedica su parte IV a ocuparse de la peculiar situación política brasileña, regida por un Gobierno imperial.

H. P. Fortes, *A Questão da Língua Brasileira,* G.R.D., Río de Janeiro, 1957, p. 28.

Colección póstuma de artículos de un extremista defensor de la lengua brasileña disociada de la portuguesa.

L. Franca, S. J., *O Método Pedagógico dos Jesuítas,* Agir, Río de Janeiro, 1952, pp. 22-23.

Trabajo de una de las figuras más notables de la intelectualidad brasileña y del sacerdocio en nuestro país.

G. Freyre, *O luso e o Trópico,* Comissão Executiva das Comemorações do V Centenário da Morte do Infante D. Henrique, Lisboa, 1961, pp. 221.

G. Freyre, *Casa-Grande & Senzala,* 20 ed.: Obra Escolhida, Nova Aguilar, Río de Janeiro, 1977, pp. 140, 301.

G. Freyre, *Sobrados e Mucambos,* 7.ª ed. José Olympio/INL, Río de Janeiro, 2 vols., 1985, p. I, 78.

G. F. fue el gran renovador de la Sociología brasileña, con *Casa-Grande y Senzala,* de 1933, del que *Sobrados y Mucambos* fue una especie de continuación. Su método consistió en partir de los acontecimientos de la vida cotidiana para en ellos construir las grandes estructuraciones de la sociedad colonial.

V. Frosi & C. Mioranza, *Dialectos Italianos,* EDUCS, Caxias do Sul, 1983, pp. 352-362.

Uno de los primeros estudios sobre los dialectos italianos, casi siempre septentrionales, de los colonos inmigrados en Río Grande del Sur.

J. A. Goulart, *Brasil do Boi e do Couro,* GRD, Río de Janeiro, 1965, pp. 17, 18, 28, 36, 71.

El llamado «ciclo del cuero» encontró en Alípio Goulart a su mejor estudioso.

M. Goulart, *A Escravidão Africana no Brasil,* 3.ª edic., Alfa-Omega, São Paulo, 1975, pp. 27, 99, 185, 186.

Estudia el tráfico de esclavos desde sus orígenes hasta su extinción, con excelente base documental.

S. B. de Holanda (dir.), *A Epoca Colonial, I, Difusão Européia do Livro, Sao Paulo, 1960.*

S. B. de Holanda (dir.), «As monções», *A Epoca Colonial,* 1960, I,p. 321.

S. B. de Holanda (dir.), *Raízes do Brasil,* 6.ª edic. José Olympo/INL, Río de Janeiro, 1971, pp. 90, 92-93.

La primera edición de este libro data de 1936 y es posterior, por tanto, a *Casa-Grande & Senzala.* Procuró llegar a lo que llama «raíces de Brasil», a través de una perspectiva más sureña, en oposición a G. F., que era nordestino.

L. Homburger, *Las langues négro-africaines,* Payot, París, 1941, pp. 66, 235.

Estudio descriptivo de la estructura gramatical de las lenguas africanas en general, cuyas bases científicas no han perdido actualidad.

A. Houaiss, *O Portugues do Brasil,* Unibrade, Río de Janeiro, 1985, p. 51.

Breve estudio de cerca de 150 páginas, hecho por uno de los más competentes filólogos de la actualidad brasileña, en el que se repasan las principales controversias levantadas sobre el asunto del portugués de Brasil y donde se resalta el carácter del portugués como lengua de cultura.

H. B. Johnson, «The Portuguese settlement of Brazil», *The Cambridge History of Latin America* I, Colonial Latin America (1984), pp. 256, 271, 277.

Se trata del primero de dos volúmenes dedicados a la historia colonial del Nuevo Mundo latino-americano, con el sello excelente de las obras editadas en Cambridge.

A. J. Lacombe, «Literatura e Jornalismo», *A Literatura no Brasil,* 2.ª edic., 6 vols., 1968, VI pp. 57-104.

A. J. Lacombe, «Os primórdios da educação»: a família e o ensino, *História da Cultura Brasileira* 1, Conselho Federal de Cultura, Río de Janeiro, 1973, pp. 334, 346, 347, 350-51.

M. R. Lapa, *Estilística da Língua Portuguesa,* 5.ª edic., Acadêmica, Río de Janeiro, 1968, p. 117.

Trabajo del notabilísmo medievalista portugués, inspirado en la teoría de la expresividad de las unidades lingüísticas, creada por Ch. Bally.

A. V. Leão, «Formação da Língua Literaria no Brasil: século XIX», *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros* 22, 1985, p. 78.

Profesora titular de la Universidad Federal de Minas Gerais, Angela Vaz Leao es una de las más profundas conocedoras de la lengua literaria portuguesa en Brasil.

J. Leda, *A Chimera da Língua Brasileira,* Manaus, s. ed., 1939, pp. 122-123.

Libro de uno de los más ardientes adversarios de la lengua llamada brasileña, pero de exagerado conservadurismo.

A. A. Lima, *Quadro Sintético da Literatura Brasileira,* Agir, Río de Janeiro, 1956, p. 35.

Cuadro realmente sintético de la literatura brasileña, hecho por uno de los más capaces literatos del país, en cualquiera de sus épocas, donde se abre un mayor espacio para el movimiento modernista y sus apéndices, lo que es lógico en un escritor que acabó siendo «el crítico del Modernismo».

J. Lockhart & S. Schartz, *Early Latin America. A History of Colonial Spanish America and Brazil,* Cambridge University Press, Cambridge, 1983, pp. 183, 197, 334.

La historia colonial de Brasil vista con imparcialidad por dos eminentes universitarios ingleses.

L. Luna, *O negro na luta contra a escravidão,* 2.ª edic., Cátedra, Río de Janeiro, 1976, pp. 22, 23.

Estudio sobre las revueltas negras contra la esclavitud, particularmente de los haussás y de los negros de Bahía, en el que concluye con las siguientes palabras: «Los esclavos, en contra de lo que suele decirse, soportaron por lo general con resignación las condiciones de vida a que fueron sometidos.»

Gal. C. de Magalhaes, *O Selvagem,* 4.ª edic., Editora Nacional, Sao Paulo, 1940, pp. 40, 98, 308.

Trabajo pionero (1876) que refleja el espíritu indianófilo a la sazón reinante. Obra que marcó una época, como bien señalara Mattoso Cámara Jr.

C. de A. Maia, *História do Galego-Portugues,* Instituto Nacional de Investigação Científica, Coimbra, 1986, pp. 462, 472.

Estudio, con sólida base documental, de la lengua de Galicia y del noroeste de Portugal desde el siglo XIII hasta el XV, para fijar la época de la transición entre el gallego y el portugués. Se trata de una obra indispensable para el estudio de la lengua portuguesa.

P. Malheiro, *A escravidão no Brasil. Ensaio histórico, jurídico, social,* 3.ª edic., 2 vols., Vozes, Petrópolis, 1976, p. II, 24.

El libro tiene más de cien años (la edición de 1866 es anterior a la Abolición, que data de 1888), por lo que corresponde a su autor, por derecho pleno, el título de abolicionista. Su trabajo tuvo por finalidad la de mostrar las innumerables barbaridades jurídicas en que se basamentó la esclavitud.

B. Malmberg, *La América Hispanoablante,* Ediciones Istmo, Madrid, 1966, pp. 139, 140, 259.

Una visión general de la situación presente de la lengua española en los países hispanohablantes, resultado de los contactos lingüísticos con el habla de la población autóctona, o sea, con los indígenas de las diferentes regiones.

M. Marroquim, *A Língua do Nordeste (Alagoas y Pernambuco),* Companhia Editora Nacional, Sao Paulo, 1934, pp. 35, 124.

Primer trabajo sistemático sobre el habla nordestina, elaborado con algunas deficiencias de método y sin rigor en sus referencias bibliográficas, pero que contribuyó al mejor conocimiento de esa variedad regional.

W. Martins, *História da Inteligência Brasileira,* Cultrix/EDUSF, São Paulo, 1977-1978, 6 vols. p. IV. 2.

Obra voluminosa, si bien desigual en sus planteamientos y reseñas sobre personalidades y acontecimientos.

G. Massa, «La presenza italiana dai precursori agli inizi dell'emigrazione nel Río Grande do Sul», *Contributo alla Storia della Presenza Italiana in Brasile,* Instituto Italo-Latino Americano, Roma, 1975, p. 12.

F. Mauro, *Estudes Economiques sur l'Expansion portugaise (1500-1900),* Fundação Calouste Gulhenkian París (Centro Cultural Português), 1970, pp. 122, 243.

F. Mauro, *Histoire du Brésil,* PUF, París, 1973, pp. 2, 6.

Los estudios del profesor Mauro sobre la economía portuguesa y brasileña

de los siglos XVII y XVIII se distinguen por la precisión y orden de los datos; de hecho, se tienen por un claro exponente de la moderna Historia cuantitativa. En lo que a su Historia de Brasil se refiere, decir que ofrece una visión sucinta y equilibrada, habitual en la Colección «Que-sais-je?», de los principales eventos de nuestra vida social y política.

A. Meillet & M. Cohen (dirs.), *Les Langues du Monde* (nouvelle édition), CNRS, París, 1952.

J. A. G. de Mello, «O domínio holandês na Bahia e no Nordeste», *A Epoca Colonial* I (1960), p. 247.

G. G. de Melo, *A Língua e o Estilo de Rui Barbosa,* Organização Simões, Río de Janeiro, 1950, p. 19.

G. G. de Melo, *A Língua do Brasil,* 2.ª edic., Fundação Getúlio Vargas, Río de Janeiro, 1971, pp. 57, 59, 61, 68, 109.

G. G. de Melo, *Alencar e a «Língua Brasileira»,* 2.ª edic., Conselho Federal de Cultura, 1972, pp. 28, 46, 73, 85.

G. G. de Melo, *Origem, Formação e Aspectos da Cultura Brasileira,* Padrão, Río de Janeiro, 1974, p. 234.

Chaves de Melo, filólogo de amplia formación humanística, dedica su estudio a la cultura brasileña dedicándose, con especial profundidad, a nuestra lengua. Por eso se trata del mejor estudio publicado hasta el presente, en conjunto, del portugués de Brasil.

R. Mendonça, *O Português do Brasil,* Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1936, pp. 86, 275-259.

R. Mendonça, *A Influência Africana no Português de Brasil,* 4.ª edic., MEC/Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1973, p. 46.

Dos estudios básicos del filólogo y embajador recientemente fallecido. A pesar de ser escritos de su juventud, son contribuciones aún válidas para un mejor conocimiento de la lengua portuguesa en Brasil. Muestra buena información a propósito de la lengua portuguesa y de sus visicitudes entre nosotros, pese a adoptar posiciones extremadamente antilusitanas.

A. Nascentes, *O Idioma Nacional* IV, 2.ª edic., Livrarias Machado e Francisco Alves, Río de Janeiro, 1933, pp. 225, 259.

A. Nascentes, *O Linguajar Carioca,* 2.ª edic., completamente refundida, Organização Simões, Río de Janeiro, 1953, p. 25.

A. Nascentes (org.), *Música do Parnasso* por *Manuel Botelho de Oliveira,* MEC/INL, Río de Janeiro, pp. I, X.

Antenor Nascentes fue el gran maestro de varias generaciones y se convirtió en uno de los más respetados filólogos brasileños. Su *Idioma Nacional* es un compendio escolar, mas contiene un capítulo muy útil sobre las características del portugués de Brasil. *O Linguajar* fue un libro pionero, la segunda monografía de gran valor sobre el habla brasileña. *Música do Parnasso* es la edición de uno de los pocos autores bilingües brasileños (portugués-español).

A. Neiva, *Estudos da Língua Nacional,* Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1940, pp. 105-108, 175-185, 179, 184-185, 285-286, 337, 361.

Colección de interesantes artículos sobre el portugués de Brasil, con especial énfasis en las relaciones luso-indígenas, que estudia el autor sin condicionalismos nacionalistas.

F. de Oliveira, *Grammatica da lingoagem português,* 3.ª edic. hecha en base a la primera (1536), bajo la dirección de Rodrigo Sá Nogueira, Edición de José Fernandes Júnior, Lisboa, 1933, p. 44.

Primera Gramática impresa de la lengua portuguesa, cuyo autor, en opinión del catedrático de Tübingen, doctor Eugenio Coserio, fue uno «de los más originales gramáticos de todo el Renacimiento».

G. A. Padley, *Grammatical Theory in Western Europe (1500-1700),* Cambridge University Press, Cambridge, 1988, pp. 160-161,

Continuación de la obra anterior del mismo título, trabajo que se interrumpió por la muerte repentina de su autor. No hay estudio mejor sobre la tradición gramatical de Occidente.

E. Pereira Filho, *Tratado da Província do Brasil,* de *Pero de Magalhaes de Gândavo,* MEC/INL, 1965, p. 10.

Sin duda, la mejor edición de que disponemos del *Tratado;* lectura facsimilar, por E. P. Filho.

L. S. Picchio, *La Letteratura Brasiliana,* Sansoni-Accademia, Florencia, 1972, pp. 61, 395.

L. S. Picchio, «Il manifesto come genere letterario. Premesse a uno studio dei manifesti modernisti portoghesi e brasiliani», *Studi in memoria di Erilde Melillo Reali* (1989), pp. 219-237.

La literatura brasileña, según el estudio de la eminente profesora de la Universidad de Roma, resulta indispensable en la bibliografía de cualquier estudioso. Su artículo a propósito de los manifiestos como género literario abre un sinfín de horizontes a los investigadores de la Literatura.

E. P. Pinto, *O Português de Brasil,* 2 vols., EDUSP, São Paulo, I-1978, II-1981, pp. I-XLV, XXXIV, 46, 67, 69, 71, 73, 78, 79, 80, 212 y II, 138.

Selección rigurosa de trabajos que versan sobre el portugués de Brasil, tan-

to en su aspecto polémico como en el simplemente expositivo; indispensable el análisis hecho al texto en cada volumen.

R. M. Pinto, *História da Língua Portuguesa, IV. Século XVIII,* Ática, São Paulo, 1988, p. 40.

Volumen perteneciente a una serie sobre la Historia de la Lengua portuguesa, elaborado por un profesor titular de la USP, que se ha dedicado con suma devoción al estudio de ese período de nuestra lengua, así como a su evolución.

C. Prado Jr. *História Econômica do Brasil,* 17.ª edic., Brasiliense, São Paulo, 1974, pp. 36-37, 62, 70, 107-108, 188.

C. Prado Jr. *Formação do Brasil Contemporâneo* (Colonia), 6.ª edic., Brasiliense, São Paulo, 1961, pp. 38-39, 62.

El historiador Caio Prado Jr., recientemente fallecido, perteneció al Partido Comunista, siendo su formación, por ello, marxista. De ahí su interés por los aspectos económicos del proceso histórico brasileño. Procuró, sin embargo, ser siempre objetivo y escrupuloso en sus análisis, aportando hechos e interpretaciones sin contaminación ideológica.

A. Ramos, *As Culturas Negras no Novo Mundo,* 4.ª edic., Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1979, pp. 177, 186, 247-248.

Fue Artur Ramos en su época el mejor conocedor de los problemas africanos en su vertiente brasileña. En este libro amplía sus áreas de estudio al continente africano en su conjunto, y, en lo que a Brasil se refiere, traza un muy interesante resumen de las culturas afro-brasileñas.

A. C. F. Reis, «A ocupação portuguesa do vale amazônico», *A época colonial I* (1960), p. 269.

El profesor Ferreira Reis es actualmente el más reputado conocedor de la Historia y de la topografía de la región amazónica.

I. S. Revah, «Comment et jusqu'à quel point les parlers brésiliens permettent-ils de reconstituer le système phonétique des parlers portugais des XVIᵉ.-XVIIᵉ.?», *Actas do III Colóquio Internacional de Estudos Luso-Brasileiros,* vol. I, 1959, p. 281.

Comunicación en la que, por primera vez, se hace una comparación sistemática entre las hablas brasileñas de los primeros siglos de la colonización y la lengua portuguesa trasplantada; este estudio ocupa un lugar en el marco de honor de la historia de la pronunciación del idioma portugués en Brasil.

J. Ribeiro, *A Língua Nacional,* Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1933, pp. 10, 262.

J. Ribeiro, *História do Brasil* (curso superior), edición revisada y completada por Joaquim Ribeiro, Ediçoẽs de Ouro, Río de Janeiro, 1967, p. 258.

Joao Ribeiro, antes de dedicarse a los estudios filológicos y gramaticales, recorrió los caminos de la historiografía. La época de la publicación de su obra (1900) convirtió al libro en modélico, renovador e introductor del método *kulturgeschichte* en el análisis de los acontecimientos y avatares patrios. Lector y divulgador de los clásicos portugueses, ya en su madurez dedicó sus afanes al estudio de la realidad lingüística brasileña, de ahí sus investigaciones sobre el folclore y sobre los dialectos, de que tan impregnados se halla su libro *La Lengua Nacional.*

J. Ribeiro, *Introdução ao Estudo do Folklore Brasileiro,* Editora Vieña de Melo, Río de Janeiro, 1934, pp. 36-44.

Hijo del historiador Joao Ribeiro, Joaquim Ribeiro siguió los pasos de su padre y estudió el folclore de Brasil a la luz del método histórico-cultural. Esa fue su mayor contribución, en el campo de nuestras tradiciones populares.

A. N. Rodrigues, *O Dialeto Caipira na Região de Piracicaba,* Ática, São Paulo, 1974, pp. 21, 37, 159.

Para su autora, «la utilización de una investigación dialectal tiene por objeto hacer que los datos obtenidos constituyan una verificación empírica del modelo propuesto por la teoría generativa» (p. 37).

A. D. Rodrigues, *Línguas Brasileiras,* Edições Loyola, São Paulo, 1986, pp. 21, 32, 99.

Estudio enumerativo y clasificador de los grandes grupos lingüísticos indígenas del Brasil, con mucha información y ausencia de fundamentación teórica.

J. H. Rodrigues, *História da História do Brasil, 1.ª parte. Historiografía colonial,* Companhia Editora Nacional/MEC, São Paulo, 1979, pp. 10, 14, 267, 436, 439.

J. H. Rodrigues, «A vitória da língua portuguesa no Brasil colonial», *História Viva* (1985), pp. 22, 23, 36, 39, 44.

Capítulo importante, donde se analiza y expone correctamente el proceso de sobreposición política y cultural de la lengua portuguesa a las lenguas indígenas (lengua general) y africanas (quimbundo y nagô). En *História da História do Brasil,* abundan informaciones, valiosísimas, y bibliografías diversas al respecto de las fuentes primeras para un mejor conocimiento de nuestra Historia.

N. Rodrigues, *Os Africanos no Brasil,* 2.ª edic., Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1935, pp. 32, 38, 40, 63, 71, 189, 201, 202, 212, 213.

Fue con este estudio, sustancioso y original, con el que nuestro maestro bahiano abrió un campo nuevo para las investigaciones africanistas hechas en Brasil.

A. M. V. de Rosario, *O Brasil Filipino no Período Holandês,* Editora Moderna-MEC/INL, São Paulo, 1980, pp. 118-119.

El trabajo, en sus orígenes tesis doctoral, se ocupa de un período poco estudiado de nuestra Historia, el «felipiano» y las invasiones holandesas, para cuyo conocimiento aporta una buena cantidad de datos nuevos.

R. B. Daguier & M. Dessaint, «Esbozo del sistema lingüístico del guaraní paraguayo», *América Latina en sus lenguas indígenas* (1938), pp. 312-313.

T. Sampaio, «A Língua portuguesa no Brasil», *Revista de Philologia e de História,* tomo I, fasc. UV, 1931, p. 467.

T. Sampaio, *O Tupi na Geografia Nacional,* 4.ª edic., Câmara Municipal, Salvador, pp. 55, 181, 248, 294.

A pesar de su título, el trabajo es más general, pues contiene un resumen de Gramática tupí, así como un extenso vocabulario semántico y etimológico... En cuanto al artículo citado, decir que en él se atribuyen a influencias indígenas fenómenos de nuestro habla que merecen una más documentada explicación.

J. Serrano, *História do Brasil,* 8.ª edic., F. Briguiet, Río de Janeiro, 1968, pp. 257, 267, 268, 405.

Jônatas Serrano fue un historiador conscientemente dedicado a una sistemática actualización bibliográfica de sus saberes, y eso aunque no se dedicara a investigar en archivos, como Capistrano de Abreu. Su obra, de nivel superior, puede compararse a la de Joao Ribeiro, mas posee un trasunto actualizado y moderno.

S. da Silva Neto, *Textos Mediavais Portugueses e seus problemas,* Casa de Rui Barbosa/MEC, Río de Janeiro, 1956, pp. 105-106.

S. da Silva Neto, «Breves notas para o estudo da expansão da Língua portuguesa en Africa e Asia», separata de *Revista de Portugal,* serie A, Vol. XXII, 1957, pp. 141. 140.

S. da Silva Neto, *A Língua portuguesa no Brasil,* Acadêmica, Río de Janeiro, 1960, pp. 17-18, 36, 37, 38, 40, 41, 43, 49.

S. da Silva Neto, *Língua, Cultura e Civilização,* Acadêmica, Río de Janeiro, 1960, p. 90.

S. da Silva Neto, *Introdução ao estudo da língua portuguesa no Brasil,* 2.ª edic., MEC/INL, Río de Janeiro, 1963, pp. 39, 44, 45, 54, 65, 68, 71, 73, 88, 99, 133, 149.

Fue Serafim da Silva Neto el más original filólogo de su generación. Imprimió a sus estudios, plenos de profundidad y de conocimientos, el método histórico-comparativo, así como una lúcida orientación culturalista. La *Introducción*

antes citada es buen ejemplo: con este libro Silva Neto, puede decirse claramente, se convirtió en el precursor de la sociolongüística brasileña.

S. Spina, «A Língua litéraria no período colonial: o padrão português», *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros,* n.° 22, 1980, p. 61.

Uno de los pocos —y buenos— estudios sobre las características y la evolución de la lengua literaria en Brasil.

P. Teyssier, *Historie de la langue portugaise,* PUF, París, 1980, pp. 65, 68, 69, 70, 73, 76, 77, 81, 92, 102, 103, 104.

El profesor Teyssier es uno de los más eminentes lusitanistas contemporáneos. En su obra esboza una síntesis, la mejor de que disponemos sobre la Historia de la Lengua Portuguesa, en la que incluye páginas de lectura indispensable a propósito de la lengua portuguesa en Brasil.

L. A. Verney, *Verdadeiro Método de Estudar,* Sá da Costa, Lisboa, 1949, 2 vols., p. I, 105.

Obra de matiz pedagógico, que se opone a la *Ratio Studiorum* de los jesuitas, inspirada en las corrientes racionalistas surgidas en Francia merced a la doctrina de los *messieurs* de Port-Royal.

L. Viana, Filho, *O Negro na Bahia,* 2.ª edic., Martins/MEC, São Paulo, 1976, pp. 8, 25, 29, 30, 123, 124, 128, 130.

Político, parlamentario, miembro de la Academia Brasileña de las Letras, Viana Filho, recientemente fallecido, investigó con originalidad y rigor ciertos aspectos de la africanología en Brasil, tales como la división del movimiento del tráfico de esclavos en ciclos, lo que convierte a su libro, cuya primera edición data de 1946, en un clásico en el asunto.

H. Vianna, *História do Brasil,* 8.ª edic., Melhoramentos, São Paulo, 1970, 2 vols., pp. I-51, 5, 103, 105, 132, 164, 189, 260, 362,: II-24, 25, 52.

Como Historia *general* de Brasil es de gran valor por presentar los hechos, de manera documentada, sin pretensiones innovadoras o ideologizadas.

O. Vianna, *Evolução do Povo Brasileiro,* 2.ª edic., Companhia Editora Nacional, Sao Paulo, 1933, p. 130.

Uno de los fundadores de la sociología brasileña, objeto de crítica durante un tiempo por mor de las tesis «arias» con que pretendía explicar la evolución del pueblo brasileño. Así y todo, su obra viene siendo revalorizada en los últimos tiempos, pues sus estudios, en muchos puntos originales, no se restringen en exclusiva al factor étnico.

Fray V. Willeke O.F.M., *Franciscanos na História do Brasil,* Petrófolis Vozes, 1977, p. 27.

Estudio de la evangelización y de la catequesis de los misioneros francisca-

nos en los inicios de la conquista, acción no siempre reconocida, acaso por la mayor importancia de la emprendida por los jesuitas.

F. Willems, *A Aculturação dos Alemães no Brasil, Sao Paulo,* 2.ª edic., Companhia Editora Nacional, 1980, pp. 30, 32, 42 y siguientes.

Libro fundamental para un buen conocimiento del proceso de culturización de los alemanes llegados a Brasil, escrito por un etnólogo de talla, Emilio Willems, como resultado de sus trabajos de campo, de vivencias del autor y de consultas en fuentes históricas que, si bien escasas, poseen un gran valor.

El profesor Teyssier es uno de los más destacados lusitanistas contemporáneos. En su obra escrita que ofrecemos lo mejor de que disponemos sobre la Historia de la Lengua Portuguesa, en la que incluye páginas de lectura indispensable a propósito de la lengua portuguesa en Brasil.

C. A. Verney, *Verdadeiro Método de Estudar*, Sá da Costa, Lisboa, 1949, 2 vols., p. I, 103.

Obra de [illegible] pedagógico, que se opone a la Ratio Studiorum de los jesuitas, inspirada en las corrientes racionalistas surgidas en Francia [illegible] a las doctrinas de los maestros de Port-Royal.

L. Viana Filho, *O Negro na Bahia*, 2.ª edic., Martins/INL, São Paulo, 1976, pp. 8, 37, 53, 56, 127, 137 y 178-179.

[illegible] de la [illegible] de las Letras, Viana Filho, [illegible] con [illegible] y [illegible] diversos aspectos de la [illegible] en Brasil, tales como la división del [illegible] del tráfico de esclavos en ciclos, lo que [illegible] a su libro, cuya primera edición de 1946 [illegible] en el [illegible].

H. Vianna, *História do Brasil*, 8.ª edic., Melhoramentos, São Paulo, 1970, 2 vols., pp. I-[illegible], 5, 103, 107, 112, 168, 189, 190, 252; II-24, 25, 52.

Como historia general de Brasil la de [illegible] gran valor por presentar los hechos de manera desapasionada, sin [illegible] o [illegible].

O. Vianna, *Evolução do Povo Brasileiro*, 3.ª edic., Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1938, p. [illegible].

Uno de los fundadores de la sociología brasileña, [illegible] en [illegible] que [illegible] explicar la evolución del pueblo brasileño. [illegible] la obra [illegible] en los [illegible] al factor étnico.

Frei V. Willeke O.F.M., *Franciscanos na História do Brasil*, Petrópolis, Vozes, 1977, p. [illegible].

Estudio de la colonización y de la [illegible] de los [illegible] franciscanos [illegible].

## SUPLEMENTO BIBLIOGRÁFICO

M. Bandeira, *Poesías completas,* Americ-Edit, Río de Janeiro, 1944, p. 182.

M. Bandeira (ed.), *Antología dos poetas brasileiros da fase romântica,* 3a. ed., Imprensa Nacional, Río de Janeiro, 1949, p. 319.

M. Barreto, *De gramática e de linguagem,* Francisco Alves, Río de Janeiro, 1922, 2 vols., pp I, 190-191.

J. G. de L. Brito, *Pontos de partida para a história econômica do Brasil,* 3.ª ed., Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1980, pp. 110, 328.

D. Callou & Y. Leite, *Iniciação à Fonética e à Fonologia,* Jorge Zahar, Río de Janeiro, 1990, p. 68.

Ten. Cel. Prof. E. J. de C. Camargo, *Estudo de problemas brasileiros,* Biblioteca do Exército, Río de Janeiro, 1979, p. 178.

F. Cardim, *Tratados da terra e gente do Brasil,* Itatiaia, USP, Belo Horizonte, 1980, pp. 144, 164.

L. R. de Carvalho, *Ação missionária e educação, em Holanda,* S. B. (dir.), I, p. 143.

J. A. Castelo, *A Literatura Brasileira,* 1.º vol., *Manifestaçoes literárias da Era Colonial,* Cultrix, São Paulo, 1962, pp. 184-185.

H. do Couto, *O que é o português brasileiro,* Brasiliense, São Paulo, 1986, pp. 14-15.

J. Cornu, *Grammatik der portugiesischen Sprache,* 2.ª ed., K. J. Teubner, Estrasburgo, 1906, n.º 68, 130.

D. Crystal, *The Cambridge Encyclopedia of Language,* Cambridge University Press, Cambridge, 1987, p. 338.

S. T. Dantas, *Dois momentos de Rui Barbosa,* Casa de Rui Barbosa, Río de Janeiro, 1949, p. 75.

P. Duarte, *Mário de Andrade por Ele mesmo,* Edart, São Paulo, 1971, p. 45.

S. Elia, *Ensaios de Filologia e Lingüística,* 3.ª ed., Grifo, Río de Janeiro, 1976, pp. 226-232.

S. Elia, «Pomerode: um caso de bilingüismo», comunicación presentada al *XIX*

*Contresso Internacional de Lingüística e Filologia Românicas,* Santiago de Compostela, 1989.

L. Fernandes, *71 cartas de Mário de Andrade,* Livraria São José, Río de Janeiro, s. d., pp. 21, 21-22.

M. Grammont, *Traité de Phonétique,* Delagrave, París, 1933, p. 73.

I. F. Hancock, *A survey of the pidgins and creoles of the world,* en Hymes, D. (ed.), p. 515.

C. Jucá (Jr.), *A gramática de José de Alencar,* Oficinas Pedro II, Río de Janeiro, 1966, p. 19.

J. de Léry, *Viagem à terra do Brasil,* Itatiaia/USP, Belo Horizonte, 1980 (trad. del original francés de 1578).

C. P. Luft, *Dicionário de Literatura Portuguesa e Brasileira,* Globo, Porto Alegre, 1967, p. 38.

B. Magalhães, *Expansão geográfica do Brasil Colonial,* 2.ª ed. aum., Companhia Editora Nacional, Sao Paulo, 1935, pp. 102, 154.

J. Marouzeau, *Quelques aspects de la formation du latin littéraire,* Klincksieck, París, 1949, pp. 7-25.

N. S. Martins, *Introdução à Estilística,* T. A. Queiroz, São Paulo, 1989, p. 114.

R. Menéndez Pidal, *Manual de Gramática Histórica Española,* 13.ª ed., Espasa-Calpe, Madrid, 1968, p. 324.

J. A. G. de Mello, *O domínio holandês na Bahia e no Nordeste,* en Holanda, S. B. de (dir.), p. 247.

A. Meyer, «Apresentação», *Dicionário Brasileiro da Língua Portuguesa,* por el doctor Antônio Joaquim de Macedo Soares, vol. I, MEC/INL, Río de Janeiro, 1954, p. V.

J. Moreira, *Estudos da língua portuguesa,* Livraria Clássica Editora, Lisboa, 1.ª serie, 2.ª ed., 1922, vol. II, obra póstuma, 1913, p. I 147, 155.

J. J. Nunes, *Cantigas de amigo dos trovadores galego portugueses,* nueva edición, Centro do Livro Brasileiro, Lisboa, 1973, 3 vols., p. I, 364.

E. C. Pereira, *Grammatica Historica,* 7.ª ed., Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1932, p. 252.

R. M. Pinto, *História da língua portuguesa, IV, Século XVIII,* Ática, São Paulo, 1988, p. 40.

M. C. Proença, *Mário de Andrade, ficção,* Agir, Río de Janeiro, 1960, p. 9.

J. Raimundo, *O elemento afro-negro na língua portuguesa,* Renascença, Río de Janeiro, 1933, p. 51.

J. F. dos Santos, *Memórias do Distrito Diamantino da Comarca do Serro Frio, Província de Minas Gerais,* Itatiaia/USP, Belo Horizonte, 1976, pp. 123-124.

F. Segismundo, *Colégio Pedro II, Tradição e Modernidade,* Unigraf, Río de Janeiro, 1987, pp. 4, 7, 68.

S. da Silveira, *Sintaxe da preposição DE,* Organização Simões, Río de Janeiro, 1951, p. 61.

S. da Silveira, *Lições de Português,* 6.ª ed. mejorada, Livros de Portugal, Río de Janeiro, 1960, pp. 283-284, 293.
Dr. A. J. de M. Soares, *Dicionário Brasileiro da Língua Portuguesa,* vol. I, MEC/INL, Río de Janeiro, 1954, p. XXIV.
Dr. J. R. de M. Soares, «Prefácio», *Dicionário Brasileiro da Língua Portuguesa,* I, 1954, p. XXIV.
G. S. de Sousa, *Tratado Descritivo do Brasil em 1587,* 4.ª ed., Companhia Editora Nacional/EDUSP, São Paulo, 1971, p. 235.
N. Sucupira, *O Seminário de Olinda e outros seminários,* en Diégues Júnior (coord.), p. II, 356.
A. Thévet, *Les singularités de la France Antarctique,* París, 1558.
S. de Vasconcelos, *Vida do venerável padre José de Anchieta,* Imprensa Nacional, Río de Janeiro, 1943, 2 vols., p. 96.
A. R. G. Viana, *Exposição da pronúncia normal portuguesa para uso de estrangeiros, em Os Lusíadas.*

REVISTAS Y OBRAS COLECTIVAS

*Actas do III Colóquio Internacional de Estudos Luso-Brasileiros,* Lisboa, 1959.
*II Colóquio de Estudos Teuto Brasileiros,* Universidade Federal de Pernambuco, Recife, 1974.
*A Literatura no Brasil,* 3.ª ed., 6 vols., dir. de Coutinho, A., J. Olympio/EDUFF, Río de Janeiro/Niterói, 1986 (vol. I).
*História da Cultura Brasileira,* coord. de Diégues Júnior, M., MEC/CFC/FENAME, 1.º vol. Río de Janeiro, 1973, 2.º vol. 1976.
*História Geral da Civilização Brasileira:* I *A Época Colonial,* dir. de Holanda, S. B., de Difusão Européia do Livro, São Paulo, 1960.
*Les langues du monde,* dir. de Meillet, A. & Cohen, M., nueva edición, CNRS, París, 1952.
*Littera,* revista para profesores de Portugués de literatura de lengua portuguesa, dir. de Bechara, E., Grifo, Río de Janeiro, 1971-1976 (n.º 8).
*O Português do Brasil;* textos críticos y teóricos, sel. de Pinto, E. P., EDUSP, São Paulo, 1.º vol., 1820-1920 (1978), 2.º vol., 1920-1945 (1981).
*Pidgnization & creolization of languages,* ed. de Hymes, D., Cambridge University Press, Cambridge, 1971.
*Revista do Instituto de Estudos Brasileiros,* USP, São Paulo, 1980 (n.º 22).
*Revista de Philologia e Historia,* J. Leite, Río de Janeiro, 1931-1934 (t. I, fasc. IV, 1931).
*Studi in memoria di Erilde Melillo Reali,* Istituto Universitario Orientale, Nápoles, 1989.

S. da Silveira, Lições de Português, 5.ª ed. melhorada, Livros de Portugal, Rio de Janeiro, 1952, pp. 283-284, 293.

Dic. M. de M. Gomes, «Prefácio», Dicionário Contemporâneo da Língua Portuguesa, vol. I, MEC/INL, Rio de Janeiro, 1954, p. XXIV.

Dr. J. B. de M. Sodré, «Prefácio», Dicionário Brasileiro da Língua Portuguesa, [illegible] 1974, p. XXIV.

G. S. de Sousa, Tratado Descritivo do Brasil em 1587, 4.ª ed., Companhia Editora Nacional/EDUSP, São Paulo, 1971, p. 253.

N. Sucupira, O Português do Brasil e outros ensaios, em Ordenes [illegible] (coord.), [illegible]

A. Thierry, La naissance de la France [illegible], Paris, 1938.

S. de Vasconcelos, Vida do Venerável Padre José de Anchieta, Imprensa Nacional, Rio de Janeiro, 1943, 2 vols., p. 96.

A. R. G. Viana, Exposição da pronúncia normal portuguesa para uso de nacionais e estrangeiros, em O Estado [illegible]

REVISTAS E OBRAS COLECTIVAS

Actas do III Colóquio Internacional de Estudos Luso-Brasileiros, Lisboa, 1959.

II Colóquio de Estudos Teuto-Brasileiros, Universidade Federal de Pernambuco, Recife, 1974.

A Literatura no Brasil, direção [illegible], dir. de Coutinho, A., J. Olympio/EDUFF, Rio de Janeiro, Niterói, 1986 (vol. I).

História da Cultura Brasileira (coord. de [illegible]), MEC/FENAME, [illegible], 1 vol., Rio de Janeiro, 1973, 2 vol., 1976.

História Geral da Civilização Brasileira, I, A época colonial, dir. de Holanda, S. B. de, Difusão Européia do Livro, São Paulo, 1960.

Les langues du monde, dir. de Meillet, A. et Cohen, M., nouvelle édition, CNRS, Paris, 1952.

Littera, revista para professores de Português e de literaturas de língua portuguesa, dir. de Bechara, E., Grifo, Rio de Janeiro, 1971-1976.

O Português do Brasil: textos críticos e teóricos, ed. de Pinto, E. P., EDUSP, São Paulo, 1 vol., 1820-1920 (1978); 2 vol., 1920-1945 (1981).

Pidginization and creolization of languages, ed. de Hymes, D., Cambridge University Press, Cambridge, 1971.

Revista do Instituto de Estudos Brasileiros, USP, São Paulo, 1966-.

Revista [illegible], [illegible] 1959, [illegible]

[illegible], Lisboa, 1989.

# ÍNDICE ONOMÁSTICO

# ÍNDICE TOPONÍMICO

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.

El libro *El portugués en Brasil. Historia cultural,* de Sílvio Elia, forma parte de la Colección «Idioma e Iberoamérica», dirigida por el profesor Miguel Ángel Garrido, Catedrático e Investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

COLECCIÓN IDIOMA E IBEROAMÉRICA

- El lenguaje literario de la «nueva novela» hispánica.
- El español de América.
- El español de los Estados Unidos. El lenguaje de los hispanos.
- Diferencias léxicas entre España y América.
- Léxico del español de América.
- La lengua española en cuatro mundos.
- Los orígenes del español de América.
- La comunicación entre españoles e indios: palabras y gestos.
- El portugués en Brasil. Historia cultural.

*En preparación:*

- La crítica literaria hispánica, hoy.
- El español en el Caribe.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492,* de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.


9 788471 002952

EDITORIAL
MAPFRE